
GWEN DEMARCO
LIBRO 3 DE SOPHIE FEEGLE
TIEMPOS ANÓMALOS
PARA
SOPHIE FEEGLE

TIEMPOS ANÓMALOS PARA SOPHIE FEEGLE

LIBRO 3 DE SOPHIE FEEGLE

GWEN DEMARCO

Creado con Vellum



ÍNDICE

1

La mujer del traje elegante miró a los hombres y mujeres sentados alrededor de la mesa de conferencias, con desprecio en el rostro. Con un clic en su tableta, tomó nota para despedir a Cortez. Escribió “Inútil” junto a su nombre.

Se levantó y apoyó las manos en la mesa, dominando a los que estaban sentados. Frunció el ceño, decepcionada.

—¿Alguien ha mirado los números de este trimestre? —preguntó.

Todos se quedaron mirando la mesa, demasiado asustados para mirarla a los ojos.

—¿Nadie? ¿Nadie de los presentes ha visto los números? ¿O son todos demasiado cobardes para hablar? —se burló.

—El mercado ha seguido una tendencia a la baja. Creo que todos nuestros competidores están en las mismas.

Levantando la mano para callar al quejón, centró su atención justo por encima de sus cabezas, en el otro extremo de la sala. Girándose lentamente, parecía estar buscando algo. Girando la cabeza hacia la derecha, se fijó en su objetivo.

—Eh…. —dijo, con una lenta sonrisa dibujándose en su rostro—. ¿Quiénes son ustedes dos?

~

FROTÁNDOSE LOS OJOS, Sophie cogió su diario de sueños.

—Ha sido muy raro —odiaba los sueños en los que se veía a sí misma en tercera persona. Se parecía demasiado a los sueños con su hermana Ruby.

Un brazo se deslizó alrededor de su cintura, intentando meterla de nuevo bajo las sábanas.

—Vuelve a la cama, Soph —murmuró Mac con un gemido.

—Lo haré en un segundo. Tengo que escribir esto antes de que se me olvide.

Abrió el diario y cogió su bolígrafo mullido cuando un zumbido de su teléfono interrumpió su escritura. *¿Quién manda un mensaje a estas horas?* Suspirando de fastidio, Sophie volvió a guardar el bolígrafo en las páginas del diario y cogió el teléfono. Un mensaje de Ruby la esperaba, iluminando la pantalla.

¡Acabo de tener un sueño rarísimo!

Sophie emitió un sonido estrangulado. *¿Qué demonios significa eso?*

Ahora mismo no podía ocuparse de eso. Ruby le enviaba mensajes casi todos los días, a pesar del silencio de Sophie. Ruby no se estaba enterando de que Sophie no estaba interesada en una relación con su psicótica y asesina hermana gemela. Los mensajes alegres y llenos de emojis empezaban a poner nerviosa a Sophie. Cada vez que el teléfono le zumbaba en el bolsillo, sentía que su nivel de estrés aumentaba.

Con un resoplido de enfado, decidió que se ocuparía de ello cuando saliera el sol, y no antes. Anotó rápidamente el sueño, tiró el diario a la mesilla de noche y volvió a caer en los brazos de Mac. Miró el reloj y calculó cuánto más podría dormir si se quedaba dormida inmediatamente.

~

La habitación había amanecido con suficiente luz como para que Sophie pudiera distinguir a Mac en la puerta de su habitación, saliendo.

—Oye —le llamó—. ¿Ya te vas a trabajar?

Mac se volvió y se sentó en el borde del colchón, inclinándose para darle a Sophie un suave beso de buenos días.

—Perdona si te he despertado. Te has quedado sin café —Mac mandó callar a Sophie cuando intentó disculparse—. Voy a por unos cafés antes de irme a trabajar.

—Y un cruasán de chocolate.

—Y un cruasán de chocolate —confirmó Mac con una risita.

Con un último beso, salió de la habitación para llevarle el café a Sophie.

Volvió a acurrucarse en la almohada y el ruido del tráfico matutino la adormeció. Le pareció que apenas habían pasado cinco minutos cuando el crujido del suelo de madera le hizo saber que Mac había vuelto.

—Qué rápido —dijo Sophie. Se puso de lado y vio a Mac de pie en la puerta de su dormitorio, con el rostro oculto por las sombras.

Mac emitió un gruñido retumbante, con un tono de advertencia muy claro.

—¿Mac?

La luz estroboscópica de una notificación en el teléfono de Sophie iluminó la habitación. Sophie echó un vistazo al teléfono y vio las palabras *SAL DE AHÍ* escritas en la pantalla.

La figura se acercó, e instintivamente supo que quienquiera que estuviera en su dormitorio no era Mac. Tenía cuerpo de hombre, pero

su cara era toda de lobo. El metamorfo le dedicó una sonrisa que mostraba una hilera de dientes afilados y brillantes.

—Mierda —gritó Sophie, revolviéndose por el colchón para interponer la cama entre ella y el intruso.

Sophie intentó saltar hacia la izquierda, con la esperanza de salir de su dormitorio, pero el metamorfo lobo contrarrestó su movimiento, cortándole el paso. Mirando a su alrededor, Sophie se dio cuenta de que no había escapatoria, a menos que quisiera saltar por la ventana de un tercer piso.

—¡Mac! —gritó Sophie.

—El zorro se ha ido. Ahora solo estamos tú y yo —el metamorfo olfateó largamente, con el hocico apuntando hacia arriba, pero sus ojos nunca abandonaron el rostro de Sophie—. Puedo oler tu miedo.

Con la esperanza de entretener al metamorfo, Sophie preguntó:

—¿Qué quieres?

En lugar de responder, el hombre lobo saltó sobre el colchón y arrinconó a Sophie contra la esquina de su dormitorio. Con la mesilla presionándole la parte posterior del muslo, Sophie echó una mano hacia atrás, revolviendo los dedos sobre la superficie, en busca de algo que pudiera utilizar como arma.

El hombre lobo se acercó, dedicándole una amplia sonrisa canina. Ambos eran conscientes de que Sophie no sería rival para un metamorfo en su media forma.

Al menos se está tomando su tiempo, pensó Sophie mientras el hombre se pavoneaba hacia ella, agitando sus garras malvadamente afiladas hacia Sophie, chasqueando las puntiagudas puntas una contra otra. Bajó del colchón y la miró con otra sonrisa. *Pedazo de idiota dramático.*

Finalmente, los dedos de Sophie rodearon la base de la lámpara que había encontrado en un mercadillo. Entonces la había comprado porque el cuerpo era de cristal verde antiguo de Depression, pero ahora lo mejor era su pesada base de latón.

Apretando el agarre, Sophie se preparó para defenderse con nada más que una maldita lámpara. En ese momento, su teléfono se iluminó con otro mensaje. Cuando el metamorfo miró por encima del hombro hacia la luz parpadeante, Sophie blandió la lámpara con todas sus fuerzas. La cuerda la tiró hacia arriba, pero aun así pudo golpear a su atacante en la cabeza. El metal de la lámpara emitió un repugnante sonido hueco mientras el pesado cristal se hacía añicos y volaba en todas direcciones en una cascada de fragmentos verdes.

Sabiendo que eso no bastaba para derribar a un metamorfo durante mucho tiempo, se escabulló por encima del colchón y salió de su dormitorio. Su único pensamiento era alcanzar su pistola eléctrica,

que estaba en el bolso junto a la puerta principal.

Los pasos retumbaban detrás de ella, tan cerca que Sophie podía sentir la reverberación en sus pies. Era imposible que llegara al bolso antes de que el metamorfo la alcanzara. Sophie sintió que sus dedos le rozaban el hombro cuando el hombre intentó agarrarla por el pijama. Su arrebato la esquivó por un suspiro mientras ella se lanzaba en una nueva dirección. Sophie corrió hacia la cocina, apuntando al bloque de cuchillos que había sobre la encimera.

Un brusco empujón por detrás la sacó de sus casillas y la hizo caer al suelo del salón. Usando las manos para amortiguar la caída, sintió el ardor de las fibras de la alfombra en las palmas. En la cabeza de Sophie podía oír a Paddy, su profesor de defensa personal, bramando que nunca dejara que te tiraran al suelo. Casi podía oír su voz con marcado acento irlandés diciéndole que levantara el "culo" y luchara.

Dándose la vuelta de modo que ya no estaba de espaldas al agresor, Sophie se revolvió como un cangrejo aterrorizado. Pataleando sobre el culo, chocó contra la pared que había junto a la entrada de su cocina. Se puso en pie de un salto y volvió a adoptar la postura de combate que Paddy le había enseñado. Se llevó la barbilla al pecho, se puso en pie tambaleándose y levantó los puños para protegerse la cara. Una línea de sangre corría por el costado de la cara canina de su atacante desde donde Sophie le había golpeado con la lámpara, pero el metamorfo ni siquiera pareció darse cuenta. Le había estampado una lámpara contra el cráneo y eso apenas lo había frenado. Sophie no tenía ni idea de cómo saldría de ésta.

La mueca de desprecio de su peludo rostro la hizo tomar una decisión más firme. La situación parecía sombría, pero pasara lo que pasara, Sophie caería luchando. Ese imbécil podría ganar la pelea, pero ella se aseguraría de que él se la ganara primero. Desplazó el peso hacia las puntas de los pies y respiró hondo. *Hagamos que valga la pena.*

—No eres tan ruda ahora que no tienes pistola, ¿eh? No puedes dispararme como hiciste con Alphonse. Voy a disfrutar con esto —dijo el metamorfo, haciendo crujir los nudillos y acercándose un paso amenazador.

—¡Perro estúpido, ¡yo no le disparé a Alphonse!

—No, he sido yo —dijo una voz detrás del hombre lobo.

Antes de que el metamorfo pudiera darse la vuelta, Rubí saltó sobre su espalda, trepando por su cuerpo como un mono araña. Con un destello plateado que resaltó en la creciente luz de la mañana, le clavó un cuchillo en el espacio entre el cuello y el hombro. Aulló de agonía, apartando a Ruby de su espalda y lanzándola contra Sophie. Ruby aterrizó sobre Sophie con un ruido sordo, y ambas cayeron al

suelo en un desgarbado montón de brazos y piernas enredados. A Sophie le dolían las costillas como si la hubiera pateado una mula. Mientras gemía y empujaba a Ruby, sus ojos se desorbitaron cuando Ruby empezó a reírse a su lado.

—¿Viste eso? —Ruby se rio—. Ahora sé lo que se siente jugar a los quemados. No me puedo creer que fallara. Le apuntaba al cuello.

Sophie abrió la boca, pero no le salían las palabras. Su hermana era una lunática desquiciada. Si las dos sobrevivían a esto, nunca volvería a hablar con Ruby.

—Las mataré a las dos —chilló el hombre, jadeando de rabia y dolor con el cuchillo clavado en el hombro. La sangre le cubría el hombro y se extendía rápidamente por su camisa. La expresión de su rostro auguraba la muerte tanto para Sophie como para su hermana.

Cuando se sacó el cuchillo del hombro, Sophie dio un respingo. *Se supone que debes dejarlo dentro para no desangrarte.*

Sorteando a una Ruby que aún se retorcía, Sophie se metió en la cocina. Mientras arrancaba un cuchillo de la tabla de carnicero, se oyó el crujido de la madera astillándose en la puerta principal. Con un sonoro golpe, la puerta de Sophie se abrió de golpe, estrellándose contra la pared.

—¡ALTO! —bramó Mac—. Manos arriba.

El metamorfo gruñó a Mac, y luego dirigió la mirada hacia Ruby, que seguía sentada contra la pared. Tan deprisa que Sophie apenas podía seguir sus movimientos, el metamorfo se volvió y saltó hacia Ruby, con el cuchillo en la mano apuntando directamente hacia ella.

Sophie apenas había dado un paso hacia el intruso, con el cuchillo preparado, cuando sonó un disparo ensordecedor en el pequeño apartamento. El hombre cayó al suelo como una marioneta con las cuerdas cortadas, aterrizando a los pies de Ruby. Pateando el cuchillo de la mano del hombre, Ruby saltó del suelo y se apiñó junto a Sophie en la entrada de la cocina. Juntas observaron cómo Mac ponía al hombre boca arriba y le tomaba el pulso. Sophie lo supo antes de que Mac apretara los dedos contra el cuello del metamorfo. Una sensación de muerte ya había empezado a llenar el pequeño apartamento de Sophie. El rostro del hombre había empezado a recuperar su forma humana, lo que confirmaba aún más la muerte del metamorfo.

Empujando a Ruby, Sophie se unió a Mac, mirando fijamente el rostro del hombre.

—¿Te resulta familiar? —preguntó.

Sophie se inclinó para mirar más de cerca y Mac se encogió de hombros.

—No creo haberlo visto antes —ahora que había recuperado su forma humana, el hombre aparentaba unos cuarenta años, tenía el

pelo oscuro con algunas canas y la tez morena. No había nada destacable en él. Parecía el tipo de hombre del que te olvidas cinco minutos después de conocerlo.

—Ah, sí, le conozco —dijo Ruby directamente detrás del hombro de Sophie. Sophie se apretó más a Mac, asustada por no haberse dado cuenta de que Ruby se acercaba sigilosamente por detrás—. Cuando rastreaba a Alphonse, vi a este tipo con él varias veces. ¿Lo conoces, Mac?

Mac asintió bruscamente, empezando a responder, pero una voz alarmada lo interrumpió.

—¿Sophie? ¿Están todos bien? He llamado a la policía.

—¡Birdie! —exclamó Sophie, acercándose a grandes zancadas a su arruinada puerta principal para evitar que su vecina entrara y viera al hombre muerto tendido en un charco de sangre en el suelo de su salón —. Todos estamos bien. Alguien entró, pero Mac lo detuvo.

Con un suave tirón, Sophie condujo a Birdie de vuelta a su apartamento, asegurándole varias veces que estaba perfectamente ilesa.

—Quédate aquí con la puerta cerrada. Iré a buscarte cuando llegue la policía. Seguro que querrán hablar contigo. ¿Puedes hacerlo por mí?

Con el miedo grabado en el rostro, Birdie se aferró un momento a la mano de Sophie antes de entrar de mala gana en su apartamento. Sophie esperó a oír el chasquido del cerrojo antes de volver a su casa. Cuando Sophie regresó al apartamento, Mac estaba ocupado con el teléfono y Ruby estaba sentada en el sofá, hojeando despreocupadamente la pila de novelas que había en una mesa auxiliar.

—Nada de novelas románticas, ¿eh? No me sorprende —Ruby volvió a colocar los libros sobre la mesa con un suspiro de decepción.

—¿Cómo has entrado en mi piso? —preguntó Sophie, ignorando la indirecta sobre su elección de material de lectura.

Antes de que Ruby pudiera contestar,

—¡POLICÍA! ¡Manos arriba! —retumbó en la entrada de su casa.

Todo un equipo SWAT, armado hasta los dientes, irrumpió en el piso de Sophie mientras Mac explicaba que era un agente y Sophie y Ruby se quedaban paralizadas con las manos en alto. Una vez que aseguraron el apartamento, lo que solo les llevó un minuto, hicieron que Sophie y Ruby aparcaran el culo en el sofá mientras aseguraban la escena.

Sin perder de vista a Mac mientras hacía llamadas y dirigía a todo el mundo a su alrededor, Sophie respondió a unas cuantas preguntas de un agente indiferente sobre lo que había ocurrido. A Sophie le

empezó a rugir el estómago y se preguntó si no sería inapropiado preguntar por su cruasán.

De repente, Sophie pudo oír la voz de su casero en el pasillo.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué ha hecho ahora? Estoy harto de sus estupideces. Si la detienen, por fin podré desahuciar su molesto culo.

—Señor, no puede entrar ahí. Es la escena de un crimen. Tiene que irse. AHORA.

Sophie se mordió los labios mientras escuchaba las protestas balbuceantes de Moe. Hacía tiempo que quería echarla de Cafecita, y sabía que Moe utilizaría el allanamiento para presionar. La cabeza de Mac se apartó del agente con el que discutía en voz baja y miró al pasillo. Un depredador se asomó por sus ojos azules.

La mirada gélida de Mac llenó a Sophie de sentimientos cálidos mientras salía por la puerta rota de su apartamento. La cara de asesino de Mac no debería provocarle tales emociones, pero se las provocó. Casi se sintió mal por Moe. Casi.

Los derechos de los inquilinos eran bastante buenos en San Francisco, así que a Moe le costaría mucho echarla. Y Sophie lucharía felizmente contra él con uñas y dientes antes de dejar que la echara del primer lugar que sentía como su hogar. Solo podrían separarla de Cafecita y Birdie con una palanca y quizá algo de dinamita.

Sophie no sabía lo que había hecho Mac, pero oía las ruidosas protestas de Moe morir de muerte rápida desde su posición en el sofá.

—¿Quién es? —preguntó Ruby.

—Mi casero —Sophie se encogió de hombros. Ruby arrugó la nariz en señal de simpatía.

Un minuto después, Mac entró en su apartamento, sin ver a Moe por ninguna parte, con el asesinato aún en los ojos. Tras unas palabras rápidas con el oficial al mando, se dirigió en su dirección, pero una llamada en su teléfono lo detuvo. Al mirar la pantalla, Sophie vio cómo se le caían los hombros. Solo el jefe de policía, Wilford Dunham, podía poner esa expresión en la cara de Mac.

Sophie deseó poder leer los labios mientras veía a Mac murmurar al teléfono. La llamada no duró mucho, pero no le gustó la expresión de la cara de Mac: una combinación de frustración y resignación. Cuando colgó la llamada y se metió el teléfono en el bolsillo, Mac parecía querer romper algo.

—¿Siempre está tan malhumorado? —preguntó Ruby, observando con perplejidad la ira de Mac.

—Sí —Sophie notaba el calor en su voz, pero no podía evitarlo. Ruby parecía pensar que Sophie había perdido la cabeza.

—¿Está todo bien? —preguntó Sophie cuando Mac se detuvo

delante de ellas.

Mac se encogió de hombros.

—El jefe quiere que vayamos todos a comisaría ahora mismo. Dice que no es negociable. Quería que las revisara un paramédico, pero dice que debemos ir ahora porque Marcella quiere verlas a las dos. Le dije que no iba a arriesgar su salud por una reunión, así que va a tener que esperar. Me importa una mierda.

Ambas hermanas le aseguraron que no estaban heridas ante la mirada escéptica de Mac. Sophie decidió no mencionar sus costillas doloridas. De todos modos, solo estaban magulladas. Nada que un par de días de reposo no pudieran arreglar.

Tras quitarse el pijama, Sophie siguió a Mac junto a Ruby. En el destartalado pasillo, Birdie hablaba con un agente. Parecía asustada y frágil, agarrando las solapas de su bata de flores para mantenerla cerrada sobre el camisón. La culpa se arremolinó en el vientre de Sophie. Ella había llevado esto a la puerta de Birdie. ¿Y si le hubiera pasado algo? Sophie nunca se lo habría perdonado.

—Sophie —exclamó Birdie cuando las vio—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Alguien entró y me atacó, pero Mac y Ruby me ayudaron a repelerlo.

Los ojos de Birdie se abrieron tanto que una pequeña parte de Sophie se sintió divertida a pesar de las circunstancias. Entonces se dio cuenta de que Ruby estaba de pie justo detrás de Sophie y parecía que iba a desmayarse.

—Vaya. Dijiste que era tu gemela, pero es una copia exacta —Birdie se inclinó más hacia ella, mirando a Ruby como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—Sí —contestó Sophie, impregnando su voz de la mayor decepción posible. Ruby la golpeó entre los omóplatos en represalia, haciendo que se le dibujara una pequeña sonrisa en la cara—. Birdie, ésta es mi hermana Ruby Rivers. Ruby, ésta es mi vecina y mejor amiga, Birdie.

Ruby pasó por delante de Sophie, tirando de Birdie en un abrazo sorpresa.

—¡Dios mío! Encantada de conocerte —Birdie lanzó a Mac y Sophie una mirada de sálvame mientras acariciaba suavemente la espalda de Ruby como si fuera una niña perdida.

—Pareces muy dulce para ser... ¿cómo la has llamado, Sophie? Ah, es verdad. Una asesina sociópata.

—Prefiero vigilante —corrigió Ruby, el sarcasmo de Birdie sobrevolaba su cabeza. Ruby se apartó del abrazo y deslizó las manos entre las de Birdie—. Deberíamos intercambiar números. Cualquier amiga de Sophie es amiga mía.

—Eh... —Birdie lanzó a Sophie otra mirada suplicante.

—No —la interrumpió Sophie—. Ni hablar. Ni siquiera me gusta que tengas *mi* número.

—Tenemos que irnos —recordó Mac, empujando al grupo hacia las escaleras.

Sophie observó que Birdie parecía tan sorprendida y posiblemente ofendida por la personalidad de animadora psicópata de Ruby que ni siquiera flirteó con Mac como de costumbre.

Mientras atravesaban el minúsculo vestíbulo, Moe asomó la cabeza por la puerta de su apartamento del primer piso para mirar a Sophie con el labio curvado por el disgusto. Las luces estroboscópicas de un coche patrulla que estaba delante le iluminaban la cara en ráfagas chillonas, distorsionando sus rasgos hasta convertirlos en una máscara grotesca. Sophie le devolvió el desprecio con uno propio, pero el gruñido grave de Mac hizo que Moe volviera bruscamente a su apartamento y cerrara la puerta de un portazo.

—No me agrada —refunfuñó Mac, mirando la puerta cerrada.

—A nadie le agrada. Ignóralo como hago yo —le aconsejó Sophie, tirando de Mac a través del vestíbulo y hacia la puerta principal.

El sedán gris de Mac estaba aparcado en su sitio habitual, junto a Cafecita. Cuando Ruby intentó sentarse en el asiento del copiloto, Sophie la controló con la cadera, obligándola a apartarse de la puerta del copiloto.

—¡Pero si ya me he sentado! —se quejó Ruby, haciendo un mohín exagerado a Sophie.

—Privilegios de novia. Ese puesto es mío de por vida. Así que sienta el culo en el asiento trasero y cállate.

Ruby resopló molesta, pero se sentó en el asiento trasero sin más quejas. Extendiendo la mano por la consola central, Mac entrelazó los dedos con los de Sophie y le dio un apretón.

—¿Estás bien de verdad? —cuando Sophie le aseguró que estaba ilesa, miró por el retrovisor a Ruby, que canturreaba en el asiento trasero—. Gracias, Ruby. Podría haber sido demasiado tarde si no hubieras llegado antes que yo.

—De nada.

—¿Cómo has entrado en mi piso? —volvió a preguntar Sophie. No pudo ser por la puerta principal, porque Mac siempre estaba atento a la seguridad desde que Sophie vivía en el Tenderloin. Siempre había suficiente delincuencia callejera como para que insistiera en que Sophie tomara las debidas precauciones, como mantener siempre echado el cerrojo de la puerta principal.

—Otra vez por la ventana de tu habitación. Deberías mantenerla cerrada.

—Vivo en el tercer piso —dijo Sophie con rotundidad. No había

nada cerca que Ruby pudiera haber utilizado para acceder a su apartamento; habría tenido que trepar por una superficie plana para llegar hasta su ventana.

—¿Cómo sabías que Sophie estaba en problemas? —preguntó Mac, desviando el hilo de los pensamientos de Sophie.

—Oh, eso es fácil. Soñé que acababas de despertarte y creías que Mac estaba en tu puerta. Entonces ese hombre lobo entró en la habitación, gruñón y aterrador. Me desperté y le envié un mensaje a Sophie diciéndole que saliera de ahí.

—Metamorfo lobo —corrigió Sophie distraídamente—. No les gusta que les llamen hombres lobo.

—Tiene sentido —respondió Mac—. En cualquier caso, gracias, Ruby. Te lo debo.

Sophie también estaba a punto de darle las gracias a Ruby a regañadientes cuando le vino una idea a la cabeza.

—Espera —dijo Sophie, con las cejas fruncidas por la confusión—. ¿Cómo has llegado tan rápido a mi casa? Si estabas soñando conmigo, eso significaba que estabas dormida. No pudieron pasar más de unos minutos desde tu mensaje hasta que apuñalaste al metamorfo.

Sophie se volvió y miró a su hermana, que parecía avergonzada. Parecía que intentaba encogerse en su asiento.

—Explícate —exigió Sophie cuando Ruby no le respondió inmediatamente.

—Bueno… Cuando Marcella me ofreció el trabajo, incluía los gastos de manutención. Le pedí que viviera cerca de ti. Le dije que queríamos vivir cerca para conocernos mejor.

—¿Cerca de mí? Has llegado en apenas cinco minutos. ¿Dónde vives *exactamente*?

—Al otro lado de la calle.

Por un momento, Sophie se quedó mirando a su hermana. Sin palabras, Sophie parpadeó, intentando averiguar cómo explicarle a Ruby lo inaceptable y francamente acosador que era que se hubiera mudado a propósito a un sitio justo enfrente.

—Tienes que mudarte. Inmediatamente.

Un silencio indignado procedente del asiento trasero llenó el vehículo antes de que Ruby hiciera un ruido de enfado.

—¿Así de grosera eres? ¿Dónde está mi “Gracias por salvarme la vida, Ruby”? ¿Dónde está mi “¿Qué está pasando en tu vida? ¿Cómo va el nuevo trabajo?” —espetó Ruby con una voz chirriante y extraña —. Gracias por preguntar, Sophie. Me va bien, aparte de tener una hermana súper desagradecida. El trabajo es aburrido en su mayor parte. Deberías *alegrarte* de que viva cerca. Si no hubiera estado tan cerca, ese tipo metamorfo probablemente te habría matado.

—Yo no hablo así —gruñó Sophie antes de exhalar un suspiro tranquilizador. Conseguir que Ruby se comportara como un ser humano normal iba a ser un ejercicio de contención y paciencia—. Lo siento *mucho*, Ruby —simplificó Sophie—. Gracias por venir a rescatarme y apuñalar a aquel tipo. ¿Qué tal estás? Me alegro de que te vaya bien. Siento oír que el nuevo trabajo es aburrido.

—Uf, es la primera vez que por fin hablamos y ahora solo eres una....

—¡Ruby! —interrumpió Sophie—. Te he dado las gracias. Pero tienes que entender que no quiero que te metas a codazos en mi vida.

—*No* me estoy metiendo a codazos. Tengo derecho a mudarme donde quiera. Esta ciudad no es tuya.

Sophie gruñó de frustración.

—Dios santo, de verdad que *son* hermanas —susurró Mac con fingido horror. Dio un escalofrío exagerado que le valió un dedo corazón de Sophie.

El sentido de la autopreservación de Ruby acabó por hacer efecto, porque afortunadamente se quedó callada durante el resto del trayecto hasta la comisaría.

2

Tras llegar a la comisaría, Mac las condujo a una sala de conferencias de la planta dedicada a la división Mítica del cuerpo. Dejó solas a las hermanas para que fueran a localizar a Dunham y Marcella. Ruby seguía haciendo pucheros en silencio, así que el único ruido que había en la anodina sala era el tic-tac de un reloj.

—¿Qué haces exactamente para Marcella? —preguntó por fin Sophie, incapaz de soportar el silencio ni un minuto más.

—No mucho. Finjo ser su ayudante y estrecho tantas manos como puedo. Luego, si saco una visión de alguien, le cuento a Marcella el asesinato que cometió esa persona. O asesinatos, en realidad. Algunos de estos tipos han estado muy ocupados. Entonces ella decide qué hacer con ellos. Eso es todo.

—¿Nadie se pregunta por qué una Fae como Marcella tiene a un humano trabajando para ella? Sabes que está al mando del Cónclave, ¿verdad? ¿La sociedad supersecreta a cargo de todos los Míticos de San Francisco?

—Tiene una especie de iniciativa que intenta atraer a los humanos al "redil". Es como un programa de divulgación. Todo el mundo me trata como a una mascota poco inteligente. Me dan muchas palmaditas en la cabeza, como si pensaran que soy un cachorro o algo así. Los Míticos son raros.

La sartén dijo al cazo.

Un rápido golpe en la puerta de la sala de reuniones interrumpió cualquier otra pregunta de Sophie. Conociendo a Marcella, estaba utilizando la capacidad de Ruby para ver si la gente cometía asesinatos como forma de conseguir más poder mediante el chantaje y el soborno.

Larry Turner asomó la cabeza en la habitación, inclinando su sombrero de fieltro hacia ellas como un caballero de los viejos tiempos de una película en blanco y negro. Larry era un hechicero que Sophie había conocido hacía poco, cuando intentaba detener la ola de asesinatos de su hermana. Era un charlatán encantador, así que a Sophie no le sorprendió que pareciera encantado de verlas.

—¡Eh, mira, son las hermanas del caos! No pensé que volvería a verlas por aquí tan pronto.

—Hola —dijo Ruby, revolviéndose un mechón de pelo y guiñando

los ojos a un Larry divertido—. ¿Te acuerdas de mí?

—¿Cómo iba a olvidarme de ti? —respondió Larry, haciendo que Ruby se riera—. Si tanto querías verme, estaré encantado de darte mi número. No necesitas meterte en líos como excusa para visitarme.

Uf, estoy que vomito.

—No sé si he entendido tu nombre, Sr. Detector de Mentiras.

—Soy el detective Larry Turner, Hechicero Extraordinario —respondió Larry, quitándose el sombrero con una floritura e inclinándose ante Ruby. El gemido de agonía de Sophie quedó ahogado por la risita inútil de su hermana.

—¿Un hechicero? ¿Significa eso que puedes lanzarme un hechizo de amor?

Larry pareció momentáneamente tentado antes de mirar su reloj.

—Marcella y Dunham están de camino y llegarán en unos minutos. Les he traído café y donuts porque pensé que tendrían hambre.

—Eres oficialmente mi hechicero favorito, Larry —alabó Sophie, ya no molesta por su presencia.

—¿A cuántos hechiceros conoces? —se burló Larry.

—Solo a ti. Pero eso no cambia el hecho de que seas mi favorito.

—Están rancias —advirtió Larry, acercando la caja de rosquillas a Sophie.

—Me da igual —Sophie cogió el único donut de chocolate que quedaba. Ruby la miró molesta cuando vio que solo quedaban unos rellenos de gelatina. *Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente*. Sophie le dio un enorme mordisco a su desayuno, emitiendo un exagerado "mmmm" por el sabor. Ruby se burló y le dio la espalda, ignorando la caja de donuts casi vacía.

—Tenemos que dejar de vernos así —le dijo Ruby a Larry.

—Sigues acabando aquí, en la comisaría, y tendremos que conseguirte tu propio escritorio.

—Podría compartir el tuyo —ofreció Ruby con un exagerado aleteo de ojos, su voz goteaba insinuaciones.

—Tengo un escritorio... bastante grande que podríamos compartir.

Sophie puso los ojos en blanco. Si no estuviera hambrienta, su coqueteo la habría hecho dejar de desayunar.

—Por Dios, haz que pare —rezó Sophie, haciendo que los dos idiotas de la habitación soltaran una carcajada.

Un carraspeo detrás de Larry hizo que éste se enderezara y su rostro adoptara una expresión de plácida profesionalidad. Retrocediendo, Larry mantuvo la puerta abierta mientras Dunham, Marcella y Mac entraban en la habitación. Luego se marchó sin decir palabra.

—Hola, jefa —saludó Ruby a la líder Fae del Cónclave. Marcella

tenía una cara de sufrimiento que hizo que Sophie quisiera sonreírle. No podía despertar ni una sola gota de simpatía por Marcella. Si tanto había deseado utilizar el don de Ruby como para sacarla de la cárcel, entonces Marcella se merecía cada molesto segundo que tuviera que pasar con ella.

—Buenos días, Ruby. Y Sophie. Me alegra ver que las dos están bien. Siento que sigamos encontrándonos en estas circunstancias. Es inaceptable que te atacaran en tu casa. Ya estamos investigando el asunto y tomaremos las medidas necesarias para que no vuelva a ocurrir. Estamos intentando determinar por qué te atacaron.

Girándose en su asiento, Mac dirigió a Marcella una mirada incrédula.

—¿Hablas en serio? Es obvio por qué Sophie era el objetivo. Era Thomas Castillo, de la manada del Distrito Sunset. Pertenecía al círculo íntimo de Alphonse. Está claro que Antonio lo envió para matar a Sophie en represalia por la muerte de su hermano. Thomas estaba esperando a que me fuera para colarse en el apartamento de Sophie. Todo el mundo sabe que Antonio ha culpado a Sophie y a Ruby del asesinato de Alphonse.

—Estoy de acuerdo. Pero no tenemos ninguna prueba concreta de que Antonio estuviera detrás de este ataque, y necesito algo más que especulaciones —argumentó Dunham.

Mac se burló.

—¿Qué ha dicho Antonio cuando le has interrogado?

—Se ha negado a venir —explicó Marcella, agitando una mano desdeñosa cuando Mac emitió un sonido de indignación.

—Como está en su derecho —afirmó Dunham en voz alta cuando Mac empezó a levantarse de la silla—. Siéntate. No podemos obligar a Antonio a venir aquí a menos que tengamos pruebas reales de que está detrás de este ataque. Sin embargo, he conseguido que se ponga al teléfono. No puedo decir que me sorprenda, pero ha declarado que no tuvo nada que ver con el metamorfo que atacó a Sophie. Niega todo conocimiento y responsabilidad. Afirma que fue un metamorfo solitario superado por su dolor que decidió atacar a Sophie por su cuenta.

—Mentira. Es imposible que uno de los miembros de su manada atacara a una civil sin su orden explícita.

—Hasta que no tengamos pruebas, debemos creer en su palabra. Antonio dice que Thomas se volvió rebelde y que se perdió en su dolor por la muerte de su alfa. Y a menos que tengamos una forma de demostrar la implicación de Antonio, tengo las manos atadas. El Cónclave emitirá una advertencia formal, pero eso es todo lo que podemos hacer —explicó Marcella.

Todo un comité de poderosos seres mágicos, ¿y lo mejor que pueden hacer es una advertencia? Es una actitud muy débil, pensó Sophie.

—Estamos vigilando a Antonio. Si se pasa de la raya, lo apartaremos de su manada —les aseguró Marcella.

—Eso es inaceptable. Seguirá enviando lobos tras Sophie y Ruby hasta que alguien de ellos lo consiga. Una "advertencia" del Cónclave no le frenará ni un minuto. Como mínimo, creo que ambas necesitan más seguridad. Hechizos y protecciones en sus apartamentos y lugares de trabajo. Quizá incluso un equipo de seguridad para las dos —exigió Mac.

—Vaya. Espera un momento —empezó a protestar Sophie.

Marcella se aclaró la garganta y dirigió a Mac una mirada tranquilizadora.

—En realidad... se ha presentado una oportunidad que sacará a Sophie y a Ruby de la ciudad y las alejará de cualquier peligro inmediato mientras nos ocupamos de las repercusiones de la muerte de Alphonse. Podré ejercer más presión sobre la manada mientras estén fuera de nuestro camino. Con suerte, le dará a Antonio tiempo suficiente para recuperarse de su pérdida y entrar en razón.

Mac puso los ojos en blanco ante aquello.

—¿Qué oportunidad? —preguntó Sophie.

—Ya iba a asignar a Ruby y al detective Volpes a esta misión, pero será una buena oportunidad para sacaros a los tres de la ciudad. Según los últimos acontecimientos, resulta que el don de Sophie será probablemente el más útil. Parece casualidad.

—Espera... ¿Qué misión? ¿Por qué es la primera vez que oigo hablar de ella? —preguntó Mac.

—Hice la petición a través de Dunham hace solo unos días.

Sophie vio que Mac se ponía nervioso, así que interrumpió.

—¿Cuál es el encargo?

—¿Has oído hablar de Cascadia? —preguntó Marcella.

Antes de que Sophie pudiera responder que no, Mac se enderezó aún más en su silla, inclinándose sobre la superficie.

—¿Cascadia? —repitió—. ¿Está ocurriendo algo en Cascadia? ¿Lo sabe mi padre?

—Te lo pidió expresamente.

—Por supuesto que lo hizo.

—¿Cuál es la misión? —exigió Sophie, molesta por ser ignorada.

—Han ocurrido cosas extrañas en Cascadia, concretamente en la ciudad de Murias. Es el primer asentamiento creado específicamente para que humanos y Míticos coexistan pacíficamente, cada uno completamente consciente de la existencia del otro. Es el modelo que espero que el resto del mundo pueda adoptar algún día. Mi iniciativa

y mi reputación están en juego si Murias fracasa. Su modo de vida debe tener éxito.

En el mundo moderno de los teléfonos móviles, el reconocimiento facial y la vigilancia constante, Sophie se había preguntado en más de una ocasión cómo los Míticos habían permanecido ocultos durante tanto tiempo. Le parecía que era cuestión de tiempo que los Míticos salieran a la luz. Burg le decía que los humanos ignoraban lo que no comprendían, pero ella pensaba que subestimaban el peligro. Sophie solo podía imaginar la reacción de la humanidad si todos descubrían que las criaturas que hacen ruido por la noche eran reales. Si los Míticos estaban creando modelos para coexistir pacíficamente, quizá ella no era la única que había pensado lo mismo: que solo era cuestión de tiempo que la existencia de los Míticos fuera de dominio público.

—Recientemente han aparecido algunos cadáveres sin identificar. No hay nada terriblemente inusual en algunas muertes, pero no han podido descubrir quiénes eran, lo cual *es* extraño. Quiero que Ruby y Sophie se dirijan a Murias y utilicen sus dones para ver si pueden encontrar al asesino. O asesinos, supongo. Ruby puede tocar a cualquier sospechoso, y Sophie puede extraer visiones de muerte de los cadáveres de la morgue. Y como detective, puedes investigar discretamente lo que ocurre en la ciudad, Mac.

—¿Cuántos cadáveres? —preguntó Mac.

—Dos, seguro. Quizá más.

—Es un pueblo Mítico. ¿Dos muertes? Eso no justifica una llamada de mi padre.

—Sí lo justifica cuando no podemos averiguar exactamente cómo los mataron o quiénes eran. Ninguna de las dos personas estaba en ninguna base de datos, ni siquiera en la Mítica —aquello hizo que las cejas de Mac se alzaran ligeramente.

—El primer cadáver no reclamado era un Fae que parecía haber sido torturado —explicó Marcella. Mac aún parecía poco convencido, pero Sophie se dio cuenta de que empezaba a sentirse intrigado—. Pero la muerte más reciente provocó una llamada del sheriff. Al parecer, hay algo muy raro en el cadáver. Dijo que el cuerpo parecía un cuadro de Picasso.

—Asco —dijo Ruby, arrugando la nariz.

—Su tapadera es que todos están en la ciudad para visitar a tu padre con tu novia y su hermana y para vivir el festival de la Luna del Cazador. Habrá muchos turistas en la ciudad, así que la presencia de ustedes no parecerá fuera de lugar. La afluencia de visitantes a la zona debería permitirte pasar desapercibido —explicó Dunham.

—Es una oportunidad para demostrar que pueden trabajar en equipo y que sus habilidades merecen el tiempo y el esfuerzo que he

invertido en ustedes —añadió Marcella—. Es perfecto porque te saca de la ciudad y del alcance de la manada del Distrito Sunset. Además, si fracasas allí, no se reflejará en mí. Demuéstrame que tienes aptitudes para formar parte del equipo.

¿Equipo? ¿De qué está hablando? No me ha dedicado nada a mí, pensó Sophie. Supuso que Marcella se refería sobre todo a Ruby, porque Sophie ya había demostrado su valía una docena de veces. Todos los casos de asesinato que había ayudado a resolver hablaban por sí solos. Y, sinceramente, no podía importarle menos que Marcella pensara que era "digna".

Al ver el brillo en el rostro de Ruby, Sophie se dio cuenta de que el pequeño discurso de Marcella había encendido un fuego en su hermana. Sophie no tenía nada que demostrar, pero parecía que Ruby no pensaba lo mismo.

—¿Cuándo tenemos que irnos? —preguntó Mac.

—Hoy, si es posible. Te quiero en el sitio y trabajando en este caso lo antes posible. Tu padre te está esperando.

—Tus casos abiertos serán reasignados. Ésta es tu máxima prioridad —informó Dunham a Mac. Mac no dijo nada, pero Sophie pudo ver la flexión del músculo de su mandíbula mientras apretaba los dientes. Un silencio indignado fue la única respuesta que pudo reunir para su jefe. Dunham no pareció inmutarse ante la mirada agraviada de Mac.

Parecía que pedirles que aceptaran el encargo no era más que una formalidad. ¿Acaso decir que no era una opción? *Probablemente no*, decidió Sophie.

—¿Y el apartamento de Sophie? La puerta de su casa está destrozada y hay que limpiarla para que vuelva a ser habitable. ¿Y su trabajo? —preguntó Mac.

—Hoy enviaré a alguien para que se ocupe de su apartamento. Y haré que instalen un sistema de seguridad, tanto mágico como mundano. También haré que la morgue aclare su ausencia. Estoy segura de que el forense jefe comprenderá que necesito tu ayuda —dijo Marcella, haciendo caso omiso de las preocupaciones de Mac con un indiferente encogimiento de hombros.

—Yo también quiero que instalen un sistema de seguridad en el piso de mi vecina —exigió Sophie, deseosa de que Birdie tuviera el mismo nivel de seguridad—. Si quieres que te ayude con lo que sea que esté ocurriendo en Cascadia mientras las cosas se calman con los metamorfo lobo, entonces quiero que protejan a mi vecina Alberta Gafferty.

—Trato hecho —confirmó inmediatamente Marcella—. Me aseguraré de que así sea.

—Supongo que nos dirigiremos a Murias —dijo Mac.

3

Sentada en el asiento delantero del coche de Mac, Sophie lo observó ir y venir delante del parachoques con el móvil pegado a la oreja. Le gustaría poder oír lo que decía, pero decidió que la conversación que Mac estaba manteniendo con su padre era privada, a menos que él decidiera compartir algún detalle con ella.

Al terminar la llamada y meterse el teléfono en el bolsillo, Mac miró a Sophie durante un minuto a través del parabrisas. Giró la cabeza como hacía a veces para aflojar la tensión de los hombros antes de deslizarse en el asiento del conductor con un suspiro.

—Mi padre dice que nos va a conseguir unas habitaciones en la posada local, así que deberíamos tener todo listo para alojarnos.

—¿Tu padre es el sheriff? —confirmó Sophie mientras Mac se incorporaba al tráfico.

—Sí. Tras la muerte de mi madre, dejó de querer ser alfa. Dijo que su deseo de serlo murió con ella. Se dirigió a Cascadia para retirarse después de dimitir, dejando a mi hermana al cargo de la manada. El Cónclave no tardó en pedirle que fuera sheriff de Murias. Era perfecto para el puesto. Era el que más experiencia tenía en la zona, y el Cónclave tenía un gran interés en que Cascadia fuera un éxito. Había sido sheriff de Civitas durante años y es un viejo y duro metamorfo alfa. Si alguien puede dirigir una ciudad de Míticos inadaptados, ése es el hombre que mantuvo bajo control a una familia de zorros rebeldes durante treinta años.

—¿Le parece bien que vayamos a la ciudad?

—Sí. No le he visto desde Pascua, así que está encantado de ponerse al día. Y está deseando conocerte. Sobre todo, quiere detener a ese asesino que está “trasteando en su ciudad”. Dice que la semana pasada envió al Cónclave una solicitud para que viniera a investigar. Marcella le llamó y sugirió que su nuevo “asesor” también podría ayudar.

—¿Sabe lo que puedo hacer? —preguntó Sophie.

—No específicamente. Sabe que tienes una magia que puede ayudar. Le dije que nos conocimos en el trabajo, así que sabe que has trabajado en casos anteriores conmigo. Quería que tú decidieras cuánto debe saber. Lleva años dirigiendo una ciudad Mítica, así que dudo que se inmute si conoce tu habilidad. Y no se lo dirá a nadie —

prometió Mac.

Sophie no sabía cómo sentirse. Nunca la habían llevado a casa para "conocer a la familia". Se le revolvía el estómago de pensarlo.

La relación entre Mac y ella solo tenía unos meses. Le parecía un paso demasiado grande para el que Sophie no estaba ni remotamente preparada. Le daba náuseas pensar en conocer a la familia de Mac. No era el tipo de persona que alguien querría "llevar a casa". Decir que Sophie era un poco tosca sería quedarse corto. Aunque, hay que reconocerlo, Mac no la traía a casa solo para conocer a la familia. Le habían asignado un caso en la ciudad donde el padre de Mac era el sheriff.

Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que iba a conocer al padre de Mac. Aunque estuvieran en Murias por un caso, quería caerle bien a su familia. O les caía bien o no. Sophie era quien era y no podía cambiar eso, no lo haría, ni siquiera por el chico del que se estaba enamorando.

Una campanada del teléfono de Mac sacó a Sophie de sus pensamientos, que se perseguían unos a otros como un perro a su cola.

—Oh, bien —dijo Mac, mirando la pantalla—. Larry va a reunirse con nosotros en tu casa para establecer un perímetro de seguridad mientras haces la maleta.

—¿Cuánto debo empacar?

—Yo diría que al menos para cinco días. Aunque resolvamos los crímenes el primer día, deberíamos quedarnos hasta el último día del festival de la Luna del Cazador. Cascadia es famosa por ello.

—¿Cascadia es un condado, una ciudad o algo así? ¿Dónde está exactamente? —preguntó Sophie, estrujándose el cerebro para recordar si alguna vez había oído hablar de aquel lugar.

—Es una especie de país inventado —dijo Mac encogiéndose de hombros.

—¿Qué? ¿Un país inventado? ¿Es Narnia o algo así? —bromeó Sophie, haciendo reír a Mac.

—Vale, pues Cascadia abarca la mayor parte del noroeste del Pacífico, sobre todo Oregón, Washington y parte de la Columbia Británica. Se extiende a lo largo de la costa desde el norte de California hasta el sur de Alaska. Debe su nombre a la cordillera de las Cascadas. Está repleto de locos por la vida al margen de la red, guerreros ecológicos, empresas madereras y un montón de Míticos, sobre todo metamorfos que prácticamente corren salvajes por los bosques. Durante varias décadas ha habido un pequeño impulso para convertir la zona en su propio país. La mayoría de la gente cree que se trata de un movimiento de conservacionistas y ecologistas extremos, pero, en realidad, es un grupo de Míticos que intenta crear la primera

nación para que humanos y Míticos vivan juntos en “perfecta armonía” —el tono de Mac expresó lo que pensaba al respecto.

—¿No crees que sea posible? ¿Que humanos y Míticos vivan juntos? —preguntó Ruby desde el asiento trasero. Había estado tan callada que Sophie casi había olvidado que seguía en el coche.

—En pequeños grupos, como en Murias, creo que puede funcionar. Pero cuando pides a toda la humanidad -en masa- que acepte a los Míticos... Creo que provocaría el pánico y posiblemente una matanza masiva. No confío en que los humanos actúen racionalmente. Hay demasiados chiflados por ahí.

—¿Crees que los Míticos pueden permanecer ocultos para siempre? ¿No crees que es inevitable que acaben descubriéndolos? —argumentó Sophie.

Cuando llegaron a Cafecita, el coche patrulla seguía delante, pero al menos las luces ya no parpadeaban. Detrás del coche de policía estaba la furgoneta de transporte del forense. Sophie vio cómo algunos miembros del personal de día de la morgue cargaban en el vehículo una camilla con una bolsa negra para cadáveres que le resultaba familiar.

Un agente los detuvo con la mano levantada antes de que pudieran entrar en el vestíbulo de Cafecita. Les explicó que tenía que mantener a la gente alejada de la escena del crimen, que solo el personal autorizado y los residentes aprobados podían pasar por la puerta principal. Parecía bastante hinchado y orgulloso de ese hecho. Dejó de hablar bruscamente en cuanto Mac le enseñó su placa. Mientras Mac hablaba con el agente en voz baja, Larry entró en el vestíbulo, con sus mocasines chirriando contra la desgastada baldosa de la entrada.

—Ya estás aquí —le dijo Mac a Larry—. Bien. Lleva a Ruby a su casa para que haga las maletas. Mientras estés allí, instala algunas medidas de seguridad básicas para que sepamos si alguien no invitado intenta entrar.

Dando la espalda al acobardado agente, Mac dio a Larry algunas instrucciones en voz baja antes de que él y Ruby volvieran a salir por la puerta principal. Sophie sintió que se le erizaban las cejas al ver a Ruby entrar en el edificio situado justo enfrente de Cafecita. *¿Tan poco observadora soy? Dios mío, tengo el instinto de supervivencia de un lemming*, pensó Sophie consternada. Ni siquiera se había dado cuenta de que Ruby estaba al cruzar la calle.

Al girarse, Sophie vio cómo Mac hablaba con el joven policía que montaba guardia en el vestíbulo.

—Te avisaremos cuando hayamos terminado en la escena del crimen. El detective Turner se unirá a nosotros en breve para ayudarnos a terminar —explicó Mac al hombre.

—Sí, señor —respondió el hombre—. Aquí están las llaves de la nueva puerta.

—Buen trabajo —dijo Mac, aceptando las llaves y dándole una palmada en el hombro antes de subir las escaleras con una divertida Sophie a cuestas.

—Mírate… convirtiéndote en un viejo blandengue —Sophie hurgó con los dedos en el costado de Mac, intentando localizar un poco de suavidad para demostrar su punto de vista. Pero no encontró nada: Mac le agarró los dedos tan rápido como un rayo. Chillando y riendo, Sophie trató de apartar la mano mientras él se vengaba de su burla fingiendo pellizcarle las yemas de los dedos. Arrastrándola a su lado, le dio un beso en la boca risueña. Mac le dirigió una mirada larga y penetrante, apartándole un mechón de pelo negro que le había caído en los ojos.

—Me has asustado, Soph. Cuando oí todos esos gritos y rugidos en tu apartamento, pensé que había llegado demasiado tarde.

—Yo también me asusté. No puedo creer que tenga que darle las gracias a Ruby por salvarme la vida. Otra vez —se quejó Sophie, haciendo que Mac sacudiera la cabeza en señal de conmiseración.

—Vamos, hellraiser. Acabemos con esto —dijo Mac, pero no hizo ningún movimiento para dirigirse hacia la puerta de su apartamento. Sophie dejó caer la cabeza sobre su hombro y le rodeó la cintura con los brazos. No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un abrazo hasta que sintió que la envolvía con sus brazos.

La sensación de sentirse observada acabó por arrancar a Sophie del abrazo. Mirando por encima del hombro de Mac, Sophie vio la rendija de la puerta de Birdie. Sophie miró fijamente esa rendija.

—Birdie —dijo Sophie, con un tono de advertencia cuando su mirada más dura resultó ineficaz contra su entrometida vecina.

—O me das algo que merezca la pena ver o vienes y me explicas qué demonios ha pasado esta mañana —exigió Birdie, abriendo la puerta con un resoplido. Sophie se alegró de ver que la expresión asustada de Birdie había desaparecido, sustituida por su típica expresión traviesa.

Birdie era una de las pocas personas que sabían que Sophie podía ver los últimos minutos de vida de una persona tocando su cadáver. Y sin duda era la única humana que lo sabía, aparte de Ruby, que en realidad no contaba. En ocasiones, Sophie se había preguntado si era mala idea que Birdie dispusiera de esa información: ¿podría ponerla en peligro? Sin embargo, Birdie era su mejor amiga. No podía imaginarse ocultándole algo tan importante. Birdie sabía descubrir todos los secretos que Sophie había intentado guardar. Se había dado cuenta de que algo le pasaba a Mac prácticamente antes que Sophie.

Aquella ancianita era demasiado observadora.

Le explicaron rápidamente lo del ataque del metamorfo, haciéndole saber a Birdie que estaban seguras de que Antonio estaba detrás del incidente. Birdie siguió dirigiendo a Sophie miradas cada vez más preocupadas hasta que le dijeron que ambos se iban de la ciudad. Parecía aliviada de que Sophie estuviera lejos de San Francisco y de la manada del Distrito Sunset.

Larry y Ruby doblaron la esquina mientras Birdie intentaba colarse en el viaje. Por suerte, Larry era una distracción suficiente como para que no tuvieran que insistir mucho. A juzgar por la cantidad de flirteos que Birdie le dirigió a Larry, ya se había olvidado de intentar unirse al viaje. Sophie estaba segura de que se había recuperado totalmente del susto de aquella mañana.

—¿Sabe Milton que flirteas con todos los hombres que conoces? —se burló Sophie.

—Milton y yo tenemos una relación abierta —informó Birdie a Sophie de forma arcada, haciendo que Larry se riera a carcajadas.

—Realmente me gustaría que fuera información de la que no dispongo —replicó Sophie con una mueca exagerada.

Como de costumbre, Birdie acusó a Sophie de mojigata. Lo que, a su vez, provocó que Sophie llamara a Birdie vieja verde. Le sentó bien recuperar una sensación de normalidad frente a toda la locura de su vida.

—Ya basta, ustedes dos. Sophie tiene que hacer las maletas y Larry tiene que poner algunas protecciones en el apartamento de Birdie —interrumpió Mac, arreando a Sophie hacia su apartamento.

—Venga conmigo, señorita Birdie. Estará más segura que una almeja cuando acabe —dijo Larry, llevando a Birdie de vuelta a su casa.

Después de que Mac abriera su nueva puerta, libre de rozaduras, Sophie se dirigió a su pequeño armario del vestíbulo para coger su bolsa de lona más grande, mientras Ruby las seguía dentro, pero se dirigía a la cocina. Sophie la vio abrir la puerta de la nevera y examinar el contenido con cara de decepción. Esta vez Sophie no tenía nada rico para que Ruby lo robara.

—Tengo que llamar a Reggie para avisarle de que no voy a ir a trabajar —anunció Sophie sacándose el teléfono del bolsillo trasero.

Al igual que ella, Reggie trabajaba en el turno de noche en la morgue, así que Sophie sabía que probablemente estuviera durmiendo. Pero esta llamada no podía esperar.

—¿Sí? —contestó una voz somnolienta al tercer timbrazo.

—Hola, Reggie. Soy yo.

—¿Soph? ¿Está todo bien?

Arrojando el bolso sobre el colchón, Sophie recapituló su mañana mientras se metía los artículos de aseo en un bolsillo lateral.

—Marcella ha pedido que Mac, Ruby y yo vayamos a Cascadia a investigar esos asesinatos y personas desaparecidas. No podré ir a trabajar esta noche y probablemente tampoco el resto de la semana. Lo siento.

—No lo sientas. Me alegro de que estés bien. Además, no es como si pudieras decirle que no al Cónclave cuando te envían a una misión.

—Lo sé, pero me siento mal. ¿Estarán bien en el trabajo?

—No te preocupes por nosotros. Estaremos bien. Tú solo ten cuidado en Cascadia y mantennos informados. Informaré a los demás de lo que ocurre —respondió Reggie. Sophie no entendía cómo había tenido tanta suerte de tener en Reggie a un amigo y jefe tan bueno.

Tras prometerle que lo llamaría a diario para mantenerlo al corriente de la misión, Sophie colgó y abrió un cajón de su cómoda. Sophie miró consternada el desordenado contenido. Nunca le habían preocupado demasiado los pensamientos de los demás sobre su aspecto o su forma de vestir. Llevaba lo que le gustaba y le importaba una mierda la opinión de los demás sobre su estilo. Pero nunca la habían llevado a casa de sus padres. No es que se *tratara* de ese tipo de situación. Pero aun así, Sophie estaba a punto de conocer al padre de Mac. Cuando pensó en ello, se le agolpó el sudor en las axilas. Si al padre de Mac no le gustaba, ¿cambiaría eso lo que Mac sentía por ella? Mac no parecía el tipo de persona que se dejara influir fácilmente por las opiniones de los demás. Pero se trataba de su padre... Además, probablemente debería parecer una profesional si se suponía que la gente de Murias iba a tomarla en serio.

—Si se supone que soy una “asesora” ¿debería vestirme elegante? —preguntó Sophie, alzando la voz para llegar hasta Mac en su salón. Se dio la vuelta y miró su armario con desánimo.

—No, lo que sueles llevar está bien —Mac entró en su habitación y miró dentro de su bolsa de viaje, casi vacía. Sophie le dirigió una mirada dudosa.

—¿De verdad? ¿Me tomarán en serio si llevo mi atuendo habitual? —preguntó Sophie, agitando una vieja camiseta de Fugazi ante Mac. Su risita no la tranquilizó—. ¿Por qué te ríes? Hablo en serio —Sophie volvió a sacudirle la camiseta para darle más énfasis.

—Ya verás cuando lleguemos a Murias. Nadie pestañeará ante tu forma de vestir. Te lo prometo. Además, para la mayoría del pueblo solo seremos turistas.

Bien. Si a Mac no le preocupaba su ropa, Sophie tampoco se preocuparía. Murias tendría que aprender a lidiar con sus botas de combate y sus camisetas de bandas musicales. Igual que el padre de

Mac.

Metió en la bolsa ropa suficiente para el resto de la semana, cerró la cremallera y la arrastró hasta el salón, donde descubrió que Larry estaba en la cocina, agitando las manos y murmurando conjuros en la ventana que había sobre el fregadero.

Sophie se sentó junto a Ruby en el sofá y vio cómo Larry sacaba una tiza y empezaba a escribir una serie de símbolos desconocidos en el alféizar de la ventana. Terminó con un "Finio" agitando las manos en el aire con un movimiento complicado. Una neblina azul resplandeciente brilló sobre la ventana como un campo de fuerza. Desapareció tan repentinamente como había aparecido, desvaneciéndose con un último destello. Cuando la ventana volvió a estar despejada, Sophie se dio cuenta de que las marcas de tiza alrededor de su ventana habían desaparecido como si se hubieran agotado o hubieran sido absorbidas por el edificio.

—¿Empacaste algunas armas? —preguntó de repente Ruby, señalando con la cabeza el equipaje de Sophie que había junto a la puerta principal.

—¿Qué? No —Sophie miró a Ruby para hacerle saber que pensaba que estaba loca.

Con un resoplido de decepción, Ruby se subió la pernera del pantalón, donde llevaba un cuchillo atado a la pantorrilla. Quitándose el cuchillo y la funda, le entregó el arma a Sophie.

—Las cosas te habrían resultado más fáciles si lo hubieras tenido a mano esta mañana. Deberías ir siempre armada.

Sophie intentó rechazar el cuchillo, pero Ruby se negó a devolvérselo. Ruby le clavó una mirada punzante en el tobillo hasta que Sophie cedió, se ató el cuchillo a la pierna y lo escondió bajo los vaqueros.

Intentando ignorar lo raro que le resultaba tener el bulto del arma bajo la pernera del pantalón, Sophie volvió a centrar su atención en Larry.

Al mirar al suelo, Sophie se dio cuenta de que la alfombra del salón había desaparecido. Ya estaba en el piso cuando se mudó y había tenido mejores días. No era una verdadera pérdida, pero tendría que encontrar algo para cubrir la moqueta descolorida de hacía décadas. En el lugar donde solía estar la alfombra quedaba un cuadrado bien definido. Sophie había pensado que la alfombra era de un marrón lúgubre. A juzgar por la parte recién descubierta de su suelo, era de color topo con un toque de melocotón. Sophie apostaría el contenido de su mísera cuenta corriente a que bajo la horrible alfombra se escondía un suelo de madera. *¿Por qué hacía eso la gente en los años ochenta?*

—¿No es genial? —susurró Ruby a Sophie sin aliento.

—¿Eh? —preguntó Sophie, aún distraída por el horrible suelo.

—Lo que Larry puede hacer. Si alguien con malas intenciones entra en tu casa, lo sabrás. Fue capaz de ponerlo en marcha solo con tu aura. ¿No es genial?

—Sí. La magia es increíble.

—¿Sabes si sale con alguien? —preguntó Ruby de parte a parte. Sophie miró fijamente a Ruby, luego miró al brujo que estaba en su apartamento, luego volvió a mirar a Ruby, que lo observaba con estrellas en los ojos. *¿En serio?*

Larry parecía el cantante de un grupo de ska funk, no un brujo. Sophie miró a Ruby con cara de "¿él?"

—¡Oye, Larry! —gritó Sophie, ignorando a Ruby mientras intentaba inútilmente hacerla callar, apartándole las manos de un manotazo—. ¿Estás soltero?

—Soltero como un Pringle.

—Sí, es un verdadero misterio por qué —contestó Sophie con tono inexpresivo.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Por fin estás dispuesta a dejar a ese zorro perdedor para tenerme todo para ti? —Larry movió las cejas como un aspirante a gigoló.

—Estoy aquí mismo —se quejó Mac al aire, extendiendo las manos en un gesto de "perdón".

—Yo no —dijo Sophie, dirigiendo la mirada hacia el rostro rojo como la remolacha de su hermana.

—Sophie —se quejó Ruby en voz baja—. Das mucho asco. Eres la peor hermana del mundo.

—Lo siento —dijo Sophie, sin sentirse ni remotamente arrepentida. Estaba disfrutando enormemente molestando a su hermana. Y la sonrisa que se dibujó en la cara de Larry le dijo a Sophie que Ruby no era la única que posiblemente estaba captando sentimientos.

Sophie no habría considerado a Ruby del tipo tímido y retraído. Demasiadas veces había presenciado en primera fila cómo su hermana asesinaba violentamente a alguien con una alegría que hacía que Sophie se sintiera claramente incómoda. Esa misma mujer era ahora demasiado tímida para invitar a salir a *Larry el Hechicero*. Sophie sospechaba que, aunque tuviera un millón de años para estudiar a su hermana, nunca llegaría a comprender cómo funcionaba la mente de Ruby.

En otras circunstancias, a Sophie le parecería tierno, pero se trataba de su gemela asesina perdida hacía mucho tiempo. No confiaba en que Ruby no matara a Larry si no funcionaban las cosas. Y a Sophie le agradaba Larry.

—Si todo el mundo ha hecho las maletas, tenemos que irnos ya. Murias está a casi cinco horas en coche, y yo aún tengo que hacer mis maletas —sugirió Mac—. Vamos.

Sophie se levantó del sofá y corrió hacia Mac.

—En realidad... ¿por qué no dejamos aquí a Ruby para que conozca mejor a Larry mientras recogemos tus cosas? Podemos recogerla cuando salgamos de la ciudad.

—¿Por qué? Entonces tendríamos que dar media vuelta. Añadiríamos casi una hora de viaje. Ruby puede ocuparse de su vida amorosa cuando quiera. Tenemos que ponernos en marcha.

—Claro que podrííímos hacerlo. Llevar a Ruby a tu casa para que vea dónde vives. Seguro que le encantaría —susurró Sophie furiosa a Mac, mirándolo con dureza. Los ojos de Mac se abrieron de par en par cuando por fin comprendió las palabras de Sophie.

—Ah, sí. No —tartamudeó Mac, sacudiendo la cabeza, con cara de horror—. Ruby, deberías quedarte aquí y hacerle compañía a Larry. Puede contarte más cosas sobre Cascadia. O puede enseñarte más de su magia. Volveremos lo antes posible.

—Vale, me parece bien, chicos. Nos vemos dentro de un rato —dijo Ruby con voz distraída y soñadora, observando a Larry con avidez.

—Mierda, ¿en qué estaba pensando? —exclamó Mac mientras salían por la puerta principal de Cafecita y se dirigían a la acera—. Casi llevo a la loca de tu hermana hasta mi casa. Habría sabido dónde vivía.

—¿Acabamos de sacrificar a Larry? —preguntó Sophie, mirando hacia su apartamento mientras subía al coche de Mac.

—Sí, pero puedo vivir con la culpa.

Por suerte, el tráfico era ligero y Mac condujo como a toda velocidad. Mac y Sophie volvieron a entrar por la puerta principal de Cafecita menos de una hora después.

Mientras caminaban por el pasillo hacia su apartamento, Sophie oyó risitas procedentes del otro lado de su puerta.

Sophie llamó a la puerta con fuerza y esperó un momento antes de abrirla. No estaba segura de qué podrían haber hecho Ruby y Larry en su ausencia, y no tenía intención de averiguarlo. Supuso que probablemente solo se trataría de un ligero flirteo, pero sabía que no debía hacerse daño mentalmente entrando sin avisar con suficiente antelación. No había suficiente blanqueador de ojos en todo el mundo para que a Sophie le pareciera bien pillar a su hermana y a Larry haciendo algo más lascivo que flirtear.

Sophie echó un vistazo sospechoso a su apartamento y no encontró nada que pareciera perturbado o fuera de lugar. Se sentía como la

madre de un adolescente caprichoso tratando de determinar si había que castigarlo o no.

—Vámonos. Quiero llegar a Murias antes de que se ponga el sol —anunció Mac. Le dio a Larry una de las llaves del llavero y le pidió que cerrara cuando hubiera terminado de proteger el espacio.

Un vistazo a su teléfono le dijo a Sophie que solo habían pasado unas horas desde que se había despertado y encontrado a un intruso en su apartamento, y no toda una vida como parecía. Le costaba creer que aún fuera el mismo día.

Cogió las maletas y siguió a Mac a la puerta.

—Chaooo —gritó Ruby a Larry, extendiendo la palabra como una exuberante chica de hermandad, antes de seguirlos fuera.

Larry les acompañó hasta la puerta principal, saludándoles con la mano mientras se dirigían a la salida, diciéndoles que se marcharan antes de que causaran más problemas.

—San Francisco puede soportar terremotos, pero no creo que pueda sobrevivir a ustedes dos. Nos vemos cuando vuelvan.

Sophie dio a la broma de Larry la respuesta que merecía: un dedo corazón. Su risa los siguió fuera del edificio.

—¡Viaje por carretera! —gritó Ruby, saltando alegremente al asiento trasero del sedán de Mac mientras éste metía las maletas en el maletero. Sophie se detuvo fuera del coche, observando a Ruby rebotar en el asiento trasero como una niña pequeña hiperactiva con un subidón de azúcar.

—Esto va a ser un asco —informó Sophie al cielo sobre ella.

—Con paradas, serán unas cinco horas de viaje —advirtió Mac a Sophie con cara de condenado.

4

A una hora de los Parques Nacionales y Estatales de Redwood, Mac metió el coche en una gasolinera que parecía anterior a la Gran Depresión. El empleado del interior también parecía de la época.

Sophie, que necesitaba estirar las piernas, dejó a un lado los deberes del curso de Certificación de Auxiliar Médico que empezaría dentro de unas semanas. Quería leer con antelación para asegurarse de que no se agobiaría en la clase. Pasara lo que pasara, no iba a reprobar. Dios, tenía tanto miedo de volver a la escuela.

Salió del coche, retorciéndose hasta que su espalda emitió un crujido satisfactorio. Enjuto y encorvado por la edad, el hombre de la gasolinera la miró con indisimulada suspicacia. La gasolinera parecía ser lo único que había en la zona, asentada en una pequeña carretera junto a la autopista, un lúgubre y descolorido remanente de una época pasada, enclavado a la sombra de altos pinos enjutos.

Sophie estaba bajo el saliente metálico que protegía las bombas del calor de la tarde, respirando el aire caliente y viciado que salía del asfalto agrietado.

El único sonido era el susurro de las ramas en la brisa y el pitido del motor de refrigeración del coche. La quietud del bosque la rodeaba, envolviendo a Sophie en el silencio. El chirrido ocasional de un insecto era el único ruido.

Ruby se despertó de la siesta y miró a su alrededor sin comprender. El coche había estado benditamente silencioso durante la última hora de viaje, con ella durmiendo la siesta en el asiento trasero. Había parloteado sin cesar durante las dos primeras horas, hasta que Sophie estuvo dispuesta a salir del coche a mordiscos para escapar.

Después de llenar el depósito, Mac les preguntó si querían algún tentempié.

—Sí, ¿puedes traerme un Slurpee y unas gominolas? —dijo Ruby—. Ah, ¡y una caja de Good & Plenty!

Mac asintió, pero intercambió una mirada con Sophie antes de darse la vuelta y dirigirse al interior de la gasolinera.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ruby—. ¿Por qué te ha echado esa mirada?

—¿Te pasa a menudo lo de Good & Plenties? —preguntó Sophie, haciendo caso omiso de la pregunta por una preocupación más

acuciante.

—Sí, son mis favoritos. ¿Por qué?

—Porque últimamente he soñado mucho con caramelos, sobre todo con Good & Plenties —respondió Sophie, pensando en su diario de sueños. Eso le recordó el sueño de aquella mañana y el mensaje de Ruby—. Y desprecio el regaliz negro.

Abriendo el maletero, Sophie rebuscó en su bolso hasta que encontró su diario de sueños rosa brillante. Sophie le tiró el diario a Ruby mientras Mac llegaba con el brazo lleno de bocadillos.

—¿Qué es esto? —preguntó Ruby, dándole la vuelta al libro.

—Es mi diario de sueños —explicó Sophie, ignorando el bufido de Ruby—. Échale un vistazo y dime si algo te resulta familiar.

Sophie no quería compartir sus sueños con Ruby. Los sueños deberían gozar de un mínimo de privacidad, pero no para Sophie. Tuvo que entregar sus sueños a Mac, que se los dio al jefe de policía de San Francisco. Y si Dunham tenía sus sueños, podía suponer sin temor a equivocarse que Marcella también los leía. No estaba fuera de lo posible que sus sueños fueran compartidos con todo el Cónclave. La idea de que la tenebrosa organización que supervisaba a todos los Míticos de la ciudad leyera sus sueños privados la puso nerviosa y le provocó ligeras náuseas.

Al mirar por el retrovisor, Sophie hizo una mueca mientras Ruby se reía de lo que estuviera leyendo. *¿Qué es una persona más?* pensó Sophie poniendo los ojos en blanco.

Mientras Ruby mordisqueaba sus bocadillos, hojeó el libro.

—Ah, ésta era yo.

Mirando por encima del hombro, Sophie observó la entrada del diario que Ruby señalaba.

—¿Cuál?

—Recuerdo este día. Estaba comprando caramelos. Me gusta darme una recompensa cuando persigo a un malo. Las vigilancias son taaaan aburridas que me gusta darme un capricho —explicó Ruby. Siguió hojeando el diario y, de vez en cuando, gritaba cuando uno de los sueños se refería a ella. Le cautivó especialmente el sueño en el que había matado a Roger, uno de los secuaces de Alphonse, en un callejón detrás de una panadería—. Iba detrás de Alphonse, pero aquel tipo saltó de detrás del contenedor. ¿Qué se supone que debía hacer cuando me atacó de esa manera?

—No sé… No apuñalarle en la garganta.

La risa de Ruby hizo saber a Sophie que su sarcasmo había pasado por encima de su hermana.

El único sonido que se oía en el coche era el de la cremallera al pasar las páginas y el húmedo chasquido de Ruby al comerse el

caramelo. Sophie estaba pensando en ponerle un bozal si no podía masticar con la boca cerrada cuando Ruby emitió un sonido de sobresalto.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie, girándose en su asiento.

—Yo también he tenido este sueño. Lo recuerdo perfectamente —dijo Ruby, señalando una página llena de notas escritas a toda prisa por Sophie—. Fue en uno de esos restaurantes de lujo. Ya sabes, de esos en los que el camarero te pone la servilleta en el regazo y hacen girar el vino alrededor de la copa. Intentaba impresionar a un cliente potencial o algo así. Al tipo le impresionó mucho el foie gras. El sueño se me quedó grabado porque recuerdo lo bien que sabía. Lo cual es asqueroso.

—¿Por qué es asqueroso? ¿Qué es exactamente el foie gras? Recuerdo haber comido una carne rara para untar, pero no sabía lo que era.

—¿Nunca has oído hablar del foie gras? —Ruby pareció escandalizada cuando Sophie negó con la cabeza—. Es súper cruel. Alimentan a la fuerza al ganso hasta que se le agranda el hígado y luego lo sacrifican. Yo nunca lo comería.

—Sí, una de mis amigas es metamorfa ganso de las nieves. Así que sí, nunca me lo comería —Sophie se estremeció al pensarlo. Se le revolvió el estómago ante la idea de comerse al homólogo animal de uno de sus amigos metamorfos. En cierto modo, le parecía canibalismo.

—Me sorprende que no compartamos más sueños que éste —dijo Ruby con mirada pensativa.

—Probablemente sea porque tenemos horarios de sueño opuestos.

—Es cierto. No tengo ni idea de cómo trabajas en el turno de noche. Yo necesito mi sueño reparador. Me acuerdo de esta mañana —Ruby señaló la entrada del diario—. Me quedé dormida porque la noche anterior había trasnochado. Había estado siguiendo a Alphonse y a algunos de sus matones cuando agarraron a un tipo en plena calle y lo llevaron a Muir Woods. Les seguí todo el camino y acabé llamando a la policía porque había demasiados objetivos para mí. Aquella noche no llegué a casa hasta casi las 3 de la madrugada.

—Ese tipo era Derek Gibson. Le persiguieron por el bosque y le despedazaron. Solo para poder sustituirlo en algún comité de desarrollo de tierras por alguien de su elección —murmuró Sophie. Recordar los horrendos últimos momentos de Gibson mientras Alphonse lo destrozaba hizo que Sophie deseara encontrar la forma de reanimar el cadáver de Alphonse para que Ruby pudiera matarlo de nuevo. Quizá esta vez lentamente.

Sophie miró por la ventanilla del coche. El mundo había dejado de

ser un campo de cultivo para convertirse en un denso bosque. Espesas secuoyas se apiñaban junto a la autopista US 101 mientras ésta se curvaba y zigzagueaba suavemente, serpenteando sinuosamente a través del antiguo bosque. Los árboles que había fuera de sus ventanas eran cada vez más altos y anchos cuanto más se acercaban al pueblo de Murias. Cuando Sophie exclamó encantada por el tamaño de los árboles, Mac le dijo que la carretera se llamaba la Avenida de los Gigantes. Había algo antiguo e intimidatorio en los árboles, como si hubieran estado de centinelas y observando a los humanos como hormiguitas molestas que pasan correteando durante siglos bajo su primordial mirada.

Cuando Sophie preguntó por Murias, Mac le explicó que la ciudad era la única entrada a la parte de Cascadia controlada por los Míticos, a menos que fueras a pie. Pero primero tendrías que encontrarlo, y solo lo localizarían aquellos que supieran dónde buscar.

—¿Y Google Earth? —preguntó Ruby—. ¿No puedes encontrarlo en Internet?

—Ha sido borrada a propósito de cualquier imagen por satélite — explicó Mac.

¿Cómo se elimina una ciudad entera de todas las imágenes por satélite? Eso sí que era un nivel de control gubernamental a lo *Gran Hermano vigilante*.

—¿No bastaría una persona en un avión con un teléfono móvil para desvelar la ciudad? —argumentó Sophie.

Mac se rio y les dijo que lo entenderían mejor cuando llegaran.

La luz del sol atravesaba como un cuchillo la espesa cubierta que los rodeaba, iluminando la carretera a medida que se abría paso por el paisaje. Una ligera niebla flotaba en las ramas superiores de los altísimos pinos, ocultando a la vista la copa de los árboles.

—¿Algo más que te resulte familiar? —preguntó Sophie, indicando el diario.

Ruby hojeó el libro, señalando cuándo el sueño se refería a ella. Había varios, pero no tenían nada de emocionantes. Eran de Ruby haciendo actividades cotidianas, como comer, ir de compras o lavar la ropa. Hasta que Ruby llegó a la entrada de aquella mañana. Cuando llegó a ella, Sophie lo supo por la respiración entrecortada de Ruby.

—Ah, sí. Ésta —murmuró Ruby en voz baja.

—Espera —ordenó Sophie, arrebatándole el libro de las manos a Ruby.

—¡Oyeee! —se quejó Ruby.

—Muy bien, cuéntame el sueño desde tu perspectiva antes de leer la mía. Quiero oír lo que recuerdas.

Ruby lanzó un dramático resoplido a Sophie.

—Vale, bien. Soñé que llevaba un traje muy recargado en una gran sala de conferencias. Aunque llevaba unos tacones de aguja preciosos —Sophie enarcó las cejas. No recordaba ningún zapato del sueño—. Era como una reunión del consejo de administración de una empresa o algo así. Me comportaba como una idiota con todos los presentes, gritándoles sobre las cifras de ventas o algo así. Realmente no lo entendía. Recuerdo que planeaba despedir a un tipo. ¿Cómo se llamaba? Algo con C. ¿Quizá Cruz?

—Cortez. Era Cortez —respondió Sophie, pellizcándose el puente de la nariz. Se encogió cuando Ruby chilló de emoción. Mac le dirigió una mirada significativa. Sophie vio cómo en su rostro se fruncía una mueca de preocupación. No había tenido ocasión de contarle el espeluznante sueño.

—¡Dios mío! Se *llamaba* Cortez —dijo Ruby—. Realmente compartimos sueños. Sabía que teníamos una conexión profunda. Esto es increíble.

—En realidad no lo es. ¿Recuerdas cómo fue el resto del sueño?

—No estoy segura. Déjame pensar —el asiento trasero se quedó en silencio un momento antes de que Ruby hiciera un ruidito de sorpresa —. Ah, ya me acuerdo. Estaba mirando alrededor de la sala de conferencias, con la mirada perdida en la distancia, como si estuviera soñando despierta, cuando algo por encima de las cabezas de mis empleados llamó mi atención. Era extraño. Dije: "¿Quiénes son?", pero no había nadie.

—Mierda. Tuve exactamente el mismo sueño. Ruby, aparte del del restaurante elegante, ¿habías tenido antes sueños como ése? ¿En el que eres una mujer de negocios?

—¿Quizá? No estoy segura. La mayoría de las veces tengo en los que estás descuartizando a gente muerta. No recuerdo la mayoría de mis sueños —Ruby ladeó la cabeza, parecía perdida en sus pensamientos—. ¡Dios mío! ¿Crees que hay otra como nosotras? ¿Que seamos trillizas? ¡Sería increíble! ¿Crees que nos ha sentido? ¿Por eso ha dicho eso?

—Eso no puede ser —se rio Sophie—. Quiero decir, ¿qué probabilidades hay? Es una locura. Tiene que haber otra explicación —si hubiera otra hermana ahí fuera, Sophie se tiraría de los pelos. Francamente, una hermana ya era demasiado. Sophie se devanó los sesos, intentando dar con alguna explicación plausible.

—¡Quizá sea una profecía! ¿Y si podemos ver el futuro? Sería increíble —exclamó Ruby.

—Una profecía. ¿De verdad crees que es posible que alguna de nosotras se convierta en una empresaria despiadada? —se burló Sophie. Ruby había cortado su buena ración de gargantas en un

sentido más literal. Los negocios no eran su fuerte—. Quizá solo sea un sueño. Estamos dando demasiada importancia a estos sueños. Además, ¿qué podemos hacer al respecto?

Mac puso la mano sobre la de Sophie, haciéndola consciente de lo fuerte que se había agarrado al cinturón de seguridad mientras Ruby seguía desgranando posibilidades cada vez más extravagantes.

—¿Por qué no me hablaste de este sueño? —preguntó Mac.

—Entre que me atacó el metamorfo esta mañana y que me enviaron a Cascadia, me olvidé por completo del sueño.

Mac asintió, aceptando aquella explicación.

—¿Cuántos sueños crees que has tenido en los que eres una empresaria despiadada?

—Hmm. Solo unos pocos y no muchos recientemente. Nunca les he prestado mucha atención. Suelen ser cosas aburridas de oficina. No como los sueños que tuve de Blancanieves —dijo Sophie, intentando ver el lado positivo.

—¿De verdad crees que podría haber otra hermana? —preguntó Mac—. ¿O son solo sueños?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que no quiero que haya otra. ¿Qué probabilidades hay de que seamos tres? —Sophie exhaló un suspiro agravado—. A estas alturas, nada me sorprendería. Me recuerda a cuando soñaba con Ruby. Su mente se siente diferente, como Ruby se siente diferente. No es una prueba. Pero me preocupa. ¿Podríamos ser realmente tres?

Mac se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—¿Ha habido algún progreso en la investigación de nuestros pasados? ¿Han encontrado papeles de adopción o algo? —preguntó Sophie.

—No. Dunham tiene a Larry investigando con métodos tradicionales y mágicos. Hasta ahora, todos sus certificados de nacimiento, padres, todo parece normal. Si hubo una adopción, se ocultó muy bien. No ha encontrado más que obstáculos. Pero aún no se da por vencido. Según las investigaciones de Larry, ni siquiera están emparentados. Pero sabemos que eso no es cierto.

Sophie se mordió la uña del pulgar.

—Sí, el ADN no miente.

—¿Puedes recordar algo más sobre esta nueva hermana? ¿Dónde vive y trabaja? ¿Qué tipo de trabajo hace? Cualquier cosa que pueda ayudar a acotar la búsqueda de una tercera hermana.

—Tercera hermana suena raro —refunfuñó Sophie—. Tenemos que darle un nombre.

—¿Qué tal Perra Corporativa? —dijo Ruby riendo—. En el sueño

parecía una empresaria patea traseros. ¡Nosotras somos las simpáticas!

Jesús, si somos *las simpáticas…*

—No hay mucho que podamos hacer ahora —dijo Mac, interrumpiendo los pensamientos malhumorados de Sophie—. Cuando lleguemos a Murias, le enviaré un mensaje a Larry y le diré que empiece a buscar a otra hermana. Hablando de eso, ya casi hemos llegado.

Sophie miró a su alrededor, esperando ver algo más que árboles. Habían conducido durante kilómetros sin ver nada más que una extensión ininterrumpida de bosque de pinos y secuoyas. Ni siquiera había habido otro coche a la vista en la última media hora.

—¿Dónde? —preguntó Sophie. El único cambio en el paisaje era que los árboles eran cada vez más grandes y altos a medida que avanzaban. Permanecían silenciosos y altos como un batallón de soldados. Encendiendo el intermitente y frenando el coche, Mac señaló a la derecha, en una pequeña brecha del bosque. Justo después del tronco de una secuoya más ancha que un carro de golf había una pista llena de surcos que desaparecía rápidamente por otro recodo de árboles. Parecía un camino maderero olvidado hacía tiempo, cubierto de helechos y maleza, y las huellas casi perdidas bajo un manto de agujas de pino desechadas.

—No puede ser —protestó Sophie.

—Es aquí, te lo prometo. He estado aquí varias veces.

—Esto ni siquiera es una carretera. ¿Cómo es posible que conduzca a un pueblo? —preguntó Ruby desde detrás de Sophie, inclinándose entre los asientos delanteros para mirar por el parabrisas delantero, con la aprensión dibujada en el rostro.

Sophie cogió el móvil e intentó abrir la aplicación de mapas para comprobar el camino. La “carretera” por la que iban ni siquiera aparecía en la pantalla. Les mostraba atravesando un bosque.

—¿Estás segura de que vamos en la dirección correcta? Aquí no hay nada —dijo, y empezó a preocuparse.

Esa preocupación se convirtió en fastidio al ver la cara de suficiencia de Mac.

—Deberíamos volver a la gasolinera y preguntarles cómo llegar a Murias —sugirió Ruby, que parecía tan preocupada como Sophie.

—¡Mac! ¡Vas en dirección contraria! —gritó Sophie, alterándose y empezando a sentir pánico.

—Date la vuelta —le suplicó Ruby, intentando tirar de su brazo, pero solo consiguió agarrarle del hombro. Él se zafó fácilmente del agarre de Ruby.

Sophie estaba echando mano al pomo de la puerta, planeando saltar fuera, cuando las sensaciones de desorientación y alarma se

disiparon tan rápido como habían llegado.

—¿Qué demonios? —preguntó Sophie, con la mano aún congelada en el picaporte. Retiró la mano horrorizada. *¿Qué demonios?*

—Es un pabellón. Está preparado para repeler a los visitantes no deseados. Te hace creer que estás perdido y que vas por el camino equivocado. Cuanto más te acercas al perímetro, peor te sientes. Evita que la gente se adentre accidentalmente en territorio Mítico. Una vez que atraviesas el límite exterior del pabellón, la sensación desaparece.

—¿Una barrera? ¿Como el que puso Larry en mi piso? —preguntó Ruby.

—Es parecido.

—Podías habernos avisado, imbécil —se quejó Sophie, dándole un puñetazo en el hombro a Mac. Él le dedicó una sonrisa sarcástica, disfrutando claramente de irritarla. Ella juró vengarse en silencio.

Tras diez minutos de caminar por el sendero lleno de baches, llegaron a la cima de una pequeña colina. El bosque se abrió a una vista que le robó el aliento. Debajo de ellos había un valle, enclavado entre las oscuras e imponentes secuoyas. Abajo, a la derecha, había un prado viridiscente lleno de animales pastando. Incluso entrecerrando los ojos, lo único que Sophie podía distinguir eran los lomos marrones de algunos animales grandes que se abrían paso entre la hierba de la pradera. A la izquierda había una ciudad. Sophie observó cómo los detalles de la ciudad se hacían más claros a medida que se acercaban. Parecía bonito y pintoresco, como sacado de un cuadro de Norman Rockwell. Más al oeste, pasado el pueblo, en una hondonada entre acantilados, se vislumbraba el azul acero del océano Pacífico.

—¿Son renos? —preguntó Ruby, con deleite en la voz, desviando la atención de Sophie de Murias y el océano.

Una manada de enormes animales pastaba satisfecha en el campo por el que pasaban. Si eran ciervos, eran los más grandes que Sophie había visto nunca. Es cierto que vivía en San Francisco, no es que hubiera ciervos merodeando por Union Square para que pudiera comparar. Sin embargo, aquellos hacían que los caballos Clydesdales parecieran pequeños.

—No. Ésos son metamorfos alce de Roosevelt.

—¡Metamorfos! ¿Así que son medio humanos? —exclamó Ruby, contoneándose tanto en su asiento que hizo rebotar todo el vehículo.

El alce más grande que había en el campo, una enorme bestia con una cornamenta de aspecto intimidatorio, levantó la vista, con flores silvestres colgando de la boca, y los observó pasar con una mirada suspicaz. Sophie le devolvió la mirada y vio en sus ojos una inteligencia astuta. El resto de la manada comía plácidamente, husmeando entre la maleza en busca de tiernos brotes de hierba, sin

siquiera levantar la vista hacia el vehículo.

Giraron hacia la calle principal de la pequeña ciudad. Murias parecía algo congelado y perdido en el tiempo: una calle bordeada de farolas y repleta de escaparates de época. El puntiagudo campanario de una iglesia lejana dominaba la calle principal mientras los coches subían y bajaban lentamente. Mientras atravesaban la plaza principal, Sophie se fijó en todas las coloridas tiendas: una panadería, una farmacia, una tienda de equipamiento con kayaks apilados en su interior, un pub de ladrillo con vidrieras, y muchas más.

—¿Un dispensario de cannabis? —preguntó Sophie, señalando la tienda a Mac.

—Las granjas de marihuana son un gran negocio en esta zona. ¿De dónde crees que saca San Francisco toda su hierba? —bromeó él, echando un vistazo al dispensario encajonado entre una cafetería y una librería.

Era un edificio limpio y de aspecto moderno, con una gran calcomanía de una hoja de marihuana ocupando la mayor parte del escaparate. Al lado había una tienda de aspecto recargado con ramos de hierbas secas y flores colgantes que decoraban la fachada. El escaparate anunciaba Hechizos y Pociones de Madame Venefica con letras en bucle.

—Vaya, parece Mayberry —se arrulló Ruby—. ¡Mira! ¡Una tienda de golosinas! —gorjeó desde el asiento trasero—. ¿Podemos parar?

Sophie había estado observando un salón de tatuajes con un interesante flash en el escaparate delantero cuando la excitación de Ruby la hizo mirar hacia donde ella señalaba. Al final de la calle, junto a una ferretería anticuada, había una confitería llamada La Confitería de Cordelia. Dentro del escaparate, las paredes y los mostradores estaban repletos de docenas de tarros de cristal llenos de un surtido arco iris de caramelos de colores. El exterior del edificio parecía una casa de pan de jengibre, como si fuera comestible. La decoración hizo pensar a Sophie en la casita de la bruja de Hansel y Gretel.

—¡Hacen su propio refresco! —exclamó Ruby, casi babeando la ventanilla del coche contra la que estaba pegada.

La calle estaba llena de encanto histórico, detalles arquitectónicos de encaje y escenas dignas de postal. Pero lo que realmente llamó la atención de Sophie fue la gente que pululaba por las aceras. Todo tipo de criaturas Míticas y monstruos mezclados con humanos paseaban por delante de las tiendas como si no les importara nada. Sophie vio trolls, un ogro, hombres lobo, una criatura enjuta parecida a un árbol que cogía de la mano a una mujer menuda con alas de telaraña y un oso polar tan grande que la gente tenía que apretarse contra las

fachadas de los edificios cuando pasaba. Si no lo hubiera sabido, habría pensado que se había topado con una convención de cosplay. Sophie ni siquiera había oído hablar de muchas de las criaturas que se agolpaban en la acera. Desafiaban cualquier descripción; algunas eran hermosas y etéreas, otras estaban sacadas directamente de las peores pesadillas de la humanidad.

Sophie se quedó boquiabierta cuando un centauro salió de una tienda con una bolsa de papel, agachando la cabeza para salir por la puerta principal.

Retorciéndose en el asiento, Sophie intentó seguir observando el desfile de Míticos, pero Mac los desvió de la calle principal por una calle lateral. Condujo una manzana y se detuvo en un aparcamiento lleno de maleza y asfalto resquebrajado. Junto al aparcamiento había un edificio achaparrado de color beige que parecía un primo pobre comparado con el colorido plumaje del resto de la ciudad. En letras de imprenta, proclamaba ser la Oficina del Sheriff.

Al aparcar el coche, Mac miró hacia el edificio con un suspiro.

—Llegamos.

5

Al salir del coche, una cálida brisa de verano alborotó el pelo de Sophie. Podía detectar una pizca de salmuera marina en el aire.

Sophie se quedó mirando al hombre que tenía a Mac suspirando como un adolescente al que regañan por no hacer sus tareas. Con las manos metidas en los bolsillos de sus gastados vaqueros, el hombre los miraba fijamente con ojos como astillas de citrino, dorados y brillantes.

—Hola, papá, ya estamos aquí —declaró Mac.

—Hola, muchacho. ¿Qué tal el viaje?

¿Muchacho?

—Bien. Papá, quiero presentarte a Sophie. Sophie, éste es mi padre y sheriff de Murias, Carson Volpes.

Sophie le estrechó la mano curtida, dándose cuenta de que estaba recibiendo un anticipo del aspecto que podría tener Mac dentro de treinta años. Era guapo de esa forma injusta en que envejecen algunos hombres. Padre e hijo tenían la misma estatura, el mismo ceño fruncido, la misma nariz recta y patricia y la misma mandíbula cuadrada. Incluso tenían el mismo pelo castaño claro de color arena, aunque gran parte del de Carson se había vuelto gris por donde asomaba bajo su sombrero de vaquero. Aparte de los ojos de distinto color, era como mirar al futuro. Sophie se preguntó brevemente si Mac habría heredado sus brillantes ojos azules de su madre.

—Encantada de conocerlo —dijo Sophie.

—¡Hola! Soy Ruby, la hermana gemela de Sophie —Ruby se entrometió y le tendió la mano al sheriff.

—Espera —intentó protestar Mac antes de que Ruby le agarrara la mano. Carson parecía no poder creer lo grosero que estaba siendo Mac mientras Ruby le estrechaba la mano con su habitual entusiasmo—. No importa —resopló Mac.

—No pasa nada. Nunca ha matado a nadie que no se lo mereciera. ¿Verdad, Sheriff Volpes? —dijo Ruby con una risita mientras las cejas de Carson se alzaban tanto que desaparecían bajo el ala de su sombrero.

—Ésta es la asesora del Cónclave y hermana de Sophie, Ruby. Cuando toca a alguien, tiene visiones si ha matado a alguien —explicó Mac.

—¡Es verdad! —exclamó Ruby ante la mirada escéptica de Carson.

—También es una asesina en serie que caza asesinos en serie —explicó Mac, que parecía regocijarse ante la cara de estreñimiento de su padre.

—Sabes que prefiero el término vigilante —se quejó Ruby.

Carson pareció digerirlo durante un minuto antes de volverse hacia Sophie.

—¿Y qué puedes hacer tú?

Ruby se alegró de decírselo antes de que Sophie pudiera responder.

—Sophie puede ver los últimos minutos de una persona cuando toca su cadáver —Sophie lanzó a Ruby una mirada agraviada que rebotó en el entusiasmo de su hermana.

—¿En serio? —preguntó el padre de Mac. Sophie no estaba segura de lo que le parecía el brillo en los ojos de Carson, quizá porque le recordaba un poco a Marcella—. ¿Tú también cazas asesinos en serie?

Se rio cuando Sophie negó rotundamente con la cabeza.

—Bueno, esa habilidad me resultará útil —replicó Carson—. Vamos a la panadería. Quiero comprobar la calle Abernethy. Anoche entró en la ciudad una horda de duendes y estuvo creando problemas en el pub, así que quiero vigilar las cosas. Ya sabes cómo se ponen los turistas durante el Festival de la Luna del Cazador: todos creen que es el momento de correr por ahí e hinchar el pecho y ponerse en contacto con su lado “animal”. Anoche detuvimos a una banshee por embriaguez y alteración del orden público, y no para de berrear ahí dentro —Carson señaló con el pulgar el edificio que tenía detrás—. Me da una excusa para tomar un trozo de tarta mientras los pongo al día de lo que ha estado ocurriendo por aquí.

Caminaron junto a Carson mientras éste los conducía de nuevo hacia la calle principal, Abernethy Street. Sophie no dejaba de mirar al padre de Mac. Aunque el hombre iba vestido con unos vaqueros normales y una camisa abotonada, había algo en él que hacía pensar a Sophie en el Viejo Oeste y en pistoleros. Desde luego, el sombrero de vaquero no ayudaba.

El ambiente festivo de la calle Abernethy desvió la atención de Sophie de Carson Volpes. Sentía que los ojos se le iban a salir de las órbitas ante aquella calle abarrotada de gente. Era como un carnaval de todo lo salvaje y extraño. Risas, gritos y peculiares sonidos animales llegaban a Sophie desde todas direcciones. Los olores familiares de un carnaval flotaban en el aire, desde el azúcar hilado y las palomitas mantecosas hasta el inconfundible aroma de la masa frita.

Monstruos terroríficos se paseaban acompañados de criaturas tan hermosas que parecían irreales, prácticamente flotando sobre alas de

gasa. Algunas criaturas eran enormes y torpes, otras apenas llegaban a las rodillas y correteaban bajo los pies, y algunas Míticas parecían haber salido de debajo de las camas de los niños por la noche. Entre todas las criaturas de mitos y leyendas había humanos normales y corrientes. O, al menos, Míticos que vestían pieles humanas. Era como si Sophie hubiera salido del mundo que conocía para adentrarse en un cuento de hadas.

—¡Sheriff Carson! ¡Sheriff Carson! —gritó una voz mientras se abrían paso entre el tráfico peatonal de la acera. Una mujer enjuta de pelo gris y ceño fruncido hizo señas al padre de Mac. Por la rigidez de sus hombros y el pequeño suspiro casi silencioso que emitió el hombre, Sophie supuso que no le hacía ninguna gracia aquella interrupción.

—Srta. McNamara, ¿qué puedo hacer por usted?

—Los Porter han vuelto a meterse en mi campo. ¿Cuántas veces tengo que quejarme para que se ocupen de ellos? Si sus inútiles padres no los disciplinan, yo....

—Srta. McNamara, *yo* me ocuparé de los chicos Porter. Usted no. La Sra. Porter ya ha acudido a mí esta mañana y se ha quejado de que usted les dijo a los niños que iba a enviar al Coco para que los asesinara mientras dormían. No puede decir cosas así a los niños, no importa que hayan dañado sus arbustos de arándanos —Carson tiró de Mac hacia delante cuando la Srta. McNamara pareció prepararse para una segunda ronda de quejas—. ¿Se acuerda de mi hijo Malcolm? Está en la ciudad por el festival.

—Me alegro de volver a verla, Srta. McNamara —Mac dijo como un buen pequeño sacrificio. Estrechó la mano de la mujer enfadada, que se ablandó automáticamente cuando le sonrió.

—Ah, sí, no te veía desde el verano pasado. ¿Qué tal el viaje?

—Estuvo bien. Ésta es mi novia, Sophie, y su hermana Ruby —las presentó Mac, tirando de Sophie hacia su lado.

Sophie y Ruby estrecharon las manos sorprendentemente fuertes de la mujer. La Srta. McNamara se excusó, dándole al sheriff un último recordatorio para que se ocupara de los Porter, o lo haría ella.

Solo dieron unos pasos más antes de que un hombre de piel verde y cara muy parecida a la de un sapo detuviera al sheriff. Carson escuchó pacientemente mientras el hombre se quejaba de un problema con un trozo de acera agrietada que consideraba peligroso para los peatones. Agarrando la mano del hombre sapo había una diminuta versión verde de él, con un vestido rosa de volantes y un globo en la mano. Había algo insoportablemente adorable en la niña sapo mientras hacía rebotar el globo en el extremo de su cuerda.

—Si alguien tropieza fuera de mi tienda, podrían demandarme —

advirtió. Cuando se le hinchó la garganta como a una rana agitada, Ruby tiró con urgencia de la espalda de la camisa de Sophie como si ella no pudiera verlo también.

—Tienes que expresar tus preocupaciones al ayuntamiento. Yo no puedo hacer nada respecto a las aceras. ¿Te acuerdas de mi hijo Malcolm? Está en la ciudad por el festival.

Tras otra ronda de presentaciones y apretones de manos, una refriega en medio de la calle captó su atención. Dos hombres que parecían ser mitad humanos y mitad hienas luchaban y peleaban sobre el asfalto. Podría haber sido aterrador si ambos no lucieran unas prodigiosas agallas cerveceras y anduvieran dando tumbos, agitando ebrios sus manos llenas de garras. Ambos hombres gruñían y maldecían en voz tan alta que no se dieron cuenta de que el sheriff marchaba hacia ellos como una tromba.

Carson agarró a ambos hombres por las nalgas, tirando de ellos hasta ponerlos en pie, aunque eran más altos que él, y los arrojó en direcciones opuestas.

—Guárdatelo para las tierras de tu manada —gruñó—. Si vuelvo a verlos a alguno de los dos peleando en mis calles, los haré pasar unas cuantas noches en la celda de los borrachos hasta que se calmen. ¿Me entienden?

Ambos asintieron antes de escabullirse en direcciones opuestas.

—Si los idiotas pudieran volar, esta ciudad sería un aeropuerto —se quejó Carson a Mac.

—¿Estás disfrutando de tu jubilación, viejo? —preguntó Mac, con una sonrisa amplia y malévola. El gruñido de Carson como respuesta hizo que Sophie se preocupara por la salud de su novio a largo plazo.

—¿Viejo? Todavía puedo azotarte el culo, cachorro, si sigues dándome la tabarra.

—Puedes intentarlo —se burló Mac, girando el cuello. El brillo de sus ojos hacía que pareciera que esperaba que su padre hiciera un movimiento.

—¡Sheriff Carson! ¡Sheriff Carson! —gritó otra voz, sacando a los hombres de sus posturas.

—¿Cómo consiguen hacer algo? —preguntó Sophie a Carson, ligeramente horrorizada.

—Normalmente no es tan malo. La mayoría son unos entrometidos que quieren ver con quién hablo. Son pueblos pequeños —dijo Carson, encogiéndose de hombros—. Además, tenemos el doble de la población normal en la ciudad por el festival.

—¿Qué tiene de especial este festival para que venga tanta gente al pueblo? —preguntó Ruby.

—Es el festival de la Luna del Cazador. Cada año, Cascadia celebra

la primera luna llena tras el equinoccio de otoño. La salida de la luna ocurre antes que durante los meses de verano, por lo que es buena para la caza. Tradicionalmente era una gran noche para la caza, ya que los animales de presa habían estado engordando todo el verano y la luna llena mejoraba la visibilidad. Históricamente, los metamorfos rastreaban y cazaban presas a la luz de la luna para prepararse para el invierno. Tras la caza solía celebrarse un gran festín. Ya no es tan sangriento. Aún lo celebramos con un banquete, pero hoy en día es una fiesta normal. Comida, juegos, un concurso de repostería. Luego, como culminación del evento, vamos a la playa de Gold Bluffs para hacer una espectacular fiesta al salir la luna. El festival dura una semana, pero la mayoría de los actos tienen lugar el viernes por la noche y el sábado, y el colofón es la fiesta en la playa.

Sophie esperaba que hubieran terminado la investigación antes del sábado para poder disfrutar de la fiesta en la playa. Sonaba divertido.

—¿Descubriste algo? ¿Alguien a quien debamos vigilar? —preguntó Mac a Ruby cuando terminó de estrechar otro par de manos.

—Nadie que encaje en el perfil.

—¿Aún no has tocado a ningún asesino? —la voz de Carson era incrédula.

—Menos de los que pensaba que habría en una ciudad llena de duendes, lobos y hechiceros. Y ninguno de ellos es relevante para los asesinatos que estamos investigando. La mayor parte de lo que he visto hasta ahora ocurrió hace años y años. ¿Quieres que te cuente todos los asesinatos cometidos por los residentes de aquí? —Ruby señaló a la ancianita que acababan de conocer, que era tan menuda y frágil que parecía que un viento fuerte la iba a derribar—. ¿Te gustaría saber que la Srta. Greta envenenó a su primer marido?

Carson miró a un lado y a otro entre la Srta. Greta y Ruby, asombrado.

—¿La Srta. Greta? —repitió—. ¿La bibliotecaria del pueblo que enseñó a leer a cientos de niños asesinó a su marido?

—Había empezado a pegarles a ella y a sus hijos.

Antes de que Carson pudiera responder, otro vecino le llamó por su nombre.

Cuando llegaron a la puerta principal de la panadería, Sophie se sentía como si hubiera estrechado cien manos, algunas con garras, otras con espinas, una especialmente memorable cubierta de escamas esmeralda. Mac le explicó que la mujer era una lamia, una serpiente Mítica. Habían tardado casi cuarenta y cinco minutos en recorrer una manzana. Sophie estaba completamente harta de encontrarse con desconocidos. Le asombraría poder recordar siquiera cinco nombres de personas. Todo fue muy rápido.

El olor cálido, a levadura y canela que emanaba de la panadería hizo que la saliva se acumulara en la boca de Sophie. Los bocadillos de la gasolinera eran un recuerdo lejano. Sophie emitió un leve quejido cuando unos gritos procedentes de la esquina hicieron que el padre de Mac se volviera en esa dirección.

Un hombre delgado como un sauce, vestido con un pijama azul desteñido, apareció arrastrando los pies al doblar la esquina. Iba descalzo y su pelo rubio plateado formaba una aureola rebelde alrededor de la cabeza. Sus ojos azul pálido eran salvajes y estaban perdidos. Sophie le echó un vistazo a los ojos y pudo darse cuenta de que las luces estaban encendidas, pero no había nadie en casa.

—¡Ligaduras! ¡Y furia! ¡Ligaduras y furia! —gritaba el hombre desaliñado, con los brazos en alto, implorante. Al pasear por las calles, la gente rodeaba al hombre cada vez más frenético y agitado—. Dos dos uno. Duele.

—Milford, ¿qué te he dicho sobre gritar a la gente en la calle? —preguntó Carson, pero el hombre miró a través de él como si no pudiera ver al sheriff. Se abrazó a sí mismo con brazos temblorosos, gimoteando palabras en voz baja sobre ligaduras y dolor.

—¡Milford Bradley! —afirmó Carson, con voz firme y fuerte. El hombre se sobresaltó y volvió a centrarse en el sheriff—. ¿Cómo has vuelto a salir de la clínica?

—Ferrari persistente. Dos dos uno. ¡Dos dos uno! —dijo el hombre llamado Milford, volviendo a enfatizar las palabras como si repetirlas ayudara a que tuvieran sentido—. El ruido —gimoteó, señalándose la cabeza.

Carson agarró suavemente al hombre por el hombro.

—Vamos a llevarte con tu cuidador —sugirió, con voz suave y tranquilizadora.

Milford dirigió a Carson una mirada suplicante, y sus palabras se convirtieron en murmullos que tenían aún menos sentido. Una mujer con bata verde azulado apareció corriendo por la esquina, con una expresión de alivio en el rostro cuando vio a Milford con Carson.

—¡Sheriff! Muchas gracias. No sé cómo sigue escapándose de nosotros —exclamó la mujer acosada. Cogió a Milford por la manga y lo condujo de vuelta por donde había venido.

—¿Ligaduras? —preguntó Sophie—. ¿Alguien le ha atado o algo así?

—En realidad no sabemos qué le pasó. Apareció hace poco más de una semana, mugriento y medio muerto de hambre. Salió caminando del bosque, perdido como un cordero. No llevaba ninguna identificación encima. Tardamos tres días en sacarle su nombre. Aún no estamos seguros de si es Milford Bradley o Bradley Milford. He

enviado su información y su foto al Cónclave; espero que puedan encontrarlos en su base de datos. De momento, no ha habido suerte. Es Fae, así que lo único que se nos ocurre es que estuviera practicando magia en el bosque de secuoyas y algo saliera mal. Muchos Míticos vienen a la zona para utilizar la intimidad y nuestra línea ley para potenciar su magia. No es el primer usuario de magia cuyo hechizo sale mal y le fríe el cerebro. El Festival de la Luna del Cazador atrae a todo tipo de personas. Esperamos que acabe recuperándose.

Sophie miró hacia atrás para ver cómo el hombre y su enfermera desaparecían al doblar la esquina.

Carson abrió la puerta de la panadería y les hizo señas para que entraran. Un coro de voces gritó saludos para el sheriff por parte de las pocas personas que había en las mesas dispersas por la pequeña tienda. Carson levantó una mano en señal de saludo.

La campanilla que tintineaba en lo alto de la puerta llamó a una mujer de mejillas sonrosadas con el pelo recogido en una larga trenza castaña. Salió de la cocina, de pie detrás de un largo expositor de productos horneados, quitándose el polvo de harina de las manos. El grupo siguió el familiar baile de presentaciones de “¿Te acuerdas de mi hijo?”

—Soy Pam —dijo la mujer, estrechando las manos de Sophie y Ruby. Tenía un acento que hablaba de raíces sureñas.

—Hola Pam, encantada de conocerte. Todo tiene una pinta estupenda —saludó Sophie, mirando con ojos ávidos el expositor de cristal de golosinas horneadas.

—¿Qué me recomiendas hoy, Pam? —preguntó Carson.

—He estado practicando para el concurso de tartas del sábado. Deberías probar la de fresa y ruibarbo. Es tan buena que creo que podría ser la ganadora de este año. Estoy harta de que Cordelia nos imponga su “mundialmente famosa” tarta de arándanos. Estoy deseando ver su cara cuando gane. Todo el mundo sabe que hace trampas y utiliza la magia para conseguir una masa tan hojaldrada —dijo Pam, con el disgusto goteando de su voz—. Bendita sea.

—¿Crees que puedes ganar a Cordelia? —dijo Carson con expresión de regocijo.

—Sí, ella caerá este año.

Ah, la política de un pueblo pequeño.

—¿Sigue abierta la terraza trasera?

—Acabo de cerrarla por hoy.

—Mi hijo acaba de llegar a la ciudad. Ya sabes cómo es todo el mundo... Nunca podremos tener una conversación completa, los cotillas del aparcamiento nos interrumpirán cada treinta segundos. Queremos un poco de intimidad para ponernos al día un minuto. Te

prometo que limpiaremos lo que ensuciemos —dijo Carson con una expresión seductora que a Sophie le resultó desconcertantemente familiar. ¿Cuántas veces le había funcionado esa misma cara cuando la había puesto Mac?

—De acuerdo. Solo asegúrate de no ensuciar nada —dijo Pam moviendo un dedo y dirigiendo una mirada indulgente al sheriff. A Sophie le reconfortó saber que no era la única a la que le gustaba aquella mirada.

Todos tomaron un trozo de tarta de fresa y ruibarbo, excepto Ruby, que eligió un rollo de canela casi tan grande como su cabeza, con pegotes de glaseado blanco chorreando por los lados. Pam incluso echó una cucharada de vainilla sobre cada trozo como bienvenida a la ciudad, lo que la convirtió oficialmente en la persona favorita de Sophie en Murias.

Carson nos condujo por una puerta trasera hasta un patio cerrado, rodeado de ladrillos por todos lados. Las mesas y las sillas eran de hierro enrejado. Las macetas se amontonaban en todos los rincones, y la hiedra goteaba de las paredes, haciendo que el espacio pareciera un jardín secreto.

Sophie dio un mordisco a la tarta e hizo un ruido inhumano de placer. Pam había calentado la tarta para que la dulce acidez de las fresas y el ruibarbo se mezclara con la cremosidad azucarada del helado de vainilla frío. Había tantas texturas y sabores en su boca que las papilas gustativas de Sophie no sabían qué hacer consigo mismas.

—Si Pam no gana el concurso de tartas de este año, me comeré mi sombrero —dijo Carson con un gemido igual al de Sophie.

Carson entabló conversación entre bocados de su postre.

—¿Cómo está tu hermana? ... Ella y los niños han venido a pasar las vacaciones de verano. ... No puedo creer lo grandes que se están haciendo. ... ¿Qué tal el viaje? Bla, bla, bla. Sophie empezó a ignorarlos mientras hablaban de sus familiares y del tiempo. Mac aguantó el interrogatorio paternal durante unos minutos antes de volver a dirigir a Carson hacia el motivo por el que estaban allí mientras raspaba con el tenedor las últimas migas de tarta y helado derretido.

—Muy bien, papá, ya hemos oído lo que Marcella tenía que decir sobre lo que está ocurriendo aquí. Pero me gustaría oírlo de ti.

—Unos excursionistas encontraron hace casi dos meses lo que ahora sospechamos que fue el primer cadáver en un sendero poco frecuentado de las secuoyas. Estaba semienterrada bajo unos matorrales. Según el informe del forense, parecía tener unos cuarenta años, pelo oscuro y complexión delgada. Encontró marcas que parecían que hubiera sido sujetada, además de algunos hematomas y

quemaduras en el torso. La autopsia dijo que probablemente había muerto de un ataque al corazón, pero la causa era demasiado difícil de determinar por el estado en que encontramos el cadáver. El análisis toxicológico dio negativo y no pudimos identificar el cadáver.

—En cuanto la toque, podremos averiguar qué pasó realmente —dijo Sophie.

—Eso no será posible. Como no la reclamaron durante más de un mes, la enterramos la semana pasada. Sin embargo, tenemos los otros dos cadáveres. Puedo darte acceso a ellos en cuanto acabemos. La oficina del forense no está lejos de aquí.

—Siempre podríamos desenterrarla si estos otros cadáveres no revelan ninguna visión —sugirió Mac.

—No sería la primera vez —replicó Sophie con una sonrisa.

—Ah, sí. Nuestra primera cita —replicó Mac, lanzándole a Sophie una mirada coqueta.

Sophie soltó un grito de indignación burlona.

—¡Desenterrar a Zhang Liu *no* fue nuestra primera cita! Nuestra primera cita fue la noche de la batalla en lo alto de la Torre Coit. Evidentemente.

Carson parecía intrigado y preocupado a partes iguales, pero levantó la mano para interrumpir cualquier respuesta de Mac.

—Aún tenemos la ropa de la primera víctima como prueba. ¿Puedes obtener una lectura de eso?

—No, solo he podido sacar visiones de cadáveres —explicó Sophie encogiéndose de hombros.

—De acuerdo, entonces. Cuando acabemos la tarta, te llevaré a ver los cadáveres. Come ahora, porque después de verlos se te quitará el apetito —dijo Carson, engullendo el último bocado de su tarta.

Vaya, eso no es nada siniestro.

—Marcella solo mencionó dos cadáveres. ¿Era la desconocida uno de ellos?

—No, hay otros dos. Aún están en la oficina del forense. Tendrás pleno acceso a ellos.

—¿Ha habido otras muertes o asesinatos extraños por aquí? Quizá haya habido más de dos —sugirió Sophie, canalizando a su detective gumshoe interior.

—Ésta es una ciudad Mítica. Siempre hay muertes y asesinatos extraños. La semana pasada, un jaguar metamorfo y un oso de anteojos se enzarzaron en una pelea a muerte detrás de la heladería. La semana anterior, una bruja hizo explotar toda su cocina. Tuvo suerte de perder solo un par de dedos y casi todo el pelo.

—Háblanos de los otros dos cadáveres… —empezó a pedir Mac, pero el timbre del móvil de Carson lo interrumpió.

—Tengo que atender. Es mi línea de emergencia. Aquí Volpes —respondió Carson a la llamada. Sophie vio cómo sus cejas se alzaban cómicamente antes de fruncir el ceño—. Mierda. ¿Dónde? —preguntó con voz ronca un momento después—. Vale, voy para allá. Que Patel y Fredrickson aseguren la escena. Quiero al resto de ustedes rastreando el bosque. Estaré allí en quince minutos.

Levantándose y metiéndose el teléfono en el bolsillo, cogió los platos sucios.

—Tenemos que irnos. Tenemos otro. Acaban de encontrar un cadáver en el sendero de Trillium Falls.

Se levantaron de la mesa, cogieron los platos y corrieron tras Carson.

Esta vez nadie se les acercó mientras Carson se alejaba por la calle con Mac, Sophie y Ruby siguiendo su estela.

—Unos campistas que se alojaban en Elk Meadows estaban de excursión y oyeron unos gritos seguidos de dos disparos. Encontraron el cadáver poco después y nos llamaron. Ahora les están interrogando. Veremos qué pasa cuando lleguemos.

—¿Corrieron hacia el disparo y no se alejaron? —preguntó Mac, que parecía vagamente impresionado.

—Sí, bastante valientes. Posiblemente también estúpidos, pero valientes.

—¿Vieron al autor? —Cuando Carson negó con la cabeza, Mac preguntó—: ¿Crees que está relacionado con los otros asesinatos?

Carson asintió.

—Es muy posible. Donovan mencionó que parecía que el cuerpo tenía marcas de ataduras, igual que los otros.

Carson les aconsejó que le siguieran en su coche cuando regresaran a la comisaría.

Mac se detuvo en la parte trasera del edificio, donde su padre estaba abriendo el coche patrulla. Sophie vio cómo Carson se quitaba el sombrero ante alguien que le saludaba desde la acera antes de subir a su coche patrulla.

—Tu padre no es como me lo imaginaba —comentó Sophie mientras el sheriff encendía las luces intermitentes y se dirigía calle abajo.

Mac aparcó el coche justo detrás del coche patrulla y se burló.

—No te engañes. Cuando yo era pequeño, ese hombre soltaba muchos menos "carays".

—¿Ah, sí? ¿No es el buen chico que parece?

—Ese hombre tiene un título superior en criminología por la UC de San Diego. Era el alfa del mayor clan de zorros de NorCal y fue sheriff de Civitas durante casi veinte años. Utiliza todo ese truco de chico de

campo para bajar las defensas de todo el mundo. No dejes que te engañe.

—Entonces, ¿no es tan bueno como parece? —preguntó Ruby, decepcionada.

—Ni de lejos.

—*¿Por* qué no puedes fingir que eres simpático? —se burló Sophie.

—Soy simpático —refunfuñó Mac, haciéndola reír.

—Dios mío, ¿eso es un gnomo de jardín? —chilló Ruby desde el asiento trasero.

Sophie miró hacia donde señalaba Ruby. Paseando por la acera parecía un hombre salido de la imaginación de Tolkien. Era como una pila de ladrillos, casi tan ancho como alto, con una poblada barba blanca que se afinaba en punta cerca del ombligo. Pero en lugar de llevar una pechera de cuero sobre una cota de malla y unos brazaletes, el hombre rechoncho vestía un mono vaquero raído sobre una camisa de franela verde. Sin embargo, era el gorro puntiagudo de color amarillo mostaza que llevaba lo que transmitía serias vibraciones de gnomo de jardín.

—Los gnomos suelen ser mucho más pequeños. Podría ser un kobold o un enano. O incluso un humano. Tendría que olerlo para estar seguro —respondió Mac.

—¡Un enano! Eso es incluso mejor que un gnomo de jardín.

En lugar de dirigirse a Mordor, el hombre giró hacia una floristería y se perdió de la vista de Sophie.

—Me gusta estar aquí —dijo Sophie, sonriendo a Mac.

6

El resplandor de las luces rojas y azules iluminaba de forma chillona los troncos de los enormes árboles que bordeaban la carretera, dando al bosque un aspecto de pesadilla. Cuando detuvieron el coche en el arcén de la carretera, justo detrás del vehículo de Carson, una mujer vestida con uniforme de policía de carretera se acercó corriendo, con una larga trenza rubia golpeándole la espalda.

—Jameson —la saludó Carson—. Dinos lo que sabes hasta ahora.

—Un grupo de cuatro excursionistas estaban explorando el bosque cuando oyeron gritar a alguien. Dijeron que parecía un hombre pidiendo ayuda. Respondieron a los gritos, intentando localizarlo. Se pusieron en marcha en la dirección de la que creían que procedía el sonido: unos cien metros al este del sendero principal. Volvieron a llamar al hombre, pero entonces oyeron un disparo. Dos de los excursionistas corrieron en esa dirección. Los otros dos se quedaron atrás. Dijeron que oyeron un segundo disparo casi inmediatamente después del primero. Luego les pareció oír a alguien que corría por el bosque, haciendo ruido. Cuando corrieron en la dirección de donde procedían los disparos, casi tropezaron con el cadáver. El tipo ya estaba muerto. Nos llamaron enseguida. Patel llegó probablemente en quince minutos y lo comunicó por radio. Probablemente pasaron menos de treinta minutos desde la llamada inicial.

—Háblame de la víctima.

—Varón, cincuenta y tantos, corpulento, manos atadas con cremallera a la espalda. Huele a Fae. Le dispararon una vez en la espalda; parece que intentaba huir. Luego una segunda vez en la sien derecha. Encontramos una carretilla y una pala cerca.

—Asegúrate de comprobar a fondo en busca de huellas. Dudo que nuestro asesino sea tan descuidado, pero quizá tengamos suerte esta vez. Le interrumpieron los excursionistas. ¿Se ha avisado al forense?

—Sí, Grady ha dicho que está de camino.

El agente guardó silencio después de aquello y se volvió para guiarlos a través del bosque.

Caminaron en fila india por el silencioso bosque, con el único sonido de sus pies entre las agujas de pino caídas. En cierto modo, parecía un sacrilegio llenar el aire con el sonido del parloteo.

La luz se había vuelto débil y tenue a medida que la menguante luz

del día quedaba atrapada en la niebla que se aferraba a las ramas superiores como un sudario. La fría humedad del suelo empapaba las zapatillas de Sophie y le entumecía los dedos de los pies.

Las altísimas secuoyas se alzaban en lo alto, haciendo que Sophie forzara el cuello para intentar ver sus copas. La forma en que la débil luz del sol se enhebraba entre los enormes troncos de los árboles parecía dedos de luz que se acercaban al suelo del bosque dejando suaves manchas doradas de luz solar sobre la alfombra de helechos y rododendros que había debajo. La niebla danzaba en los haces de luz que penetraban en el espeso dosel del bosque.

La belleza prístina de la naturaleza que rodeaba el sendero hizo que Sophie se quedara sin aliento. Mirando a su alrededor con asombro, el majestuoso y mágico bosque la inundó de maravilla. Le dieron ganas de dar gracias y elevar una plegaria.

Pasaron junto a una cascada que hizo que le picara el dedo para coger la cámara. El agua borboteaba sobre rocas cubiertas de musgo vibrante y goteante. Los helechos caían sobre el agua agitada, sus hojas danzaban y se mecían donde tocaban la superficie del agua. La humedad que flotaba en el aire hacía que los rizos de su pelo se le pegaran a la cara. Sophie respiró hondo, saboreando las notas de pino y eucalipto. Había en el aire un trasfondo mohoso de hojas y tierra en compostaje.

El bosque era tan silencioso y casi ominoso que Sophie pudo oír una conversación en voz baja que se filtraba a través de una espesura de árboles mucho antes de que apareciera nadie a la vista. Poniéndose de puntillas para ver por encima de la cabeza de Mac, Sophie vio a un par de agentes de pie en un pequeño claro. Una sensación de maldad, una nota discordante en el silencio, flotaba sobre el claro. El cuerpo de un hombre vestido con ropas oscuras estaba arrugado a sus pies.

Se acercaron al cuerpo, siguiendo solo los pasos del cuidadoso camino de Jameson, asegurándose de no contaminar la escena del crimen. Sophie intentó echar un vistazo al hombre, pero tenía la cara vuelta. Estaba medio de lado, extendido como si lo hubieran tirado.

Sophie podía sentir que la muerte se cernía sobre la zona. Si estiraba los sentidos, casi sentía como si los fríos dedos de la muerte se extendieran hacia atrás. Había algo casi reconfortante en los fríos zarcillos. La muerte se había convertido en una parte tan importante de su vida cotidiana que le resultaba constante y tranquilizadoramente familiar. Inhalando, se rodeó la cintura con los brazos. Se sacudió mentalmente y decidió que había pasado demasiado tiempo en la morgue.

Carson se inclinó para ver mejor a la víctima.

—¿Te resulta familiar? —preguntó Carson a la mujer que les había

guiado.

Ella negó con la cabeza. Carson volvió a mirar largamente al muerto, entrecerrando los ojos.

—No es de aquí, pero me resulta familiar. Quizá lo haya visto por la ciudad —se levantó, sacudiendo la cabeza con decepción—. Que Grady le haga una foto. Cuando la tengas, hazla circular por la ciudad. A ver si alguien le reconoce.

—¿Quién es? —Sophie oyó preguntar a alguien mientras se inclinaba más para ver mejor la cara de la víctima.

—Es de la oficina del forense de San Francisco. La han llamado para que ayude —explicó Mac en voz baja—. Vamos a dejarle espacio para que trabaje.

Mac dio un codazo a su padre enarcando una ceja y dirigió la mirada hacia los agentes que revoloteaban.

—Oficiales, vuelvan a revisar la zona y miren si se nos ha pasado algo.

A regañadientes, se dispersaron, revisando la maleza de los bordes del claro, en busca de alguna prueba que se les hubiera pasado en su barrido inicial. Sophie podía sentir cómo la miraban furtivamente, pero los ignoró.

Mac se colocó al otro lado del cadáver, impidiendo que los demás agentes vieran a Sophie. Tiró de su padre y de Ruby para que se colocaran a ambos lados, lo bastante cerca como para que pudieran oír lo que Sophie tuviera que decir.

Utilizando sus cuerpos como escudos, Sophie se arrodilló en el suelo esponjoso, empapando las rodillas de sus vaqueros. Incluso el aire del bosque estaba húmedo, el agua se adhería a todas las superficies. Ya había gotas de rocío en la embarrada parka azul marino del muerto.

Las rozaduras y los surcos en la hierba alrededor del cadáver mostraban dónde había intentado escapar inútilmente. Tenía los brazos atados a la espalda con cremalleras y las manos retorcidas y torpes. Estaban blancas como huesos por la pérdida de circulación. Exhalando un suspiro lento, Sophie se centró y presionó con un solo dedo el dorso de una de sus manos. Lo último que vio antes de que la visión se apoderara de ella fue un matojo de hierba embarrada agarrado en la palma de su mano. Cerró los ojos y se concentró en la imagen que cobraba vida en su mente.

—Se despierta y se da cuenta de que está de espaldas en una carretilla. Los pies le cuelgan por delante. Lo único que ve son las copas de los árboles por encima de él. Intenta no moverse para que la persona que empuja la carretilla no se dé cuenta de que está despierto. Tiene las manos entumecidas detrás de él, y los hombros le duelen

ferozmente. La cabeza le zumba como si le hubieran drogado. O quizá solo sea adrenalina. Siente como si le ardiera fuego en las venas y el corazón se le acelera como loco. Salta de la carretilla y echa a correr. Grita y grita pidiendo ayuda, corriendo a ciegas, con la esperanza de que haya alguien cerca. Cree oír voces que le devuelven la llamada, así que se vuelve en esa dirección. Una ráfaga le golpea en la espalda, haciéndole caer de bruces, resbalando en el barro. Intenta ponerse de rodillas, pero resbala y se queda sin manos. No puede levantarse lo bastante rápido. Unos zapatos entran en su campo de visión. Intenta suplicar por su vida, pero le disparan de nuevo antes de que pueda pronunciar las palabras. Lo último que ve es una figura oscura que huye.

Sophie abrió los ojos. Señalando a la derecha, le dijo a Mac,

—El asesino corrió en esa dirección. Zapatillas negras, complexión media, creo. Llevaba una chaqueta oscura con capucha. Parecía un chubasquero, quizá.

Mac gritó a los dos agentes restantes que se quedaran montando guardia.

—Papá, vamos. Se fue por aquí. Ruby, quédate aquí.

Mac y Carson se pusieron en marcha, seguidos de cerca por Jameson, corriendo hacia el bosque en la dirección que Sophie había señalado. No podía creer lo silenciosos que eran mientras corrían a toda velocidad. En cuestión de segundos, habían desaparecido. Ruby resopló, molesta por haberse quedado atrás.

Los agentes que quedaban en el lugar miraron con curiosidad a Sophie y Ruby por debajo del ala de sus sombreros. Sophie se apartó del cadáver y se colocó junto a su hermana. Los agentes se acercaron lentamente, lanzándoles de vez en cuando miradas escrutadoras. No tardaron en empezar a especular.

—Creo que ha sido un cazador —sugirió uno.

—¿Un cazador? ¿Cómo podría un cazador humano traspasar la barrera?

—Es difícil pasar, pero no imposible. Sobre todo si sabes que está ahí.

—Si hubiera cazadores aquí, creo que ya los habríamos atrapado. Solo son humanos. Es imposible que pudieran eludir a un grupo de metamorfos —se burló el segundo oficial.

—Los cazadores son conocidos por utilizar acónito para cubrir su rastro.

—Todo el mundo utiliza acónito para ocultar su rastro —replicó Thomas el Dudoso, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, cerebrito. ¿Quién crees *que* está cometiendo esos asesinatos?

Sophie también quería oír su teoría, pero antes de que el hombre pudiera responder, Mac y Carson volvieron a entrar en el claro, haciendo que los dos hombres volvieran a prestar atención militar.

—¿Algo? —preguntó Sophie.

—Quienquiera que fuese se ha escapado, pero creo que hemos encontrado su huella en el barro. Jameson va a hacer un molde.

Carson parecía de algún modo eufórico y enfadado a la vez.

—Estamos un paso más cerca de atrapar a ese bastardo.

Ruby se deslizó más cerca del cadáver y presionó cuidadosamente con el dedo en el mismo lugar en que Sophie había tocado al hombre.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sophie.

—Quería saber si vería algo.

—¿Y bien?

—No. Nada —Ruby se encogió de hombros, limpiándose la mano en los pantalones.

Carson se acercó a Sophie, con una mirada pensativa.

—¿Viste la cara del agresor?

—No, solo era un borrón sombrío bajo su chaqueta.

—¿Qué tipo de magia es ésta? Nunca he oído nada parecido. Los dos huelen a humano.

—Nos pasa a menudo. No sabemos lo que somos —dijo Ruby con alegría, mientras Sophie se encogía de hombros—. Somos humanas, pero la teoría actual es que uno de nuestros antepasados era Fae, y probablemente seamos de la realeza Fae perdida hace mucho tiempo.

—No, no lo somos —la corrigió rápidamente Sophie. Si Ruby volvía a hablar de la princesa rusa Anastasia, Sophie le iba a meter un calcetín en la boca.

—Bueno, fuera lo que fuera, buen trabajo. No hay nada más que puedan hacer aquí, así que ¿por qué no se instalan en la posada y empezamos de nuevo por la mañana? Estaré aquí atrapado durante horas, así que será mejor que descansen —la expresión de la cara de Carson decía que no estaba deseando que llegara la noche.

—¿Estás seguro, papá? Podemos ayudar —se ofreció Mac.

—No, vayan a buscar comida y a dormir a esas chicas —Carson rodeó el hombro de Ruby con un brazo y la alejó del cadáver. Mac y Sophie se vieron obligados a seguirla—. ¿Seguro que no quieren quedarse en mi casa? Hay sitio de sobra.

—Estamos seguros. Además, tu sofá-cama es un asco —replicó Mac, haciendo que Carson soltara una risita.

—Lleguen a casa del forense a las nueve en punto. Ya sabes lo que opino de la impuntualidad.

—Si llegas pronto, llegas a tiempo. Si llegas a tiempo, llegas tarde —repitió Mac, y luego puso los ojos en blanco. Sophie tuvo una visión

repentina de Mac cuando era adolescente. Casi se sintió mal por Carson.

El camino de vuelta a la carretera le pareció mucho más largo que el trayecto original, pero tal vez fuera el cansancio de Sophie, que por fin la había vencido. Por fin apareció la carretera, con su plétora de coches de policía alineados en el arcén. Mientras se acercaban al coche de Mac, se detuvo una furgoneta del forense. Un hombre bajo y ágil, con la piel de ébano y el pelo cortado tan al ras que no era más que una sugerencia sombreada, saltó del asiento del conductor, dirigiendo al grupo una mirada sospechosa.

—Grady, ¿te acuerdas de mi hijo? —saludó Carson. Cuando Grady asintió, Carson continuó—: El Cónclave lo envió para la investigación. Han venido unos asesores para ayudar. Vendrán mañana por la mañana para ver los cadáveres.

Grady pareció vagamente aliviado antes de dirigirse a la puerta trasera de la furgoneta para sacar una camilla rodante. Haciendo rodar la rebotante camilla por el sendero del bosque, Grady fue rápidamente engullido por el follaje, desapareciendo de la vista cuando siguió un recodo del camino. Finalmente, hasta las chirriantes ruedas de la camilla se desvanecieron.

—A pesar de las circunstancias, me alegro de que estés en la ciudad, hijo —le dijo Carson a Mac cuando volvió a hacerse el silencio.

—Yo también, papá. Nos veremos por la mañana.

Al entrar en el coche, Sophie vio pasar volando los gigantescos troncos de los árboles mientras Mac conducía el vehículo de vuelta a la ciudad.

Sophie ni siquiera se había dado cuenta de que se había quedado dormida hasta que la despertó la sacudida del coche al entrar en una entrada. Frotándose los ojos, Sophie se quedó mirando la posada donde se alojaban. Miró a Mac y luego de nuevo a la mansión, preguntándose si se habían equivocado de camino.

—¿Es éste nuestro hotel?

—¡Vaya! —exclamó Ruby desde el asiento trasero—. Parece un Motel Bates extra lujoso.

El edificio verde salvia con adornos verde oscuro tenía una torre cuadrada de tejado empinado rematada con una veleta de un caballo encabritado. Estaba flanqueada por dos torrecillas más pequeñas a juego. Los ojos de Sophie revolotearon desde el porche envolvente hasta los múltiples frontones, pasando por todos los detalles ornamentales de pan de jengibre que goteaban de cada víspera. Parecía como si alguien hubiera tomado todas las mansiones de estilo Reina Ana y victoriano y las hubiera combinado en un solo edificio.

Mac condujo el coche por la entrada circular y justo delante de unas escaleras. Un pequeño cartel junto a las escaleras proclamaba que la casa era la Posada Colpach. Mientras Sophie y Ruby permanecían de pie al inicio de la escalera, intentando captar todos los detalles arquitectónicos del edificio, Mac sacó sus maletas del maletero.

—Gracias —dijo Sophie, aún distraída, cogiendo su bolsa de Mac.

Mientras subían las escaleras, se abrió la doble puerta principal. En el hueco había un hombre. Con la luz a sus espaldas, no era más que una silueta, una silueta muy alta. Su cabeza casi rozaba el marco de la puerta.

—Bienvenidos a la posada Colpach. Soy Davin Colpach, dueño y propietario. El Sheriff Volpes me llamó para avisarme de que estaban de camino. Sus habitaciones están listas —el hombre se hizo a un lado, haciéndoles señas para que entraran.

Sophie sintió que tenía que decir algo. Estaba claro que el propietario estaba muy orgulloso de su establecimiento.

—Su posada es muy bonita.

—Gracias. La construyó en 1884 mi tatarabuelo Lachlan Colpach. Llegó a la zona durante la fiebre del oro, pero hizo fortuna como magnate maderero. Cuenta la leyenda que taló el primer árbol con fines comerciales en la bahía de Humboldt.

Al entrar, Sophie tuvo la impresión de estar en un lugar fuera del tiempo. Parecía un museo de principios de siglo, de cuando los barones ladrones aplastaban a sus competidores y creaban monopolios.

Todo el vestíbulo estaba lleno de reluciente e intrincada carpintería. Cualquier superficie que no estuviera cubierta de madera estaba empapelada con flores.

El propietario, Davin, parecía demasiado grande y corpulento en aquel entorno pastoral y delicado. El grupo lo siguió por unas anchas escaleras hasta sus habitaciones. A pesar de su estatura, Davin era un hombre delgado como una caña, con hombros y manos que parecían demasiado grandes para su cuerpo. La ropa le colgaba como a un espantapájaros, pero le apretaba sobre los hombros.

Les advirtió que les tocaban algunas de las últimas habitaciones disponibles en el edificio.

—El comedor está cerrado por esta noche, pero podría enviar unos bocadillos —ofreció Davin cuando Mac preguntó por la comida.

—Me parece estupendo —respondió Sophie antes de que Mac tuviera siquiera la oportunidad de aceptar la oferta. Lo único que había comido desde el desayuno eran bocadillos de gasolinera y un trozo de tarta de ruibarbo, y su estómago estaba hueco y quejoso.

Davin se empeñó en volver a contar la historia de cada arco y pomo de puerta mientras los conducía a sus habitaciones. Como no quería molestar a la persona que le había prometido llevarle la comida, Sophie hizo ruidos de interés mientras Davin monologaba.

Cuando subieron las escaleras del tercer piso, vieron una enorme vidriera. Era de otro caballo encabritado sobre las patas traseras, dando zarpazos al aire en una postura similar a la de la veleta que había en lo alto de la mansión. La crin del caballo salía por detrás, hecha de cientos de trozos de cristal en forma de joyas de todos los tonos de esmeralda y jade.

—El caballo es verde —señaló Ruby.

—Eso no es un caballo. Es un kelpie. De hecho, de mi tatarabuelo Lachlan —replicó Davin.

—¿Un kelpie?

—Un espíritu acuático metamorfo. También llamado caballo de agua. Lachlan trajo toda nuestra manada de Escocia. Necesitamos vivir cerca del agua, así que esta zona era perfecta para mi pueblo. Las leyendas cuentan que los kelpies solían arrastrar a sus víctimas al agua, ahogarlas y luego comérselas. Pero hace siglos que no lo hacemos.

—Geniaal —respondió Ruby, alargando la palabra en una sílaba más.

Por supuesto, Ruby es la persona indicada que piensa que los caballos asesinos caníbales son geniales.

Davin les mostró las dos habitaciones. Ruby aceptó encantada la habitación más pequeña, dejando la más grande para Sophie y Mac. Al confirmar cuándo abriría el comedor por la mañana, Mac dio las gracias a Davin por acogerlos y le deseó buenas noches.

Sophie hizo caso omiso de la ornamentada habitación y se tiró en la cama con un gemido.

—Estoy tan cansada —se quejó Sophie, con la voz apagada en la almohada.

—Pobrecita —se compadeció Mac. Sentada en el extremo de la cama, Mac se quitó las zapatillas y las arrojó hacia el armario abierto. Sophie no se fiaba del tono de su voz, pero entonces él le clavó los pulgares en los arcos, y decidió que ya no le importaba si se estaba burlando de ella.

Cuando Mac subió hasta sus pantorrillas, haciendo que los tensos músculos de sus piernas se desplegaran, Sophie decidió que tal vez no estaba tan cansada después de todo.

7

Al día siguiente, Sophie y Mac encontraron el comedor siguiendo el olor del café y el tocino. Sophie se sentía como uno de esos ratones de dibujos animados atraídos por el olor a queso, arrastrando los dedos de los pies por el suelo.

Un hombre de unos veinte años con un extraño parecido a Davin, pero sin la estatura de éste, los condujo a una de las últimas mesas vacías del comedor.

Con promesas de café y zumo de naranja, el joven se marchó. Sobre la mesa había un menú plastificado con las escasas opciones para el desayuno.

Sorbiendo su café, Sophie empezó a observar a la gente mientras esperaban la comida. A Sophie le llamó la atención un hombre sentado en una mesa en la esquina trasera del local. La forma en que se había colocado, de espaldas a la esquina mientras miraba al resto de la sala, hablaba de una naturaleza desconfiada. Encorvado sobre su comida, el hombre miró con desconfianza a los ocupantes de la sala.

Llevaba el pelo rubio sucio, enmarañado y desaliñado, que le caía por encima de los hombros y del que sobresalían algunas plumas negras. De su cuello colgaba una sarta de cuentas que parecían hechas con huesos carpianos humanos. Su camisa negra abotonada había visto días mejores. Apoyado en la pared, al alcance de la mano, había un bastón de madera nudosa rematado con el cráneo de algún tipo de animal pequeño.

Sophie dio un codazo a Mac y asintió en dirección al hombre.

—Parece un brujo vudú —susurró.

Mac miró al hombre y Sophie se encogió ligeramente de hombros.

—Es muy posible que lo sea. Pero huele a Fae. La mayoría de los practicantes de vudú son humanos, una variante de brujo o, normalmente, un fraude.

En otra mesa estaba la mujer más pequeña que Sophie había visto nunca. Estaba sentada sobre una pila de libros, comiendo una tostada, y parecía una muñeca a la que alguien hubiera disfrazado de campesina medieval y luego hubiera dado vida.

Mac la sorprendió mirando a la mujer de pequeño tamaño y pronunció la palabra “duende”.

En ese momento, el camarero les dejó la comida y evitó que Sophie

se pusiera en ridículo al confesar que creía que los duendes eran unos hombrecillos con barba roja y traje verde.

Sophie miró molesta la hora en su teléfono. Ruby sabía a qué hora tenían que estar en la oficina del forense. Iba a hacer que llegaran tarde. Habían llamado a su puerta antes de bajar, pero no había contestado. Supusieron que Ruby se trasnochó.

—Si no baja pronto, nos iremos sin ella —sugirió Sophie a Mac. Un día lejos de Ruby sonaba muy bien—. Quizá deberíamos enviarla a estrechar la mano de la gente del pueblo en lugar de acompañarnos. No es que pueda ayudar en la morgue.

En ese momento, Ruby entró por la puerta principal con el pelo al viento y las mejillas sonrosadas.

—Llegas tarde —dijo Mac, con una mirada plana que denotaba su enfado.

—Pssh, los cadáveres no van a ninguna parte. Tienes que aprender a relajarte. Solo quería dar un paseo y ver la ciudad.

Sophie clavó el tenedor en la mano de Ruby cuando ésta le robó una tostada del plato. Cuando Sophie falló por escasos centímetros, Ruby se metió toda la rebanada de pan en la boca con una sonrisa de regocijo.

—He escupido sobre eso —dijo Sophie.

Ruby se encogió de hombros como si no le importara. Sophie no podía decidir si era un animal asqueroso al que no le importaba comer comida con saliva o si Ruby sabía que estaba mintiendo. Apartando el plato de donde estaba sentada Ruby, Sophie le dirigió una mirada de advertencia.

—Hemos pensado que podríamos separarnos —dijo Mac—. Sophie y yo podemos ir al forense a ver a las víctimas mientras tú haces todas las lecturas posibles por la ciudad.

Sophie se dio cuenta de que quizá quería un poco más a Mac.

—No —se quejó Ruby—. Somos un equipo. Además, ya he tocado a un montón de gente en mi paseo de esta mañana y no he encontrado nada. Creo que debería ver a esos muertos, así los reconoceré en las visiones que saque.

Incapaces de pensar en un contraargumento, terminaron rápidamente su comida y se dirigieron al coche.

La oficina del forense estaba en la misma calle que el departamento del sheriff. El edificio era un anodino estuco blanco en cuya puerta solo había un número de calle y nada más que indicara lo que había dentro.

Carson esperaba fuera, con una bolsa de papel entre las manos.

Mac salió del coche y miró a su padre de arriba abajo.

—Bonitas botas de vaquero, papá.

—Por aquí ayuda parecer y actuar como tal. Además, como extra, te molesta.

Mientras Mac se burlaba, Carson ofreció la bolsa de papel a Sophie y Ruby.

—Esta mañana pasé por la panadería y le pedí a Pam que les preparara un desayuno. No tienen opciones veganas. Sé cómo les gusta a los de ciudad la comida vegana de conejo.

Mac emitió un sonido de indignación.

—¿A los de ciudad? Papá, naciste en Fresno.

—Comí en la posada, gracias —dijo Sophie cuando Carson le ofreció la bolsa, sin dejar de expresar su diversión por la interacción padre-hijo.

Cuando Carson le entregó la bolsa a Ruby, ésta se alegró tras echar un vistazo al interior.

—¡Segundo desayuno!

Cuando entraron en el edificio, una mujer mayor con serpientes brotándole de la cabeza les hizo señas para que pasaran desde detrás de un mostrador sin decir palabra. Sophie intentó actuar como si no fuera una turista y levantó una mano en señal de agradecimiento. La mujer devolvió la sonrisa a Sophie, mostrando una boca llena de colmillos. Las serpientes se retorcían en un ritmo hipnótico alrededor de la cabeza de la mujer.

Ruby no estaba tan serena, pero consiguió mantener la compostura hasta que estuvieron fuera del alcance de sus oídos.

—Era Medusa. Pero no nos convertimos en piedra. Qué genial.

—Lydia es una Gorgona. Medusa era una persona, no una raza Mítica. Aunque la Medusa real también era una Gorgona —explicó Carson en voz baja.

Encontraron al hombre de la noche anterior, con la piel oscura brillando bajo las luces fluorescentes, de pie frente a una pared de armarios frigoríficos.

—Buenos días, Grady. Gracias por hacernos un hueco.

—Por supuesto. Seré un hombre feliz si eso significa resolver estos casos y sacarlos de mi despacho —volviéndose hacia las hermanas, se fijó en la bolsa que Ruby llevaba en la mano. Su nariz se crispó de un modo que a Sophie le recordó a un ratón.

—Hola, soy Ruby. ¿Quieres una garra de oso? Tengo un montón —le ofreció Ruby.

—Soy el Dr. Musteli. Y gracias, me encantaría una garra de oso. ¿Es de Pam?

Cuando Ruby asintió, Grady cogió alegremente un pastelito de la bolsa y lo destrozó rápidamente, comiendo de una forma que hizo que Sophie volviera a pensar en un roedor. Carson presentó rápidamente a

todos los demás mientras Grady terminaba su comida.

Se limpió las migas de las manos y se volvió hacia Ruby.

—Me han dicho que una de ustedes trabaja en la oficina del forense de San Francisco. ¿Trabajas con el Dr. Didel? A veces le envío algunos de nuestros casos más complicados. Sus instalaciones son de lo mejor.

La envidia en la voz de Grady hizo sonreír a Sophie. Levantando la mano, dijo,

—Yo soy la que trabaja con el Dr. Didel. Ruby trabaja para el Cónclave.

Grady estrechó primero su mano y luego la de Ruby. Cuando Ruby terminó de estrechar la mano de Grady, Sophie la miró enarcando una ceja, y luego dirigió sutilmente la mirada hacia el forense. Ruby negó con la cabeza, haciéndole saber a Sophie que no era el hombre que estaban buscando.

—¿Tuviste ocasión de hacer la autopsia a la víctima de anoche? —preguntó Carson.

—Sí. E incluso tengo buenas noticias para ti. Tuvimos una coincidencia cuando introduje la información de este tipo en la base de datos de personas desaparecidas —abriendo la puerta de uno de los armarios, sacó una larga bandeja de acero con un cadáver desnudo envuelto en plástico transparente sobre su superficie. Grady abrió los bordes del plástico, dejando al descubierto la parte superior del cuerpo del hombre—. Te presento a Rowan Loughty, de Vermont.

Grady se acercó a un escritorio y cogió una hoja de papel, entregándosela a Carson. Al mirar la impresión, Carson gruñó.

—Sí, es él.

Tras leer la hoja, se la entregó a Mac. Sophie se acercó para leerla por encima de su hombro. Según el documento, Rowan tenía cuarenta y cuatro años y era soltero. Su lugar de trabajo había denunciado su desaparición dos semanas antes.

—Parece que nuestro Rowan podría haber pasado por una etapa de rebeldía —anunció Mac—. Aquí dice que no tenía tatuajes —Mac señaló el informe que tenía en la mano y luego el torso expuesto del muerto.

Inclinándose hacia donde Mac señalaba la parte superior del pecho del hombre, Sophie miró el tatuaje.

—No es reciente. Parece ligeramente descolorido, así que es más antiguo. No soy una experta, así que podría equivocarme.

—Grady, envía una foto de la víctima y su tatuaje a Blathmac para ver si visitó la tienda y se hizo el tatuaje allí. O puede que Blathmac reconozca el trabajo —dijo Carson.

—¿Crees que se trata de un tatuaje Fae? —preguntó Grady.

—No, pero Blathmac hace muchos tatuajes que no son Fae en su tienda. Como mínimo, podría darnos una dirección que explorar. ¿Apareció algo más inusual en la autopsia? —preguntó Carson—. ¿Crees que esto está relacionado con los otros?

—Yo diría que no, salvo por las marcas de ataduras y esto —respondió Grady, señalando un gran hematoma que cubría la mayor parte del esternón del hombre—. Pero no es concluyente.

Sophie cogió unos guantes de una caja cercana y se los puso. Palpó suavemente la zona amoratada. La visión de su muerte intentó reaparecer en su mente, pero la cerró mentalmente para poder concentrarse.

—¿Podría ser de un puñetazo? —Sophie cerró el puño y comparó el tamaño y la forma del moratón con su mano.

—Si es así, menudo golpe —dijo Carson con una mueca de dolor.

—¿Qué puede haberlo causado? ¿Los otros cadáveres tienen algo parecido?

Grady se encogió de hombros.

—Creo que sí. Con uno de los cuerpos es imposible estar seguro, pero todos los demás tenían un hematoma similar —cuando Sophie le enarcó una ceja, él volvió a encogerse de hombros—. Ya lo verás.

Girando suavemente la cabeza de Rowan, Sophie miró la herida de bala abierta en la sien. Confirmó con Grady que el disparo en la cabeza era la causa de la muerte.

—Mira. Tiene las orejas perforadas —dijo Sophie, señalando los pequeños agujeros de las orejas del hombre—. ¿Llevaba pendientes cuando lo trajeron?

—Sí, llevaba pendientes de diamantes. Los embolsaron como pruebas con el resto de su ropa.

—Rowan debe de haber pasado por una fase bastante rebelde —replicó Mac—. No parece que tenga las orejas perforadas en esta foto. Y las orejas perforadas no se mencionan en el informe de la persona desaparecida.

—Quizá sea una foto suya más antigua. Antes de que le diera la crisis de los cuarenta —sugirió Ruby, señalando la copia impresa que Mac tenía en las manos—. Me pregunto qué habrá estado haciendo desde que se tomó esta foto.

Sophie terminó de inspeccionar el cadáver. Nada más le llamó la atención, y la causa de la muerte era obvia y algo mundana en comparación con lo que veía un día normal en la morgue.

—¿Apareció algo inusual en el análisis toxicológico? —le preguntó Sophie.

Grady se burló.

—Creo que estás demasiado acostumbrada a la ciudad. No tenemos

instalaciones para hacer un análisis toxicológico en casa. Tenemos que enviar los análisis a un laboratorio de Sausalito. Tardaremos al menos una semana en recibir los resultados. Cuando tengamos los resultados, te avisaré.

—¿Algún otro fallecido tenía algo en sus informes toxicológicos? —preguntó Mac. Grady negó con la cabeza.

Sophie esperaba que ya hubieran resuelto los crímenes mucho antes de necesitar algún informe.

Devolviendo el cuerpo de Rowan a la nevera, Grady abrió otra puerta.

—Aquí es donde me di cuenta de que podía haber un patrón. Lo encontraron el 21 del mes pasado —anunció Grady, sacando un nuevo cadáver.

Detrás de ella, Ruby empezó a tener arcadas y salió corriendo rápidamente de la habitación. Sophie estaba acostumbrada al olor de los cadáveres en descomposición, pero aquel olor hizo que incluso su endurecido estómago intentara arrastrarse de lado. Parpadeó repetidamente, intentando controlar el lagrimeo de sus ojos.

A pesar de la avanzada descomposición, Sophie suponía que el hombre tenía entre veinte y treinta años. Tenía el pelo rubio y espeso, la cara redonda y estaba un poco regordete, con un marcado bronceado de granjero alrededor del cuello y los bíceps. Tenía un moratón grande y oscuro en el esternón, casi negro contra la piel más pálida del pecho. Tenía las muñecas y los tobillos cubiertos de más magulladuras y rasguños que a los ojos inexpertos de Sophie parecían quemaduras de cuerda.

—¿Algo inusual en éste? —preguntó Mac.

—¿Aparte del hecho de que no ha aparecido en ninguna base de datos y de que iba vestido para el calor con pantalones cortos y camiseta de tirantes? Ah, y que su cerebro estaba básicamente convertido en papilla. No, aparte de eso, totalmente normal.

—¿Cuál es la causa de la muerte? —preguntó Mac.

—Hemorragia cerebral masiva, unida a un traumatismo craneal catastrófico. Fue la mejor forma que se me ocurrió para explicar que todos los vasos sanguíneos del cerebro de este hombre básicamente explotaron.

—¿Se electrocutó? —preguntó Sophie.

—No. Mira, no hay marcas de quemaduras. Estoy casi seguro de que lo mataron con magia. No hay forma de saber exactamente de qué tipo. Si quedaba algún residuo, ya había desaparecido cuando lo encontramos.

Eso hizo que Sophie se enderezara al examinar el tatuaje.

—¿La magia deja residuos?

—A veces. Depende del tipo de magia. A veces utilizan hechizos o pociones que pueden dejar rastros, y algunos tipos de magia de sangre o de muerte dejan una marca o un olor.

Todo aquello era información interesante, pero no ayudaba a Sophie a resolver el asesinato. Para ello necesitaba tocar el cadáver. Empezó a alargar la mano hacia el brazo del hombre, preparándose mentalmente para recibir una visión, cuando Mac se aclaró la garganta. Sophie se detuvo y lo miró expectante, pero él se volvió hacia el forense, que la observaba con intenso interés.

—Dr. Musteli, como sabes, Sophie es empleada de la oficina del Médico Forense de San Francisco, pero también depende directamente del Jefe de Policía de San Francisco y del Cónclave. Lo que estás a punto de presenciar se considera alto secreto y no debe salir nunca de esta sala. Si dices una palabra de lo que vas a presenciar, haré que el Cónclave caiga sobre tu cabeza. ¿Entendido?

—Por supuesto.

Grady parecía convenientemente acobardado, pero Sophie se preguntaba cuánto tiempo podrían mantener su poder en secreto. Cuanta más gente lo supiera, más probable sería que fuera imposible mantenerlo en secreto.

Sophie cerró los ojos y apoyó la mano enguantada en el antebrazo del hombre. Nunca se había alegrado tanto de poder leer a través de sus guantes de nitrilo. Tocar su carne putrefacta le daba ganas de empezar a tener arcadas como Ruby.

—Está oscuro. Espera. No, tiene los ojos vendados. Maldita sea. No veo nada —se quejó Sophie—. Está atado a una mesa o a una superficie dura. Grita como una banshee, apenas oigo nada.

Inclinando la cabeza como para oír mejor, Sophie puso toda su concentración en la visión.

—Creo que es más de una persona gritando y llorando. Tal vez. Aunque no estoy muy segura. Quizá esté en algún lugar donde se oiga el eco. Creo que oigo cánticos. ¿O susurros? No, parecen cánticos en voz baja, pero no puedo distinguir las palabras por encima de los chillidos de este tipo. Algo duro le oprime el pecho. Intenta quitárselo de encima, pero quienquiera que esté allí se limita a apretárselo más contra el esternón, inmovilizándolo contra la mesa. Los cánticos son cada vez más fuertes; sin duda son cánticos, pero no entiendo nada. Es repetitivo. Susurran las palabras; creo que es otro idioma. No lo sé. Alguien le pone la mano en la frente y....

—Vaya. ¿Estás bien?

Sophie se dio cuenta de que había conseguido saltar varios metros hacia atrás. Se había estrellado contra los brazos de Mac, que la había cogido y la había estabilizado. Ni siquiera había procesado lo que

había visto y sentido antes de saltar como un gato en una bañera.

Frotándose las manos para intentar disipar la sensación, Sophie se estremeció mientras intentaba concentrarse en lo que acababa de presenciar.

—No sé lo que acaba de pasar. Sentí como si le hubieran prendido fuego al cerebro, o lo hubieran electrocutado. Creo que empezó en su pecho, pero estalló con fuerza y brillo en su mente. Si la persona que le hizo esto le hizo explotar el cerebro como tú dices, sintió ese dolor. Al menos no tuvo que sufrir mucho, supongo. Terminó en segundos.

—¿Viste a alguien u oíste algo que pudiera darnos una pista de quién lo mató? —preguntó Mac.

Sophie negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Había un montón de gritos. Era abrumador. Puede que hubiera alguien más ahí con él, o puede que estuviera en algún lugar que hiciera mucho eco, como una cueva o una celda de cemento. No estoy totalmente segura. Lo mismo ocurría con el asesino. El canto era en voz baja y susurrante. Creo que era una sola persona, la voz de un hombre, pero no puedo estar segura. Ni siquiera puedo decir con certeza si *era* un hombre. Era tan tranquila y silenciosa que apenas podía oírle a él o a ella por encima de los gritos de Rowan. Fue raro.

—¿Te parece raro? Espera a ver lo que hay detrás de la puerta número dos —advirtió Grady, señalando con un dedo otra de las puertas de la nevera.

Sophie dio las gracias cuando Grady volvió a meter al muerto en el frigorífico y cerró la puerta. Grady asomó la cabeza por la puerta y le hizo saber a Ruby que no había moros en la costa.

Advirtió al grupo,

—El siguiente huele normal, pero tiene un aspecto horrible.

Sophie pensó en advertir a Ruby de que “normal” era un término relativo cuando se trataba de la morgue, pero una parte malvada de ella decidió dejar que lo descubriera por sí misma.

—Ha sido un puto asco —se quejó Ruby, entrando de nuevo en la habitación. Sophie enarcó las cejas, sorprendida. Nunca había oído maldecir a Ruby, que era una extraña mezcla de Disney-PG y asesina psicópata. La nariz de Ruby se arrugó ante el persistente olor y echó un vistazo a la habitación, pero ya no vomitaba sus garras de oso.

—Ves cadáveres todo el tiempo. Sueles ser la causa de su muerte —replicó Sophie—. No puedo creer que seas tan aprensiva.

—Vale, ha habido algunos cadáveres, pero no espero a que empiecen a pudrirse. Ese olor... es completamente atroz. ¿Tienes que lidiar con cosas así todo el tiempo? He visto algo de tu trabajo en mis sueños, pero por suerte los sueños no vienen con olor-o-visión.

Grady se quedó mirando a las dos hermanas en un silencio desconcertante antes de que Mac les recordara que estaban allí por una razón.

El silencio fue inmediato y pesado cuando Grady abrió la puerta de la nevera contigua y sacó la bandeja.

—¿Pero qué...?

Acercándose, Sophie intentó comprender lo que estaba viendo.

—Se los advertí —les recordó Grady—. Éste lo encontraron la semana pasada en un barranco de Berry Glen.

—¿Estoy ante gemelos siameses? —preguntó Sophie, girando la cabeza hacia un lado. Si cerraba un ojo y entrecerraba los ojos, quizá el cuerpo pareciera vagamente humano.

—Si es así, deberían haber muerto en el útero, olvídate de sobrevivir hasta la edad adulta. No, lo que sea que estamos viendo fue causado por la magia. Ni siquiera pude encontrar una sola causa de muerte. Tuve que poner traumatismo corporal masivo en el certificado de defunción.

Era una mujer con el pelo rizado y castaño. Parecía una ameba que se hubiera quedado atrapada en medio de una duplicación. Su cara parecía estirada, como un caramelo derretido: tenía la nariz y la boca partidas y separadas en dos mitades distintas, con la piel flácida y licuada en medio.

Parecía como si alguien hubiera metido un par de cuerpos humanos en una batidora y luego hubiera intentado recomponerlos con los ojos vendados. De la parte superior del tórax le sobresalía un brazo más, sin esmalte, como los demás, como si fuera nuevo. De la pelvis hacia abajo, la mujer tenía un aspecto relativamente normal. Incluso tenía esmalte de uñas en los dedos de los pies, a juego con dos de los tres brazos.

Grady giró suavemente el cuerpo para que pudieran ver que tenía dos columnas vertebrales, una normal y la otra retorcida y encorvada, como sacada de una novela de Victor Hugo. Su espalda era una masa de moratones, pero no aparecían heridas abiertas ni cortes en su piel estirada y burbujeante.

—¿Has visto alguna vez algo así en la morgue? —preguntó Grady a Sophie. Ella se sintió un poco halagada de que él pensara que ella tenía suficiente experiencia como para haber visto algo de lo que él nunca había sido testigo.

—Parece una cabeza de patata que hubiera montado un niño pequeño —respondió Sophie negando con la cabeza—. He visto algunas locuras, pero nunca he visto nada parecido. Después de hacer una lectura, creo que deberíamos llamar a Reggie y pedirle su opinión. Lleva años trabajando en la morgue. Si alguien ha visto algo parecido,

sería él.

—¿Tiene el mismo hematoma en el esternón que el último tipo? —preguntó Mac.

—Tiene un moratón —señaló Grady a su esternón—. Sin embargo, está cubierta de numerosos moratones.

Apoyándose en la última visión, Sophie puso la mano en uno de los brazos de la mujer. Al cabo de un minuto, Sophie retiró la mano y miró a Mac confundida.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No he tenido ninguna visión. Solo la sensación de un inmenso dolor y energía.

—¿Energía?

—Como adrenalina o… no sé… como se sentiría al tocar un cable con corriente. Como una batería sobrecargada. Rebosante de energía —Sophie se sacudió las manos y exhaló un largo suspiro—. Voy a intentarlo de nuevo. Nunca me habían bloqueado una visión de la muerte.

Sophie volvió a poner la mano sobre la mujer. La sensación de dolor la golpeó tan fuerte que tuvo que apretar los dientes para no apartar la mano. Sintió que empezaba a temblar. Era un vórtice de agonía, energía y caos que arrastró a Sophie hasta dejarla sin sentido de sí misma.

Lo siguiente que supo fue que Mac estaba tirando de ella.

—Soph, no pasa nada. No tienes que seguir intentándolo.

—No quiero rendirme todavía.

—Estuviste ahí de pie un par de minutos.

—¿Sí? —había parecido una eternidad, pero Sophie habría pensado que solo habían sido unos segundos.

—¿Conseguiste algo nuevo? —preguntó Mac.

—No. No se parecía a nada que hubiera sentido nunca. No podía ver *nada*, era como intentar mirar fijamente al sol. No podía sentir nada más que dolor y poder. Era como estar en medio de un tornado hecho de alambre de cuchillas y lava. El poder la estaba destrozando —Sophie volvió a mirar el cadáver—. Quizá literalmente.

—¿El dolor fue similar al que sintió Rowan? —preguntó Mac.

Sophie enroscó la cara, intentando decidirse.

—¿Más o menos? La mejor manera que tengo de describir al primer tipo es que su cerebro se sobrecargó. Le estalló un circuito en la cabeza. El dolor era parecido, pero mucho menos intenso que el de ella. Pero la sensación de poder era similar. Todo parecía… abortado. Como cuando salta un disyuntor y se corta el hechizo. Con ella, el dolor era pura agonía y *mucho* peor. Y la sensación de energía era mucho mayor. Era como lamer una batería de nueve voltios cuando a

ella le caía un rayo. No puedo decirlo con total certeza, pero diría que estas dos muertes podrían estar relacionadas.

—El turno de Reggie terminó no hace mucho —dijo Mac—. Me gustaría ver qué piensa de esto —cuando Sophie estuvo de acuerdo, Mac preguntó a Grady si le parecería bien que acudieran a Reggie para una consulta. Parecía ansioso por conocer la opinión de Reggie, así que Mac le envió un mensaje rápido. Apenas había pasado un minuto cuando el teléfono de Mac empezó a sonar.

Mac sonrió rápidamente a Sophie y contestó. La cara preocupada de Reggie apareció en la pantalla.

—Hola, Reg.

—¡Mac! ¿Va todo bien? ¿Está bien Sophie?

—Estamos bien. Sophie está aquí y también está bien. Te llamamos porque nos hemos encontrado con un caso extraño en el depósito de Murias y esperábamos comentártelo. Toma, le diré a Sophie que te lo explique.

Mac le pasó el teléfono a Sophie.

—Hola, Reggie. Siento molestarte. Espero que no te hayamos despertado.

—Nunca molestas —reprendió Reggie—. Estaba terminando el papeleo de anoche. Sigo en la oficina, así que no me molestas. ¿Cómo va todo en Cascadia?

—Va bien. Es un lugar interesante.

El bufido de Reggie hizo que una rápida sonrisa se dibujara en el rostro de Sophie antes de recordar por qué habían llamado. Sophie recapituló lo que había aprendido hasta entonces y las visiones que había sacado de los cadáveres.

—Con el último cuerpo, el que parece distorsionado y roto, ni siquiera pude sacar una visión.

Un silencio incrédulo llenó la línea antes de que Reggie consiguiera balbucear,

—¿En serio?

A Sophie nunca le había pasado eso y estaba tan perpleja como Reggie.

—Fue extraño. Solo sentía dolor, miedo y confusión. No pude ver nada más, ni su entorno ni cómo murió.

—Qué extraño. ¿Crees que un hechizo bloqueó tu visión? ¿O tal vez un geas?

—No lo creo. Creo que sentía tanto dolor que bloqueó todo lo demás a su alrededor. Solo podía concentrarse en el dolor. Pero es solo mi mejor suposición. Y nunca he visto un cuerpo así —justo a la izquierda de Mac, Grady se movía de un lado a otro con cara de emoción—. Reg, tengo aquí conmigo al forense. Probablemente él

pueda explicarlo mejor que yo.

Grady prácticamente arrebató el teléfono de las manos de Sophie.

—Dr. Didel, es un honor. Soy el Dr. Musteli. Si recuerdas, me consultaste en aquel caso del año pasado con el yeti.

—Ah, sí, lo recuerdo. Me alegro de volver a verte, Dr. Musteli. Sophie dice que tienes otro caso interesante entre manos.

Grady se acercó a la mujer muerta y le mostró a Reggie el cadáver destrozado. Mientras revisaban los resultados de la autopsia, Sophie buscó una silla vacía para sentarse, pues supuso que los dos médicos estarían un rato hablando entre ellos.

—¿Has visto alguna vez algo así? —preguntó Grady a Reggie.

El fervor excitado de un misterio sin resolver llenaba las voces de ambos hombres mientras Sophie les escuchaba hablar de los resultados de la autopsia.

—La verdad es que no —admitió Reggie—. Una vez tuve un caso en el que un mago había intentado clonar a alguien. En ese caso duplicó accidentalmente cada órgano, pero todo quedó dentro del cuerpo original. El cadáver de la víctima estaba hinchado, casi como una garrapata, y los órganos se apiñaban unos a otros. Algunos incluso estaban fusionados. Y todo el cuerpo adquirió un extraño tono amarillo. Nuestros hallazgos indicaron que se debía a la raíz de milenrama que utilizó en su hechizo. ¿Han encontrado algún rastro de raíz de milenrama?

—No, los únicos rastros que encontramos fueron cosas como esporas de hongos y polen de pino. Teniendo en cuenta dónde se encontró el cadáver, la culpa fue de los elementos. Había restos de sal marina en su piel, así que creo que la mataron cerca del Pacífico. Sin embargo, la encontraron en un barranco del bosque, al menos a treinta kilómetros de la costa.

—El agua del océano se ha utilizado en algunos hechizos inofensivos. Puedo ponerme en contacto con algunos colegas y ver si saben de algún hechizo que pudiera hacerle esto a una persona. También te enviaré el expediente del cuerpo que el hechicero intentó clonar para que puedas compararlo con tu desconocido.

Grady agradeció a Reggie su ayuda antes de devolverle el teléfono a Mac.

—Gracias por echar un vistazo, Reg. Agradecemos tu ayuda —le dijo Mac a Reggie.

—Qué caso tan fascinante —dijo Reggie, con los ojos brillantes de curiosidad—. Quizá quiera ir a echar un vistazo a ese cadáver, ya que nunca he visto nada igual. Pero solo si eso no supone pisarle los talones al Dr. Musteli.

—Me encantaría que me visitara, Dr. Didel —gritó Grady desde el

otro lado de la habitación.

Mac y Sophie le aseguraron a Reggie que le mantendrían informado de su caso antes de colgar. Sophie y Mac decidieron salir a tomar el aire, mientras que Carson prefirió quedarse para hablar con el forense.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ruby, uniéndose a ellos.

—Sophie ha hecho todo lo que ha podido por ahora. A menos que Reggie descubra algo que Grady haya pasado por alto, te toca a ti —respondió Mac.

—Entonces, ¿solo tengo que tocar a tanta gente como sea posible? —preguntó Ruby.

—Necesitamos un plan —empezó a decir Mac cuando su padre salió del edificio y se unió a ellas.

Ruby lo miró confusa.

—¿Un plan? Solo necesito pasear y tocar a la gente.

—Deberíamos ser metódicos. Empecemos por la calle Abernethy. Empecemos por un extremo y vayamos tocando cada tienda. Así podremos llevar la cuenta de dónde hemos estado. Luego, cuando hayamos terminado la calle principal, podemos empezar a expandirnos hacia el exterior. Mi padre puede presentarnos a todo el mundo. Nos daremos la mano y averiguaremos quién es ese imbécil que está matando gente.

—Eso no va a funcionar. Me han llamado para mediar en una disputa de propiedad —dijo Carson, con una disculpa en los ojos.

—Papá, deja que uno de tus ayudantes se encargue de ello. Creo que un asesino suelto es más importante —argumentó Mac.

—Se trata de una disputa territorial entre la manada de alces y la manada de lobos local. Puede convertirse en un baño de sangre. Tengo que ocuparme de esto. Volveré en cuanto controle la situación.

Carson volvió a disculparse antes de dirigirse a su coche patrulla. Exhalando un suspiro de fastidio, Mac se dirigió a su coche.

—¿Grady es un metamorfo? —preguntó Sophie, apresurándose a alcanzar a Mac.

—Síp. Glotón.

—¿Quiere decir que come mucho? —preguntó Ruby, con los ojos muy abiertos e intrigada. Parecía a punto de volver a la morgue.

—No, es el nombre de un animal. Se parecen un poco a los osos pequeños y fornidos. Son bastante fieros, notablemente resistentes para su pequeño tamaño, y excelentes en una pelea.

Al sentarse en el asiento del conductor, Mac se volvió y miró a Sophie.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer. Ruby, toca a tanta gente como puedas. Si puedes encontrar la forma de conseguir su nombre,

hazlo. Sophie, quiero que tomes notas. Nombres si podemos conseguirlos, y si no, una descripción física de ellos. En el peor de los casos, podemos darle la lista a mi padre, y él podrá decirnos si hemos pasado por alto a alguien sospechoso.

Sophie echó un vistazo a la calle en la que estaban aparcados. Al final, distinguió la calle Abernethy. Estaba abarrotada de gente deambulando, comprando, comiendo y haciendo cosas generalmente turísticas.

—Esto va a ser eterno.

—No tenemos otra opción. No se me ocurre otra forma de hacerlo. Lo más probable es que estos delitos los esté cometiendo un lugareño, así que centrémonos en ellos primero. Empecemos por la panadería.

—Parece que vas a desayunar por tercera vez —se burló Sophie de Ruby, que vitoreó en respuesta.

8

Dos días más tarde, Sophie estaba totalmente harta de hacer de turista. Habían sondeado un lado entero de la calle Abernethy y estaban a medio camino del otro. Al principio había sido divertido, pero después de ir detrás de Ruby mientras coqueteaba, hablaba y revoloteaba de una persona a otra, Sophie ya estaba harta. Ya era jueves, y no estaban más cerca de resolver aquel misterio que cuando habían empezado. El día principal del festival era el sábado, cuando habría juegos, comida y diversión, seguidos de una fiesta en la playa con luna llena que duraría toda la noche. Cada día las calles se llenaban de más y más visitantes, lo que dificultaba aún más los esfuerzos de Ruby por tocar metódicamente al mayor número posible de personas.

Habían empezado el día desayunando en la cafetería, donde Ruby hizo un escándalo diciendo que quería conocer al cocinero para estrecharle la mano en agradecimiento por “la mejor tortilla que había comido en su vida”. Luego fueron al dispensario de marihuana, a la ferretería y a la librería, donde Ruby se hizo la tonta para conseguir que varios empleados de la tienda la ayudaran a encontrar un libro. Eso le dio una excusa para cogerlos de detrás del mostrador, donde luego había podido tocarlos. Sophie estaba impresionada a regañadientes por la habilidad de Ruby para encontrar la forma de tocar a la gente, aunque sospechaba que mucha gente del pueblo pensaba que ambas eran unas bichas raras.

Sophie había oído a más de una persona mayor murmurar que Ruby siempre estaba con el móvil; “los niños de hoy en día” se había convertido en un estribillo familiar. No sabían que estaba tomando notas de todos y cada uno de ellos. Le dolían los pulgares de tanto teclear en los últimos días.

—¿Qué es una lucha de dominación? No lo entiendo —Ruby acababa de tener otra visión de una pelea entre metamorfo que acababa en muerte.

Trasladando su bolsa de libros al otro hombro, Sophie se preguntó si podría conseguir que el Cónclave le reembolsara todas las compras que Ruby y ella habían hecho en los últimos días. Hacer de turista no era barato.

Carson se aclaró la garganta. Los había alcanzado después del

desayuno. A menudo lo llamaban por asuntos del sheriff, pero intentaba reunirse con ellos cuando podía.

—No se supone que sea a muerte, pero ocurre más a menudo de lo que nos gustaría. Cuando un metamorfo, a menudo de las razas depredadoras, quiere ascender en la manada, desafía a otro metamorfo por su puesto. Entonces cambian a su forma animal y luchan. Las reglas sobre quién gana dependen del alfa. En algunas manadas, la lucha termina con el primer derramamiento de sangre. Para otras, es hasta que alguien cede o queda inconsciente. Se supone que los alfas no deben presionar para que los combates acaben en muerte, porque así se acaba perdiendo en número, pero hay algunos que no intervienen cuando un metamorfo va a por la muerte.

—¿Tuviste que lidiar mucho con eso como alfa?

—Nunca. La mayor parte de mi manada estaba formada por miembros de la familia, y me conformaba con golpear algunas cabezas antes de dejar que esos tontos empezaran a meterse en peleas de dominación. Menos mal que éste tiene el cráneo grueso —Carson señaló a Mac con el pulgar—. Más de una vez pensé en tirarlos a él y a su hermana por un acantilado cuando eran adolescentes.

Mac lanzó a Sophie una mirada de agravio mezclada con cierto cariño hacia su padre.

—¿Eras un adolescente fastidioso? —se burló ella.

—Sigue siendo fastidioso —intervino Carson. A sus espaldas, Mac hizo la mímica de estrangular a su padre hasta la muerte.

Carson abrió la puerta de la tienda de al lado. Al levantar la vista, Sophie se dio cuenta de que era Hechizos y Pociones de Madame Venefica. Le habían dicho que Madame Venefica, cuyo verdadero nombre era Verónica, era una bruja de verdad. Sophie esperaba sinceramente que hiciera brebajes en un gigantesco caldero burbujeante lleno de ojo de tritón y dedo de rana.

Antes de que pudiera entrar en la tienda, Carson la detuvo con una mano en el codo.

—No voy a entrar. Quédate aquí fuera y hazme compañía.

En realidad no era una petición, pero Sophie asintió de todos modos.

Mac lanzó una mirada de advertencia a su padre, pero Carson parecía indiferente.

—Ve, muchacho, y presenta a Ruby a todo el mundo. Quiero conocer mejor a Sophie. Además, todas las hierbas y especias que hay ahí me irritan los senos nasales.

Sophie asintió con la cabeza, haciéndole saber que estaba bien. Mac dirigió a su padre una última mirada dura antes de seguir a Ruby al interior de la tienda.

Sophie se volvió y enarcó una ceja desafiante hacia Carson. Nunca había experimentado el interrogatorio paterno. Se preguntó si pensaba preguntarle por sus intenciones hacia su hijo. Francamente, lo estaba deseando.

—¿Qué te parece nuestra pequeña ciudad? —preguntó Carson.

Le tendió una trampa con una andanada suave para empezar. Intentando que bajara la guardia.

—¿De verdad quieres hablar de eso?

—En realidad, no. Solo quería decirte que me alegro de que Mac y tú se hayan encontrado. Eres buena para él. Parece mucho más feliz y vuelve a divertirse. Había empezado a preocuparme por Malcolm. Durante los últimos años, se ha consumido con su trabajo, y creo que ambos sabemos exactamente lo sombrío que puede llegar a ser eso. A veces solo ves lo peor de la gente. Además, los metamorfos de su departamento no se lo pusieron fácil. A cada paso, los metamorfos ápices intentaban echarle. No me malinterpretes, estoy orgulloso de sus logros: no sé si alguien más podría haber superado toda esa mierda y seguir prosperando. Ha conseguido que la división Mítica de la policía incluya a los Míticos no ápices. Es un gran logro. Pero estaba solo, y ese tipo de presión acabaría con cualquiera. Incluso a un cabezota testarudo como Mac —Sophie tuvo que morderse el labio para no reírse—. Le habrías caído bien a su madre. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de verle sentar la cabeza con una chica tan agradable.

—En realidad no soy tan agradable.

—Claro que lo eres. Puede que tengas una boca perspicaz, muy parecida a la de Mac, debo añadir, pero en el fondo eres una buena persona. He sido sheriff y alfa el tiempo suficiente para darme cuenta.

Aquello no era en absoluto lo que Sophie esperaba oír. Se había preparado para defender su relación y, en cambio, Carson le estaba diciendo lo orgulloso que estaba de su hijo y que se alegraba de que estuvieran juntos. Era el tipo de conversación que la hacía sentir profundamente la pérdida de sus propios padres. Sophie tuvo que parpadear un par de veces para asegurarse de no derramar ninguna lágrima. Si Mac salía y la encontraba llorando, probablemente sacaría las peores conclusiones.

La puerta se abrió, desparramando a Mac y Ruby por la acera.

—¿Todo bien? —preguntó Mac en voz baja, mirando fijamente a Sophie.

—Sí. Estamos bien.

Sophie estaba deseando ir a la siguiente tienda. Era el salón de tatuajes al que había echado el ojo desde que llegaron. Mac le había confirmado que era una tienda de tatuajes Fae, así que se

especializaban en tatuajes de sigilo. Mac no parecía muy impresionado con los tatuajes imbuidos de magia, pero Sophie estaba impaciente por ver unos cuantos.

Un alboroto al final del camino les impidió entrar en la tienda. El sonido de gritos y cristales rompiéndose hizo que el grupo se volviera como una sola entidad. Al final de la calle, una multitud se congregó frente a la Confitería Cordelia.

Sin mediar palabra, Mac y Carson se dirigieron hacia el ruido, moviéndose con una coordinación practicada. Sophie y Ruby se apresuraron a alcanzarlos. Mac abrió de un tirón la puerta de la confitería y entró furioso mientras su padre sacaba el revólver reglamentario y lo cubría desde la puerta.

—Atrás —gritó Carson a la multitud que se congregaba en la calle detrás de él. A través de la gran cristalera de la fachada, Sophie vio cómo Mac se acercaba al hombre: Milford Bradley (o Bradley Milford) del otro día. Esta vez llevaba un pijama de rayas blancas. Sophie se quedó boquiabierta cuando Milford cogió un tarro de bolas de chicle de colores y las lanzó contra una vitrina. El enorme tarro de cristal se rompió en mil pedazos al chocar contra la vitrina, y los trozos de cristal y las bolas de chicle estallaron por todas partes, uniéndose a otros caramelos derramados y platos rotos esparcidos por el suelo. El hombre corrió hacia la caja registradora, gritando incoherencias, dejando huellas ensangrentadas por donde pisaba. Sophie se estremeció al darse cuenta de que iba descalzo y pasaba por encima de los cristales rotos como si no existieran.

—Que no entre nadie más —ordenó Carson a Ruby y Sophie antes de entrar en la tienda—. Milford, estás bien. Estamos aquí para ayudarte —dijo en un tono bajo y tranquilizador, enfundando el arma y extendiendo las manos en un gesto tranquilizador.

Sophie y Ruby se colocaron en la puerta, asegurándose de que nadie intentara entrar en la tienda. Sophie mantenía un ojo en la multitud y otro en la escena del interior.

Detrás del mostrador, vio a una mujer agazapada detrás de una máquina de refrescos. Sophie solo podía verle los ojos y la parte superior de la cabeza. El moño blanco de la mujer se balanceaba sobre la parte superior de la máquina mientras observaba el caos.

Mac y Carson se acercaron al hombre por cada lado. Cuando Milford se dio cuenta de que lo estaban acorralando, intentó salir corriendo. Se abalanzó contra Ruby y Sophie, que bloqueaban la puerta principal, chillando como una banshee maníaca. Sophie se preparó para el impacto, pero Mac y Carson consiguieron agarrar a Milford por la parte posterior de la camisa antes de que les alcanzara.

Cada uno cogió un brazo y levantó a Milford del suelo, intentando

evitar que se hiciera más daño del que ya se había hecho. La sangre goteaba de sus pies en un chorro constante.

Con un soplo de aire perdido, Milford desapareció repentinamente de sus garras y reapareció un segundo después en la calle, frente a la tienda, justo en medio de la multitud que buscaba comida.

Cuando el hombre ensangrentado y harapiento reapareció, parpadeando en medio de la multitud, ésta reaccionó como era de esperar gritando, agitándose e intentando huir en estampida. Sophie habría pensado que los Míticos estarían hechos de una pasta más dura, pero la gente se empujaba y se tiraba unos a otros, tratando de escapar del hombre ensangrentado y gimiente que había entre ellos.

—Quítense de en medio —gritó Sophie mientras ella y Ruby se lanzaban a través de la multitud presa del pánico. Alcanzaron a Milford, agarrándolo por los brazos agitados, al mismo tiempo que un hombre vestido con una larga túnica marrón. Lanzó lo que parecía ser un grueso alambre alrededor del torso de Milford, como un vaquero lazando a un buey.

Chillando como si le hubieran prendido fuego, Milford se lanzó lejos de ellos, arrastrando a los tres al suelo en un montón. Sophie intentó atar a Milford como Paddy le había enseñado durante sus sesiones de sparring, pero Ruby se interpuso y Milford se agitó como una anguila resbaladiza, por lo que fue imposible atarlo. Con todas sus sacudidas, consiguió golpear a Sophie en la mandíbula con el codo, haciéndola ver las estrellas por un momento.

Por fin, Sophie consiguió hacerle una llave de brazo. Intentó darle un puñetazo con la mano libre, pero el hombre de la túnica marrón atrapó su puño antes de que pudiera conectar. Sophie se colocó en una posición en la que podía dislocar el codo de Milford con un movimiento de cadera. Cuando él trató de apartarse, ella ejerció una mínima presión, provocándole una pizca de dolor. Milford gritó, pero finalmente se quedó inerte. Seguía gritando como un animal herido, pero por fin había dejado de agitarse.

Mac y Carson corrieron hacia él y se abrieron paso entre la multitud restante. Cuando se agacharon para agarrarlo, Sophie soltó a Milford y dejó que tiraran de él para ponerlo en pie, sujetándolo firmemente. Milford se hundió en sus brazos, murmurando y llorando suavemente, sin fuerzas para luchar. Carson lo llamó por su nombre, pero el hombre triste y destrozado no respondía. Sophie no creía que Milford supiera dónde estaba o qué estaba pasando. Le dolía verle tan destrozado. Ni siquiera parecía darse cuenta de sus numerosas heridas. Cuando Carson ladró en voz alta su nombre completo, Milford dejó por fin de sollozar y miró a su alrededor, confuso. Se quedó tan suave como un cordero, temblando y en silencio junto al sheriff.

Mac ayudó a Ruby y Sophie a levantarse del suelo mientras el misterioso buen samaritano de la capa marrón rechazaba la ayuda de Mac y se levantaba por su propio pie. El hombre procedió a desempolvar despreocupadamente su larga túnica, parecida a la de un monje.

—Bueno, eso explica cómo sigue escapándose del centro de atención. No teníamos ni idea de que pudiera teletransportarse —dijo Carson, levantando a Milford para que sus pies heridos se despegaran del suelo. Milford era tan delgado y frágil que Carson ni siquiera gruñó cuando lo levantó. Carson lo acunó como a un niño, se acercó a una de las pocas sillas de exterior que no habían sido derribadas en la refriega y lo dejó suavemente en el suelo. Levantó cada uno de los pies de Milford para examinar las heridas—. Vamos a tener que llevarlo a la clínica. Todavía hay cristales en algunos de estos cortes. Tendré que decirles que lo pongan en una de las habitaciones con paredes de hierro. Eso le mantendrá en su sitio. Bien pensado, Morvan, envolverlo en hierro.

El hombre de la capa marrón que debía de ser Morvan asintió a Carson. Se había quitado la capucha, dejando al descubierto un cabello oscuro y unos ojos igualmente oscuros y profundos. Una corta barba negra adornaba su rostro. Llevaba el pelo largo y salvaje recogido en una cola en la base del cráneo, lo que acentuaba sus pómulos afilados y su frente alta. A Sophie le recordaba a una pintura de un antiguo arquero escita a caballo de las estepas rusas.

—El hierro reprime la magia de los Fae —explicó Mac cuando Sophie lo miró en busca de una explicación.

Miró a Morvan de arriba abajo. Parecía un fraile Tuck más joven y musculoso, con hábito de monje. Incluso llevaba el cinturón de cuerda trenzada y las sandalias que ella esperaba de aquel personaje.

—¿Qué es? —preguntó en voz baja a Mac, señalando discretamente hacia Morvan.

—Es un druida.

—¿Qué son exactamente los druidas? Creía que eran monjes o algo así —pensó que quizá tuviera algo que ver con Stonehenge—. ¿Tienen magia?

—Un druida es más un seguidor religioso que una especie Mítica. Muchos son usuarios humanos de la magia, pero en su secta hay de todo tipo. Aunque todos son hombres —cuando Sophie abrió la boca para quejarse, Mac levantó una mano para evitar que se pusiera a despotricar—. He oído que algunas sectas de la Costa Este están abriendo sus filas a las mujeres.

Sophie miró a Morvan, curvando el labio con desagrado mientras Ruby y Carson hablaban con él.

—Eran una antigua secta celta de sacerdotes y profetas. Según cuentan, los druidas se deleitaban con la sangre y la víscera. En la antigüedad eran famosos por construir hombres de mimbre, meter a sus víctimas dentro de ellos y prenderles fuego. Eran conocidos por los sacrificios, la magia de sangre y, ocasionalmente, el canibalismo. Hoy en día, intentan proyectar una imagen más monacal, como sacerdotes, magos y curanderos.

Carson entregó a Milford a uno de sus ayudantes que por fin había aparecido, ordenándole que lo vigilara mientras esperaban una ambulancia.

La mujer del moño blanco llamó desde el interior de la tienda, preguntando si no había moros en la costa. Cuando Carson le aseguró que la situación estaba bajo control, se abrió paso de puntillas a través de los cristales y los caramelos derramados para situarse en la puerta abierta de su tienda, contemplando consternada la destrucción.

La mujer hacía juego con su tienda y su fachada de pan de jengibre. Parecía un hada madrina regordeta con su vestido de flores cubierto con un delantal de volantes. Sophie podía imaginársela con un plato de galletas, pellizcando las mejillas de sus nietos.

—Cordelia, ¿estás bien? ¿Tienes alguna herida? —la llamó Carson.

—Estoy perfectamente. A diferencia de mi pobre tienda. ¿Cómo voy a poder prepararme para el concurso de tartas del sábado si tengo que ocuparme de este desastre?

Carson prometió enviar a unos cuantos ayudantes para que ayudaran a limpiar el desorden una vez que se ocuparan de Milford. Cordelia refunfuñó, pero aceptó su destino. Volvió a su tienda y Sophie la vio empezar a barrer el desastre. Unos cuantos transeúntes ofrecieron su ayuda, incluido el brujo vudú que habían visto unas cuantas veces por el hotel. Cordelia empezó a repartir escobas y recogedores.

—Morvan, gracias por tu ayuda —dijo Carson, dándole una palmada en el hombro al hombre de la bata—. En cuanto aseguremos Milford, te devolveré el cable.

—Por supuesto, encantado de ayudar, sheriff. No te preocupes por el cable. Tengo más —la voz del hombre era grave y profunda, como si hablara desde las profundidades de una caverna.

Ruby se acercó a trompicones a Morvan, agarrando con las manos la parte delantera de su túnica.

—Dios mío, muchas gracias por ayudarnos. No sé qué habríamos hecho si no hubieras aparecido.

Morvan miró con desprecio a Ruby, deleitándose con su coqueta actuación de damisela en apuros. Su atuendo decía que era un sabio piadoso, pero la mirada lasciva de sus ojos decía otra cosa. Sophie dio

un codazo a Mac y asintió a la pareja para que pudiera ver cómo Ruby apretaba con admiración el bíceps del hombre. Era totalmente desvergonzada en su búsqueda, lo que hizo que Sophie la admirara a regañadientes.

Con un último apretón de bíceps y un aleteo de pestañas, Ruby le dio la espalda a Morvan y se dirigió hacia donde Sophie esperaba con Mac. La sonrisa simpática desapareció de su rostro para ser sustituida por una sombría determinación.

—Tenemos una coincidencia —susurró Ruby, inclinándose hacia Sophie y Mac.

—¿Quieres decir...?

—Sí, creo que puede ser nuestro hombre —Ruby miró a Morvan y le hizo un gesto coqueto con el dedo.

Mac le hizo señas a su padre para que se acercara.

—¿Están todos bien? —mientras su padre se acercaba, Mac tiró de la barbilla de Sophie, mirándola atentamente. El apretón de su mandíbula significaba que debía de haber una marca donde Milford consiguió golpearla. Probablemente tendría un bonito moratón más tarde. Qué alegría.

—Estoy bien —aseguró Sophie al grupo—. Pero Ruby cree que ese tal Morvan podría ser nuestro asesino.

Carson enarcó una ceja hacia Ruby.

—¿Cómo de segura estás?

—Bastante segura. Ha matado al menos a cinco personas, aunque no sea nuestro hombre. Las ató a un altar de piedra y las asesinó. Estaba con un par de personas vestidas con túnicas a juego, y todos cantaban. ¿Te suena?

—Es un druida, así que tiene sentido. Históricamente obtenían su poder de los sacrificios humanos y la magia de sangre. Hoy en día, se supone que solo utilizan cabras y pollos para sus rituales. El Sr. Ruith siempre ha parecido un tipo emprendedor, así que no puedo decir que me sorprenda del todo que Morvan incumpla el edicto contra los sacrificios humanos.

—Entonces, ¿cómo vas a proceder, papá? —preguntó Mac.

Carson se frotó la mandíbula con el pulgar mientras pensaba.

—A ver si consigo que Morvan y sus hermanos vengan a la comisaría. Sus hermanos son probablemente sus cómplices, sobre todo porque viven todos juntos en la misma propiedad. Mientras hablo con ellos, enviaré a unos cuantos ayudantes a vigilar su propiedad.

—Sophie y yo deberíamos ir con ellos —dijo Mac—. Si hay cadáveres en el lugar, Sophie puede hacer una lectura y ver si encajan con los otros asesinatos. Y yo estaré allí para cubrirle las espaldas.

—¿Y yo qué? Quiero ir con ustedes —Ruby les dirigió una mirada

suplicante.

—Deberías ir con papá y ver si puedes echarles el guante a los hermanos de Morvan. Sácales también lecturas. A ver si son cómplices como cree papá.

—Me gusta ese plan —aceptó Carson—. Déjame hablar con Morvan y ver si puedo convencerle para que venga a la comisaría. Le diré que, tras su ayuda con Milford, me gustaría que él y sus hermanos encabezaran la procesión hasta la playa de Gold Bluffs el sábado. Su ego no podrá resistirse a ese cebo.

Sin decir una palabra más, Carson retrocedió hacia Morvan. Le pidió que esperara con Ruby pisándole los talones.

Antes de que Carson pudiera llegar hasta Morvan, una ambulancia se detuvo en la calle, casi saltando el bordillo frente a la tienda de golosinas. Dos paramédicos salieron del vehículo y fueron a ver a Milford antes de meterlo en la parte trasera de la furgoneta y marcharse. Sus luces parpadeaban, pero la sirena estaba en silencio. Sophie esperaba que Milford recibiera la ayuda que tanto necesitaba.

De la refriega solo quedaban algunas sillas volcadas y huellas ensangrentadas. Sophie pudo ver a unas cuantas personas barriendo los cristales y los caramelos del interior de la tienda de golosinas. Cordelia salió de la tienda, aferrada a una bolsa de terciopelo negro con cordón. Cogió una pizca del contenido de la bolsa y esparció un poco de polvo verde sobre una de las huellas ensangrentadas de Milford. Sophie no estaba lo bastante cerca para oírla, pero Cordelia pronunció unas palabras mientras movía los dedos sobre la huella. La sangre roja se volvió negra y se quemó, convirtiéndose en una mancha de hollín negro. Una vez hubo terminado, solo quedó una minúscula brizna de humo que el viento se llevó de inmediato. Donde antes había habido sangre solo quedaba una acera inmaculada y sin marcas. Cordelia pasó de una huella a otra, eliminándolas con su magia hasta que la acera pareció como si Milford nunca hubiera sangrado sobre ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Sophie a Mac.

—Magia de brujas enoquianas —*¿Cordelia es una bruja?* Aquello no hizo más que reforzar la impresión inicial de Sophie de que Cordelia y su tienda de caramelos eran la bruja de Hansel y Gretel.

La multitud había empezado a dispersarse ahora que el espectáculo había terminado. Un par de ayudantes que Sophie reconoció de la otra noche en el bosque estaban espantando a los mirones.

Carson y Ruby consiguieron alcanzar a Morvan, que había esperado a que el sheriff hablara brevemente con los paramédicos.

Sophie y Mac observaron subrepticiamente mientras Carson hablaba con Morvan. Cualquiera que fuera la perorata que Carson

había urdido, parecía funcionar, a juzgar por la sonrisa de suficiencia que se dibujaba en el rostro de Morvan. Al cabo de unos minutos, los dos hombres se estrecharon la mano mientras Ruby aplaudía y rebotaba en su sitio. Morvan se dio la vuelta y se dirigió calle arriba a paso rápido.

Carson cogió a sus ayudantes y se dirigió de nuevo hacia Mac y Sophie. Reuniéndolos a todos en un pequeño grupo, les explicó su misión secreta.

—Creemos que Morvan y sus hermanos han estado cometiendo sacrificios humanos. Quiero que lleves a Mac y a Sophie a su cabaña y compruebes los alrededores. Aparca a la vuelta de la esquina de su entrada, fuera de la vista. Morvan se dirige a recoger a sus hermanos y se reunirá conmigo en la oficina del sheriff a las 3. Cree que están a punto de ser invitados a encabezar la procesión a través del Cañón Fern hasta la fiesta de la playa, pero eso es solo una excusa para que podamos quitarlos de en medio. Te enviaré un mensaje de texto cuando tenga a los hermanos Ruith en mi despacho. Cuando recibas ese mensaje, revisa toda la zona e infórmame. Asegúrate de que nadie te vea. Recuerda, nadie debe saber que mi hijo está aquí para otra cosa que no sea una visita a su querido y viejo padre. Además, ten cuidado con las trampas explosivas. Quién sabe lo que tienen estos tipos bajo la manga… Sobre todo si no traman nada bueno —Carson sacó el teléfono y empezó a teclear una nota rápida—. Voy a llamar a toda la fuerza, incluso a los que están fuera de turno o del territorio. Si tenemos que detener a cuatro druidas potenciados con magia de sangre sacrificial, necesitaremos toda la potencia de fuego que podamos reunir. Hay que ser precavido.

9

Dos horas más tarde, Sophie y Mac se encontraban en la parte trasera de un coche patrulla, viendo cómo un jeep conducido por Morvan salía de un camino de entrada lleno de baches. Sophie decidió que Ruby tenía razón: las vigilancias apestan. El aire del interior del vehículo estaba viciado y sentía calambres en las piernas. La repentina aparición de un jeep verde en el camino de entrada hizo que Sophie se agachara instintivamente, a pesar de que el coche estaba bien oculto tras una espesa maleza y un hechizo de invisibilidad. Morvan estaba al volante con otros tres hombres de aspecto sorprendentemente similar. Uno de los hermanos salió del coche para dejar pasar el jeep por la verja. Una vez que se perdieron de vista, Jameson sacó el coche de detrás del arbusto tras el que se habían escondido.

Una señal oxidada en la verja advertía de *Prohibido el Paso* en letras grandes y descoloridas. Mac salió y abrió la verja para que pudieran pasar. Cuando Mac volvió al vehículo, recorrieron el largo camino lleno de baches. Cada pocos metros aparecía otra señal de *Prohibido el Paso* clavada en un poste. Cada señal contenía advertencias cada vez más funestas sobre lo que les ocurriría a los visitantes no deseados: remolcados, perseguidos, fusilados y, finalmente, vaporizados. Al cabo de varios cientos de metros, por fin se vio una cabaña de madera.

El coche se detuvo bruscamente ante el amplio pabellón de caza de dos plantas. La envidia invadió a Sophie al ver el profundo porche que recorría toda la longitud de la cabaña. Era un espacio en el que podía imaginarse fácilmente disfrutando de una taza de café humeante en una fresca mañana de montaña. Lástima que el edificio se hubiera ido deteriorando hasta desprender un aire de casa encantada. Con un poco de limpieza y mantenimiento, la cabaña podría convertirse en un majestuoso recuerdo de cuando los primeros pioneros se asentaron en las tierras salvajes del norte de California.

Al salir del coche, Sophie miró el bosque de secuoyas que los rodeaba. El bosque amortiguaba y aislaba la zona de la carretera distante, por lo que no había evocación del tráfico en la paz y la tranquilidad. Un ligero viento que susurraba las hojas era el único sonido, aparte del ping del motor refrigerado del coche de policía.

Sophie intentó desviar su atención del bosque hacia la cabaña

silenciosa y oscura, pero sus sentidos fueron arrastrados de nuevo al bosque circundante. El mismo presentimiento ominoso que había sentido cuando encontraron el cuerpo arrugado de Rowan entre las secuoyas la inundó. ¿Se le estaba escapando la imaginación con el bosque, o se estaba profundizando su conexión con la muerte?

—¿Hueles eso? —preguntó Mac a los ayudantes del sheriff, interrumpiendo el mini delirio de Sophie. Ambos agentes asintieron, con la nariz arrugada por el desagrado. Sophie intentó oler de qué hablaban, pero solo pudo detectar los olores habituales de pino y marga húmeda.

Mac se dio cuenta de que intentaba averiguar qué olían.

—Huele mucho a sangre. Casi de forma abrumadora. Vieja y nueva. Y mucha.

—¿De dónde viene? —preguntó Sophie, que seguía intentando oler algo, pero solo detectaba un aroma ligeramente dulzón mezclado con los olores habituales del bosque.

—Está por todas partes —respondió Mac, con ojos de acero mientras observaba su entorno—. Pero viene con más fuerza de esa dirección —Mac señaló hacia la cabaña.

Sophie empezó a caminar, bordeando el edificio. Siguiendo sus instintos, ignoró la casa por el momento. Supuso que los hermanos no sacrificarían a nadie dentro de su casa, sobre todo si había mucha sangre. Aunque la gente era rara, nunca se sabía lo que harían a continuación.

Tenía que haber otro lugar donde estuvieran cometiendo sus crímenes. Sin embargo, estaría dispuesta a apostar su sueldo a que los hermanos no mataban dentro de su cabaña. Mirando en todas direcciones, Sophie buscó un lugar probable donde esconder un cadáver. Mac y los ayudantes la seguían de cerca. Pronto encontró una pista: en la parte trasera de la cabaña, alejándose de la puerta trasera, había un sendero muy trillado.

Sophie no podía creerse que volviera a adentrarse a propósito en un bosque ominoso, esta vez en busca de un altar de sacrificios y sangre. Cuando todo esto acabara, tendría que exigir al Cónclave una indemnización por peligrosidad.

Los árboles y arbustos ocultaron rápidamente la casa a medida que avanzaban por el sendero. Al volver la atención al sendero, Sophie se sobresaltó cuando una mosca se posó en su cara, zumbándole en la oreja. Apartó la mosca de un manotazo y se apartó un mechón de pelo de los ojos.

A varios cientos de metros de la cabaña, apareció un pequeño cobertizo. Otra mosca se unió a su amiga, zumbando alrededor de la cabeza de Sophie mientras miraba fijamente el edificio. *Lo que daría*

por un matamoscas.

El camino se ensanchó, lo que permitió a Mac alcanzarla y caminar al lado de Sophie. Tenía la mandíbula desencajada y una mirada sombría mientras contemplaba el destartalado cobertizo. Ni siquiera necesitó preguntar para saber que el olor a sangre emanaba del pequeño edificio destartalado que había al final del camino. Simplemente gritaba Somos los Asesinos.

En un momento dado, el edificio parecía haber sido pintado de azul pálido, pero solo quedaba un gris descolorido y sucio. La pintura se estaba descascarillando, mostrando grandes trozos de la madera desgastada por el tiempo que había debajo. Toda la estructura parecía inclinarse hacia un lado como un borracho que intenta parecer sobrio.

De los aleros colgaban largas cuerdas raídas de pequeños cráneos de pájaros, que se mecían suavemente con el viento. Al apartar la vista de las diminutas cabezas huesudas, Sophie se dio cuenta de que en la puerta principal había escritas unas palabras con tinta marrón.

Mierda, eso no es tinta. Eso es sangre vieja.

Las letras estaban escritas con una letra desordenada, pintadas al descuido, con largas gotas y salpicaduras que goteaban de las palabras. Debía de llevar tiempo en la puerta, porque la sangre seca empezaba a descascarillarse.

Un cuervo para el dolor
Dos cuervos para la alegría
Tres cuervos para una boda
Cuatro cuervos para un nacimiento
Cinco cuervos para la plata
Seis cuervos para el oro
Siete cuervos para un secreto que no se debe contar
Ocho cuervos para el cielo
Nueve Cuervos para el Infierno
Diez Cuervos para el Propio Diablo

—Es un poema para contar cuervos. Históricamente se utilizaba en profecías —explicó Mac—. Parece que lo modificaron. Sin duda con fines nefastos.

Echando un vistazo a las pequeñas calaveras, contó diez.

—¿Pero qué...?

¿El mismísimo diablo? Qué bonito. Vayamos a la oscura y tenebrosa choza de la muerte dedicada al diablo.

Mac acercó la nariz al poema y respiró lenta y pausadamente varias veces.

—Huele a sangre de pájaro —Mac olfateó de nuevo la puerta antes de hacer una mueca—. Pero yo huelo sangre humana al otro lado de esta puerta. Y es fresca.

Los otros dos ayudantes se acercaron a la puerta por indicación de Mac y coincidieron con su apreciación tras oler la puerta. Sophie se preguntó qué clase de metamorfos eran, pero no parecía el momento de preguntar.

—Bueno, veamos qué hay dentro —Mac hizo un gesto a todos para que se alejaran de la puerta, por si estaba protegida o era una trampa. Sophie retrocedió hasta situarse junto a los ayudantes mientras la puerta se abría lentamente sobre unos goznes chirriantes. El interior del cobertizo estaba sombrío y oscuro. La luz de la puerta apenas penetraba en la oscuridad. Todo lo que Sophie podía ver era una gran forma cuadrada que ocupaba la mayor parte del espacio interior de la diminuta choza.

Tras esperar un largo minuto, Mac gruñó.

—Ni siquiera está protegida. Qué descarados son estos tipos.

Mac y Sophie se asomaron juntos a la puerta para intentar ver mejor a lo que estuvieran a punto de enfrentarse. Cuando Sophie se asomó a la habitación, un enjambre de moscas sobre una ráfaga de aire fétido y húmedo le voló de repente a la cara, haciéndola retroceder a trompicones. Tosiendo y jadeando, Sophie trató de alejar a los insectos, que zumbaban fuerte y furiosamente en su cara. Apretó la mandíbula y respiró con cuidado por la nariz. Tendría suerte si le entraba una en la boca.

Al cabo de un momento, las moscas se dispersaron, desapareciendo en el bosque circundante. Sophie se creía inmune al olor a muerte y podredumbre, pero tuvo que apretar los dientes y tragar repetidamente para evitar que la tortilla de su desayuno reapareciera. Pero tal vez fueran las moscas. No le gustaban nada los bichos.

—Maldita sea —murmuró Mac—. *Había* un pabellón. No estaba preparado para mantener a nadie fuera, sino para mantener la magia dentro. Qué asco.

Esperaron unos minutos a que las últimas moscas y el olor se disiparan un poco antes de acercarse de nuevo a la chabola.

Sophie vaciló en la puerta, dejando que Mac pasara primero esta vez. Cuando no ocurrió nada más, lo siguió hacia la penumbra. Forzando la vista, solo podía distinguir vagas formas en el oscuro interior. El único sonido era el zumbido de una mosca ocasional que revoloteaba por la habitación buscando una salida.

—Espera —dijo Mac, arrastrando los pies por la oscura habitación. Sabía que su capacidad para ver en la oscuridad era superior a la suya en varios grados, así que se alegró de dejarle recorrer el espacio solo. Mac abrió una cortina con un susurro, dejando que la luz atravesara la penumbra.

Sophie empezó a mirar a su alrededor, pero su atención fue

captada inmediatamente por el enorme bloque de piedra que había en medio de la sala. Ocupaba casi todo el espacio disponible en el cobertizo.

Encima del altar había un cuerpo masculino desnudo. Estaba atado de pies y manos, con las manos y los tobillos sujetos a pernos incrustados en cada esquina del altar de piedra. El hombre estaba abierto desde la base de la garganta hasta la ingle, la piel pelada, mostrando todo el interior de su abdomen. A Sophie le hizo pensar en una mariposa clavada en una vitrina, con los intestinos relucientes medio colgando de su cuerpo. Sophie estaba acostumbrada a ver cadáveres abiertos por su trabajo de ayudante de morgue, pero esto era diferente. Había un nivel de carnicería salvaje que le revolvía el estómago. El olor cobrizo de la sangre y los despojos era tan denso en el aire que Sophie se levantó el cuello de la camisa para taparse la boca y la nariz. Ahora que Sophie estaba preparada para el olor, podía contener el apetito. *La práctica hace al maestro.*

Al rodear el altar, Sophie se quedó mirando la cara del hombre. Tenía la boca congelada en un rictus de dolor agónico y horror. Le faltaba un ojo de la órbita, la herida estaba húmeda y abierta, pero el otro ojo miraba al techo, lechoso y sin ver. Alguien había grabado una serie de líneas afiladas en la frente del hombre.

Era una de las peores escenas que Sophie había presenciado nunca. Esperaba que Carson hiciera pagar caro a Morvan y a sus hermanos aquella parodia.

Un ruido en la puerta hizo que Sophie levantara la vista. Los dos ayudantes estaban en la puerta, con la mandíbula desencajada y el rostro pétreo. Mac sugirió que revisaran la propiedad para ver si había otros edificios o pruebas en la zona. El alivio era evidente en sus rostros cuando se dieron la vuelta y se alejaron trotando.

Sophie contempló una vez más el rostro del muerto antes de mirar a Mac y sacudir la cabeza.

—Esto no se parece en nada a las otras víctimas. A ninguno de ellos lo abrieron en canal —le dirigió una mirada preocupada—. Esto no me parece bien.

Mac asintió.

—Esta víctima también es humana, no Fae como las demás. En cualquier caso, tengo que avisar a papá. Va a tener una camada de gatitos cuando se entere de que los druidas han estado sacrificando gente delante de sus narices. Tendrá que investigar a toda la secta de esta región para asegurarse de que los demás miembros no están en esto. Va a ser un espectáculo de mierda.

Mientras Mac tecleaba un mensaje rápido a su padre, Sophie paseó por la habitación, con cuidado de no tocar ni alterar nada. Bajo sus

pies, el suelo era de tierra dura, manchada de negro por la sangre vieja cerca del altar. En el suelo había grandes gotas rojas aún húmedas que iban desde el altar hasta el otro extremo del cobertizo. Siguiendo el rastro de manchas, Sophie llegó a un largo mostrador de madera que bordeaba una pared. La mesa de madera llena de cicatrices estaba cubierta de varios cuencos llenos de polvos variados. Unas cuantas plumas negras cubrían la superficie. Junto a los cuencos había un gran mortero con restos de polvo negro en el fondo. La superficie de la mesa estaba cubierta de más manchas salpicadas. A la derecha había un charco de sangre gomosa y congelada, de un rojo brillante contra la madera oscura. En medio del charco había una daga ensangrentada con la empuñadura enjoyada. Junto al arma había un cáliz. En el fondo del cáliz había restos de más sangre. Un par de manojos de ramas cuidadosamente atadas -cubiertas de hojas verdes y moteadas de bayas blancas- estaban apilados en el extremo opuesto de la mesa. Delante de los fardos había otro gran mortero.

—¿Los druidas beben sangre? —preguntó Sophie, volviendo a centrar su atención en la copa ensangrentada, incapaz de evitar un estremecimiento de repulsión. La mandíbula de Mac le respondió a la pregunta.

Buscando en su bolsa, Sophie cogió un par de guantes. Era increíble que ésta fuera su vida ahora, que llevara consigo guantes de nitrilo de emergencia allá donde fuera. Sin embargo, incluso estando en medio de aquella horrible choza, con el hedor de la muerte taponándole la nariz, no lo cambiaría por nada.

—Hagámoslo —dijo, apartando una mosca al azar antes de poner una mano en el hombro del muerto—. Vale, el hombre se despierta y empieza a forcejear cuando se da cuenta de que está atado. Hay cuatro hombres en la habitación. Creo reconocer a Morvan. Morvan se acerca al hombre atado....

Las palabras de Sophie se cortaron con un jadeo ahogado. Tragando grueso, Sophie volvió a intentar contarle a Mac lo que estaba viendo.

—Él... Él está....

Sophie volvió a callarse, y el único sonido que se oía en la habitación eran sus jadeantes respiraciones.

—¿Soph? —preguntó Mac en voz baja. Se acercó, pero dudó en tocarla. De su boca salieron pequeños ruidos de dolor, como de animal.

Una serie de estremecimientos sacudieron su cuerpo antes de que Sophie apartara la mano del hombro del hombre.

—¡Joder! Esos putos... —Sophie se apartó del cuerpo, emitiendo un ruido inarticulado de rabia. Se quedó mirando fijamente la pared sucia

y manchada que tenía delante, intentando controlar su ira.

—¿Soph?

—Estaba despierto mientras le pasó todo esto —explicó Sophie, agitando la mano detrás de ella hacia las entrañas desplegadas del hombre—. Le hicieron la vivisección y estuvo consciente en todo momento. Ni siquiera sé cómo lo mantuvieron vivo todo el tiempo. Como mínimo, debería haber muerto por pérdida de sangre o shock mucho antes de que acabaran. Lo último que este hombre sintió, y vio, fue a Morvan arrancándole el corazón y dándole un mordisco como… como si fuera una manzana.

Mac agarró a Sophie por el codo y la arrastró suavemente fuera de la choza. Sophie se quedó de pie, con las piernas temblorosas, contemplando la vibrante vida verde del bosque exterior, y respiró agradecida aire fresco. Tardó unos minutos en calmarse lo suficiente como para continuar.

—Éstos no son los tipos que buscamos. Son pedazos de basura asesina, pero a menos que hayan cambiado drásticamente sus métodos, no mataron a esas otras personas.

—¿Hasta qué punto estás seguro?

Cuando Sophie le dirigió una mirada aguda y molesta, Mac se encogió de hombros sin rechistar. Aquello le quitó el aliento a Sophie. Se dio cuenta de que seguía alterada y asustada por la visión que acababa de presenciar y de que se estaba equivocando de pelea. Rodó los hombros, intentando disipar la tensión.

—Estoy bastante segura. Las otras víctimas solo sintieron un dolor ardiente en el pecho y la cabeza, como si la electricidad o una energía desbordante les estuviera quemando desde dentro hacia fuera. No tenían mucha conciencia de lo que les ocurría, solo una sensación de poder y dolor que les recorría el cuerpo. No podían ver nada. Esto era totalmente distinto. Inmovilizaron a este tipo y lo abrieron lentamente. Era consciente de cada milésima de segundo. Le obligaron a mirar, y supo exactamente lo que le estaban haciendo todo el tiempo. Había mucho dolor, pero era del tipo causado por un cuchillo, sin energía ni poder. Incluso los cánticos eran diferentes. Esos tipos sonaban como monjes gregorianos, ¿entiendes? Algo musical. Los cánticos de la otra visión eran más como plegarias susurradas… más monótonos y silenciosos.

La decepción inundó a Sophie cuando se dio cuenta de que aún no habían resuelto el caso. Al paso que iban, quizá nunca lo resolvieran. Un carraspeo sacó a Sophie de sus taciturnos pensamientos.

—Hola, siento interrumpir —dijo uno de los ayudantes—. Hemos encontrado un pozo de fuego detrás del edificio que huele como si lo hubieran usado para algo más que leña.

Eso no es nada siniestro.

—¿Dónde está Jameson? —preguntó Mac al agente.

—Está revisando la casa. Ella tiene mejor olfato que yo. Los metamorfos lobo pueden seguir el rastro de una mariposa en el viento.

Sophie y Mac siguieron al agente alrededor del cobertizo hasta otro sendero que se adentraba más en el bosque. Tras un breve paseo, aquel sendero desembocaba en un pequeño claro. El claro era tan perfectamente circular, con el pozo de fuego en su punto muerto, que parecía antinatural en medio del bosque salvaje que lo rodeaba. La hoguera tenía más de tres metros de diámetro. Un gran trípode de metal oxidado se alzaba alto y esquelético sobre la hoguera, con una larga cadena que terminaba en un gran gancho colgando en el centro del anillo.

Mac dio las gracias al hombre y le pidió que siguiera comprobando la propiedad en busca de cualquier otra cosa fuera de lo común.

—Cuando hayas terminado, vuelve a reunirte con nosotros. Comprobaremos juntos el interior de la cabaña principal —el agente asintió antes de darse la vuelta y volver por el sendero.

Sophie se quedó mirando el artilugio metálico. Su mente no dejaba de evocar varias imágenes horribles de lo que significaban aquel trípode y aquel gancho. La cadena se balanceaba con un crujido oxidado en la ligera brisa de la tarde, provocando un escalofrío en Sophie. Mientras miraba, un cuervo se posó en la punta del trípode y graznó, mirándola fijamente con ojos negros y brillantes. El animal irradiaba una especie de inteligencia feroz, girando la cabeza como para examinar mejor al humano que tenía debajo.

—Mac, ¿es peligroso el cuervo? ¿Es un metamorfo o algo así? —preguntó Sophie, sintiendo una gran alarma al recordar el espeluznante poema de la puerta del cobertizo.

Mac la miró y luego siguió su dedo señalador.

—No, no es peligroso. Es un cuervo normal. No un metamorfo. Los cuervos suelen estar con los druidas. Probablemente Morvan y sus hermanos los alimentaban para mantenerlos cerca. Se les considera heraldos de la buena fortuna. Los druidas también utilizan las plumas para algunos de sus rituales. Están asociadas a Morrigan, una de sus diosas.

Dos cuervos más se posaron junto al primero y graznaron con fuerza, mirando fijamente a Sophie con ojos inteligentes y astutos.

Estoy en un concurso de miradas asesinas provenientes de los cuervos. El día de hoy es cada vez mejor.

Apartando la mirada del trípode y de los cuervos que seguían mirándola fijamente, Sophie clavó los ojos en las cenizas del pozo de fuego. Al acercarse, algo entre las viejas cenizas llamó su atención: un

poco de plata que brillaba a la luz del sol.

—Huelo a humano —dijo Mac, con voz llana, siguiendo la dirección de la mirada de Sophie.

Con un pie apoyado en una roca de la fosa, Sophie se inclinó y cogió el objeto. Sacudiéndose la ceniza, lo levantó para que Mac lo viera. Entre los dedos de Sophie había una mandíbula con un diente de plata. La forma característica y los dientes omnívoros significaban que no podía ser otra cosa que humano. O Mítico, corrigió Sophie en silencio.

—¿Se puede obtener una lectura de un hueso? —preguntó Mac, señalando la quebradiza mandíbula que Sophie tenía en la mano.

—No puedo obtener una lectura sin un cerebro —explicó ella, recordando sus experimentos con Reggie y deseando que no fuera así. No es que estuviera ansiosa por ver más obras de Morvan.

Reggie había teorizado que el cerebro conserva recuerdos, incluso si está gravemente dañado. Y una parte del cuerpo, como un hueso o un órgano interno, no puede retener una sensación o un recuerdo. En una noche inolvidable, Reggie le había dado a Sophie un cerebro sin cuerpo para que lo probara, y ella había sido capaz de extraer de él el recuerdo de la muerte.

Con cuidado, Sophie devolvió el hueso a la hoguera y siguió a Mac mientras exploraban el resto de la propiedad, en busca de más pistas y cadáveres. Si no fuera porque sabía que se habían cometido asesinatos en la propiedad, le habría parecido un lugar de vacaciones encantador, un lugar para escapar del ajetreo y el bullicio de su vida cotidiana. Sophie era una citadina empedernida, pero al contemplar la tranquila vegetación, comprendió el atractivo de vivir como una bruja de los setos o una ermitaña. Una casita enclavada en el bosque, sin nadie más que Mac en kilómetros a la redonda, sonaba celestial.

Una hora más tarde, Sophie estaba sentada en los amplios escalones del porche mientras Mac y los ayudantes exploraban la cabaña. Había empezado a entrar, pero una mirada a la sordidez del interior y se había negado a entrar en el edificio. Ni a su circo, ni a sus monos. Le había dicho a Mac que, a menos que encontraran un cadáver para ella, esperaría fuera, muchas gracias.

Mac la había llamado cobarde con una risita oscura, a lo que Sophie había accedido encantada.

Tumbada en la escalera, Sophie oyó el grito de varias sirenas antes de ver la caravana de coches de policía acercarse a la cabaña. Empezó a llamar a Mac, pero él ya estaba bajando los escalones. Carson salió del coche que iba en cabeza con peor aspecto. Su sombrero de vaquero había desaparecido y tenía una ojera cada vez más oscura en la frente. Llevaba el pelo alborotado y la camisa medio desabrochada.

Sophie se levantó del escalón cuando él se acercó. Detrás de ella, Jameson y el otro ayudante del sheriff rondaban por el porche, justo delante de la puerta principal. Cuando Carson se acercó, Sophie se dio cuenta de que una de sus mangas estaba rasgada en el hombro, y manchas oscuras y salpicaduras de sangre decoraban sus vaqueros y su camisa de chambray abotonada.

—¿Estás bien? —preguntó Sophie.

Carson miró hacia donde Sophie miraba su camisa.

—Ah, estoy bien. No es mi sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mac, con voz engañosamente ligera. Si alguien le había hecho daño a su padre, no le quedaría mucho tiempo en este mundo, a juzgar por la expresión de sus ojos.

—Los hermanos Ruith actuaron como era de esperar cuando empezamos a leerles sus derechos. Esos imbéciles intentaron escapar creando una explosión mágica dentro de la oficina del sheriff, que está protegida contra ataques mágicos. La mayor parte se les echó encima, pero consiguieron volar todas las ventanas del edificio. Cuando eso no funcionó, al hermano menor se le ocurrió la brillante idea de intentar tomar a tu hermana como rehén con una daga que llevaba escondida. No me entristece anunciar que Carrick se ha desprendido de su cuerpo mortal —sus palabras eran cortantes, como si mordiera el aire en lugar de hablar. Carson era un volcán a punto de estallar.

—¿Le ayudaste en su camino? —dijo Mac, mirando la sangre que decoraba la camisa de Carson.

—Quería marcharse en un resplandor de gloria, y yo estaba más que feliz de complacerle —replicó Carson con sorna—. Ruby también fue de gran ayuda. También llevaba un cuchillo escondido en el cuerpo. Me dio un susto de muerte cuando fue a por su garganta. Es bastante despiadada. Te diré que casi desearía que los otros hermanos hubieran hecho lo mismo. Tengo muchos problemas que resolver — Sophie se dio cuenta de que Carson la sentía en oleadas. En ese momento decidió no hacer enojar al padre de Mac, al menos hasta que se calmara un poco.

—¿Dónde está Ruby? —preguntó Sophie, mirando a su alrededor en busca de su problemática hermana.

—No parecía herida, pero insistí en que la revisaran en la clínica por si acaso. Armó bastante jaleo, así que tuve que ponerme firme.

—¿Tuviste que ponerte en plan alfa con ella? —se burló Mac.

—No, tiré de la carta de la culpa paterna. A los jóvenes le encanta eso. Le expliqué lo mal que me sentiría si tuviera una hemorragia interna y muriera en mi presencia. Y le dije que probablemente su hermana nunca me perdonaría, lo que afectaría negativamente a la relación de Sophie con mi único hijo.

—Eres diabólico —dijo Sophie riendo. Mac puso cara de dolor.

Con el crujido de los neumáticos sobre la grava, la furgoneta del forense pasó junto a los coches de policía que aún parpadeaban y aparcó cerca del grupo que estaba al pie de la escalinata. Volviéndose hacia uno de los ayudantes, Carson le ordenó que fuera a ayudar al forense. Grady salió del coche y se dirigió hacia ellos. Detrás de él iba la Gorgona del otro día, con una cámara colgada del hombro.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Grady, con la emoción haciendo vibrar su voz. Mac sugirió a Grady que le siguiera para averiguarlo. Sophie siguió al grupo, observando cómo la camilla daba tumbos por el estrecho sendero.

—¡Guaooo! —Sophie oyó la prolongada exclamación de Grady justo después de entrar en el destartalado cobertizo.

Carson envió a la mitad del grupo de agentes reunidos a asegurar la zona y a la otra mitad a buscar pruebas. Cuando Carson se asomó al interior, Sophie pudo sentir cómo la tensión vibraba aún más en su cuerpo. Un gruñido grave e inquietante retumbó en su boca. Sus dientes se habían afilado notablemente y de la punta de sus dedos empezaban a salir garras. Parecía querer destrozar algo. *Vaya, allí no hay señales de vida inteligente. Más les valía a Morvan y a sus hermanos rezar para que Carson no les pillara pronto.*

Sophie se aclaró la garganta, captando la atención de Mac. Asintió a su padre, diciéndole en silencio que interviniera antes de que Carson explotara, justo cuando Grady volvió a asomar la cabeza por la puerta del cobertizo y le hizo señas a Sophie para que entrara.

Dejando atrás a los dos hombres, Sophie entró. Vio a Lydia haciendo fotos del cadáver, con las serpientes alrededor de la cabeza ondulando agitadas. Una de ellas sorprendió a Sophie mirándola y le siseó. Sophie abrió la boca para empezar a hacer preguntas invasivas, pero Grady la rescató de sí misma agarrándola del brazo y tirando de ella hacia el cadáver.

—Mac dice que obtuviste una lectura del cadáver. ¿Viste el ritual de sacrificio? —los ojos de Grady brillaron y se entusiasmaron ante la perspectiva.

Cuando Sophie asintió, Grady agitó una mano excitada hacia el cadáver, indicando a Sophie que empezara. Mac y un Carson mucho más calmado se unieron a ellos en el espacio ahora abarrotado.

—Guíame por todo el proceso, paso a paso. No omitas ni una sola cosa, ¿vale? —dijo Grady.

Mac se ofreció a grabar sus palabras en su teléfono para que Sophie pudiera quitarse eso de encima. Volvió a poner la mano sobre el cuerpo.

Sophie les llevó a través de cada miserable e insoportable

momento de la tortura y muerte final de su víctima: desde el primer momento en que despertó hasta que exhaló su último aliento. Incluso relató cómo se sintió la víctima cuando Morvan le grabó líneas en la frente.

—No son simples líneas —explicó Grady emocionado—. Es la palabra “Dagda” en el alfabeto Ogham. ¿Ves cómo todas las líneas son rectas? No hay curvas en el alfabeto Ogham porque originalmente estaba pensado para ser tallado en piedras.

—Parecen runas —dijo Sophie.

—No, no se parecen a las runas —dijo Grady, con aire ligeramente ofendido—. Las runas se parecen en el sentido de que están hechas con líneas rectas, pero es un alfabeto totalmente distinto. Las runas fueron utilizadas por los pueblos germánicos en la antigüedad. Curiosamente, también existe una variante nórdica. El Ogham es un alfabeto celta.

Sophie miró las incomprensibles líneas grabadas en la piel del hombre. No le parecían palabras. Solo parecía una carnicería. Hizo una mueca cuando una mosca se posó en la frente de la víctima y empezó a hurgar en una de las heridas y la apartó con un estremecimiento de asco.

—Entonces, ¿qué significa Dagda? —preguntó.

—No qué, sino quién. Dagda es el Dios Padre de Irlanda. Era uno de los reyes de los Tuatha Dé Danann y se suponía que tenía un inmenso poder mágico. Probablemente por eso los hermanos Ruith hicieron este sacrificio en su nombre. Es algo fascinante. Dagda tenía un garrote mágico que podía tanto acabar con la vida como darla. Las leyendas también dicen que tenía un caldero sin fondo y siempre lleno de comida. Estaba casado con la diosa Morrigan y tuvieron un montón de hijos —Grady, que había sacado un cuaderno y tomado notas febriles durante la lectura de Sophie, utilizaba el bolígrafo para dar énfasis mientras hablaba. Lo utilizó para señalar un dibujo a carboncillo de un pájaro en la pared en el que Sophie no había reparado antes—. Probablemente se utiliza para venerar y honrar a Morrigan.

—Qué bonito. Un dúo de marido y mujer. Ya sabes lo que dicen: una familia que se sacrifica unida, permanece unida.

Como era evidente que no apreciaba el sentido del humor de Sophie, Grady le negó con la cabeza. Utilizando el bolígrafo para volver a señalar el cadáver, indicó a Sophie que debía volver a relatar el asesinato.

—Parece que sabes mucho sobre los druidas y sus dioses y esas cosas —comentó Sophie.

—Llevo décadas estudiando la mitología druida y celta. Llevo años

queriendo visitar Irlanda y Escocia con la esperanza de aprender más. Pero tú me estás proporcionando una visión de sus rituales que nunca conseguiría de otro modo. Los druidas son muy reservados en cuanto a su religión y se han esforzado mucho por restar importancia a su sangrienta historia. Hoy en día, fingen que todos son maestros, chamanes, sacerdotes y demás, proyectando esta imagen de monjes amantes de la naturaleza -y muchos de ellos lo son, no me malinterpretes-, fingiendo que su secta no tiene un pasado oscuro y sangriento. Eran famosos por intentar adivinar el futuro en las entrañas de sus víctimas y por prender fuego a la gente dentro de hombres de mimbre gigantes. ¿Te parece eso muy amante de la naturaleza? Han intentado suprimir todo conocimiento sobre su pasado, por lo que casi no tenemos información sobre sus prácticas ceremoniales. No puedo creer que llegue a saber cómo llevan a cabo sus sacrificios.

—Me alegro de que aprendas sobre algo que te parece interesante —eso no era estrictamente cierto, pero Sophie decidió ignorar sus recelos ante lo entusiasmado que estaba Grady. Después de trabajar con Reggie, estaba acostumbrada a la decidida búsqueda de conocimiento de una mente científica—. Lástima que este asesinato no tenga relación con los otros que hemos venido a investigar. Me desanimé cuando me di cuenta de que no habíamos encontrado al asesino.

Sophie se dio un manotazo en el brazo cuando otra mosca intentó posarse sobre ella. Solo quedaban unas pocas del enjambre original en la habitación, pero incluso una sola mosca era demasiada, en su opinión. Zumbaban perezosamente por la habitación, molestándola con sus asquerosas patas reptantes.

—Podría haberte dicho que los otros asesinatos no fueron cometidos por druidas —dijo Grady olfateando. Hizo un gesto con la mano hacia el manojo de ramas secas con las bayas blancas que había sobre el largo mostrador de madera—. No había rastro de muérdago en los otros cadáveres. No sé mucho sobre sus rituales, pero todo el mundo sabe que les encanta el muérdago. Los druidas utilizan el muérdago en casi todas sus ceremonias, sobre todo durante los sacrificios. Cuando le haga la autopsia a este tipo, es casi seguro que habrá polen de muérdago en su estómago. Y ese polvo que espolvoreaban sobre él.... —dijo Grady, recordando una parte del ritual que había relatado Sophie, y luego olfateó rápidamente el cadáver—. Definitivamente, bayas de muérdago en polvo.

—¿Alguna idea de quién es o de dónde lo han atrapado? —preguntó Carson.

—Mis visiones no funcionan así —dijo Sophie—. Solo veo los

momentos finales de la vida de una persona.

—¿Viste a los otros hombres que ayudaban a Morvan durante el sacrificio?

—Había un total de cuatro hombres, incluido Morvan. Los otros tres se parecían a los tipos que vimos salir antes de la propiedad, pero estaban demasiado lejos antes para que pudiera estar completamente segura.

—¿Te importaría mirar sus fotos policiales más tarde? —pidió Carson. Sophie estaba encantada de ver las fotos si eso mantenía a esos idiotas en la cárcel.

Por último, Sophie terminó de describir el resto del asesinato para Grady, terminando con el gran final de Morvan mordisqueando el corazón de un moribundo. El cuaderno de Grady parecía repleto de notas, con su escritura de pollo rayado llenando las páginas.

—¿Morvan se lo comió todo él o lo compartió con sus hermanos? —preguntó Grady.

—No tengo ni idea. Murió antes de que pudiera ver nada más.

—Esto es genial. Muy emocionante. Gracias por compartirlo.

Quitándose los guantes, Sophie se clavó los talones de las palmas de las manos en los ojos hasta que unas lucecitas blancas bailaron detrás de sus párpados. A pesar de sus esfuerzos, seguía viendo la muerte del hombre una y otra vez en su mente.

—No creo que pueda ayudar en nada más, así que me voy —informó Sophie a Grady.

Él la miró dubitativo.

—Si alguna vez me llega otro cuerpo con el que tenga problemas o que sea inusual, ¿crees que podría llamarte para hacerte una consulta?

—Por supuesto. Probablemente tendrás que aclararlo con el Cónclave y con mi jefe, pero siempre ayudaré si puedo.

Grady le estrechó la mano con una sonrisa de agradecimiento antes de volverse hacia el muerto, llamando a la Gorgona para que le ayudara a colocar el cadáver en la camilla. Sophie podría haberle ofrecido ayuda, pero necesitaba salir del cobertizo, y francamente ya había hecho bastante por hoy.

Al salir de la cabaña, otra mosca se posó en su hombro. Dando un manotazo y fallando, Sophie gruñó al repugnante bicho.

—Esto. Es. Todo —anunció Sophie, completamente aterrorizada de estar en aquel cobertizo empapado de sangre y lleno de moscas—. Ya estoy harta. Quiero una ducha de agua hirviendo, seguida de un Manhattan. Y hecho con buen whisky, nada de esa mierda barata.

—Creo que te has ganado ambas cosas —dijo Mac, apareciendo detrás de ella—. ¡Papá! Nos vamos. Dame las llaves. Dejaré tu coche en la oficina del sheriff y tus llaves en recepción.

Carson salió de la chabola y puso las llaves en la mano de Mac.

—Sí, se han ganado un descanso. Me pondré en contacto contigo cuando acabemos aquí. Aunque eso puede tardar una eternidad —se quejó Carson con una mueca.

Cogidos de la mano, regresaron por el sendero hacia el coche patrulla de Carson. El alivio impregnaba los pasos de Sophie cuanto más se alejaban de la escena del crimen.

—¡Espera! —gritó Carson—. Tienen que recoger a Ruby de la clínica.

—¿Podríamos fingir que no hemos oído eso y dejarla allí? —suplicó Sophie a Mac, juntando las manos en señal de súplica.

La risa de Mac ahuyentó el resto de la persistente inquietud de Sophie.

10

Tras su deliciosa cena de salmón, Sophie estaba a medio comer un crujiente de una fruta llamada marionberry. A sus ojos inexpertos se parecía mucho a la mora. Fuera como fuese, estaba delicioso. Sophie tomó otro bocado y se lo ofreció a Mac. Él lo tomó con un gemido que la hizo retorcerse en el asiento. Estaba en su segundo Manhattan, acercándose cada vez más a la borrachera.

Después de restregarse hasta quedar de color rosa brillante, con la ayuda de Mac, se dirigieron al comedor de la posada, y Davin había encontrado una mesa en un rincón oscuro de la sala. La iluminación era baja y romántica. El murmullo de la conversación llenaba el espacio, creando un amortiguador del mundo exterior.

—Maldita sea —gimió Mac. Sophie siguió la mirada de Mac y vio a Carson hablando con Davin, que señalaba hacia donde estaban sentados.

—De todas formas, tenemos que averiguar qué ha pasado —le aseguró Sophie a Mac.

—Necesitas un descanso —gruñó Mac, con los hoces invisibles levantados.

—Esto es lo que hacemos —cuando Mac la miró con escepticismo, ella le agarró la mano y entrelazó los dedos—. No pasa nada. Era el descanso que necesitaba. Te lo prometo.

Carson se acercó y se sentó en una silla vacía de la mesa. Cuando apareció la camarera, le dijo que trajera lo que fuera más rápido de preparar, ya que no disponía de mucho tiempo.

Sophie apretó los dedos de Mac cuando éste abrió la boca, sin duda para regañar a su padre, pero la postura de Carson hablaba de agotamiento y tensión. Su pelo se erizaba en mechones enmarañados de la misma forma que el de Mac cuando estaba agitado y se pasaba repetidamente los dedos por las hebras.

Una vez que la camarera estuvo fuera del alcance de sus oídos, Carson se volvió hacia Sophie y Mac.

—Han encontrado dos cadáveres más en el sótano. Nunca volveré a mirar los congeladores de la misma manera. También hay pruebas de varios cadáveres en su fosa de incineración. Grady te ha pedido que bajes a la morgue y saques lecturas de lo que quede intacto —Carson estiró el cuello como si intentara aflojar un retortijón.

Sophie le acercó su Manhattan. Él olisqueó la bebida y se la bebió de un trago. Cuando terminó su estremecimiento alcohólico, Carson tosió un áspero agradecimiento a Sophie.

—Papá, tú no bebes —dijo Mac lentamente.

—Normalmente no, pero éste ha sido un día infernal.

Mientras la camarera dejaba la cena a Carson, éste sacó una carpeta y se la entregó a Sophie. Dentro había una pila de fotos de detenidos con algunas caras conocidas.

—¿Estaba alguno de esos tipos en la visión de esta tarde?

Sophie hojeó lentamente la pila de fotos, mirando cuidadosamente cada una de ellas. Tres de ellas le llamaron la atención de inmediato, pero quería ser minuciosa. Después de hojear toda la pila, Sophie sacó tres y se las deslizó a Carson. Él las miró y asintió.

—Ahí están los hermanos Ruith en todo su demencial esplendor. ¿Alguien más de ahí te resulta familiar?

Sophie negó con la cabeza y devolvió la carpeta a Carson, que estaba ocupado metiéndose comida en la boca como si temiera que alguien se la robara.

—¿Dónde está el tercer mosquetero? —preguntó Carson tras terminar de comer. Miró alrededor del comedor como si esperara ver a Ruby acechando cerca.

—Decidió echarse una siesta cuando volvimos al hotel. Luego la invitamos a cenar, pero decidió volver a salir y continuar su búsqueda para tocar a todas las personas de Murias —explicó Sophie.

—Una mujer interesante —comentó suavemente Carson, haciendo que Sophie soltara un bufido al quedarse corta. Interesante era poco —. Tengo la sensación de que se esfuerza mucho por impresionarte, Sophie.

No sabía qué hacer con aquel comentario. A Ruby no le importaba lo que Sophie pensara de ella, ¿verdad? Ruby era tan segura de sí misma, boyante y alocada; ¿por qué iba a importarle la opinión que Sophie tuviera de ella? Sophie decidió clavar un alfiler en esa idea y pensar en ella más tarde. Probablemente mucho, mucho más tarde.

—¿Necesitas que vaya a hacer una lectura de los cuerpos nuevos?

—Eso puede esperar hasta mañana. Lo más probable es que acabes de presenciar cómo los hermanos Ruith realizan exactamente el mismo ritual. Los tenemos bien controlados, así que no me preocupa. Ahora mismo, tengo que centrarme en investigar a toda la sección de OBOD de esta zona, y va a ser una mierda.

—¿OBOD?

—La Orden de los Bardos, Ovates y Druidas. Así se llama la secta de los druidas. La sección de San Francisco ya se ha enterado de lo ocurrido con los hermanos Ruith y está en pie de guerra. Van a enviar

aquí a un representante y solicitan que se destruyan todos los grimorios o libros de hechizos encontrados en la cabaña de los hermanos o que se devuelvan a su cuidado. Todo es para proteger sus intereses y evitar que sus rituales secretos salgan a la luz y caigan en las manos equivocadas, lo cual es muy enriquecedor viniendo de ellos, teniendo en cuenta con lo que he estado lidiando toda la tarde. He tenido que llamar al Cónclave y exigir *que* envíen un representante para mediar en esa mierda. Me parece bien que se peleen por quién se queda con esos libros. Son peligrosos y probablemente deberían ser destruidos, en mi humilde opinión.

Carson se limpió la boca con la servilleta y se levantó de la mesa mientras les deseaba buenas noches. Sonó su teléfono y empezó a maldecir.

Al contestar, ladró,

—¡¿Qué?! ¿Cómo que lo han perdido? ¿Han metido a Milford en la habitación forrada de hierro como les dije? Malditos imbéciles —Carson salió a grandes zancadas del comedor, discutiendo en voz alta con la persona que estaba al otro lado de la llamada.

—Claro, papá, yo invito a la cena —bramó Mac a su espalda en retirada. Carson levantó la mano en señal de reconocimiento, luego dobló la esquina y desapareció de su vista. Mac sacudió la cabeza, con el cariño y la exasperación luchando por dominar su rostro.

Sophie quiso burlarse de Mac por lo de su padre, pero una campanada de su teléfono la distrajo. Era Reggie, que hacía su registro diario. Escribió un rápido resumen del día. Ni un minuto después de pulsar el botón de enviar, su teléfono sonó con el mensaje “Jefazo” en la pantalla.

—Reggie, hola.

—¿Estás bien? —interrumpió la voz preocupada de Reggie.

—Sí, estoy totalmente bien. Te lo prometo.

—Los druidas pueden ser muy peligrosos, sobre todo si han hecho magia de sangre para aumentar su poder.

Sophie le aseguró a Reggie que estaba completamente ilesa y le hizo un resumen de los acontecimientos del día.

—¿De verdad viste todo un ritual de sacrificio druida? —preguntó Reggie con un entusiasmo familiar en la voz—. ¿Y tienes dos víctimas más de las que vas a sacar visiones mañana? Oh, cómo me gustaría ver algo así. ¿Sabías que son muy reservados con sus ceremonias y rituales? Casi nadie que no sea druida sabe nada de lo que ocurre dentro de una secta.

—Sí, algo había oído sobre eso —respondió Sophie, reprimiendo la risa que quería brotar.

—¿Crees que podría subir a ver una de las lecturas? Sería una

información inestimable.

—No me importaría nada. Me encantaría verte. Pero probablemente deberíamos aclararlo antes con Grady —aunque Sophie sospechaba que estaría encantado de que Reggie viniera de visita.

—Voy a llamarle y preguntarle. Espero que siga en su despacho.

—Probablemente Grady siga allí. Mencionó que quería hacer la autopsia hoy. Además, tiene que ocuparse de los dos nuevos cadáveres. Aquí tienen unas instalaciones mucho más pequeñas que las nuestras. Y estoy casi segura de que Grady estará encantado de que presencies mi próxima lectura.

—Además, podría venir al Festival de la Luna del Cazador. Siempre he querido ir a uno. He oído que son muy divertidos.

Reggie colgó tras prometer que enviaría un mensaje de texto a Sophie cuando esperara llegar a la ciudad.

El helado se había derretido, convirtiendo su crujiente en un desastre empapado para cuando Sophie volvió a prestar atención a su postre. Había sido un día tan largo que se planteó seriamente olvidar el alto precio del plato y pedir otro. Decidida a no hacer ese gasto frívolo, apartó el plato.

Mac echó un vistazo al postre caldoso y llamó a Davin para que trajera uno nuevo y otro Manhattan. Sophie sabía que estaba viendo a Mac todo cursi, pero no pudo evitarlo. ¿Quién iba a decir que un gruñón como él podía ser tan atento y considerado?

Cuando llegó el postre recién hecho, Sophie le ofreció a Mac el primer bocado. Luego lo besó, saboreando la dulce acidez del crujiente en sus labios.

El chirrido de una silla contra el suelo de madera apartó a Sophie de Mac. A pesar de su mirada molesta, Ruby se dejó caer en el asiento abandonado de Carson con un suspiro dramático.

—He tenido el peor día —se quejó Ruby, cogiendo el tenedor de Sophie y dando un mordisco a su postre. El gruñido que salió de la boca de Mac hizo que incluso Sophie se paralizara por un segundo.

—Cómprate tu propio postre —Mac apartó el tenedor de la mano de Ruby, que lo tenía congelado a medio camino de la boca, y se lo devolvió a Sophie. Deslizó el plato fuera del alcance de ella.

Ruby puso los ojos en blanco.

—Da igual. No es para tanto. Somos hermanas. Las hermanas comparten.

—Apenas nos conocemos —decía Sophie antes de poder contenerse —. Apenas eres más que una desconocida —Sophie pudo ver el momento en que Ruby percibió las palabras. El dolor nadaba en sus ojos. E, increíblemente, Sophie se sintió fatal. Era como dar una

patada a un cachorro.

—Eh, yo… —Sophie empezó a decir, pero Ruby se levantó y se marchó, saliendo del comedor con la espalda erguida—. Soy una total imbécil —se lamentó Sophie.

—No, no lo eres —dijo Mac—. Te está pidiendo una relación para la que no estás preparada. Es una ilusa si cree que es normal hacerse mejores amigas tan rápidamente. Se ha pegado a ti tan rápido que parece una acosadora. Haces bien en ser prudente.

—Sé que tienes razón. Es que… Ella quiere de verdad formar una familia. Soy yo quien duda. Y no sé muy bien por qué. Es ruidosa y demasiado amistosa y no entiende los límites en absoluto, pero lo intenta, y yo sigo alejándola. Ni siquiera es lo del asesino en serie lo que me molesta. Es su entusiasmo y aferramiento lo que me echa para atrás. No me gusta seguir siendo una imbécil. Y ahora he herido sus sentimientos.

—Ya recapacitará. Sé que en el fondo lo entiende. No es tonta. Creo que está tan emocionada que se le escapa.

—Maldita sea. Debería ir a hablar con ella —Sophie dirigió a su postre, y a su novio, una mirada anhelante antes de perseguir a Ruby.

Alcanzó a Ruby cuando salía del hotel.

—¡Oye, espera! En serio, Ruby, espera.

Ruby se detuvo al borde de los escalones del porche, se giró y dirigió a Sophie una mirada irritada.

—Lo siento —empezó Sophie—. Fue una mierda lo que dije. Somos hermanas. Y me alegro de ello. Solo que me está costando adaptarme. Hago lo que puedo, pero me esforzaré más por ser más amable contigo. No te mereces mi actitud.

—Uf, no tienes que ser perfecta todo el tiempo.

—¡No soy perfecta! Solo intento ser normal. Lo único que quiero es a mi novio, mis amigos y un trabajo que me pague el alquiler. Pero no, sigo teniendo visiones de esas cosas horribles que no puedo dejar de ver. Y todo el mundo me exige ayuda todo el tiempo. Es un asco.

—Sí, tienes razón. No sé *nada* de lo que se siente.

Sophie hizo una mueca de dolor. Si seguía metiendo la pata al ritmo que lo hacía, podría terminar hundiendo su pie en un pozo sin fondo.

—De acuerdo, tienes razón. Si alguien entiende lo que se siente, eres tú. Pero no ayuda que sigas actuando como una acosadora. Te has mudado al otro lado de la calle y nunca me dijiste nada.

—No es para tanto. Le estás dando más importancia de la que merece. Solo esperaba que pudiéramos hacernos amigas. Yo soy la divertida y tú eres una amargada, pero tienes a toda esa gente que viene corriendo siempre que llamas. Yo no tengo amigos, así que

cuando vi ese apartamento en la lista de opciones de alojamiento que me ofreció Marcella, pensé que sería divertido conocernos. Pero entonces no respondiste a ninguno de mis mensajes y no supe cómo decirte dónde vivía. Me di cuenta de que te enfadarías por ello, pero ya había sacado todas mis cosas del almacén. No tenías por qué mostrarte tan distante.

—¡Eres una asesina en serie! Mi hermana mata a la gente apuñalándola en la garganta. ¿No crees que eso merece cierta precaución?

—Bésame el culo. Soy. Una. Vigilante —Ruby levantó las manos—. ¿Crees que me gusta matar gente? Solo lo hago porque la policía no ayudó, y yo solo intentaba salvar vidas. Al menos estoy salvando a gente. Solo puedes averiguar quién lo hizo después de los hechos, en lugar de evitar una muerte. No creo que tengas derecho a juzgarme.

Ruby giró sobre sus talones y empezó a alejarse. Sophie soltó unas cuantas palabrotas en voz baja. No se imaginaba que la conversación fuera así.

Sophie volvió a perseguir a Ruby.

—Deja de huir. Estoy intentando disculparme.

—¿Es eso lo que intentas hacer? Se te da fatal —respondió Ruby con naturalidad.

—Tienes razón. Lo hago fatal. No me gusta pedir perdón y, desde luego, no me gusta equivocarme. Pero me he equivocado y lo siento. No quiero pelearme contigo. Prometo dejar de ser tan imbécil contigo. Comprendo que ambas intentamos hacerlo lo mejor que podemos con nuestros extraños poderes. Tú lo has hecho lo mejor que has podido con algunas decisiones de mierda. Quiero ser tu hermana y quiero que seamos amigas. ¿Podemos volver a empezar, *por favor*?

Ruby dejó de alejarse. Se detuvo en la acera, sumida en sus pensamientos. Sophie decidió cerrar la boca de una vez y dejar que Ruby procesara la oferta.

Al girarse, Ruby exhaló un largo suspiro.

—De acuerdo. Empecemos de nuevo. No tenemos muchas opciones. Tenemos que trabajar juntas mientras estemos aquí. Pero dejaré de ser tan insistente.

Sophie asintió con la cabeza.

—Y yo dejaré de ser tan perra.

Ruby se burló juguetonamente.

—No hagas promesas que no puedas cumplir.

—Ja, ja —se burló Sophie, pero luego estropeó su fingido enfado riéndose.

11

El viernes, Sophie siguió de cerca a Ruby mientras ésta recorría las tiendas menos concurridas de las calles laterales que salían de Abernethy. Aquella mañana ya habían recorrido la calle principal. Todo el pueblo parecía estar montando puestos que ofrecían comida de feria, delicias locales, arte, artesanía y juegos.

Habían intentado entrar en varias tiendas, pero estaba tan abarrotado de turistas que era una presión de cuerpos por todos lados. A Ruby le costaba procesar simultáneamente todas las lecturas contradictorias. Sophie esperaba conocer a uno de los artistas de la tienda de tatuajes, pero estaba llena y se marchó rápidamente. Al cabo de un minuto, el interior de la tienda le resultaba demasiado claustrofóbico y sentía que no podía respirar.

A pesar de la falta de progresos, Ruby estaba de buen humor. Su pelea de la noche anterior estaba aparentemente olvidada.

Reggie había enviado un mensaje a Sophie para comunicarle cuándo esperaba llegar a la ciudad. Miró el móvil y se alegró de ver que llegaría en menos de una hora, a menos que el tráfico provocara un retraso. El plan consistía en dirigirse a la oficina del forense para sacar las visiones de muerte de los sacrificios de los druidas una vez llegara Reggie.

No habían visto a Carson en todo el día, pues él y su gente estaban ocupados inspeccionando todas las propiedades de los druidas del condado. Mac había decidido aquella mañana acompañar a su padre por si alguno de los druidas decidía iniciar una batalla. Antes había enviado un mensaje a Sophie para contarle que los druidas estaban calificando las inspecciones de ilegales. Al parecer, no les hacía mucha gracia que los rastreadores husmearan en sus propiedades en busca de cadáveres. Sophie los compadecía. *Eh, no*.

—Probemos aquí otra vez. Hay gente nueva dentro —sugirió Ruby, señalando una tienda de té que habían visitado a principios de semana.

—¡Ruby! —vitoreó el dueño de la tienda de té cuando entraron al establecimiento, como si Ruby fuera una de sus clientes habituales. Ocultando su diversión, Sophie saludó al dueño una vez hubo terminado de abrazar a su hermana.

—George, ¿tienes algún té que pueda ayudarme con el insomnio?

Últimamente me cuesta mucho conciliar el sueño —preguntó Ruby.

El dueño de la tienda se apresuró a salir de detrás de su mostrador para mostrarle a Ruby algunas opciones de su tienda que la ayudaran con sus imaginarios problemas de sueño. De camino a una de las estanterías, fingió no ver a un cliente y chocó con él. Tras disculparse, Ruby se presentó. Cuando la persona dijo su nombre, Ruby se rascó la oreja derecha.

Habían ideado un sistema de señales manuales para moverse entre la población de la ciudad con más eficacia. Si Ruby se tiraba de la oreja derecha, la persona nunca había asesinado a nadie. Si se frotaba la frente, la persona había cometido un asesinato, pero estaba "justificado" según Ruby. Si se rascaba la barbilla, la persona no era su asesino, pero había cometido un asesinato del que debían informar a Carson. Si alguna vez encontraban a la persona que buscaban, ella tosería fuerte y diría algo sobre su alergia.

Sophie había perdido toda fe en que vería esa última señal. No estaba dispuesta a rendirse, pero empezaba a sentirse desesperanzada.

Ahora tenían una exhaustiva hoja de cálculo con los nombres de los habitantes y visitantes del pueblo que nunca habían matado, los que habían cometido un asesinato "justificable" y los asesinos que debían ser detenidos. Por suerte, hasta ahora solo habían encontrado a dos personas dignas de llamar la atención del sheriff. Pero parecía una apuesta perdida: había demasiada gente y cada hora llegaba más. Todas las tiendas y comercios estaban abarrotados y llenos de turistas. Era imposible tocar a todo el mundo, pero hacían lo que podían.

La tienda de té estaba llena del suelo al techo de estanterías de madera poco profundas. Grandes latas llenaban cada centímetro de las estanterías, cada recipiente repleto de distintos tipos de té: Oolong, negro, Pu-erh, verde, yerba mate, hierba...

Los pies de Sophie se frenaron y luego retrocedieron. Allí, en medio de las selecciones de hierbas, había té de hierba gatera. Menta gatuna. Había una lata de té de hierba gatera, y su amiga Amira era una metamorfa gato. Sophie tenía que darle un poco; era demasiado divertido como para resistirse.

—Eh, George, ¿me das un poco de este té de hierba gatera?

—¡Por supuesto! Es estupendo para la ansiedad, los dolores de cabeza y el insomnio, o para ayudar a calmar el sistema digestivo. A mí me gusta con un chorrito de limón y miel. El limón realza el sabor mentolado y cítrico de las hojas.

Cuando Sophie le explicó que era un regalo para una amiga, George lo metió en una bolsita muy cuchi con un lazo. Las hermanas salieron de la tienda, cada una con una bolsa en la mano. Si seguían haciendo tantas compras, a Sophie le preocupaba tener que echar

mano de sus escasos ahorros para pagar las facturas del mes siguiente. Se prometió a sí misma limitarse a mirar escaparates durante el resto del viaje.

—Otro fracaso —se quejó Ruby, pero no parecía especialmente disgustada—. ¿Quieres ir a comer temprano? Podríamos probar en esa marisquería de Fairfax.

Sonó la campanilla del teléfono de Sophie antes de que tuviera ocasión de contestar. Mirando el mensaje que la esperaba, se volvió hacia Ruby, rebosante de emoción.

—¡Reggie está aquí! Está a punto de llegar a la oficina del forense. Vamos a reunirnos con él allí.

Sophie tecleó una respuesta rápida y luego envió un mensaje a Mac para decirle dónde estaría. Él respondió inmediatamente que necesitaba un descanso del trato con los druidas y con su padre, y que se reuniría con ellos allí.

Sophie se dirigió a la oficina del forense en un tiempo récord, prácticamente arrastrando a Ruby tras ella. Le hacía mucha ilusión que su amiga se reuniera con ellas en Murias. Reggie le parecía normal, y su presencia amable y tranquilizadora haría más llevadera toda aquella experiencia. Además, Sophie echaba de menos a su amiga.

Al doblar la esquina de la calle 5, Sophie vio un Camry familiar aparcado junto a la oficina del forense. Hablando con Mac estaba Reggie. Pero para sorpresa y deleite de Sophie, Ace, Fitz y Amira estaban con él.

—¡Chicos! ¡Han venido todos! —exclamó.

—Cuando Reggie dijo que venía a verte, decidimos hacer un viaje por carretera. Así que estamos aquí por si necesitas refuerzos. Además, siempre he querido visitar Cascadia —explicó Amira. Tiró de Sophie para darle un rápido abrazo antes de entregársela a Ace, que se saltó el abrazo con la nariz arrugada y pasó a Sophie directamente a Fitz. Ace no era exactamente de los que abrazan. Probablemente no quería arruinar su reputación de gruñón socarrón.

Reggie la apartó de los brazos de Fitz y la abrazó. Al retirarse, le dio un repaso paternal como si comprobara si estaba herida.

—¿Estás bien? El Dr. Musteli me ha dicho que hiciste una lectura sobre un sacrificio druida. Son notoriamente brutales.

—Estoy bien. Pero sí, esa muerte fue la peor que he presenciado nunca. Fue incluso peor que la del vampiro rabioso del mes pasado. Pero forma parte del trabajo, y me alegra ayudar.

Ruby hizo un ruido de escepticismo, un pequeño *ejem*. Sophie se volvió hacia ella, recordando la pelea de la noche anterior, cuando se había quejado a Ruby de su regalo como una imbécil desagradecida.

—Sé lo que dije anoche —dijo Sophie—. Y aunque es cierto que a veces lo que vemos apesta, no me desharía de mi habilidad, aunque pudiera. ¿Y tú?

Ruby le dio la razón y pareció vagamente aliviada. Cuando Sophie se volvió hacia Reggie, se dio cuenta de que todos miraban a su hermana con caras que iban de la preocupación a la cautela, pasando por la aversión.

Sophie se dio cuenta de que sus amigos habían captado y adoptado su desconfianza hacia Ruby. *Era hora de arreglarlo.*

Sophie presentó a Ruby a cada uno de los miembros de los Impares, que estrechó las manos de todos con entusiasmo y trató a Reggie como a una amiga perdida hacía mucho tiempo. O bien no tenía la habilidad de leer una habitación, o simplemente optaba por ignorar la recepción distante de todos. Sophie sospechaba que Ruby se abriría paso en la vida de sus amigos si le daban media oportunidad. Hace una semana, eso le habría provocado urticaria.

Desesperada por romper la tensión persistente, Sophie miró a su alrededor en busca de una distracción. Recordó que aún tenía en la mano la bolsa de regalo de la tienda de té.

—Oh, Amira, te he traído un regalo.

Le entregó la bolsa a Amira, que parecía encantada de recibir un regalo. Sacó el papel de seda con desenfreno, metiendo el papel arrugado en las manos de Ace, y luego sacó el recipiente de té suelto de las profundidades de la bolsa.

—¡Vaya! —dijo Amira, volviendo a meter rápidamente el té en la bolsa y empujándolo todo de nuevo a las manos de Sophie. Las pupilas de Amira se dilataron tan deprisa que Sophie temió haber asustado de algún modo a su amiga—. Si quiero ser funcional hoy, tendrás que guardarlo. No quiero estar drogada mientras tenemos que trabajar —tapándose la nariz, Amira dio un rápido paso atrás para alejarse de Sophie.

—¿Drogada? —dijeron Sophie y Ruby al mismo tiempo.

—Soy una metamorfa gato.

—OH. Claro —Sophie recordó cómo actuaba Ginsberg, el gato de Birdie, cuando conseguía un nuevo juguete con hierba para gatos en él. Primero se abalanzaba, luego se revolcaba con los cuatro miembros en ristre y por último caía en un estupor babeante que podía durar horas.

Grady salió en ese momento y salvó a Sophie de aquel incómodo momento. Se apresuró a acercarse a Reggie para presentarse, dándole la mano con un vigoroso y entusiasta apretón.

—Me alegro mucho de conocerte en persona, Dr. Didel. Soy un admirador de tu trabajo sobre el vampirismo. Tu artículo sobre cómo

la composición de los glóbulos rojos de los vampiros ayuda a explicar el lento envejecimiento de la especie fue inspirador. Siempre me ha interesado ese campo de estudio, pero casi no tenemos vampiros en Cascadia. Ya sabes que tienden a quedarse en las zonas urbanas.

Reggie emitió un suspiro de simpatía.

—Si alguna vez quieres visitar nuestras instalaciones, seguro que podríamos pasar un día compartiendo datos.

—Cumpliré tu promesa —respondió Grady, con sus ojos castaños dorados encendidos de entusiasmo.

—¿Quieren empezar con las lecturas? —preguntó Sophie en cuanto se dio cuenta de que la reunión de la Sociedad de Admiración Mutua de Grady y Reggie podría prolongarse indefinidamente si ella no los distraía.

—Sí, estoy deseando ver si esos otros sacrificios siguieron el mismo ritual o si hubo variaciones —dijo Grady—. Me gustaría terminar esto inmediatamente, ya que la sección de SF de la OBOD está en camino y sé que intentarán interferir —Grady se volvió hacia Reggie—. No he tenido ocasión de empezar la autopsia de ninguno de los dos cuerpos. ¿Te gustaría atenderlos una vez que Sophie reciba sus lecturas?

Reggie aceptó con entusiasmo.

—La comunidad Mítica de San Francisco está completamente alborotada porque algunos druidas están sacrificando a humanos —dijo Ace—. El grupo local de druidas está metido en un buen lío porque no se dieron cuenta de lo que tramaba uno de sus miembros de más alto rango. Imagino que el Cónclave está obligando a su equipo a responder a algunas preguntas muy incómodas en estos momentos —parecía regocijarse ante la perspectiva.

—Entonces deberíamos darnos prisa —dijo Reggie—. Siempre he querido saber cómo extraen los druidas el poder mágico de sus víctimas. ¿Es específicamente de la sangre o del alma? Estoy deseando saber más.

—¡Es muy emocionante! —asintió Grady—. Lo que no pude entender de la otra lectura de Sophie fue cómo mantuvieron viva a la persona durante todo el ritual. El hombre debería haber muerto por pérdida de sangre mucho antes de que se completara el ritual. Espero que uno de estos otros dos cuerpos pueda darnos la respuesta.

Con impaciencia apenas reprimida, Grady hizo señas a todos para que entraran. Amira, Fitz y Ace se negaron a asistir.

—Vamos a separarnos para explorar la ciudad y ver si algo parece raro.

—¿Estás seguro? —preguntó Sophie, sintiéndose culpable de que todos estuvieran aquí por su culpa.

—Sí, va a ser divertido —le aseguró Fitz—. Vamos a enterarnos de

todos los chismes locales. Ya verás.

—Por cierto, ¿sabías que mañana habrá un concurso de repostería? —preguntó Sophie, divertida cuando a Fitz se le iluminaron los ojos—. La fábrica local de rumores dice que Pam, de la panadería, y Cordelia, de la tienda de dulces, son las dos grandes contendientes —Sophie sabía que acababa de lanzar un guante a los pies de Fitz al que éste no podría resistirse.

—¿Ah, sí? Quieres decir que *antes* eran las contendientes. Ahora estoy aquí y tendré que ver si el hotel me presta su cocina.

Haciéndoles señas para que se marcharan mientras trotaban hacia Abernethy Street, Sophie dudó un segundo, empapándose de la luz del sol. Inspiró profundamente para despejar cualquier duda o inquietud persistente y se echó hacia atrás, preparándose mentalmente para ver sufrir y morir a dos personas. No es que hubiera realmente una forma de prepararse para algo así.

—¿Estás bien? No tienes que hacer esto —murmuró la voz de Mac mientras Reggie y Grady se dirigían al interior del edificio.

—Estoy bien. No es que lo esté deseando. Pero ya sé lo que me espera. Así que no me pillará tan desprevenida como ayer.

Después de su pelea con Ruby, Sophie se había dado cuenta de que se alegraba de tener su habilidad. Tenía que creer que existía por alguna razón. Se negaba a esconder la cabeza en la arena si podía evitar que más gente resultara herida. *Basta de quejas. Es hora de poner mi cara de perra.*

~

TREINTA MINUTOS DESPUÉS, Sophie había terminado ambas lecturas.

Cuando Grady había abierto la puerta de la nevera y sacado la bandeja con el cadáver de la primera víctima, Ruby había echado un vistazo a la mujer descuartizada y había gritado:

—¡No! —había anunciado que de ninguna manera necesitaba ver nada más y que Sophie estaba loca por andar tocando muertos.

—Me voy a la calle Abernethy. Mándame un mensaje cuando acabes aquí. Y asegúrate de lavarte las manos —con un último escalofrío, Ruby se había marchado, murmurando en voz baja.

El primer cadáver era el de una mujer de unos sesenta años. Según Grady, había encontrado una coincidencia en la base de datos del FBI, donde figuraba como una mujer desaparecida de Seattle. Dijo que había sido un golpe de suerte, porque había sido una sin techo, y a menudo no se denuncia la desaparición de personas desplazadas. Su asesinato había sido muy similar al otro sacrificio. La única diferencia era que lo había realizado uno de los otros hermanos Ruith, no

Morvan.

La segunda víctima era un hombre de unos veinte años. Basándose en las marcas de las huellas en sus brazos, Grady teorizó que se trataba de otro vagabundo que sufría adicción. Creía que los hermanos Ruith capturaban a seres humanos que la gente no notaría que habían desaparecido.

—Un movimiento sacado directamente del manual del asesino en serie —murmuró Reggie sombríamente.

Segundo verso, igual que el primero, interpretado por otro hermano Ruith. Mac sugirió que cada uno realizara los rituales por turnos para obtener el mismo poder. Dijo que los hermanos aún no hablan, pero que el Cónclave tiene gente que puede obligarles a responder a todas sus preguntas.

Unos minutos después de que Grady guardara el cadáver, pudieron oír la voz de Carson desde el vestíbulo. Sophie miró de reojo a Mac porque sonaba muy molesto. Su voz fue ganando volumen hasta que Sophie pudo distinguir las palabras.

—Ustedes me pusieron al mando de este pueblo, ¿y ahora quieren entrometerse para que haga mi trabajo?

—Sheriff, no hay motivo para enfadarse. Debes comprender que todo lo que tenga que ver con los druidas debe tratarse con delicadeza —respondió la voz de otro hombre en un tono meloso que puso a Sophie los dientes de punta. Solo podía imaginarse lo bien que le sentaría aquello a Carson y su tolerancia de cero tonterías—. Ya lo ha decidido el Cónclave, Carson. No está en nuestras manos.

Lydia asomó la cabeza por la puerta con expresión de disculpa.

—Siento molestarte, Dr. Musteli. Ha venido un hombre a verte. Le he dicho que estás en mitad del trabajo, pero insiste en que necesita hablar contigo ahora mismo. Dice que le envía el Cónclave.

—No te preocupes, Lydia. Hazle pasar, por favor.

Carson entró en la sala de autopsias, seguido de cerca por un hombre al que Sophie había visto antes en compañía de Marcella. Era miembro del Cónclave o uno de sus representantes.

—Ruby, qué alegría volver a verte —dijo el hombre cuando vio a Sophie.

—No soy Ruby. Soy la otra hermana, Sophie.

—Ah, sí, claro —respondió el hombre—. Me alegro de conocerte por fin. Soy Ziad. Menudo lío con este asunto de los druidas. El Cónclave me envió para ayudar a limpiarlo todo.

Ziad dio a Sophie la impresión de un hombre que veía a los demás a través de la lente de su propia prepotencia. La aversión de Sophie hacia aquel hombre fue rápida e inexplicable.

—Encantada de conocerte —dijo débilmente.

—¿Qué haces aquí, en Cascadia? —preguntó Ziad.

Parece que no lo sabes todo, ¿eh? Sigamos así.

—Oh, solo estoy aquí de vacaciones. Mac quería que conociera a su familia.

Con esa explicación, Ziad pasó a hablar con Grady. Rápidamente le explicó que los cadáveres que tenía en su poder debían ser trasladados inmediatamente a la morgue de la ciudad para que su experto pudiera hacer las autopsias.

Grady intercambió una mirada vagamente divertida con Reggie.

—Debes comprender que en la oficina del forense contamos con un médico muy cualificado para este tipo de casos de alto perfil —explicó Ziad.

—¿Te refieres al Dr. Didel? —preguntó Reggie con una pequeña sonrisa.

—Sí. ¿Has oído hablar de él? —respondió Ziad.

—Una o dos veces.

—¿Y tú eres? —preguntó Ziad, en cuya voz empezaban a formarse el disgusto y la molestia.

—¡Perdón! Soy el doctor Reginald Didel. Encantado de conocerte —respondió Reggie plácidamente, tendiéndole la mano para estrechársela.

Ziad dudó un momento, mirando fijamente la cara de Reggie como si intentara determinar si estaba bromeando.

—Ya veo. No sabía que estabas en la ciudad.

—Entiendo que te resulte confuso. Cuando el Dr. Musteli me llamó para consultarme sobre el primer sacrificio druida, me ofreció amablemente el uso de sus instalaciones para mi comodidad.

—¿Sabe el magistrado Venturi que no estás en la ciudad? —preguntó Ziad.

—Sí, llamé inmediatamente a Marcella para que aprobara este viaje.

Ambos hombres se hablaban con un tono tan educado y profesional, pero el trasfondo de su conversación era tan tenso que el aire alrededor de ellos se puede cortar con una hojilla.

Unos incómodos minutos después, Ziad se marchó precipitadamente, alegando que tenía que supervisar el interrogatorio de los miembros de la secta druida.

—Menuda comadreja engreída —murmuró acaloradamente Reggie una vez que Ziad estuvo fuera del alcance de sus oídos.

—¿Has tenido que tratar con él antes? —preguntó Sophie.

—No, pero la reputación de Ziad le supera. Empujaría a su propia madre delante de un tren en dirección contraria si con ello consiguiera avanzar en el Cónclave. Si le permites que te cubra las espaldas, no te

sorprendas si te clava un cuchillo.

El estómago de Sophie empezó a rugir en ese momento, y se dio cuenta de que se había saltado accidentalmente el almuerzo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mac con una sonrisa ante el ruidoso gorgoteo del vientre de Sophie.

Sugirió ver si el resto de Los Anómalos querían unirse a ellos para comer. Reggie se negó, afirmando que le gustaría quedarse para las autopsias.

Mientras Sophie, Mac y Carson se dirigían a buscar al equipo y conseguir algo de comida, miró hacia atrás y observó cómo Reggie y Grady agachaban la cabeza, revisando con entusiasmo unas notas en un portapapeles.

12

Carson consiguió engatusar al dueño de la Parrilla de Mariscos de Wedderburn para que juntara un par de mesas en un rincón trasero del concurrido restaurante para el grupo. Mac se burló de su padre diciéndole que, al fin y al cabo, para algo servía su numerito del "no me jodas".

Carson estaba de un humor especialmente jovial mientras los camareros traían una fuente tras otra repletas de marisco. Cuando Sophie le preguntó, suponiendo que estaría enfadado por haber perdido la jurisdicción sobre los druidas, negó con la cabeza.

—Uno de mis ayudantes dijo que, tras la toma de posesión del Cónclave, el druida jefe de OBOD se presentó y está armando un escándalo —explicó—. Casi se pelea a puñetazos con Ziad por los grimorios de los hermanos. Me pidieron que mediara. Me aseguré de recordarle al imbécil de Ziad que me había ordenado que no me interpusiera en su camino. "Ésta es una situación para profesionales que entiendan los entresijos de la cooperación Mítica entre especies". Espero que tenga el día que se merece.

Pues muy bien, Carson se ha convertido de repente en una auténtica dama sureña.

Picó una pata de cangrejo con una cantidad preocupante de condimento, mojó la carne en mantequilla clarificada y se la metió en la boca con una sonrisa sarcástica.

A mitad de la comida, Reggie y Grady se unieron al grupo. Tuvieron que cambiar las sillas y los platos, pero era una comida de las que gustan más a los marineros.

Grady hizo que todos levantaran la copa para brindar.

—Que tu vaso esté siempre lleno. Que el techo sobre tu cabeza sea siempre fuerte. Y que estés en el cielo media hora antes de que el diablo sepa que te has ido.

Sophie se rio y bebió un buen trago de su cerveza. Miró a sus amigos alrededor de la mesa mientras reían y bromeaban, comiendo un auténtico festín. Ace y Amira discutían y se criticaban, como de costumbre. Fitz picoteaba un cangrejo con su habitual método, sus dedos largos y ágiles sacaban la carne de una pinza. Grady comía sus pasteles de cangrejo con su habitual meticulosidad. Reggie y él estaban sentados uno junto al otro, hablando de una nueva

investigación médica. Habían congeniado y se estaban haciendo amigos rápidamente.

—A mamá le habría encantado esto —comentó Mac en voz baja a su padre. Sophie levantó la vista de su plato y vio cómo Mac le daba un codazo en el hombro a su padre.

—Sí, le habría encantado.

—Y le habría encantado este pueblo. ¿Que Míticos y humanos convivieran en armonía? Era todo lo que ella había soñado.

—Sí, ojalá hubiera podido ver esto —Carson dedicó a Mac una cálida sonrisa antes de volver a su comida.

Aunque aún tenían un caso que resolver, este descanso era justo lo que todos, especialmente Sophie, necesitaban. La única forma de que hubiera sido mejor era que Birdie y Burg estuvieran allí. Al darse cuenta de que hacía un par de días que no hablaba con Birdie, Sophie se levantó de la mesa para llamar a su amiga.

Al levantarse, Mac la miró con preocupación, pero ella le hizo un gesto con la mano y le dijo que disfrutara de la comida.

—No puedo comer ni un bocado más. Ahora vuelvo. Solo quiero hablar con Birdie. Sus telenovelas acaban de terminar por hoy, así que es el momento perfecto.

Sophie encontró un banco fuera del restaurante, a la sombra de un arce, y llamó a Birdie. Unos minutos más tarde, se reía mientras su amiga le describía cómo uno de los hombres del club de la tercera edad se disputaba su mano e intentaba robársela a Milton. El portazo de la puerta principal la sorprendió. Carson salió furioso del restaurante con Mac y Ruby pisándole los talones. Las caras de Carson y Mac eran una combinación de ira y determinación.

—Oye, Birdie, tengo que irme. Creo que ha surgido algo. Intentaré llamarte mañana, ¿vale? —tras intercambiar despedidas, Sophie se metió el teléfono en el bolsillo—. ¿Qué ha pasado?

—Han encontrado un cadáver en el océano, frente a la playa de Ágata.

—¿Otro sacrificio druida? —preguntó Sophie. El pavor empezó a recorrerle el estómago. Si más nunca tuviera que ver a otra persona viviseccionada mientras ella viviera, estaría bien.

—No —respondió Mac, con los ojos azules encendidos—. Pero se informó de que el cadáver tenía un gran hematoma en el pecho.

—¿En serio? —aquella noticia hizo que el corazón de Sophie doblara su ritmo. Quizá por fin pudieran resolver el caso.

—Sí, pensé que eso podría interesarte —Mac le dio un codazo burlón, comprendiendo exactamente cómo se sentía. El resto del equipo salió del restaurante hablando en pequeños grupos.

Carson acompañó a Mac, Sophie y Ruby a su crucero. Reggie dijo

que saldría con Grady y que el resto del grupo se quedaría. Fitz, Ace y Amira seguirían vigilando la ciudad, aunque Sophie esperaba que su ayuda fuera innecesaria una vez que hubiera extraído la visión de la muerte del cadáver. No era supersticiosa, pero cruzó los dedos para tener suerte.

La calle Abernethy estaba abarrotada por el festival, así que Carson tuvo que tomar algunas calles secundarias antes de entrar en la autopista Redwood, en dirección norte por la costa.

—¿A dónde nos dirigimos exactamente, papá? —preguntó Mac desde el asiento trasero, junto a Sophie. Cuando Ruby había intentado sentarse con ella en el asiento trasero, la había empujado al asiento del copiloto, junto a Carson. Por una vez había ido sin protestar. Sophie supuso que Ruby por fin se sentía más segura en esta relación de hermanas. Quizá algo bueno *había* salido de su pelea.

—Averiguaremos más cuando lleguemos a la playa de Ágata, pero lo que me han dicho hasta ahora es que un sireno estaba buceando a pulmón en busca de abulón -lo cual es completamente ilegal ahora mismo, y tendré unas palabras con él- cuando encontró el cuerpo de un hombre enredado en el bosque de algas. Parece que llevaba un rato en el agua. Habían enrollado unas pesas alrededor de la víctima para evitar que llegara a la orilla.

La carretera se curvó hacia la costa, abriéndose a una vista del Pacífico y de la rocosa costa del norte de California. A su izquierda, los acantilados rocosos se elevaban por encima del océano, cayendo en afloramientos escarpados con olas de cresta blanca que rompían y se agitaban sobre sus bases. El océano azul cobalto se extendía hasta el horizonte, fundiéndose con la lejana niebla sombría.

El timbre del teléfono de Carson interrumpió la atención de Sophie, que estaba contemplando la impresionante vista.

—¿Tienes el cuerpo? Excelente... Sí, adelante con la búsqueda... Sí, puedes decirle al administrador que autorizo las horas extra.

A lo lejos, una casa solitaria y grandiosa se asentaba sobre una colina ondulada y cubierta de hierba que dominaba el océano. El agitado cielo gris hacía que la brillante y colorida casa resaltara como una reluciente joya. Sophie podía imaginarse la vista desde el paseo de la viuda en lo alto de la mansión.

—Vaya, mira qué sitio —dijo Sophie, empujando a Ruby para mostrárselo.

Carson echó un vistazo.

—Ése es uno de los palacios Butterfat. Ese es propiedad de Cordelia.

—¿La señora de los caramelos? Vaya, ¡supongo que el negocio de los caramelos es lucrativo! —dijo Ruby con una risita.

—¿El Palacio de la Grasa de Manteca? —repitió Sophie—. Es un nombre raro.

—A finales del siglo XIX, varias familias prominentes de esta zona hicieron fortuna como granjeros lecheros. Esos granjeros construyeron unos palacios ornamentados, como la casa de Cordelia. La gente empezó a llamar a esas casas Palacios de Grasa de Mantequilla. Puedes ver muchas más si te diriges a Ferndale, pero tenemos un par de ellas en la zona. La familia de Cordelia lleva generaciones en Cascadia. Uno de sus antepasados construyó esa casa y ella la heredó —explicó Carson—. La casa parecía un adorno vibrante, pintada de un alegre azul y amarillo. Estaba enclavada en un prado verde como un anillo desplegado sobre terciopelo.

La carretera se curvaba hacia la derecha, ocultando la mansión y el océano tras un alto rodal de secuoyas y cipreses. La vista del agua quedó rápidamente oculta por el bosque invasor. La vegetación era tan espesa que Sophie no podía ver ni una pizca del cielo, y mucho menos del Pacífico a través de los árboles.

Pasaron por delante del centro de visitantes, un edificio rústico cubierto de tejas de secoya color canela y ribetes verde oscuro. Siguiendo unas pequeñas señales, Carson se detuvo en un pequeño aparcamiento de grava rodeado de cipreses doblados hacia los lados por el implacable viento procedente del océano. Uno de los ayudantes de Carson estaba apostado en la entrada del aparcamiento, impidiendo el paso a los visitantes no autorizados, con aspecto severo e inaccesible.

Al salir del coche, Sophie se acercó al extremo oeste de la valla de madera que rodeaba el aparcamiento y miró hacia fuera. El viento azotaba la ligera chaqueta de Sophie, intentando helarle los huesos y haciéndola temblar de frío. El espacio estaba encaramado en el borde de un acantilado que caía rápidamente en picado y lleno de rocas. Serpenteando por la ladera de aquel risco, como si hubiera sido cortado en la roca, había un camino zigzagueante que descendía hasta la playa de arena.

Detrás de ella, el crujido de la grava anunciaba la llegada de Grady, Lydia y Reggie. Debían de haberse detenido en la oficina del forense para recoger a la Gorgona. Lydia sacó una tabla para cadáveres portátil, ya que una camilla no podría bajar por el camino empinado y lleno de baches hasta la orilla. Tenía las serpientes enrolladas alrededor de la cabeza como en un extraño giro francés, probablemente intentando mantenerse cerca del calor del cuero cabelludo de Lydia.

A lo lejos, en la playa, Sophie pudo ver a varios agentes uniformados -tan pequeños en la distancia que le recordaban a

juguetes- reunidos en torno a un cadáver. Uno de los agentes estaba a un lado, hablando con un hombre de torso desnudo que solo llevaba un diminuto bañador. Sophie ya estaba helada hasta los huesos, y había un tipo con el bañador empapado. Estaba claro que no era humano, probablemente el tritón que Carson mencionó en el coche. ¿Quizá los tritones eran inmunes al frío?

—¿Estás lista? —preguntó Mac, uniéndose a ella junto a la valla y entregándole una chaqueta de policía. Sophie se puso el enorme abrigo con gratitud y asintió con la cabeza, subiéndose el cuello de la chaqueta para taparse las orejas heladas.

A la entrada del sendero, un cartel advertía a los visitantes contra las poderosas corrientes de resaca. Siguiendo a Carson y Mac por el empinado sendero serpenteante, el viento tiraba y enredaba el pelo de Sophie, haciendo que los mechones bailaran con el viento frío. Detrás de ella, Grady y Lydia llevaban la tabla de bodyboard, y Reggie iba en la retaguardia.

El tortuoso sendero se estrechó lo suficiente como para que todos tuvieran que caminar en fila. Sophie bajó lentamente por el empinado sendero sembrado de guijarros, ya que el pedregal suelto lo hacía resbaladizo. Se aseguró de que cada paso fuera firme antes de dar el siguiente. Agarrándose con fuerza a la barandilla de madera, bajó hasta la playa de arena.

Caminando por la arena húmeda, Sophie dio una patada a un gran guijarro. El viento levantó arena en la cara de Sophie como represalia mientras se acercaba al grupo que estaba cerca de la orilla.

La playa era un arco invertido, y ellos estaban en medio del cuenco cóncavo de la bahía. A izquierda y derecha, oscuras olas chocaban contra escarpadas rocas que sobresalían del agua como diminutas cordilleras en los lejanos bordes de la cuenca. La espuma blanca subía violentamente por los lados de los acantilados. Si alguien caía al agua en los extremos de la playa, se golpearía contra la escarpada pared rocosa.

En lo alto, el cielo estaba oscuro y gris, pero no había señales de lluvia en el viento. Al apartar la vista de la reunión, Sophie se dio cuenta de que la playa de la bahía en forma de media luna estaba cubierta de rocas redondas y desmenuzadas esparcidas bajo los pies. Piedras lisas de ágata salpicaban la arena, junto con trozos de madera y afloramientos de rocas afiladas. Los guijarros de ágata eran de multitud de colores, con finas bandas blancas que rayaban cada roca brillante.

Agachándose, Sophie cogió una piedra brillante de color naranja intenso, igual que el corazón de una hoguera, y se la metió en el bolsillo como recuerdo.

El viento soplaba en la playa. Apartando los mechones sueltos y recogiéndolos en un moño, vio que Mac se había hecho a un lado para dejarla acercarse al cadáver. Estaba casi todo cubierto por una sábana, pero cuando se acercó a los pies de la persona, el agente Jameson tiró de la sábana para que pudieran ver a la víctima.

—Quiero hablar con el sireno antes de que empieces tu lectura. ¿Te importaría esperar un momento? —preguntó Carson.

Sophie asintió distraídamente, mirando el cadáver a sus pies. Caminando alrededor del cuerpo, se detuvo cerca de la cabeza del hombre.

Se arrodilló para ver mejor a la víctima. Reggie se unió a ella y dijo

—El agua fría ha ralentizado la descomposición.

Aquello tenía sentido para Sophie, porque la brisa brumosa se sentía como agujas heladas contra su cara. El océano tenía que ser un baño helado. El cuerpo estaba hinchado, ligeramente blanqueado y arrugado como se le quedaban los dedos después de un largo baño. Algunas partes de la piel del hombre habían empezado a ampollarse y a teñirse de un negro verdoso. Era evidente que varias criaturas marinas se habían hecho un festín con él. Debido al tejido blando y a la falta de ropa que lo cubriera, le quedaba muy poco rostro. Sophie no podía ni empezar a adivinar la edad del hombre.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva en el agua?

Poniéndose un par de guantes, Reggie dijo,

—Es difícil decirlo con exactitud, pero hasta que podamos llevarlo a la sala de autopsias, supongo que un mínimo de diez días. Probablemente más bien dos o tres semanas. Mira, mira aquí —dijo Reggie, palpando suavemente la piel del brazo del hombre—. La adipocira acaba de empezar a formarse.

—¿Qué es eso?

—Es lo que les ocurre a los cuerpos sumergidos en el agua durante un largo período; también se llama cera cadavérica. Es una sustancia dura y grisácea que se forma durante la descomposición. Básicamente, el tejido graso que hay bajo la piel empieza a convertirse en jabón. Este proceso suele durar un par de meses.

—¿Jabón? —repitió Jameson—. ¿Nuestra grasa se convierte en jabón?

—Solo en las condiciones adecuadas —le aseguró Reggie—. ¿Sabías que el cuerpo humano adulto medio tiene grasa suficiente para fabricar más de siete pastillas de jabón?

Otro oficial resopló.

—Yo probablemente haría dieciocho.

Jameson se rio, burlándose del ayudante del sheriff por su afición a

la panadería local.

Carson se acercó al grupo, pateando guijarros y gruñendo en voz baja. En las manos llevaba una bolsa de red llena de grandes moluscos de concha roja, casi tan grandes como un plato de comida. Carson entregó la bolsa a uno de sus oficiales y le ordenó que los devolviera a su sitio. Luego se reunió con el grupo congregado en torno al cadáver.

—¿Va todo bien, papá? —preguntó Mac.

—Los cazadores furtivos me sacan de mis casillas. ¿Qué se cree? ¿Que la Comisión de Caza y Pesca se divierte inventando normas arbitrarias solo para aguarle la fiesta? Estamos intentando preservar toda una especie importante para nuestro ecosistema. Y él está molesto porque no puede conseguir su manjar. Incluso antes de la prohibición actual, solo se podían capturar nueve al año. ¡Nueve! —levantó nueve dedos como si nadie supiera contar—. ¿Adivinas cuántos abulones rojos llevaba ese imbécil en la bolsa? ¡Once! Le puse la multa máxima permitida. Si pudiera llevarle a la cárcel, lo haría.

Carson lanzó una mirada sombría en dirección al lugar donde el sireno seguía discutiendo con otro ayudante del sheriff.

—¿Fue él quien encontró el cadáver? —preguntó Mac.

—Estaba a unos cien metros, buceando a pulmón en busca de abulón, cuando vio un cuerpo enredado en las algas del fondo marino. No te imaginas cuántos buceadores libres perdíamos cada año hasta que entró en vigor la prohibición del abalón. Por eso tengo un kelpie y una sirena de guardia para este tipo de recuperación; ellos sacaron el cuerpo. Los envié de nuevo a registrar la zona por si hay otros. Tengo mis dudas de que encontremos algo, pero tengo que intentarlo. Francamente, tenemos suerte de que quedara tanto de éste. Hay muchos carroñeros rondando por ahí —dijo Carson, agitando una mano hacia las agitadas olas.

Cuando Carson alejó a los ayudantes para darles intimidad, Jameson lanzó a Sophie una persistente mirada de curiosidad. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que Sophie no estaba en la ciudad solo como novia de Mac. Sin embargo, imaginó que si le daba cien intentos a Jameson, nunca adivinaría que Sophie estaba allí para sacar visiones de muerte de los cadáveres.

Una vez que los ayudantes del sheriff estuvieron fuera del alcance de sus oídos, posó la mano sobre la fría piel del hombre.

—Se despierta lentamente —empezó Sophie—. Está aturdido y asustado. Tiene los ojos vendados, está atado y no sabe cómo ha llegado adonde está. Grita diciendo “hola”. Un hombre responde desde su derecha. El hombre grita, preguntando qué está pasando. Empiezan a hablar. Nuestro hombre se presenta como Michael. El otro dice que se llama John. John no sabe cómo ha llegado allí ni quién se

lo ha llevado. Michael se frota la cabeza contra el hombro, intentando quitarse la venda de los ojos. Consigue aflojársela un poco y puede ver un poco por la parte inferior de la tela. No puede aflojársela más; tiene el pelo atrapado en el nudo de la nuca. Inclinando la cabeza hacia arriba, puede ver un poco de la habitación. Parece como si estuvieran en un sótano: paredes de piedra, húmedas y manchadas. Las vigas del suelo atraviesan el techo. Unas cuantas bombillas desnudas cuelgan a intervalos. La habitación parece un cruce entre un viejo sótano y el laboratorio de un científico. Hay una mesa a un lado con vasos de precipitados, equipos y cosas así. Creo que hay unas jaulas grandes en el rincón más alejado. Es horrible. Se da cuenta de que está atado a una mesa metálica. Mira a su derecha; puede ver la mitad inferior de un hombre atado a una mesa similar a unos metros de distancia. El otro hombre lleva vaqueros negros y mocasines marrones, ¿y quizá una camiseta azul lisa? No puede ver más allá. No tengo el color de pelo, la cara ni nada de John.

Sophie tomó aire y rodó los hombros.

—Se oye el ruido de una puerta que se abre detrás y encima de él. Los dos hombres se callan al instante. Se oyen pasos por encima de su cabeza. Suena a madera, si eso tiene sentido, como si alguien estuviera bajando las escaleras. Se oye un murmullo bajo, como la voz de un hombre. Hay sonidos de movimiento detrás de él, como papeles que se barajan o algo así. Esta nueva persona se mete entre las mesas. Michael no puede ver mucho, pero la nueva persona va vestida de negro. Michael y John empiezan a preguntar al hombre qué quiere y qué está pasando. Le ruegan que les deje marchar, diciendo que no tienen dinero. El tipo les ignora por completo. Empieza a cantar. Canta en otro idioma y no le oigo muy bien. *¿Priore forma? Eundo ad originem…* Mierda, necesito que este tipo hable. Espera, se está acercando a Michael. Le aprieta algo con fuerza en el pecho. No puedo decir lo que es, pero es duro, y creo que podría ser verde. Michael intenta quitárselo de encima y empieza a gritar de verdad. Michael le suplica que no le haga daño. El hombre sigue ignorándole y cantando. La presión parece aumentar dentro de la cabeza de Michael. El hombre le aprieta aún más el pecho hasta que parece que va a romperle el esternón. Entonces dice algo *-ligare et furari-* en voz alta. Al menos esa parte estaba clara.

»Michael empieza a gritar de dolor. Aún puede ver por debajo de la máscara, y parece como si una luz blanca entrara en su cuerpo a través del pecho. Le duele mucho, como si le estuvieran electrocutando. Mierda, algo va mal. Está empezando a convulsionar. Hay mucho dolor. Es como los otros, pero no tan agudo. Sigue aumentando y empeorando, como una batería sobrecargada, a punto

de estallar. También oigo gritar a John. La luz que entra en el cuerpo de Michael se apaga y se desploma sobre la mesa. Los gritos de John se cortan con un gorgoteo. El hombre de negro grita “maldita sea” y lanza algo al otro lado de la habitación. Creo que era un libro. Hay una pausa.

»Luego murmura en voz baja y se dirige a grandes zancadas hacia el lugar donde tiró el libro. Lo recoge del suelo, cerca de los pies de Michael. ¡Se da la vuelta! Madre mía. Es ese tipo del vudú. Conocemos a ese tipo.

»Creo que Michael se está muriendo. Tiene la nariz y los oídos húmedos, como si sangraran, y su visión empieza a oscurecerse. Se desvanece rápidamente. Hay una última cosa que oye decir al hombre: “Otro fracaso. Pero está tan cerca”. Y eso es todo.

Sophie abrió los ojos y clavó la mirada en Mac. El triunfo rugió en su cuerpo, encendiendo cada terminación nerviosa.

—¡Lo tenemos!

—¿Al brujo vudú que vimos en la posada? —preguntó Mac, compartiendo una mirada emocionada con Sophie cuando ésta asintió.

—¿Lo vieron? —preguntó Carson, recordando a Sophie a un perro de caza al que están a punto de soltar la correa.

—Sí, se aloja en la misma posada que nosotros —respondió Mac—. Se viste como un brujo: ropa negra, sombrero de copa, un collar con cuentas hechas de huesos. Tiene el pelo largo y rubio. Siempre lleva un bastón de madera rematado con una calavera de cabra.

—¿Una calavera de cabra? Ese tiene que ser Henri Boudreaux. Es un visitante habitual de la zona. Un brujo, creo. Lleva años viniendo a Murias cada dos meses. Nunca ha causado problemas ni ha actuado de forma sospechosa. Es callado y reservado. Creo que vive en Slidell, Luisiana —Carson dirigió a Mac y Sophie una mirada victoriosa—. Ahora que lo pienso, no sé por qué viene aquí ni qué hace cuando está en la ciudad. Por lo que sé, no tiene familia ni intereses comerciales aquí. Yo digo que vayamos a hablar con el señor Boudreaux —Carson se frotó las manos, expectante.

Cogió el teléfono y empezó de nuevo a organizar a su gente para otra operación a gran escala. Parecía que se estaba preparando para la guerra. Tal vez fuera así.

Mientras Carson hablaba por teléfono, Mac se volvió hacia Ruby.

—¿No obtuviste ninguna lectura sobre Boudreaux?

—Solo vi a ese tipo en el hotel una vez y ni siquiera me acerqué a él —replicó Ruby, lanzando a Mac una mirada cruzada.

Sophie aplastó el impulso de defender a Ruby del interrogatorio de Mac. Nadie podía discutir que Ruby no había hecho todo lo posible por tocar a cuanta más gente mejor.

Cuando Grady, Reggie y Lydia empezaron a procesar el cadáver y a prepararse para llevar lo que quedaba de Michael a la oficina del forense, Sophie se dirigió a ayudar, pero le hicieron señas para que se alejara.

Alejándose, más cerca de la orilla del agua, Sophie encontró un gran trozo de madera a la deriva, desgastada y lisa por el paso de las olas, y apoyó el trasero en él. Una niebla fría y salobre salpicaba cada ola que rompía en la orilla. El agua oscura y el cielo gris parecían crudos y elementales, como un dios enfurecido.

Sophie sintió que Mac se unía a ella en su trozo de madera a la deriva. Supo que era él sin tener que mirar. La rodeó con el brazo y juntos observaron el agua.

Por encima del sonido del viento y las olas, Sophie distinguió la voz de Carson, que se paseaba por el lugar reuniendo a sus tropas.

—¿Es peligroso? Me refiero a Boudreaux —susurró Sophie a Mac —. ¿Como cuando los hermanos Ruith volaron la oficina del sheriff?

—Probablemente —admitió Mac—. Papá traerá muchos refuerzos con poderes lo bastante fuertes para contrarrestar los de Boudreaux. No te preocupes. Lleva enfrentándose a Míticos de gran poder desde que tengo uso de razón.

Fuera del agua, apareció la cabeza de una mujer. Sorprendida, Sophie vio cómo la mujer acechaba entre las olas, completamente desnuda, con el pelo oscuro cayéndole por la espalda. Detrás de ella la seguía un caballo verde esmeralda. Cuando la criatura se acercó, Sophie se dio cuenta de que tenía colmillos afilados y de que su crin no estaba hecha de pelo, sino de algas marinas de color verde oscuro, casi negro. Se parecía lo suficiente a la vidriera de la posada Colpach como para que Sophie estuviera segura de que estaba viendo a un kelpie en su forma Mítica. Era más pequeño que el caballo medio y tenía un aspecto delicado, casi primoroso. Con un resplandor, el kelpie se transformó en un hombre desnudo, un hombre desnudo familiar.

Desviando la mirada, Sophie preguntó,

—¿No trabaja en la posada?

—Sí, creo que es el sobrino del dueño. Estaba en recepción cuando nos registramos.

—¿No tienen frío? —preguntó Sophie, temblando de compasión.

—Los kelpies y las sirenas están hechos para el agua fría. Seguro que les sienta de maravilla.

—Bueno, bien por ellas, pero yo me estoy congelando el culo —se quejó Sophie en broma.

—Podríamos ir a calentarnos al coche de papá —se ofreció Mac—. Quizá enrollarnos en el asiento de atrás.

Le dirigió a Sophie una mirada exagerada, haciéndola reír.

—¿Sabes una cosa? Sí. Me gustaría enrollarme contigo en el asiento trasero del coche de tu padre —Sophie tiró de Mac para ponerlo en pie, dirigiéndose hacia la pared del acantilado y el camino de vuelta al aparcamiento.

—¡Papá! —bramó Mac—. Sophie tiene frío. Dame las llaves para que pueda resguardarse del frío.

Carson le lanzó las llaves a Mac. Seguía al teléfono, hablando con urgencia con quienquiera que estuviera al otro lado, paseando por una pista desgastada a través de la arena húmeda. Ruby revoloteaba junto a su codo, caminando un paso por detrás de él, como una ayudante, o quizá más acertadamente, una leal compañera canina, lista para entrar en acción.

Veinte minutos después, un golpe seco en la ventanilla trasera del coche y una orden en voz alta de “a la habitación” interrumpieron la sesión de besos de Sophie y Mac. Ni siquiera el ceño desaprobador de Carson molestó a Sophie después de tan delicioso besuqueo.

13

Carson le hizo señas a Mac para que se sentara en el asiento del conductor y los llevara de vuelta a Murias, diciéndole que tenía que concentrarse en coordinar sus esfuerzos estratégicos. El sheriff se sentó en el asiento del copiloto mientras estaba distraído con su teléfono, así que, con un resoplido silencioso, Sophie se sentó atrás con Ruby. Vio cómo Grady y Reggie subían a la furgoneta del forense para dirigirse a la morgue y empezar inmediatamente con la autopsia de Michael.

—¿Qué significa "*ligare et furari*"? —preguntó Ruby en voz baja a Sophie.

—¿Eh? —respondió Sophie, distraída por los pensamientos sobre la inminente detención. Parecía que se dirigían directamente a la posada Colpach, donde la mitad de la policía de Cascadia estaría escondida entre los arbustos.

—Has dicho que el hombre vudú dijo "*ligare et furari*". Me pregunto qué significa. A mí me suena a italiano. ¿Y qué era el resto? *¿Primo* forma no sé qué? ¿Tú qué crees? Es evidente que es algún tipo de conjuro. ¿Pero qué sentido tenía? Mataba a gente, pero no creo que fuera eso lo que pretendía. Dijiste que se enfadó cuando murieron Michael y John. Tiró el libro de hechizos por la habitación. Me pregunto qué era tan importante como para arriesgarse a matar a un montón de gente.

—No tengo ni idea —dijo Sophie—. Los hermanos Ruith lo hacían por poder. Quizá fuera algo así. En realidad, ya no es mi problema.

—¿No sientes curiosidad?

—La verdad es que no. He visto muchas muertes desde que empecé a trabajar en la morgue. Las motivaciones de la gente empiezan a no importar después de un tiempo. Descubrir cómo murió la persona es lo único que me preocupa ahora. El trabajo de la policía es atrapar al culpable y asegurarse de que pague. Pero si tanto te interesa, probablemente puedas encontrar una traducción en Internet —sugirió Sophie. Reggie había advertido a Sophie en su primer día en la morgue que acabaría viendo suficientes cadáveres como para que ya no le importara seguirles la pista. Apenas había tardado un mes en cumplirse aquella predicción. Nunca olvidaba una muerte, pero ya no le preocupaba lo que ocurría con el caso una vez que presentaba su visión.

Ruby sacó el teléfono del bolso y empezó a teclear.

—Huh. Creo que era latín —murmuró Ruby, mirando fijamente su teléfono—. *Ligare et furari* significa "atar y robar" ¿Qué demonios significa eso?

—¿Qué te hace pensar que lo sé? —preguntó Sophie, empezando a exasperarse por todas sus preguntas.

—Porque lo has visto. Es que... ¿crees que la luz blanca era energía entrando en su cuerpo? ¿O quizá el brujo le estaba sacando el alma? ¿No tienes curiosidad?

Bueno, ahí acertó Ruby. Sí, efectivamente Sophie tenía un poco de curiosidad a pesar de sus protestas diciendo lo contrario.

—Mi trabajo consiste en sacar la visión. No sé lo suficiente sobre el mundo Mítico o la magia como para aventurar siquiera una conjetura. Sinceramente, siento que he hecho mi parte. Estoy contenta de dejar que los profesionales hagan la suya —Sophie dudó. Sentía que le debía la verdad a Ruby—. Pero sí, tengo un poco de curiosidad.

Ruby se movió en su asiento como un cachorrito feliz, haciendo reír a Sophie por lo bajo.

—¡Sí! Entonces, dime... la luz... ¿estaba *entrando en* el cuerpo de aquel tipo, o la estaban sacando? ¿Y qué aspecto tenía la luz? Porque me imagino que tendría un aspecto brumoso y delgado, como un fantasma, si fuera un alma. Espera. *¿Crees que los fantasmas son reales?*

—¿Es eso relevante ahora mismo? —Sophie miró a Ruby de reojo.

—Tienes razón. Me estoy distrayendo. Dijiste que el tipo sentía como si le estuvieran lanzando energía. Y yo me lo imagino como electricidad brillante o relámpagos.

Sophie cerró los ojos, intentando recordar la escena.

—La máscara que le cubría los ojos dificultaba mucho la visión, pero la luz era brillante, lo suficiente como para sentir que le quemaba las retinas. No sé si la luz tenía alguna dirección, si entraba en él o salía, pero era demasiado vívida para saberlo.

Pasaron el resto del viaje de vuelta a Murias dejando volar su imaginación, hilando historias y teorías sobre lo que estaba haciendo Boudreaux.

—Deberíamos pedirle a Reggie que nos envíe la grabación para poder buscar el resto de esas palabras en latín —exclamó Ruby.

—Podemos hacerlo. Pero el Cónclave tiene gente que entiende de estas cosas. Probablemente lo resolverán antes de que terminemos de teclearlo en Google.

Sophie casi se sintió mal por pisotear el entusiasmo de Ruby, pero sabía que en el Cónclave había gente con conocimientos especializados en todo tipo de magia y que sería capaz de interpretar lo que estaba haciendo Boudreaux. Y, sinceramente, nada detuvo a

Ruby durante mucho tiempo. Probablemente ni siquiera se había dado cuenta del tono agrio de Sophie.

—No sé nada de eso —dijo Carson, quitándose el teléfono de la oreja—. Ustedes dos han resuelto más asesinatos en una semana que la mayoría de los detectives en un mes.

Ruby miró a Sophie con suficiencia.

Cuando entraron en el largo camino de la posada Colpach, Ruby suplicó a Carson que les permitiera presenciar la detención.

—Por favor —suplicó, con expresión de perrito en el rostro.

—Esa mirada no funciona conmigo. Olvidas que tengo una hija adolescente —Carson levantó una mano tranquilizadora cuando Ruby empezó a hacer pucheros—. Sin embargo, se han ganado el derecho a mirar. No se metan en líos.

Miró paternalmente a Ruby hasta que ella accedió dócilmente.

—Vigílalos —ordenó Carson a Mac, señalando a su hijo con un dedo severo.

Siguieron al sheriff por los escalones del gran porche hasta la caja, donde Davin Colpach estaba trabajando en su ordenador.

Davin echó un vistazo a la cara de Carson y palideció. La afable fachada de sheriff de pueblo se había borrado y Sophie pudo ver cómo se recalibraban los ojos de Davin, ahora recelosos, cuando Carson se acercó al mostrador.

—Davin, ¿está Henri Boudreaux en su habitación? —preguntó Carson.

—Creo que se ha ido esta mañana —respondió Davin. Con dedos temblorosos, empezó a teclear en el ordenador de mesa—. Deja que lo compruebe por ti.

—Maldita sea —refunfuñó Carson cuando Davin le confirmó que Boudreaux se les había escapado de las manos.

—Lo sien… siento mucho. Si hubiera sabido que querías hablar con él, podría haberlo retrasado o algo —espetó Davin.

—No hace falta que te disculpes, Davin. No podías saberlo. No pretendía descargar mi frustración contigo. Gracias por tu ayuda. Sin embargo, si vuelves a ver a Boudreaux, te agradecería que me llamaras.

—Por supuesto —respondió Davin, que parecía aliviado.

Carson se dirigió hacia donde le esperaban Mac, Sophie y Ruby, meneando la cabeza con decepción.

—Volvamos a mi despacho. Marcella quería que llamáramos en cuanto detuviéramos a Boudreaux, así que está esperando mi llamada. Démosle juntos la mala noticia. Querrá hablar de lo que Sophie ha visto hoy. Si Boudreaux ha abandonado la ciudad, no hay mucho más que pueda hacer con él. Pondré una orden de búsqueda, pero lo mejor

es dejar que el Cónclave se ocupe de él. Tienen el alcance y los recursos necesarios.

Carson se dirigió a la puerta principal y llamó a Jameson desde el exterior.

—Boudreaux se ha ido. Es nuestro sospechoso número uno, así que ésta es nuestra máxima prioridad. Quiero que entrevistes a Davin. Averigua con quién se relacionaba Boudreaux. Averigua si alguna vez mencionó por qué vino a la ciudad, si vino a ver a alguien o a lugares que visitó. Echa un vistazo a la habitación en la que estuvo: quizá podamos iniciar un hechizo de rastreo si fue tan estúpido como para dejarse algo personal. Eres mi mejor rastreador, así que a ver si puedes olfatearle. Cuando acabes, quiero saberlo todo sobre él, desde su número de calzado hasta su pasta de dientes favorita, pasando por lo que ha desayunado esta mañana. Consíguelo todo.

—Sí, señor —Jameson se dio la vuelta y se apresuró a entrar en el vestíbulo como si Carson acabara de decirle que asaltara un castillo.

Mientras Carson bajaba las escaleras, llamó a uno de sus ayudantes y le ordenó que emitiera una orden de busca y captura contra Henri Boudreaux.

—Se le considera muy peligroso. Si sigue en las fronteras de Cascadia, quiero que lo encuentren. Estaré en mi despacho, lo que queda de él. Llámame si surge algo.

El sol de la tarde se desvanecía rápidamente mientras pasaban por la calle Abernethy, en dirección a la oficina del sheriff. Al pasar, Sophie vio que la fiesta callejera estaba en pleno apogeo. Habían acordonado cada extremo de la calle, y sobre la calle principal había luces de hadas, que daban a todo lo que había debajo un brillo dorado. La gente se agolpaba en la zona, apretada codo con codo, y sus risas y conversaciones eran un estruendo de ruido. Los agudos chillidos de las risas de los niños resonaban por encima del estruendo. Decenas de niños con disfraces variados se movían alrededor de los adultos, jugando al pilla-pilla. Había carpas y mesas llenas de comida, y el sonido de la música flotaba en el aire. Parecía un lugar donde reinaban la magia y la travesura.

Era una instantánea de algo mágico y etéreo. Estaba allí y se había ido, desapareciendo de la vista tan rápido como había aparecido. Sophie se giró en su asiento y miró hacia el festival con envidia.

El departamento del sheriff estaba vacío, salvo por un agente en la recepción y el teléfono. El vestíbulo parecía oscuro y estrecho, con todas las ventanas tapiadas que bloqueaban la luz exterior. El agente que atendía el mostrador levantó la vista de su ordenador y miró al grupo con curiosidad mientras entraban.

Cuando Carson abrió el despacho, Mac lo detuvo con una mano en

el codo.

—Oye, papá, llegaremos enseguida.

Carson enarcó una ceja, pero debió de reconocer algo en la cara de Mac, porque se rio y sacudió la cabeza.

—Claro que sí, muchacho. Haremos la llamada en cuanto se reúnan con nosotros.

Sin decir nada más, Mac se separó de su padre y tiró de Sophie por el pasillo que acababan de atravesar. Arrastrándola tras él, Mac sacudió cada puerta que pasaba por el pasillo hasta que una cedió bajo su mano.

Sophie echó un vistazo a la habitación, mirando confundida la fotocopiadora, la impresora y las estanterías con material de oficina. Con una sonrisa malévola, Mac tiró de ella hacia la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué...?

En cuanto se cerró la puerta, Mac cogió a Sophie en brazos. Ella rodeó automáticamente sus caderas con las piernas mientras él giraba y la apretaba contra la pared. Con otra sonrisa, Mac se inclinó hacia ella y le dio un beso suave y prolongado. Al retirarse, se quedó mirando un momento la cara de Mac. Su mirada recorrió sus ojos azules como el hielo, su pelo siempre despeinado y sus mejillas sonrosadas por el sol y el viento de los últimos días. Su mirada se posó en la boca de él, donde tenía el labio entre los dientes. Ella hundió los dedos en su sucio pelo rubio con una suave exhalación y atrajo su boca hacia la suya.

Mac se zambulló en el beso, entrelazando su boca con la de ella, volviéndose más exigente a medida que la lujuria recorría la espina dorsal de Sophie.

El sonido de un portazo a lo lejos los sacó de aquel intenso momento.

Mac le dio un último y suave beso antes de depositarla de nuevo sobre sus pies.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Sophie, intentando recuperar el aliento con indiferencia y ralentizar su palpitante pulso.

—Solo quería felicitarte —dijo Mac encogiéndose de hombros.

—¿Y necesitabas decirlo con la lengua? —Sophie intentó sonar severa, pero la sonrisa impenitente de Mac rompió su ira—. ¿Acabas de hacer que todo el mundo posponga una llamada importante para poder besuquearte conmigo en el armario de suministros?

—Sí. Quería celebrarlo. Eres la única que podría haber resuelto este caso, hellraiser.

Sophie puso los ojos en blanco.

—No he resuelto nada. No es que averiguara las pistas y dedujera

quién era el asesino en un alarde de gloria intelectual. Observé cómo lo hacía el malo de la misma forma que quien ve una película. No me supuso casi ningún esfuerzo.

—No importa. Fuiste capaz de hacer algo que otras personas no pueden. No tiene por qué ser difícil para que merezca la pena. Además, sé de buena tinta que hay esfuerzo por tu parte. Lo que haces no es fácil, y todos los que te han visto en acción saben exactamente lo difícil que es. Lo que haces es asombroso. Y cuando acabemos aquí, vamos a celebrar tu éxito por todo lo alto. Pienso demostrarte lo impresionado que estoy con tus habilidades.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a hacerlo?

Al abrir la puerta, Mac se echó hacia atrás y la cogió de la mano. Tirando de ella para sacarla de la sala de suministros, hizo rebotar las cejas como un Casanova demente.

—¿*Ésa* es mi recompensa? Creía que me había ganado algo impresionante.

Sophie vio el momento en que el insulto caló en Mac. Sus instintos se apoderaron de ella y estaba huyendo antes de haberlo decidido conscientemente. Un gruñido rodó por el pasillo, unos centímetros detrás de ella, haciéndola chillar y correr más deprisa. Corría como si el suelo estuviera ardiendo y el diablo la estuviera acosando.

Unos brazos rodearon la cintura de Sophie como una prensa, levantándola de sus pies.

—Estaba bromeando. Estaba bromeando —chilló Sophie cuando Mac la giró hacia él.

—¿Pones en duda mi destreza? —rugió Mac, estrechándola entre sus brazos.

Riendo, Sophie se atragantó,

—¡Nunca lo haría! Por favor, oh poderoso amante, colma mi alma con tu destreza.

Se abrió una puerta al final del pasillo y Carson asomó la cabeza, con una expresión de dolor en el rostro.

—¿Ya han terminado?

Sin soltar a Sophie, Mac la llevó como un saco de patatas al abarrotado despacho y la dejó caer en una silla vacía. Carson seguía negando con la cabeza, con la expresión de un padre cansado y exasperado de tratar con hijos recalcitrantes. Mac le guiñó un ojo a Sophie y le sonrió antes de adoptar una expresión seria, pero ella pudo ver una sonrisa en la comisura de sus labios.

Tras asegurarse de que todo el mundo estaba preparado, Carson marcó el número de Marcella. El teléfono apenas había terminado de sonar cuando una voz familiar, pero impaciente se oyó en la línea.

—Sheriff Volpes, ¿tienes noticias?

—Sí, hemos descubierto quién es el asesino.

—¿Quién…?

—Sin embargo, ha abandonado la ciudad esta mañana antes de que pudiéramos detenerlo —Marcella emitió un sonido de no compromiso, así que Carson continuó—: Es un brujo llamado Henri Boudreaux. Lleva años visitando regularmente la zona. Creemos que vive en Luisiana.

—¿Has dicho Henri Boudreaux? —la voz de Marcella murmuró algo en voz baja a otra persona al otro lado de la llamada—. Creo que conozco ese nombre. Creo que es un brujo que el Cónclave ha utilizado anteriormente como contratista. Eso debería facilitar su localización. ¿Hasta qué punto estás seguro de que el Sr. Boudreaux es el culpable?

—Mucho —respondió Carson. Luego recapituló todo lo que había ocurrido el día anterior.

—¿Sabes qué intentaba conseguir con los hechizos? —preguntó Ruby a Marcella cuando terminaron.

—No —dijo Marcella—, pero si me consigues una transcripción de la visión de la señorita Feegle, tengo aquí a algunas personas que quizá puedan averiguarlo.

—¿Necesitas que hagamos algo más aquí? —preguntó Mac.

—No, mi gente se encargará de localizar al señor Boudreaux. Todos han hecho todo lo que han podido. Estoy satisfecha con este resultado. Creo que trabajan bien en equipo. Si siguen utilizando sus habilidades para obtener este tipo de resultados, todos tendrán un verdadero futuro en el Cónclave.

Marcella agradeció a todos su duro trabajo y se despidió pidiendo a Carson que le enviara un informe completo lo antes posible. Carson colgó el teléfono y miró a todos con orgullo.

—¿Ya está? ¿Ya hemos terminado? —preguntó Ruby. Cuando miró a su alrededor, a los rostros indiferentes del grupo, resopló molesta—. Pero… el caso no ha terminado. Ni siquiera sabemos por qué mataba a la gente. Deberíamos llamar a Larry. Él sabría lo que significan todas esas palabras en latín. Tengo su número.

—¿Tienes el número de Larry el Hechicero? —preguntó Sophie, clavando una larga mirada en Ruby mientras rebuscaba en el bolsillo en busca de su teléfono, observando cómo sus mejillas se teñían lentamente de rosa.

—Lo conseguí la mañana en que ese metamorfo te atacó en tu apartamento —Ruby se encogió de hombros, intentando parecer indiferente—. Estuvimos hablando un poco. No es gran cosa.

Sophie resistió el impulso fraternal de cantar la cancioncita sobre Larry y Ruby sentados en un árbol.

—Hemos hecho todo lo necesario —dijo Carson—. Puedes seguir con tu hechicero. Pero ten cuidado. A menos que tenga autorización de Marcella, no le cuentes demasiado. Hazle preguntas vagas y a ver qué opina.

El tono ominoso de Carson hizo que Ruby se detuviera y parpadeara hacia él.

—No querrás que Marcella se enfade contigo —le recordó.

Ruby rio por lo bajo.

—Cierto. Da miedo.

Carson los sacó a todos de la oficina del sheriff, diciendo que tenía que volver a vigilar a los participantes en el festival.

—No hay nada peor que un puñado de turistas Míticos borrachos. Una panda de imbéciles. Espero tener que separar al menos tres incidentes entre Míticos antes de que acabe la noche.

Mac le dio una palmada en el hombro a su padre.

—Llámanos si nos necesitas, papá.

—¿Necesitas que te llevemos? —se ofreció Carson.

—No, gracias. Hace buena noche. Creo que me gustaría caminar —Mac se detuvo y miró a Sophie—. ¿Te parece bien?

¿A solas con Mac, bajo las estrellas en una noche agradable?

—Me encantaría —respondió ella, entrelazando los dedos con los de Mac.

Deseando buenas noches a los demás, Sophie y Mac se encaminaron hacia su hotel.

Había caído la noche mientras hablaban con Marcella. El cielo estaba oscuro mientras se dirigían a la posada Colpach. El aire nocturno era fresco y frío, y solo corría una ligera brisa que despeinaba el flequillo de Sophie. A lo lejos, podía oír el rugido apagado de la multitud, pero todo estaba tranquilo y quieto alrededor de Sophie y Mac. Parecía como si todo el mundo estuviera en la calle Abernethy y tuvieran el resto de Murias para ellos solos.

Las nubes bajas de antes habían desaparecido y las estrellas brillaban claras y brillantes sobre sus cabezas.

—Tengo hambre —anunció Sophie, dándose cuenta de que se había perdido el almuerzo en todo el drama del día.

—¿Ah, sí? ¿Qué te apetece?

—Servicio a la habitación.

~

Desde su despacho tenía la vista perfecta para observar a todos sus empleados. Había añadido una película a la pared de cristal que separaba su despacho de sus subordinados, de modo que ella podía observarlos, pero

ellos no podían verla a ella. Descubrió que proporcionaba la cantidad perfecta de "motivación" para mantener a sus empleados trabajando duro si nunca sabían cuándo estaban siendo observados.

También tenía la ventaja añadida de reducir la cháchara inane en la que todos parecían enzarzarse. "¿Qué tal el fin de semana?" o "¿Has visto el partido?" Prefería escuchar clavos en una pizarra que hablar del tiempo.

Sonrió satisfecha al ver cómo Cortez se escabullía del ascensor y se sentaba tranquilamente en su mesa. Comprobó la hora en el ordenador. Perfecto. Llega tarde.

Cortez miró furtivamente a su alrededor, como si estuviera esperando a que cayera el otro zapato. Cuando no ocurrió nada, bajó lentamente los hombros y se volvió hacia su ordenador, arrancando la máquina.

Cogiendo el teléfono, llamó a seguridad.

—Buenos días. Necesito que envíen a dos guardias de seguridad a mi despacho para supervisar el traslado de un empleado. Gracias.

Colgó la llamada y pulsó el botón del número de su ayudante. Cuando sonó el teléfono de la mesa de Julia, le gustó ver cómo se estremecía su ayudante. Antes de que Julia pudiera saludarla, la interrumpió.

—Julia, por favor, dile al Sr. Cortez que venga a mi despacho. Inmediatamente.

—Sí, señora —respondió Julia, con voz tenue y tranquila.

Dejó caer el auricular en su soporte y se reclinó en la silla, apretando los dedos bajo la barbilla. Intentó poner cara de decepción.

Un ligero golpe en la puerta anunció la llegada de Cortez.

—Entra.

Cortez abrió lentamente la puerta y entró tímidamente en la habitación.

—Cierra la puerta, por favor —le ordenó. Señaló una de las sillas frente a su escritorio—. Siéntate.

—¿Querías hablar conmigo?

—Llegaste tarde... Otra vez.

—No, creo que no. Estoy bastante seguro de que llegué a tiempo.

Ella le dirigió una mirada impaciente.

—¿Me estás acusando de no saber leer un reloj?

—No, claro que...

—No he terminado de hablar. No vuelvas a interrumpirme.

Cortez abrió la boca para disculparse, pero no dijo nada. Ella esperaba que cayera en la trampa de volver a hablar, pero él pareció pensárselo mejor. Lástima.

—Te he visto llegar. Se supone que tienes que estar en tu despacho a las nueve en punto. ¿A qué hora has llegado esta mañana? No intentes mentirme, he comprobado específicamente la hora a la que finalmente apareciste.

—Um, llegué a las nueve y diez, señora —respondió Cortez, con un

aspecto deliciosamente abatido.

—Es la segunda vez este mes. Además, tus cifras de ventas son muy malas. Siento tener que hacer esto, pero vamos a tener que despedirte.

Levantó la cabeza y la miró con incredulidad. Su boca se abrió y cerró varias veces mientras intentaba formular una respuesta.

Detrás de la cabeza de Cortez, vio que se abrían las puertas del ascensor y salían dos guardias de seguridad vestidos de negro.

El momento perfecto.

—Espera. ¿Me estás despidiendo?

—¿Eso crees? —respondió ella con una sonrisa condescendiente.

—Que te jodan, zorra. ¡Después de todo lo que he hecho por ti! He trabajado hasta tarde. He venido temprano y los fines de semana. He recogido tu estúpida ropa de la tintorería. He hecho todos esos recados para recoger todos esos artefactos raros para ti. ¿Y así es como pagas todo mi duro trabajo?

—Gabriel —reprendió ella, chasqueando la lengua—. Cálmate. No es nada personal. Simplemente no tienes lo que hace falta para prosperar en un entorno tan acelerado como éste. Quizá deberías plantearte un cambio de carrera, algo más acorde con tus habilidades. He oído que pasear perros puede ser muy gratificante.

No tenía nada en contra de los paseadores de perros, pero una vez había oído a Cortez quejarse de que era alérgico.

Su rostro se puso blanco y luego pálido de ira. Lo ignoró y volvió a llamar a Julia.

—Julia, por favor, haz pasar al personal de seguridad.

Cortez se giró en su silla para ver a los agentes que esperaban, que tenían un aspecto apropiadamente amenazador. Se volvió y le dirigió una mirada de repugnancia.

—¿Es necesario? —preguntó.

Los dos guardias entraron en la sala, cerniéndose sobre la silla de Cortez, dispuestos a sacarlo de la sala por la fuerza si era necesario. Ella esperaba sinceramente que fuera necesario.

—Otros empleados han actuado de forma inadecuada en esta situación. Merece la pena ser precavido. Como he dicho antes, esto no es personal.

—¿No es personal? ¿Qué te parece que esto no sea personal? Que te jodan. Que se joda tu empresa. Aquí todo el mundo te odia. Espero que te atropelle un autobús.

Sacudió la cabeza, con una expresión de decepción en el rostro. Hizo un gesto imperioso con la mano para que el personal de seguridad se llevara a Cortez, y volvió a centrar su atención en el ordenador, despidiéndole de hecho.

Cortez se levantó de la silla de un empujón y se deshizo de las manos

de los guardias de seguridad.

—No me toquen.

—Si yo fuera tú, no esperaría una carta de recomendación —le espetó por última vez mientras se dirigían a la puerta de su despacho.

Esperaba que eso lo irritara más, pero Cortez pareció desinflarse. Le dirigió una última mirada con odio en los ojos.

—Que. Te. Jodan.

Ella enarcó una ceja sardónica mientras él se marchaba.

Vio cómo los guardias de seguridad lo escoltaban hasta su cubículo. Desviando la atención de su ex empleado, llamó a su ayudante.

—Julia, necesito chocolate después de este espectáculo. Ve a por una de ese sitio que me gusta. Esta vez quiero una con toffee.

—Sí, señora. Enseguida —después de colgar, vio cómo Julia lanzaba un suspiro.

Se volvió y miró por la ventana de su despacho, disfrutando de la vista que tenía de todos los habitantes de la ciudad.

~

SOPHIE ABRIÓ LOS OJOS, la suave luz que se filtraba por las cortinas le decía que era de madrugada. Se frotó la cara con las manos y exhaló un suspiro de fastidio. Aquel sueño la había dejado grasienta y sucia.

Cortez tenía razón. Menuda zorra.

Cogió su diario de sueños de la mesilla, se colocó una almohada a la espalda y empezó a documentar el sueño.

Cuando terminó la anotación, Mac chasqueó los labios un par de veces, avisando a Sophie de que empezaba a despertarse.

—¿Soph? —preguntó con un gemido—. ¿Has tenido un sueño?

—Sí. Era un sueño de la Perra Corporativa.

—¿Quieres hablar de ello? —se ofreció Mac.

Sophie asintió y le contó el sueño a Mac. Cuando terminó de contarlo, él se quedó pensativo. Miró el reloj y lo confirmó,

—Ahora son las seis y media. Si en el sueño eran alrededor de las nueve, significa que está en la costa este.

—Si es real —sintió Sophie la necesidad de corregir.

—Cierto —concedió Mac—. Pero si es real, significa que tenemos el nombre de su ex empleado. Sabemos que se encuentra en una ciudad. Y sabemos que trabaja en un edificio lo bastante alto como para tener vistas. Es un punto de partida.

—Vale, pero ¿cuántos Gabriel Cortez crees que puede haber en la costa este? Podrían ser cientos, si no miles, de personas con ese nombre.

—Haremos que Larry localice a todos los Gabriel Cortez —dijo

Mac con una sonrisa malvada que hizo reír a Sophie.

Sophie tiró su diario a un lado y le dio a Mac un beso de buenos días.

—Perdona si mis sueños y yo te hemos despertado.

—No te preocupes. De todas formas, ya era hora de levantarme —dijo Mac con un bostezo—. Hablando de sueños, deberíamos ver si Ruby también tuvo ese sueño.

Asintiendo a regañadientes, Sophie cogió el móvil y envió un mensaje rápido a Ruby.

Hola, acabo de tener un sueño de la Perra Corporativa. Quería saber si tú también lo habías tenido.

El teléfono sonó como respuesta antes de que Sophie lo hubiera dejado en la mesilla.

Pobre Cortez. Está teniendo un mal día, ¿eh? LOL

Sophie no respondió, sino que se limitó a enseñarle el mensaje a Mac.

—Huh —fue todo lo que dijo. Sophie pensó que eso lo resumía todo perfectamente.

14

Tras una semana de días principalmente nublados, salió el sol el último día del Festival de la Luna del Cazador. Era uno de esos días perfectos: cálido, pero con un regusto otoñal en el aire, con la llegada del invierno en la brisa fresca. La celebración se había extendido en algún momento de la noche anterior y se había extendido a las callejuelas que salían de la calle Abernethy.

Tras una merecida mañana de sueño, Mac y Sophie habían pasado el día vagando por la ciudad. Habían probado la comida, comprado recuerdos y pasado tiempo con sus amigos. Era la recompensa perfecta por un trabajo bien hecho. Al día siguiente volverían a casa, a San Francisco y a sus vidas cotidianas.

Sophie guio a Mac hasta el bar, pues empezaban a dolerle los pies y quería una cerveza.

El pub había colocado varias mesas de picnic delante de su tienda, ocupando la mayor parte de la acera y desparramándose por la calzada. Una gran carpa blanca que se extendía por encima y las macetas que rodeaban la zona hicieron que Sophie se sintiera como en una cervecería al estilo alemán. La suerte les había acompañado a ella y a Mac cuando encontraron un hueco libre en una de las largas mesas. Ofrecieron la otra mitad de su mesa a una familia de cíclopes que parecían dispuestos a dejarse caer.

Había sido una mañana encantadora, en la que por fin había podido relajarse y ser la turista que había fingido ser toda la semana. No tenía otra cosa en la cabeza que pedir otra cerveza y debatir si tenía sitio para un pastel de embudo.

La madre cíclope se levantó de la mesa con su bebé en brazos y anunció que había que cambiarle los pañales. Quedaban el padre cíclope y su hija. Sophie se preguntó qué edad tendría la niña, ya que era del tamaño de una preadolescente, pero su cara tenía la gordura de una niña que aún se aferraba a la infancia.

Sus corpulentos padres eran intimidantemente enormes y tenían las manos del tamaño de un plato de comida. Parecían capaces de aplastar rocas con sus propias manos y tenían unos hombros capaces de tapar el sol. Pero la niña cíclope era adorable, con su gran ojo verde único. Llevaba un disfraz de parca, pero la túnica con capucha era de color rojo sangre en vez de negra. Como pronto sería

Halloween, parecía que muchos de los niños de la zona se habían disfrazado para la ocasión.

Cuando su madre se marchó, la niña se acercó a un lugar situado justo enfrente de Sophie y la miró con curiosidad.

—¿De qué vas disfrazada? —preguntó Sophie, intentando atraer la mirada ávida de la niña.

Ella miró a su alrededor y se inclinó hacia ella como si quisiera compartir un secreto, así que Sophie también se inclinó hacia ella.

—Soy una asesina —susurró la chica—. La asesina más peligrosa de todo el Reino de las Hadas.

—Qué aterrador —convino Sophie, y sonrió cuando la niña le dedicó una sonrisa alegre de dientes separados.

Sophie hizo un gesto con la mano cuando Amira y Ace entraron en la tienda, como si estuvieran buscando a alguien. Cuando vieron a Sophie y a Mac, se acercaron a grandes zancadas.

—¿Está todo bien? —preguntó Sophie, ya preocupada por lo que pudiera ir mal.

—Están a punto de anunciar los ganadores del concurso de tartas. Deberíamos estar allí para apoyar a Fitz —respondió Amira.

—¿Aún está nervioso? —preguntó Sophie, levantándose de la mesa y tragando rápidamente los últimos posos de su cerveza. Cuando Sophie y Mac habían bajado por fin de su habitación casi a las once de aquella mañana, Ace los había enviado a la cocina de la posada para que intentaran calmar a Fitz. Llevaba horneando desde antes del amanecer y ya iba por la quinta "completamente inaceptable desgracia de tarta". A Los Anómalos les había costado calmar a Fitz lo suficiente como para que eligiera una de sus tartas para participar en el concurso.

Fitz se había enfadado porque en la tienda local no tenían la marca de vinagre que necesitaba para la corteza de su tarta. Cuando Sophie había arrugado la nariz ante la idea del vinagre en un postre, él le había explicado que ayudaba a ablandar la masa de la tarta al inhibir el desarrollo del gluten. Dejar que le explicara cómo su "ingrediente secreto" permitía obtener una corteza más escamosa y fácil de trabajar pareció sacarle de la depresión en la que se encontraba, así que Sophie se alegró de complacerle.

—No está tan mal como esta mañana, pero deberíamos ir a apoyarle —dijo Amira.

Cuando el grupo salió de la tienda, Sophie miró hacia atrás y saludó al niño cíclope, que le devolvió el saludo con entusiasmo.

Se dirigieron hacia el final de la calle, donde estaba a punto de anunciarse el ganador del concurso de tartas. Estaba al final de la calle, casi precisamente donde Sophie había derribado al asfalto a

Milford Bradley unos días antes. Al echar un vistazo a la Confitería de Cordelia, se alegró de verla como si el ataque nunca hubiera ocurrido.

Desde el ataque, Sophie solo había estado una vez en la confitería, pero Ruby iba casi todos los días a por una bolsa de ositos de gominola caseros o de caramelos de regaliz negro.

Una larga mesa cubierta con un mantel de cuadros abarcaba todo el ancho de la calle. Más de una docena de tartas se alineaban sobre la superficie. Un hombre de barriga rotunda y calva prominente con un micrófono pidió a todos los concursantes que se acercaran. Sophie observó a Fitz de pie ante la mesa, con las manos entrelazadas a la espalda y la mandíbula apretada por la expectación. Parecía que se dirigía a su propia ejecución.

El hombre recorrió toda la mesa, deteniéndose de vez en cuando para crear un efecto dramático. Cuando terminó su paseo, hasta Sophie se estaba poniendo nerviosa. Entonces pronunció algunos nombres de panaderos que eran menciones honoríficas.

—Ahora, para el concurso de verdad, me gustaría anunciar al panadero cuyo pastel quedó en tercer lugar —hizo una pausa, mirando de arriba abajo a los concursantes como si buscara al ganador —. Me gustaría felicitar a Fitz Nilsen por quedar tercero con su tarta de bayas mixtas.

Fitz se acercó a la mesa, caminando con las piernas rígidas, y recibió su cinta. Siguió aplaudiendo educadamente mientras la presentadora anunciaba la cinta del segundo premio para Pam y la cinta del primer premio para la dueña de la tienda de dulces, Cordelia, pero Sophie sabía que tenía que estar hirviendo por dentro. Había deseado tanto ganar el concurso. Se acercó y estrechó las manos de Cordelia y Pam, pero la sonrisa de su rostro parecía forzada y más una muestra de dientes que una sonrisa auténtica.

Tras la entrega de la cinta al primer clasificado, Sophie y el resto del grupo de amigos se acercaron a Fitz para felicitarle.

—He oído que Cordelia utiliza magia para que la masa de su tarta quede hojaldrada —le susurró Sophie a Fitz mientras le daba un abrazo.

—Ya me lo imaginaba —se burló y miró a Cordelia mientras hablaba con una pequeña multitud de admiradores. Parecía apaciguado por el rumor.

Pam se dirigió a felicitar a Fitz. Sophie sabía que había estado en la panadería varias veces durante la semana, así que se llevaban bien. Se compadeció cuando Fitz se lamentó de no encontrar su vinagre preferido en la pequeña tienda de comestibles del pueblo. Ella le confesó que había empezado a encargar la mantequilla especialmente a una granja del condado de Marin porque nunca conseguía en la zona

la calidad de mantequilla que necesitaba para sus productos horneados.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Sophie a Mac, mirando a su alrededor en busca de él tras darse cuenta de que solo lo había visto una vez, horas antes. Esperaba que estuviera por allí, vigilando a la multitud alborotada. Había visto a Jameson y a otros ayudantes del sheriff a lo largo del día, pero no a Carson.

—Probablemente esté en la playa, vigilando a los vendedores. Allí es donde se celebra la verdadera fiesta.

—¡Me encanta una buena fiesta en la playa! —exclamó Amira—. Espero que tengan fuegos artificiales. Y una hoguera.

—¿Cuándo empieza eso? —preguntó Sophie.

Mac consultó su reloj.

—Dentro de un par de horas, pero podríamos ir antes.

Sophie le dedicó a Mac una sonrisa conspiradora.

—No. Si aparecemos antes, Carson probablemente nos pondrá a trabajar. Primero cenemos algo y luego iremos para allá.

15

Todos los restaurantes de la calle Abernethy estaban llenos a rebosar de turistas, así que el grupo acordó reunirse en la posada Colpach para cenar. El comedor solo estaba lleno hasta la mitad, así que había sido una decisión acertada.

Sophie estaba sentada entre Mac y Amira en la gran mesa redonda del centro del comedor. Ruby estaba casi enfrente de ella, entre Reggie y Ace. Los tres se reían de algo que había dicho Ace. Sophie se alegró de que sus amigos se hubieran cercado más a Ruby tras su fría acogida inicial.

—No es lo que esperaba —dijo Amira en voz baja, siguiendo la mirada de Sophie hacia su hermana.

—Sí, al principio no quería tener nada que ver con ella —admitió Sophie—. Pero ahora me alegro de que Marcella nos obligara a estar juntas para esta misión. Me cae bien. Ayuda que no se parezca en nada a mí. Sería más raro tener una hermana perdida hace tiempo si fuéramos espantosamente parecidas. Sobre todo porque técnicamente es una asesina en serie.

Amira la miró largamente.

—¿Qué? —preguntó Sophie.

—Bueno, a veces hacen y dicen cosas tan parecidas que resulta extraño. Incluso hacen algunos gestos iguales.

—No, no los hacemos. Mostrar el dedo casi todo el tiempo no cuenta —protestó Sophie—. Ella es burbujeante, alegre y habladora. Y yo, bueno, no soy nada de eso.

—Vale, si tú lo dices —respondió Amira con una expresión cuidadosamente neutra, volviendo a centrar su atención en su plato de mero.

Sophie volvió a mirar a Ruby mientras ponía los ojos en blanco y luego arrugaba la nariz por algo que dijo Ace.

—Tiene razón… mierda —espetó Sophie en voz baja.

~

CUANDO EL GRUPO terminó de comer, todos se amontonaron en distintos coches para dirigirse a la zona de aparcamiento reservada para la fiesta en la playa. Sophie, Ruby y Ace se subieron al coche de

alquiler de Mac para ir a la playa.

Tenían que aparcar en un descampado designado y luego caminar algo más de un kilómetro hasta la playa de Gold Bluffs, donde se celebraban las fiestas. Mac se mostraba muy reservado sobre el acontecimiento, afirmando que era una sorpresa cada vez que Sophie intentaba sonsacarle más detalles.

Había una fila de coches delante y detrás de ellos de camino a la fiesta. Mac dijo que la mayor parte del pueblo acabaría apareciendo cuando empezara a salir la luna, aunque muchos de los metamorfos llegarían a pie en lugar de en coche.

Debe de ser agradable poder correr a cuatro patas por el bosque y saltarse el tráfico, pensó Sophie con una sonrisa.

Siguiendo la fila de coches, Mac giró por un camino de tierra picada que serpenteaba y giraba a través de la densa vegetación. Las ramas y las hojas rozaban el techo del coche mientras él avanzaba con cuidado por el camino forestal. Ace y Ruby se animaron en el asiento trasero cuando Mac rebotó y salpicó el vehículo sobre un pequeño arroyo que dividía la carretera en dos, como si estuvieran en una montaña rusa. Sophie chilló cuando cruzaron el arroyo, el agua salpicaba en una ola desde los neumáticos, preocupada por si el agua retrocedía hasta el vehículo.

Pasaron junto a una señal que indicaba que entraban en el Parque Estatal de las Secuoyas de Prairie Creek. No muy lejos de la señal había un campo acordonado medio lleno de vehículos. Un hombre con chaleco reflectante les hizo señas para que se dirigieran a un lugar vacío.

Bajaron del coche y esperaron a que aparcaran el resto de sus amigos.

El grupo, hablando y riendo, siguió un camino trillado hacia el bosque. Sophie estaba impaciente por llegar a la playa y meter los pies en las heladas aguas del océano Pacífico. Era hora de soltarse la melena y salir de fiesta con su novio.

—Vamos —gritó Sophie mientras Reggie y Grady se quedaban rezagados, hablando animadamente, en la retaguardia del pelotón.

El camino a través del bosque de secuoyas parecía casi idéntico a todos los demás senderos que habían recorrido desde que llegaron a Cascadia. No es que no fuera sobrecogedor, pero el imponente bosque de secuoyas se había convertido en una visión familiar para Sophie y había perdido parte de su reverencia inicial hacia ella.

Siguieron un sendero a través del bosque. Las copas de los árboles con sus ramas entrelazadas convertían el atardecer en un crepúsculo prematuro. El sendero desaparecía en un recodo del camino más adelante, donde Sophie creyó detectar el sonido del agua corriente

incluso por encima del ruido de sus bulliciosos amigos.

Mientras Sophie seguía el tortuoso sendero, sus pies se detuvieron al doblar la esquina.

—Qué cara… —miró a Mac, cuyo rostro brillaba de emoción.

Alguien hizo un “uf” al chocar con su espalda.

—Guaooo —dijo Ruby al dar la vuelta desde donde chocó con Sophie. Un pequeño cartel a la derecha daba la bienvenida a los visitantes del Cañón Helecho.

Mac lanzó a Sophie una mirada de “te lo dije”. Delante de ellos, el camino de tierra se ensanchó, convirtiéndose en un cauce bordeado de piedras que se transformó en un arroyo claro y poco profundo. Pero lo que realmente llamaba la atención eran las paredes del cañón que se alzaban a ambos lados del camino.

Las frondosas paredes del desfiladero se elevaban quince metros a ambos lados, las paredes desgreñadas de helechos y musgo goteantes. El agua chorreaba y goteaba por las paredes del cañón como una selva prehistórica. Parecía un lugar perdido en la marcha del tiempo. A Sophie no le sorprendería que un dinosaurio asomara la cabeza entre los helechos.

El sendero era tortuoso y sinuoso, por lo que no podía ver dónde terminaba.

El sol poniente brillaba anaranjado a través del cañón, reflejando rayos de luz en el burbujeante arroyo y haciendo resplandecer las húmedas paredes que se alzaban a ambos lados del grupo. Era el paraíso.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Sophie, estirando la cabeza hacia atrás para ver la cima del barranco.

—Me voy a quitar los zapatos —anunció Ruby. Las piedras lisas que bordeaban el arroyo parecían resbaladizas, así que Sophie decidió que su hermana tenía razón. Ella también se quitó las botas y se remangó los vaqueros hasta las rodillas.

El primer paso que dio en el agua le produjo un escalofrío helado que le hizo expulsar el aire de los pulmones. A pesar de sus esfuerzos, se le escapó un chillido de niña. El arroyo era poco profundo, pero sorprendentemente frío, y corría claro sobre un lecho de rocas lisas.

Convirtiéndolo en un juego, Sophie saltó de las rocas a los troncos de los árboles y a las pasarelas de madera como una niña que finge que el suelo es de lava. El grupo pasó por encima y por debajo de unos cuantos árboles caídos, con la superficie esponjosa y resbaladiza de años de humedad. Se tendieron algunas pasarelas sobre el arroyo para ayudarles a superar las zonas más profundas de la corriente.

El sendero serpenteaba por el cañón, con troncos caídos que a veces bloqueaban el camino y obligaban al grupo a arrastrarse por el

arroyo. Mac ayudó a Sophie a pasar por debajo y por encima de antiguos troncos empapados y alisados por el paso de muchos pies. Cuanto más se adentraban en el cañón, más altas y estrechas se volvían las paredes, hasta que el sol bloqueaba por completo el estrecho espacio.

Hacia el final del sendero, el agua se deslizaba por la pared del cañón cubierta de líquenes y musgo en una cascada helada. Sophie ahuecó la mano, cogiendo un poco del agua helada y dejándola escurrir entre los dedos. Los helechos que caían en cascada por las paredes del barranco rebotaban y bailaban mientras el agua corría sobre ellos.

Al cabo de casi un kilómetro y medio, las paredes del cañón se ensancharon y cayeron lentamente, abriéndose de nuevo al bosque. Salir del Cañón del Helecho fue como salir de un lugar mágico, un lugar perdido en el tiempo. Sophie sintió como si despertara de un sueño nebuloso.

Se detuvo y volvió a calzarse las botas, dedicándole a Mac una sonrisa de felicidad. Él tiró de ella y la abrazó. El resto del grupo pasó junto a ellos mientras compartían un beso.

—¿Te diviertes, hellraiser?

Sophie le dio otro beso como respuesta.

—Este es el mejor día de mi vida.

Sophie y Mac siguieron a sus amigos, caminando por un estrecho sendero de arena hacia la playa. Ahora que habían abandonado los muros protectores del Cañón del Helecho, Sophie podía oír los sonidos de la juerga a lo lejos.

El bosque se hizo más ralo, transformándose en hierba alta entremezclada con arbustos bajos. Cuando salieron del bosque, Sophie se fijó en una manada de alces de Roosevelt a la derecha, que se abría paso silenciosamente entre la hierba. Se dio cuenta rápidamente de que cada animal llevaba una bolsa colgada del cuello.

Cuando Sophie y Mac se acercaron a la playa, pudo ver con el rabillo del ojo cómo los alces se transformaban en humanos desnudos que sacaban ropa de sus bolsas y se vestían en medio de la hierba costera y los arbustos bajos.

En lo alto de la cresta de una gran duna, la playa de Gold Bluffs se extendía bajo ellos. La vasta extensión de arena estaba repleta de multitudes que salían de las tiendas de campaña y rodeaban varias mesas. En el centro había una enorme hoguera sin encender.

Sophie miró hacia atrás, por donde habían venido. A lo lejos, detrás de ellos, unos riscos dorados dominaban la playa. Estaban en una cala protegida del viento por dunas onduladas cubiertas de hierba.

A pesar de la distancia, Sophie reconoció al instante a Carson, de pie junto a la hoguera, con los brazos cruzados, vigilando a la multitud. Señalándoselo a Mac, los dos se dirigieron hacia el sheriff.

—Hola, papá —saludó Mac cuando estuvieron cerca—. ¿Cómo va todo?

—¿Aparte de tener que evitar que el jefe de bomberos se lanzara a puñetazos con las quimeras cuando vio el tamaño del montón de leña que construyeron para la hoguera? Me va de maravilla.

—La misma mierda, otro día —sugirió Mac, haciendo reír a su padre.

—Así es, muchacho.

—¿Alguna noticia sobre Boudreaux? —preguntó Mac, ignorando el hecho que su papá le dijera muchacho.

—No tanto como me gustaría. El magistrado Venturi me ha llamado hoy temprano para informarme de que han podido rastrear a Boudreaux hasta el aeropuerto de San Francisco, donde embarcó en un vuelo con destino a Atlanta el mismo día que salió de la ciudad. Hemos descubierto que, aunque Boudreaux lleva años visitando la zona, sus visitas se han intensificado. Ha estado aquí al menos seis veces en los últimos cuatro meses. Jameson no pudo encontrar ningún lugar que visitara que pareciera inusual, pero encontró a unas cuantas personas que lo habían visto en compañía de un hombre mayor con barba gris que solía llevar una túnica.

—¿Eh? ¿Barba gris y con túnica? Suena a Bramwell —comentó Sophie.

—¿Quién es Bramwell? —preguntó Carson con atención.

—Era un Fae que nos causó algunos problemas hace un par de semanas. Desde entonces ha pasado a la clandestinidad y nadie ha podido encontrarlo —respondió Mac—. Veré si puedo conseguir una foto suya de Marcella. Puedes hacer que Jameson pase su foto por ahí a ver si alguien lo reconoce. Aunque es probable que no. No sé si te has dado cuenta, pero a muchos Míticos les gusta llevar túnica —con una sonrisa burlona, Mac señaló a un hombre que estaba a unos metros y vestía una túnica negra hecha jirones.

—Tiene su base en Luisiana, ¿verdad? —preguntó Mac. Carson asintió—. Me pregunto qué estará haciendo en Atlanta. ¿El Cónclave de Nueva Orleans está cooperando y va a ayudar a Marcella a resolver esto?

—Si saben lo que les conviene, se dejarán la piel para ayudar al Cónclave de San Francisco a capturar a Boudreaux. Marcella tiene el poder y el respaldo necesarios para hacerles la vida imposible si no lo hacen.

—Deberíamos comprobar si ha aparecido algún Fae muerto en

Georgia o Luisiana con misteriosos moratones en el pecho. ¿Sabía Marcella lo que intentaba hacer el hechizo de Boudreaux?

—Aún no, pero lo poco que han averiguado les tiene seriamente preocupados.

—¿A qué jurisdicción Mítica pertenece Atlanta?

Carson se quedó pensativo un momento y luego se encogió de hombros.

—¿El Cónclave de Savannah, quizá? Por suerte, ya no es mi problema. Ya tengo bastante con Murias y sus habitantes.

—De acuerdo, papá. Vamos a echar un vistazo a la fiesta. Llámame si necesitas algo.

Carson miró al cielo.

—Parece que este año tendremos suerte y el cielo estará despejado para la Luna del Cazador. La mayoría de los años estaba demasiado nublado para ver con claridad.

La fiesta enmudeció de repente cuando una criatura mitad león y mitad dragón acechó lentamente a través de la multitud que se separaba hacia la gran pila de madera con anillos de piedra que había en medio de la playa. Sophie vio a Ruby y al resto de sus amigos reunidos cerca de la hoguera apagada.

—¿Qué es eso? —susurró Sophie a Mac.

—Una quimera —le susurró él—. Mira esto.

La quimera respiró profunda y lentamente, contuvo la respiración durante un minuto y lanzó una bola de fuego contra la madera. Ardió en llamas con un silbido rugiente. Mientras la multitud gritaba y vitoreaba, la quimera hizo una reverencia y regresó por donde había venido.

—¡A beber! ¡A beber! ¡A beber! —Sophie pudo oír a Ruby animando por encima de la multitud. Se rio mientras Ruby arrastraba a Amira, Fitz y Ace hacia el carrito del alcohol y la cerveza. Mientras hacían cola para pedir, Sophie vio cómo su hermana miraba a su alrededor, buscando algo. Girando en círculo, Ruby se detuvo al ver que Sophie la observaba—. ¡Vamos, Sophie! ¡Mac! Yo invito la primera ronda —gritó, haciendo señas a Sophie y Mac.

—Vayan. Se han ganado un poco de diversión —dijo Carson, empujando a Mac hacia la barra móvil.

16

Sophie estaba achispada. Pero también lo estaban casi todos sus amigos.

Había sido una noche fantástica, la guinda del pastel para resolver su caso. Bailaron; bebieron; hablaron y rieron; Sophie y Mac se besaron mientras la luna llena se alzaba sobre el océano mientras todos a su alrededor vitoreaban, rugían, aullaban y chillaban, anunciando la culminación del Festival de la Luna del Cazador. Había sido mágico. Toda la ciudad de Murias se había presentado para celebrarlo.

Aunque la fiesta seguía alborotando a sus espaldas, Sophie sugirió que volvieran a la posada. Tenían que volver a la ciudad al día siguiente, y ella no quería estar cansada y con resaca durante las cinco horas de viaje.

Sophie estaba en la parte de atrás del grupo, sonriendo ante las payasadas de sus amigos mientras recorrían el sendero por el bosque en la oscuridad. Había un sendero más corto que se saltaba el Cañón del Helecho que estaban tomando, probablemente algo bueno, ya que Sophie se imaginaba que acabaría de culo en el arroyo helado si hubiera intentado abrirse paso por el lecho resbaladizo del río.

Ruby y Amira se agarraban la una a la otra y se reían mientras avanzaban borrachas por el sendero. Ace y Fitz mantenían un profundo debate filosófico sobre los méritos del ron frente al vodka. Como conductores designados, Mac, Grady y Reggie estaban en la retaguardia del grupo, intentando conducirlos hacia el aparcamiento.

Eran las primeras horas de la noche. Hacía rato que había pasado la medianoche. En las pausas de la conversación a su alrededor, Sophie aún podía oír los sonidos de la juerga que se filtraban por el bosque desde la fiesta de la playa.

Los árboles se cernían sobre el sendero de tierra, bloqueando la mayor parte del cielo estrellado. Los rayos de luz de la luna llena se colaban entre el follaje lo suficiente como para que Sophie pudiera distinguir el sendero frente a sus pies. Las hojas y los árboles brillaban plateados en la oscuridad. El ulular de un búho solitario sonó en los árboles a su izquierda. Pequeñas criaturas nocturnas correteaban por la maleza a su alrededor, y se callaron cuando el grupo se acercó a sus guaridas. Una fina niebla acuosa se aferraba a las ramas de los

árboles, dando al bosque una sensación de cuento de hadas.

Una brecha en el dosel permitió que la luna brillara directamente sobre el grupo. Al detenerse, Sophie inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que la luz plateada cayera sobre su rostro. Mac la alcanzó, le rodeó la cintura con el brazo y la empujó hacia delante.

—El Festival de la Luna del Cazador es impresionante. Deberíamos volver todos los años —sugirió Sophie.

—Por supuesto. Me alegro de que lo pasaran bien. Con suerte, la próxima vez no....

De repente, Mac se detuvo en seco, mirando fijamente el oscuro bosque que los rodeaba.

—¿Qué…? —Sophie empezó a preguntar, pero Mac le tapó la boca con la mano. Siguió su mirada, pero no pudo distinguir nada en la oscuridad. La oscuridad parecía devolverle la mirada.

Un gruñido grave de advertencia salió de la boca de Mac, deteniendo al resto del grupo, que miró en la misma dirección en la que él miraba fijamente el bosque oscuro y silencioso. Fue entonces cuando Sophie se dio cuenta de que no podía oír los sonidos habituales de los animales e insectos nocturnos. Estaba completamente silencioso y quieto. Los pelos de los brazos de Sophie se erizaron cuando una sensación de amenaza la inundó, secándole la boca. Entrecerrando los ojos, le pareció ver una sombra que se movía en la oscuridad.

—¡Corre! —bramó Mac, empujando a Sophie hacia el sendero. Ella siguió su orden y corrió hacia sus amigos. Mirando por encima del hombro, vio cómo él se transformaba en su forma de medio zorro, atravesando su camisa. Algo grande, oscuro y peludo saltó del bosque, abordó a Mac y lo derribó entre la maleza y lo perdió de vista.

—Nos atacan —gritó alguien. Se oyeron gruñidos procedentes de todas direcciones. Sophie se dejó caer, intentando orientarse y encontrar a sus amigos entre la conmoción.

—¡Atrapen a los malditos! —atronó una voz profunda y gruñona desde algún lugar a la derecha.

Mientras Sophie observaba, unos metamorfo lobo salieron de la arboleda y se abalanzaron sobre el grupo; la mitad de los atacantes se habían transformado en su forma completa de lobo y la otra mitad en su forma mitad humana, mitad lobo, como algo salido de una de esas películas cursis de hombres lobo.

Aún arrodillada, Sophie sacó el cuchillo de la funda de la pantorrilla que llevaba oculta bajo los vaqueros. Cuando volvió a ponerse en pie, sacó la pistola eléctrica del bolsillo. No sabía de qué le serviría, ya que apenas podía distinguir nada en la oscuridad. Eran depredadores nocturnos al ataque, pero se sentía mejor empuñando

sus armas.

Mac reapareció a la luz de la luna en el sendero frente a Sophie, con el hocico goteando sangre. Giró la cabeza hacia el cielo y soltó un aullido, un grito largo e inquietante. Un momento después, una llamada de respuesta llegó desde la dirección de la playa. *Por favor, que sea la caballería.*

Sophie intentó llegar al lado de Mac, pero tuvo que agacharse cuando un metamorfo de pelaje negro y desgreñado le clavó las garras en la cara. Retrocedió, intentando tener espacio para maniobrar. El metamorfo giró hacia ella, abriendo el brazo y apuntándole a la cara. Levantando el arma en un rápido golpe, Sophie alcanzó el interior del bíceps del metamorfo con el cuchillo. Mientras el hombre lobo rugía de rabia y dolor, ella retrocedió, buscando una vía de escape. Los músculos del metamorfo se tensaron como si estuviera a punto de saltar sobre ella. Sophie se preparó para enfrentarse a él, distribuyendo su peso uniformemente sobre los pies y manteniendo los músculos sueltos y preparados.

El lobo de pelaje oscuro enseñó una boca llena de dientes afilados a Sophie, dedicándole una amplia sonrisa, confiado y complacido por la expresión de miedo que sabía que tenía en la cara. Sophie estuvo a punto de tropezar cuando un rostro de pelaje marrón que parecía un híbrido entre un oso y un tejón apareció de repente a espaldas del metamorfo. La criatura debía de medir dos metros y medio para poder cernirse sobre el lobo metamorfo. El oso-tejón agarró los lados de la cabeza del lobo con sus enormes zarpas llenas de garras antes de romper el cuello del metamorfo con un rápido giro y un chasquido. El hombre lobo cayó descuidadamente al suelo.

—¡Ruby necesita tu ayuda! —la voz de Grady salió de la boca del monstruo, haciendo que Sophie se quedara boquiabierta. *Así que ése es el aspecto de un glotón,* pensó Sophie estúpidamente mientras levantaba una pata y apuntaba con una garra larga y afilada detrás de ella.

Girando sobre sus talones, vio a una Ruby armada atrapada por dos metamorfo lobo. Corriendo en silencio, Sophie esprintó, rezando para llegar a tiempo. Justo cuando el que estaba más cerca de ella levantó la mano con las garras para golpear a Ruby, Sophie saltó sobre su espalda, deslizándole el cuchillo por la garganta. Permaneció a su espalda mientras él se desplomaba hacia delante, tirándolo al suelo. Se puso en pie y observó impotente cómo el otro metamorfo le daba un revés a Ruby, haciéndola caer de bruces sobre la maleza del sendero. El metamorfo dio un paso amenazador en la dirección en la que Ruby había volado. Sophie lo vio agacharse y agarrarle el pie con su enorme mano llena de garras, tirando de ella hacia él. No podía saber si Ruby estaba consciente o no. Sophie estaba demasiado lejos para detener lo

que fuera a ocurrir a continuación.

—¡Oye, imbécil! —gritó Sophie. El hombre lobo empezó a girarse hacia Sophie, con el pie de Ruby aún agarrado en su pata. Cuando el metamorfo empezó a mirar en su dirección, Sophie sacó el teléfono del bolsillo y se lo lanzó a la cabeza con toda la fuerza que pudo. Era lo único que tenía a mano para lanzar que no fuera su cuchillo o su pistola eléctrica, y desde luego no iba a soltar sus armas.

El teléfono repiqueteó en la frente del lobo, pero éste se lo quitó de encima como quien aplasta una mosca molesta. Sin embargo, soltó la pierna de Ruby y se volvió hacia Sophie. Gruñendo, bajó la cabeza, como si estuviera a punto de cargar. Sophie se puso en pie y vio cómo los músculos del metamorfo se tensaban durante medio segundo antes de lanzarse. Solo por un instante, cuando sus brazos peludos se alzaron para asestarle un golpe mortal, con las garras abiertas y extendidas, el pecho del metamorfo quedó al descubierto. Por puro instinto, Sophie se lanzó hacia delante, justo en ese espacio vacío. Apretó el taser contra el costado del lobo y lo accionó. Cuando el taser congeló sus músculos durante un milisegundo, le clavó el cuchillo en el pecho, aprovechando el peso de su cuerpo y su impulso para presionarlo hasta el fondo. La hoja chocó estrepitosamente contra los huesos pero, con un giro de la mano, encontró espacio entre las costillas y la introdujo en el tejido blando.

El lobo emitió un sonido de conmoción, con el aire silbando entre sus dientes. Cuando se tambaleó hacia atrás, el cuchillo se soltó con un *chasquido* húmedo. Tardó un momento en recuperarse, pero el lobo sacudió la cabeza y rugió a Sophie.

Acercándose, el metamorfo blandió el brazo, con las garras apuntando a la cara de Sophie. Sophie intentó apartarse de un salto, levantando el cuchillo para defenderse, pero el lobo se lo quitó de la mano, raspándole el brazo con las garras. El cuchillo se escabulló, perdiéndose entre la maleza y la oscuridad. Sujetándose el brazo en llamas contra el pecho, Sophie dio un paso atrás cuando él se acercó. El metamorfo miró la herida sangrante que tenía en el pecho y luego volvió a mirar a Sophie. Había muerte en su mirada. Lo único que le quedaba a Sophie era una pistola eléctrica: no bastaría para detenerlo por segunda vez. Apartó los labios de los colmillos y una larga línea de saliva goteó de su boca.

—Perra. Has matado a mi hermano, ¿y crees que voy a dejarlo pasar? —dijo el metamorfo en un gruñido bajo y retumbante.

Oh, mierda. Es Antonio, fue el único pensamiento en la cabeza de Sophie. Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que no había ningún sitio adonde huir. Los metamorfo lobo luchaban contra sus amigos a su alrededor, y ella estaba inmovilizada.

Detrás de Sophie sonó un grito largo y gorjeante que le erizó todos los pelos del cuerpo. Era la llamada de un monstruo a la caza, un grito inquietante que advertía de la muerte. Cayendo al suelo automáticamente, Sophie vio cómo un cuerpo cubierto de pelaje rojizo sobrevolaba su cabeza como un ángel vengador y placaba al metamorfo que la acechaba. Su salvador golpeó a Antonio como una bala de cañón, derribando a ambos Míticos. Se revolcaron, con el pelaje rojo y el pelaje negro brillando mientras rodaban, gruñendo y desgarrándose el uno al otro.

Al alejarse de la pelea, Sophie tropezó y cayó de culo en una densa zona de helechos y maleza. Volvió a ponerse en pie y observó cómo los dos metamorfo forcejeaban. Tropezaron con un trozo de luz de luna, lo que le permitió ver que era un metamorfo zorro el que luchaba contra Antonio. En la oscuridad no podía distinguir si era Mac o Carson. Los metamorfo se enfrentaron, con los músculos abultados bajo el pelaje, utilizando las garras y los dientes para desgarrarse mutuamente. El zorro se echó hacia atrás, cortando con las garras mientras el lobo se lanzaba hacia delante. Sophie reconoció los restos de la camisa que aún se aferraban al torso del zorro. Era Mac.

Había perdido su pistola eléctrica en la caída, así que tanteó el suelo con la mano, esperando encontrar *algo* que pudiera utilizar como arma. Sophie enredó los dedos en una roca dentada del tamaño de un puño. Se puso en pie de un salto, pues no quería limitarse a observar la batalla. Tenía que ayudar.

Con un rugido, Mac se lanzó contra Antonio, clavándole las garras en las tripas. Con un gruñido forzado, levantó al metamorfo de sus pies. Antonio lanzó un grito gorgoteante, clavado en las garras de su enemigo, temblando como un pez en un anzuelo. Girando la parte superior del cuerpo, Mac estampó al lobo alfa contra el suelo, con las garras enterradas bajo su caja torácica. Antonio emitió un traqueteo en la garganta antes de caer inmóvil. Mac se levantó, sacudiendo los brazos, mientras Antonio volvía lentamente a su forma humana, con el cuerpo arrugado y ensangrentado entre los helechos. Sophie sabía que los metamorfos volvían a su forma humana cuando morían.

—Mac —gritó Sophie, corriendo hacia él. Él la atrajo a su lado, manteniéndose protector y alerta. Se pusieron uno al lado del otro, listos para defenderse del siguiente ataque.

Con rugidos, ululatos, gritos y cacareos inquietantes, los habitantes de Murias irrumpieron en el bosque. Aparecieron todas las criaturas de los cuentos de hadas, desde duendes hasta ninfas y centauros. Se lanzaron a la lucha, golpeando a los metamorfo lobo en estampida, arrollándolos como un maremoto. Los metamorfo fueron abatidos sin piedad ni vacilación.

Un enorme alce de Roosevelt cargó contra uno de los lobos, hiriéndolo con su afilada cornamenta. Lanzando al lobo por los aires, el alce lo pisoteó cuando cayó al suelo como Sophie vio una vez a un caballo aplastar a una serpiente. Los huesos del metamorfo chasquearon y crujieron bajo las pezuñas del alce. El lobo lanzó un grito animal de dolor y miedo desesperado antes de callarse bruscamente a medio aullido. Aquel chillido invocó un lugar primario dentro de Sophie, un lugar en el que tenía miedo a morir.

Sophie ahogó un horrorizado "¿Qué *coño*?" cuando el alce gigante dio una última patada al cadáver antes de alejarse hacia el bosque, con un largo hilo de sangre colgando de una cornamenta.

No quería morir. No quería que murieran ni su novio ni sus amigos.

Necesitaba luchar.

Sophie y Mac se prepararon cuando otro metamorfo lobo corrió en su dirección, con los pies volando sobre la tierra hacia ellos. Después de presenciar la matanza masiva de sus compañeros de manada, los ojos del lobo eran salvajes y febriles: la mirada de alguien a quien ya no le quedaba nada que perder.

—Sophie, ponte detrás de mí —ordenó Mac.

Sophie ni siquiera tuvo tiempo de burlarse de la sugerencia, porque el cíclope que había estado en el bar aquel mismo día salió del bosque y agarró al metamorfo por el pescuezo como si estuviera recogiendo a un cachorro travieso. El cíclope levantó al lobo en el aire, ignorando los gruñidos y las sacudidas del metamorfo. Antes de que Sophie pudiera parpadear, golpeó al lobo contra su rodilla doblada con un chasquido repugnante. Sophie se quedó boquiabierta mientras Papá Cíclope rompía al metamorfo como si fuera un trozo de leña y luego los dejaba caer como si el metamorfo fuera un trozo de basura cualquiera.

—Santo cielo —jadeó Sophie.

Papá Cíclope se volvió hacia Sophie y Mac con una mirada de preocupación en su único ojo.

—¿Están bien? —preguntó.

—Sí, sí… estamos bien. Gracias por… eso —respondió Sophie lentamente, señalando al lobo muerto. El cíclope hizo un gesto de agradecimiento antes de darse la vuelta y adentrarse en el bosque en busca de más presas.

Mac y Sophie estaban espalda con espalda, vigilando el bosque en busca de otros atacantes. Sophie levantó su roca, dispuesta a golpear el cráneo de algún metamorfo lobo si se ponía a su alcance.

Sin embargo, nunca tuvo ocasión de utilizar su arma de roca. En cuanto apareció la gente del pueblo, la lucha terminó en cuestión de

minutos. Atravesaron los árboles y atacaron a todos los metamorfo, matándolos uno a uno. Unos pocos intentaron dar media vuelta y escapar, pero fueron rápidamente atropellados y despachados. Cuando mataron al último metamorfo, el aire olía a sangre.

El cielo empezaba a volverse gris antes del amanecer, lo que permitió a Sophie ver la masacre a su alrededor. Al menos una docena de cadáveres destrozados de metamorfo lobo ensuciaban el suelo del bosque que tenía a la vista. Si no hubiera sido por la intervención de los ciudadanos de Murias, Sophie y sus amigos quizá no habrían conseguido llegar a ver el amanecer.

La voz de Carson se oía por encima del pandemónium que se extendía por el bosque, llamando a todos al orden, organizando el caos.

Abandonando su postura defensiva, Mac se volvió hacia Sophie y la estrechó entre sus brazos. Ella gimió cuando él presionó las marcas de garras de su brazo.

—¡Mierda, Soph, tu brazo! Estás sangrando —exclamó Mac. Le levantó el brazo con cuidado para ver la herida de las garras del metamorfo. La sangre se deslizaba por los cortes y goteaba húmeda por las yemas de los dedos. *Quizá es demasiada sangre*, pensó Sophie, repentinamente mareada por la visión.

Al ver que los ojos de Sophie se agitaban, Mac prácticamente la llevó hasta un tronco para que se sentara en él mientras llamaba a gritos a un médico. La sangre le empapaba la manga y las heridas se hacían notar ahora que la adrenalina de la lucha había desaparecido.

Levantó con cuidado la manga de Sophie y Mac hizo un ruido sordo con la garganta. Tenía cuatro cortes largos y dentados a lo largo del antebrazo. Tres de ellas eran algo superficiales, pero una era profunda. El rojo de la carne, el músculo y la sangre era evidente incluso a la tenue luz de primera hora de la mañana.

—¿Estás herida en algún otro sitio? —preguntó Mac, quitándose lo que quedaba de camisa para presionar las heridas. Sophie negó con la cabeza, observando cómo le envolvía el brazo con la camisa. Siseó de dolor cuando él apretó el vendaje sobre la herida y apretó la mano contra los cortes para detener la hemorragia.

—¡Necesito un médico! —volvió a gritar Mac—. ¡Ya!

—He perdido el cuchillo —se quejó Sophie a Mac, que la miró como si estuviera perdiendo la cabeza—. Y mi pistola eléctrica. Y mi teléfono.

Era más fácil centrarse en sus armas perdidas que en el hecho de que había matado a alguien.

—No te preocupes por esas cosas. Te las encontraremos o te conseguiré otras nuevas.

—He matado a alguien —le susurró a Mac. Se miró las manos ensangrentadas. Habían empezado a temblar y no conseguía que se detuvieran.

Si Ruby me toca, tendrá una visión a partir de ahora.

Nunca podría borrarla ni olvidarla. Ella era una asesina.

—Hiciste lo que debías. Te habrían matado a ti o a cualquiera de nuestros amigos. Me alegro de que mataras al metamorfo. El mundo es un lugar mejor porque tú estás en él. Eso no cambia porque hayas eliminado a un imbécil de la reserva genética.

Mac la estrechó entre sus brazos. Ella hundió la nariz en su cuello pelirrojo e inhaló su aroma.

Reggie se acercó corriendo, aún en su forma de medio oso. Sophie se mordió el labio para no reírse. Había algo tan increíblemente adorable en ver una cabeza de zarigüeya sobre un cuerpo humano vestido con camisa de botones y pantalones que a Sophie le daban ganas de reírse. Contenta por la distracción que suponía su llegada, Sophie apartó todos los demás pensamientos y prefirió centrarse en su diversión. Era tan tierno que quiso acariciarle las redondeadas orejas rosas. A diferencia de algunos Míticos, la forma cambiada de Reggie no era mucho más grande ni más alta que su cuerpo humano normal, por lo que su ropa había permanecido intacta. Cuando vio a Mac apretándole el vendaje improvisado en el brazo, siseó de angustia, lo que a Sophie le pareció tan encantador como extraño.

—He enviado a Grady a por el botiquín de primeros auxilios del coche. Volverá enseguida —les dijo Reggie.

—Estoy bien —intentó tranquilizarlo Sophie, pero una mirada a su cara le hizo saber que él no lo toleraba—. ¿Has visto a Ruby? Creo que la he visto perder el conocimiento.

—La buscaré —prometió Mac—. Tú quédate aquí con Reggie y espera a Grady —Reggie ocupó el lugar de Mac, presionando la herida de Sophie, mientras Mac bajaba a toda prisa por el sendero, con el hocico de zorro levantado en el aire mientras olfateaba en busca de Ruby.

Un momento después, Sophie oyó que Mac gritaba que la había encontrado. Vio cómo sacaba a Ruby de un arbusto, arañada y sucia, pero entera. Sophie vio cómo la examinaba y le encontraba una herida en la nuca. Vio que Ruby tenía el pelo enmarañado de sangre alrededor de la oreja. También parecía un poco inestable.

Con una mano en el codo, Mac condujo a Ruby hacia el tronco en el que estaba sentada Sophie. Se tambaleaba y parecía aturdida.

—Yo me encargo. Atiende a Ruby —ordenó Sophie a Reggie, sustituyendo su mano por la suya para presionar la herida.

Reggie se arrastró para ayudar a Ruby a sentarse junto a Sophie.

Inmediatamente se fijó en un gran corte que tenía sobre la oreja derecha.

—Tienes un corte muy feo detrás de la oreja —le informó Reggie —. ¿Tienes náuseas? ¿O estás mareada? —Ruby negó con la cabeza, pero luego hizo un gesto de dolor al moverse.

—No te muevas de momento —le indicó Reggie, palpando suavemente la zona. Cuando Ruby se estremeció, emitió un siseo comprensivo—. Creo que vas a necesitar unos puntos.

De vuelta a su forma humana, Grady apareció con un maletín médico, lo abrió y le entregó los suministros a Reggie. También tenía un montón de ropa de repuesto de su coche. Sophie había aprendido que la mayoría de los metamorfos, sobre todo aquellos cuyas formas no humanas eran más grandes que su parte humana, guardaban ropa de repuesto de fácil acceso.

Grady se volvió hacia Sophie y le señaló el antebrazo herido.

—Déjame ver.

Sophie extendió el brazo. Sin dejar de presionar, comprobó cuidadosamente la herida.

—La buena noticia es que parece que la hemorragia está disminuyendo. La mala es que creo que vas a necesitar puntos.

Sophie intentó prestar atención a lo que decía Grady, pero Mac había vuelto a transformarse de su forma medio zorro a humana. Luego se despojó de lo que quedaba de su ropa arruinada y se puso los pantalones de chándal y la camiseta que trajo Grady. Tenía varios arañazos largos por todo el cuerpo, pero ya empezaban a sellarse. Cuando descubrió a Sophie mirándole, le dedicó una sonrisa descarada y le dijo “más tarde”. Ella puso los ojos en blanco, pero sintió que el rubor manchaba sus mejillas.

Sophie observó cómo Mac caminaba de un lado a otro, buscando entre la maleza. Al cabo de unos minutos, pareció encontrar lo que buscaba. Se enderezó, sosteniendo triunfalmente un teléfono en una mano y un cuchillo ensangrentado en la otra.

Caminando hacia Sophie, Mac le dedicó una sonrisa de satisfacción. Le entregó el teléfono y prometió limpiar el cuchillo y devolvérselo en breve.

Reggie comprobó los ojos de Ruby con la luz de un bolígrafo y proclamó que tenía suerte porque no parecía tener conmoción cerebral. Le envolvió la cabeza con una gasa, lo que hizo que pareciera que llevaba una fea diadema al estilo de los años 80, pero Reggie parecía satisfecho con los resultados.

Fitz salió cojeando del bosque con el hombro de Ace sosteniéndole bajo la axila, lo que le ayudó a aliviar el peso de la pierna herida. Amira revoloteaba ansiosa detrás de ellos, con el rostro desencajado y

preocupado.

—¿Están bien? —gritó Sophie, atrayendo la atención de todos hacia el trío.

—Sí, solo me he torcido el tobillo. No pasa nada —les aseguró Fitz.

—Ay, qué putada. Ven con nosotros. Hay sitio para uno más en el registro de lesiones —bromeó Sophie, señalando con la mano el árbol derribado en el que estaba sentada, haciendo su mejor imitación de una presentadora de concurso.

Ace ayudó a Fitz a llegar a un lugar despoblado del tronco y lo bajó para que se sentara.

—No es justo. Al menos ustedes tienen garras y dientes afilados en su verdadera forma. Mis alas y mi pico son inútiles en una pelea —se quejó Fitz mientras Reggie le palpaba suavemente el tobillo. Si esto sigue ocurriendo, tendré que aprender a luchar. Sophie, el lobero irlandés que te entrena, ¿crees que estaría dispuesto a enfrentarse a otro alumno?

—Le preguntaré a Paddy cuando volvamos a la ciudad —dijo ella, observando cómo Reggie y Grady vendaban rápidamente el tobillo de Fitz con una venda de compresión.

Sophie miró a sus amigos, la mayoría de los cuales seguían en sus formas de metamorfos. Todos estaban sucios, despeinados y ensangrentados. Su corazón se hinchó de gratitud hacia sus amigos, pero sobre todo hacia la gente del pueblo que se había interpuesto entre ella y el peligro. Si no hubiera sido por ellos, Sophie sabía, en el fondo, que estaría llorando a algunos de sus amigos, si no a todos. Eso si no la hubieran matado a ella. Le daba escalofríos pensar en lo diferente que podría haber resultado esta mañana.

Sophie miró el cuerpo desecho de Antonio. Estaba tendido de espaldas, desnudo y enfriándose rápidamente en la bruma de primera hora de la mañana. Se había sentido segura y alejada de sus problemas en San Francisco, pero sus problemas la encontraban a cientos de kilómetros de la ciudad y de la manada del Distrito Sunset.

—¿Cómo? —preguntó Sophie de repente, echando un vistazo a los cuerpos de lobo metamorfo esparcidos por el suelo. Todos habían recuperado su forma humana y yacían desplomados en el suelo del bosque. Mac parecía confuso, así que continuó—: ¿Cómo sabía la manada dónde encontrarnos? ¿Cómo sabían siquiera que estábamos aquí? ¿Hay algún soplón en el Cónclave o en la policía? Marcella dijo que no iba a decirle a nadie que estábamos aquí. Dunham y Larry lo sabían. ¿Pero quién más lo sabía? ¿Podría ser alguien local?

Cuanto más lanzaba sugerencias Sophie, más oscura se volvía la expresión de Mac.

—Vamos a averiguarlo —respondió, con la voz tensa y enfadada—.

¿Estás bien aquí? Voy a hablar con papá para llegar al fondo del asunto. Después, iremos a la clínica del pueblo. Luego llamaremos a Marcella y le contaremos lo ocurrido.

—¿Podemos ir a la oficina del forense en vez de a la clínica? Prefiero que Grady y Reggie nos hagan los puntos ahí. Me parece que la clínica va a estar superocupada —sugirió Sophie, señalando con la cabeza a un par de Míticos que estaban curando heridas.

Mac miró expectante a Grady, que se encogió de hombros.

—Si no les importa el trabajo que no sea digno de cirugía plástica, a mí no me importa.

—Por mí no hay problema. Reggie ya me ha cosido antes —dijo Sophie, pensando en la vez que se cortó accidentalmente la mano en el comedor al resbalársele un cuchillo mientras cortaba una manzana.

—A mí tampoco. Mi pelo cubrirá esta cicatriz —les aseguró Ruby, señalando el corte que aún sangraba en su cuero cabelludo.

—Vale. Ahora vuelvo y nos vamos —contestó Mac, levantándose y acercándose a Carson.

Sophie lo observó mientras hablaba con su padre. Cuando Carson los miró preocupado, ella le hizo lo que esperaba que fuera un gesto tranquilizador con el dedo. Los dos hombres se giraron y se dirigieron al grupo, con las cabezas juntas en profunda discusión.

Con un gruñido chirriante, un oso pardo se acercó a Grady, golpeándolo con el hocico. Todavía arrodillado a los pies de Fitz, Grady se volvió y frotó su frente contra la del oso. La criatura debía de ser casi tan alta como Sophie, de pie sobre sus cuatro patas. No podía imaginarse lo grande y temible que sería el oso si se alzara sobre sus patas traseras. Tenía garras más largas que los dedos de Sophie y una joroba sobre los hombros que hablaba de fuerza bruta. Había sangre en aquellas garras, lo que hizo que Sophie se imaginara exactamente cómo las había utilizado el oso.

—¿Tienes alguna herida, Pam? —preguntó Grady, frotando con los dedos una de las bonitas orejas redondas de la osa.

La osa emitió un gruñido de indignación que le hizo reír. Con un último hocico, la osa se dio la vuelta y se alejó hacia la playa.

—Espera... —dijo Sophie lentamente—. ¿Es la dulce y simpática Pam de la panadería? ¿La Pam que siempre me da una bola de helado gratis en mi pastel?

Grady miró a Sophie como si fuera especialmente tonta.

—Lo siento, a veces sigue siendo un shock —dijo encogiéndose de hombros.

—Olvido que los humanos no están acostumbrados a esto —la tranquilizó Grady, guiñándole un ojo.

—¿Por qué no te ha saludado? —preguntó Ruby, con una mezcla

de desconcierto e indignación.

—Creo que es consciente de lo grave que es su voz en su forma de oso —explicó Grady.

Sophie miró a su alrededor, observando a toda la gente del pueblo que ayudaba a Carson a limpiar el desastre que había dejado la pelea.

—Nos salvaron. Habríamos muerto. No puedo creer que todo el pueblo luchara por nosotras —susurró Sophie para sí, pero Grady la oyó y le dio un apretón en la mano.

—Claro que vinieron. Este pueblo cuida de los suyos. Me alegro de que llegaran a tiempo —dijo.

Carson terminó de hablar con un par de kelpies antes de acercarse a grandes zancadas. Se arrodilló ante Sophie y Ruby, examinándolas como un padre preocupado.

—¿Están bien? —preguntó.

—Estamos bien. No pueden deshacerse de nosotras tan fácilmente —se jactó Ruby con una risita.

Carson miró intensamente a Sophie, que levantó el brazo herido para mostrárselo.

—Estoy bien. Solo es un rasguño —Mac se burló, haciéndole saber a su padre que estaba infravalorando su herida.

—Estamos a punto de ir al pueblo a que le hagan los puntos a las chicas —advirtió Mac a su padre—. ¿Necesitas ayuda antes de que nos vayamos?

—No, lo tengo bien controlado. Ahora, en cuanto a cómo ha ocurrido esto... Eso es otra historia. Averiguaré cómo entraron esos lobos en mi ciudad y las atacaron. Y cuando averigüe quién es el responsable, haré que desee no haber nacido. Alguien tuvo que avisarles. Y nadie llega a esta ciudad sin que algún entrometido lo vea y difunda chismes sobre ello. Lo que significa que alguien les vio llegar y no me avisó. No voy a parar hasta averiguarlo.

—¿Necesitas que me quede atrás para ayudar? —se ofreció Mac, con cara de esperar que su padre dijera que no.

—No, me sentiría mejor si estuvieras allí para vigilar a todos. Mantenlos a salvo. Lo único que nos queda por hacer aquí es asegurarnos de que nadie ha escapado, limpiar los cadáveres e investigar cómo ha ocurrido. Voy a ver si podemos rastrear por dónde llegó la manada de lobos a través del bosque. Deben de tener vehículos escondidos en algún lugar de por aquí. No huyeron desde San Francisco. Y si alguien de la zona los alojaba, lo averiguaré. Tengan cuidado, ¿vale?

Carson se levantó y se dirigió hacia la playa, llamando a Jameson.

—Pongámonos en marcha para que podamos coserlas. Voy a llamar a Marcella mientras vamos en el coche —dijo Mac, poniendo a

Sophie en pie con cuidado. Fitz se negó a que lo llevaran en brazos, así que Grady y Ace lo ayudaron a dirigirse a los coches, apoyando un hombro bajo cada axila.

Mientras el sol se elevaba lentamente por el horizonte, el grupo se dirigió cojeando lentamente hacia el campo donde habían dejado los coches.

17

Mac marcó el número de Marcella casi en cuanto arrancó el coche. Marcella estaba furiosa porque la manada de lobos había atacado a las hermanas. Parecía dispuesta a patear culos y a matar en nombre de Sophie y Ruby. Su indignación hizo que Sophie se sintiera infinitamente mejor.

—No tengo ni idea de cómo ha podido enterarse Antonio de su paradero —dijo Marcella, con voz afilada—. Nadie, salvo yo misma, la jefa Dunham y el detective Turner, tiene ni idea de que estás en Cascadia. Voy a traer a Dunham y a Turner para ver si existe alguna posibilidad de que hayan filtrado la información. Sin embargo, me sorprendería que hubieran sido ellos. Ambos son muy leales al Cónclave y me han parecido hombres de la máxima integridad. En cuanto colguemos, voy a dar la orden de cerrar la manada del Distrito Sunset -lo que queda de ella, claro- y de poner a los miembros restantes de la manada bajo arresto domiciliario temporal. Hasta que podamos ubicarlos en una nueva manada o poner un nuevo alfa, van a estar bajo la supervisión constante de mi gente. Les prometo que será la última vez que tengan problemas con ellos —les tranquilizó Marcella por el altavoz del teléfono.

—Ese tal Ziad también nos vio aquí. Aunque le dijimos que estábamos aquí como turistas —mencionó Sophie, recordando al engreído representante del Cónclave.

—Me sorprendería que Ziad hubiera interactuado con los metamorfo lobo, pero me aseguraré de comprobarlo —respondió Marcella.

—¿Alguna noticia sobre Boudreaux? —preguntó Mac.

—Sabemos que aterrizó en Atlanta, pero no sabemos si sigue allí o qué hace. Desde luego, no es por asuntos del Cónclave: he vuelto a comprobar que no hubiera ninguna operación sancionada. También me puse en contacto con el Cónclave de Nueva Orleans, y me dijeron que no trabaja para ellos en ninguna misión. Lo mismo para el Cónclave de Savannah.

—¿Confías en ellos?

—¿Sobre esto? Sí.

—¿Sabes si Bramwell y Boudreaux se conocían? —preguntó Sophie desde el asiento del copiloto, pensando en el Fae que ya le había

causado tantos problemas—. ¿Trabajaron juntos alguna vez? Alguien aquí, en Murias, dijo haberlo visto varias veces con un hombre mayor de barba gris vestido con una túnica. Probablemente sea una posibilidad remota, pero pensé que era posible.

—No estoy seguro. Lo comprobaré. No hemos podido encontrar ningún rastro de Bramwell, así que sería bueno saber si pasó algún tiempo en Cascadia —respondió Marcella.

—¿Puede Larry hacer un hechizo de rastreo sobre Boudreaux para ver si puede localizarlo? Mi padre dijo que en su habitación de hotel no había ni un pelo —preguntó Mac.

Marcella hizo un ruido de duda.

—Podemos intentarlo. Veré si el Cónclave de Nueva Orleans nos permite disponer de algo personal de Boudreaux para hacer el rastreo. Aunque digan que sí, llevará tiempo enviar sus efectos personales a nuestra oficina.

Tras prometer por última vez que descubriría cómo les había encontrado la manada de lobos, Marcella puso fin a la llamada.

—Llamemos a Larry —sugirió Ruby en el súbito silencio del vehículo, marcó rápidamente su número en el teléfono y levantó el aparato para que todos escucharan.

El teléfono sonó dos veces antes de que Larry contestara, con voz somnolienta y cálida,

—Hola, cielo. Te has levantado temprano. No pensé que llamarías hasta más tarde.

Sophie se volvió para mirar incrédula a su hermana. La cara de Ruby se puso roja como un tomate y rápidamente le hizo saber a Larry que estaba en el altavoz con Mac y Sophie escuchando. Larry empezó a tartamudear una excusa, pero Mac le interrumpió.

—No me importa lo que ocurra la relación de dos adultos. Y no quiero saberlo. Jamás. Sin embargo, hemos tenido una situación aquí en Murias.

—¿Es siempre tan mandón? —susurró Ruby a Sophie, inclinándose hacia delante y metiendo la cabeza entre los asientos delanteros del coche.

—Forma parte de su encanto —respondió Sophie, dedicándole a Mac una sonrisa azucarada. Parecía que estaba contando hasta diez mentalmente.

Pusieron a Larry al día de todo lo que había ocurrido en Murias desde que habían llegado. Hubo un momento de silencio atónito antes de que Larry prometiera ver qué podía averiguar.

—Boudreaux ha trabajado antes para el Cónclave. ¿Has trabajado alguna vez con él? —preguntó Mac.

—La verdad es que no. He oído que es brillante, pero es el tipo de

brujo que trabajaría para cualquiera si le dieran el precio adecuado. No es exactamente del tipo ético, si sabes a lo que me refiero. No me sorprende del todo oír que estaba envuelto en algo corrupto. Además, algunos de mis hechizos están patentados y no confiaba en que no robara mi trabajo, así que le evité.

—¿Sabes si conocía a Bramwell?

—No tengo ni idea. Lo siento.

Ruby le quitó el altavoz y estaba en el asiento trasero manteniendo una conversación risueña y coqueta con él. Sophie consideró brevemente la posibilidad de taparse los oídos con los dedos y tararear en voz alta para bloquear el sonido de su hermana arrullando a Larry el Hechicero. Mac la miró compungido antes de poner la radio en una emisora de música antigua y subir el volumen.

Cuando Ruby terminó de hablar con Larry, ya estaban entrando en el aparcamiento del forense. Sophie prácticamente saltó del coche para escapar, fingiendo que corría por su vida.

—Ustedes no tienen sentido del humor —se quejó Ruby cuando salió del coche.

—No intento hacerme la graciosa —dijo Sophie—. No quiero escuchar a mi hermana intentando coquetear. Qué asco.

—Como si yo no tuviera que escucharos coquetear todo el tiempo.

—¡¿Qué?! Nosotros no coqueteamos —dijo Sophie indignada.

—¿Ah, sí? *Eres un imbécil, Mac* —dijo Ruby con voz aguda y haciendo una mueca—. *Eres un dolor en el culo, hellraiser. Ven y dame un beso* —continuó Ruby con voz grave, hinchando el pecho, tratando de parecer varonil.

Sophie se quedó con la boca abierta, pero no se le ocurrió ninguna respuesta inteligente.

—Yo no sueno así —balbuceó finalmente. Se volvió hacia Mac para que la apoyara, pero él estaba demasiado ocupado partiéndose de risa.

—Uf, los dos dan asco —se quejó Sophie antes de entrar en la oficina del forense, dejándolos atrás.

Sophie vio que Ace, Fitz y Amira habían encontrado un sofá en el minúsculo vestíbulo y se habían tumbado en él. Amira tenía la cabeza apoyada en el hombro de Ace y parecía casi dormida. Alguien había conseguido encontrar un taburete para que Fitz pudiera elevar su tobillo torcido.

—¿Están todos bien? —susurró Sophie.

—Sí, estamos bien. Reggie dijo que entraran y que las curaría enseguida —murmuró Ace en voz baja, intentando no despertar a Amira.

—No hace falta que nos esperen aquí. Puedo pedirle a Mac que los lleve al hotel —se ofreció Sophie.

—No, ve a que te cosan y volveremos todos juntos. Los Anómalos permanecemos unidos —respondió Fitz con una dulce sonrisa—. ¿Quizá podríamos desayunar todos juntos cuando termines?

Sintiéndose abrumada por la gratitud, Sophie se acercó y le dio a Fitz un beso en la frente.

—Gracias, Fitz.

Encontró a Reggie y Grady en la sala de autopsias, preparando una bandeja rodante con equipo médico. Sophie echó un vistazo a la aguja larga y curvada que sabía que iba a clavarse en su piel en un momento y estuvo a punto de salir corriendo de la sala.

A regañadientes, tomó asiento mientras Reggie le acercaba el carrito. Cuando Ruby se unió a ellos, Grady la hizo sentarse en una silla a unos metros de distancia. Mac se apoyó en la jamba de la puerta, vigilando a todos.

—Lo siento, Ruby, pero tengo que afeitarte una pequeña zona detrás de la oreja. Lo haré lo más pequeño posible, y el resto del pelo debería ocultar la zona —se disculpó Grady.

—No pasa nada. Volverá a crecer —contestó Ruby con su alegría habitual.

Reggie limpió la herida del brazo de Sophie y, afortunadamente, anestesió la zona. Ella apartó la mirada del brazo mientras él empezaba a coserla. Los puntos no le dolían, pero notaba el tirón de la aguja al atravesarle la piel. La hizo sisear de incomodidad.

Se volvió hacia Mac y le ordenó

—Háblame. Necesito una distracción.

Empezó a hablarle de una detención graciosa que había hecho hacía unos meses, cuando Grady hizo un leve ruido de sorpresa. Sophie se volvió para mirarle y ver si había algún problema.

—Vaya, Ruby. No creía que fueras de las que se tatúan calaveras. Qué punketa —dijo Grady con un tono burlón en la voz.

—Sí, claro —se rio Ruby—. No tengo ningún tatuaje. Qué gracioso, Grady.

Grady hizo una pausa en su afeitado del cráneo de Ruby, con el desconcierto pintado en el rostro. Acercándose a la parte posterior del cuero cabelludo de Ruby, le inclinó la cabeza y empezó a peinarle el pelo con los dedos.

—Ruby... No sé si me estás tomando el pelo o no, pero tienes un tatuaje en la cabeza.

—No lo tengo —argumentó Ruby en voz alta, con cara de enfadada, mientras se apartaba de Grady para mirarle incrédula—. Esto ya no tiene gracia. Me acordaría si tuviera un tatuaje *en* la cabeza.

Ace apareció junto a Mac en la puerta.

—He oído gritos. ¿Va todo bien?

Mac se inclinó y susurró algo al oído de Ace. Sus ojos se volvieron cómicamente extraños, luego giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo al vestíbulo. Un momento después reapareció con Fitz y Amira a cuestas.

—A ver —interrumpió Sophie, intentando levantarse y acercarse a su hermana, pero Reggie volvió a tirar de ella.

—Ya casi he terminado —le advirtió Reggie. En cuanto terminó de dar la última puntada, saltó de la silla y corrió al lado de Ruby. Mac ya estaba de pie con Grady, ambos mirando fijamente la cabeza de su hermana. Mac tenía una mirada extraña.

Grady le enseñó a Sophie la zona que había afeitado, que revelaba una parte de un círculo negro con un dibujo de curvas en su interior antes de desaparecer en el pelo negro de Ruby. Sophie lanzó a Grady una silenciosa mirada interrogativa, pero él parecía tan confuso como ella. No había duda de que estaba viendo parte de un tatuaje, la mayor parte del cual estaba oculto por el pelo de Ruby.

Sophie extendió las manos para intentar separar el pelo de su hermana. Era difícil saber de qué tamaño era el tatuaje, pero parecía al menos del tamaño de una pelota de golf.

—Eh, Ruby —dijo Sophie—. Definitivamente tienes un tatuaje en el cráneo.

—Enséñamelo —exigió Ruby, con el pánico y la confusión inundando su voz.

—Te haré una foto —se ofreció Sophie. Sacó el teléfono, hizo la foto y le entregó el dispositivo a Ruby en silencio.

Ruby se quedó mirando en silencio un momento antes de levantar la vista del teléfono, con la mirada perdida y asustada.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero creo que tenemos que verla entera. Ruby, ¿podemos afeitar el resto? Te prometo que solo te afeitaré lo justo para que se vea el tatuaje —prometió Grady.

Ella aceptó en voz baja.

Sophie retrocedió para dejar espacio a Grady para afeitar el lado de la cabeza de Ruby. Compartió una mirada de preocupación con Reggie. En su mente giraban teorías, una sobre otra. ¿Podrían haber drogado a Ruby y alguien le habría hecho un tatuaje? ¿Quién haría algo así? Y lo que es más importante, *¿por qué* haría alguien algo así? Ruby parecía un poco loca a veces; ¿podría habérselo hecho ella misma y haberlo olvidado o bloqueado de algún modo? Nada tenía sentido.

Un pozo de terror se abrió en las tripas de Sophie. No importaba cómo Ruby había conseguido hacerse un tatuaje sin saberlo. Eso

significaba malas noticias. Muy malas noticias. Estaba segura.

Grady terminó de afeitar la parte de la cabeza de Ruby y se apartó, intercambiando miradas de preocupación con Reggie y Mac.

—Nadie dice nada. ¿Por qué nadie dice nada? ¿Es muy grave? —dijo Ruby, con la voz alta y aguda por el pánico.

Sophie apartó a Mac para poder echar un vistazo al tatuaje que tenía a todo el mundo tan preocupado. Se quedó mirando la tinta negra del tatuaje en silencio. Era un círculo negro del tamaño de una mandarina. Un extraño lenguaje curvo, cuyos símbolos desconocía, recorría el interior del anillo. Las líneas entintadas de las palabras eran nítidas y precisas. Dentro del círculo había una imagen de una corona sobre un montón de monedas. Encima de la corona había un pájaro y una ardilla. A pesar del pequeño tamaño del tatuaje, los detalles de los animales eran intrincados y perfectamente nítidos. Sophie hizo otra foto para Ruby.

Ruby no dijo nada mientras miraba el teléfono de Sophie, pero sus hombros subían y bajaban rápidamente con la respiración entrecortada. A Sophie le preocupaba que su hermana estuviera a punto de hiperventilar o de sufrir un ataque de pánico, dos reacciones que, en opinión de Sophie, eran válidas al descubrir que tenía un tatuaje que ella desconocía.

—Eso parece un tatuaje de un sigilo —dijo Sophie lentamente, mirando a Mac en busca de confirmación.

—Sí, lo parece.

Sophie volvió a mirar el tatuaje. Era precioso, hecho con nítidas líneas negras; el arte y la artesanía eran extraordinarios.

—Pero, ¿por qué se tatuaría Ruby un sigilo? No funcionan en los humanos.

—Soph —empezó a decir Mac, pero las palabras murieron en sus labios. Le dirigió una mirada de impotencia que ella no supo interpretar.

—¿Qué es un tatuaje de sigilo? —interrumpió Ruby—. ¿Es malo? Suena mal.

—No, no es malo —la tranquilizó Sophie—. Solo es un tatuaje específico para Míticos. Necesitas tener magia para que el tatuaje funcione. ¿Te acuerdas de mi amigo Burg? ¿El ogro? Tiene un tatuaje que, cuando lo activa, le hace parecer humano. De lo contrario, es un ogro gigante y no podría vivir seguro en este mundo. Dice una frase especial que le permite parecer completamente humano. Reggie tiene una que mejora su vista. No funcionan en humanos como nosotros porque debes tener magia para activar el tatuaje. Así que solo tienes un tatuaje normal.

—Vale, pero yo *tengo* magia. Tengo esas visiones. ¿No es eso

magia? —preguntó Ruby.

—Pero eres humana, así que no debería funcionar. ¿Verdad? —preguntó Sophie, mirando a cada uno de sus amigos.

Mac intercambió una larga mirada con Reggie y Grady antes de tirar de Sophie para que lo mirara.

—Soph —dijo Mac, con palabras vacilantes. Le cogió las manos y le frotó los nudillos con movimientos suaves—. Creo que debemos considerar la posibilidad de que Ruby no sea humana. Que el tatuaje de sigilo se pusiera allí para que *pareciera* completamente humana. Y, si Ruby no es humana… Eso significa que tú tampoco podrías serlo.

—No, eso no es posible —dijo Sophie, incrédula—. ¿Cómo podría no saber algo así? *Me siento* humana.

—No lo sé. Pero… te prometo que lo resolveremos —contestó él. Se mordió el labio, parecía preocupado—. Creo que también tenemos que comprobar si tienes un tatuaje en la cabeza.

—Me muero por saberlo —le confió Sophie, dedicándole una débil sonrisa. Respirando hondo, se giró y le mostró a Mac la parte posterior de la cabeza.

Él la inclinó hacia delante y empezó a peinarle el pelo con los dedos. Se habría sentido bien si no hubiera estado tan asustada. Sophie estaba tan concentrada en sus movimientos que sintió el momento en que sus dedos se detuvieron y se flexionaron contra su cuero cabelludo.

—Has encontrado uno —declaró, sabiendo en el fondo que era cierto.

—Sí, además parece el mismo diseño —confirmó Mac. Le dio la vuelta y la estrechó entre sus brazos—. Lo siento, Soph. Sé que no querías esto —le susurró al oído.

—Necesito… necesito sentarme.

Mac la condujo a una silla, donde se desplomó y dejó caer la cabeza hacia las rodillas, haciéndose un ovillo protector.

Arrodillado frente a ella, Mac le acarició las manos temblorosas. Sophie se tomó unos minutos para calmarse antes de sentarse y girar los hombros rígidos. Seguía sintiéndose hueca y vagamente nauseabunda, pero un ataque de nervios no ayudaría a nadie, aunque se sintiera bien durante un minuto. Tenía muchas ganas de hacer una rabieta. Habría sido increíble dar una patada a la bandeja médica o tirar el monitor del ordenador, pero no iba a hacer una exhibición. A veces, ser adulto era una mierda. ¿Cuándo se acabarían de una vez las estupideces?

—Vale. Vale —repitió Sophie, frotándose las sienes—. ¿Qué hacemos ahora?

Mac acercó una silla y se sentó frente a ella.

—Ahora intentaremos averiguar quién te hizo este tatuaje y cuándo ocurrió. Voy a hacerte algunas preguntas. ¿Estás dispuesta? No pasa nada si no lo estás, porque no necesitamos hacerlo ahora. No hay prisa. Lo que averigüemos no cambia nada. No cambia quién eres ni lo que siento por ti. ¿De acuerdo?

—No. Hagámoslo ahora. Necesito saberlo.

—Voy a hacerles algunas preguntas a las dos, solo para ver si podemos encontrar algún patrón o recuerdos similares —sugirió Mac —. Cualquier cosa que pueda ayudarnos a averiguar qué ocurrió. Supongo que ninguna de las dos recuerda haber recibido ese tatua.....

Sophie intercambió una mirada recelosa con Ruby antes de que ambas negaran con la cabeza. Sophie apartó su mente de examinar la idea de que alguien le hubiera hecho aquello. Si pensaba en ello durante un rato, se le calentaban los ojos. Lo sentía como una violación.

—¿Alguno de tus padres mostró alguna vez algún signo de magia? ¿Incluso algo pequeño? —preguntó Mac. Sophie empezó a negar con la cabeza, pero Mac levantó una mano para calmarla—. Piénsalo bien, Sophie. ¿Hubo alguna vez algo extraño en ellos? ¿Algo en absoluto? ¿O quizá algún otro miembro de la familia? ¿Una visita habitual cuando eras niña que fuera diferente?

—Mis padres eran normales —afirmó Sophie—. Si tenían algún tipo de magia, nunca *jamás* la mostraron. Y en realidad no conozco a ninguno de mis otros parientes. No estaban en nuestras vidas. No había amigos extraños de la familia ni desconocidos misteriosos rondando por ahí cuando yo era niña.

—¿No tenías ningún contacto con familiares como tías, tíos, primos o abuelos?

—La verdad es que no. Quiero decir, sé que tengo algunos, pero ninguno de mis padres estaba unido a su familia, que yo sepa. Nunca pasamos tiempo con ellos. No tengo ningún recuerdo de ellos.

—¿Y tú, Ruby? —preguntó Mac.

—No, solo éramos mis padres y yo. No tenían hermanos y creo que mis abuelos se fueron antes de que yo naciera —dijo Ruby lentamente —. Mis padres también eran aburridamente normales. Tuve una infancia completamente insignificante.

Sophie y Ruby intercambiaron una mirada de preocupación.

—Entonces, probablemente soy adoptada, ¿no? —preguntó Ruby.

De repente, Sophie soltó una carcajada, con un deje de histeria en la voz.

—Dios mío, ¿y si realmente somos de la realeza perdida hace mucho tiempo?

Ruby se acercó y cogió una de las manos de Sophie entre las suyas,

dándole un apretón.

—Nos veríamos guapísimas con diademas —Sophie y Ruby soltaron una carcajada. La risa se fue apagando poco a poco, pero Sophie se sintió un poco mejor.

—Bueno, siempre hemos sabido que al menos una de ustedes tenía que ser adoptada. Puede que las dos lo fueran. Pero, ¿quién sabe? Todo esto es extraño —respondió Mac encogiéndose de hombros.

—¿Crees que mis padres lo sabían? —preguntó Sophie, señalándose la cabeza.

—No tengo ni idea. ¿Alguna vez te trataron como si fueras... diferente? ¿Crees *que* sabían lo del tatuaje? ¿Parecían preocupados por tu seguridad? ¿O estaban demasiado preocupados por los desconocidos? ¿Había algo, cualquier cosa, que te hiciera pensar que sabían que eras diferente?

—No lo creo —respondió Sophie, con palabras lentas y vacilantes, procesando todas las preguntas de Mac.

Cuando Mac le hizo las mismas preguntas a Ruby, ella reiteró que había tenido una infancia normal.

—Bueno, o bien adoptaron a un bebé sin saber nada de tus poderes ni del tatuaje de sigilo, o bien lo sabían y te entregaron a ellos por algún motivo —teorizó Reggie—. Para ocultarte, protegerte o... ¿quién sabe? No creo que debamos intentar adivinarlo, porque aún no tenemos suficiente información.

—¿Conocieron a gente extraña cuando eran adolescentes? ¿O en algún momento desde entonces? ¿Algún periodo de tiempo que no puedan explicar? —preguntó Mac—. ¿Apareció de repente alguien nuevo en tu vida tras la muerte de sus padres?

—No —dijo Sophie—. Mis padres murieron en un accidente de coche poco después de mudarme a San Francisco.

—¿Qué edad tenías cuando ocurrió?

—Tenía veintidós.

—¡Yo también! —exclamó Ruby.

—Espera —replicó Sophie, girándose en su asiento para mirar a Ruby—. ¿Tenías veintidós años cuando murieron tus padres? ¿Cómo murieron tus padres?

—También en un accidente de coche. Los mató un conductor borracho.

—Vale, en mi caso el conductor no estaba borracho. Solo fue alguien que se saltó un semáforo en rojo. Pero, ¿cuáles son las probabilidades? —preguntó Sophie, alzando y vacilando la voz—. ¿Cuáles son las probabilidades de que nuestros padres murieran en accidentes de coche el mismo año?

Sophie se levantó de la silla, incapaz de permanecer sentada. Se

paseó por la habitación, mordiéndose la uña del pulgar, intentando poner en orden sus pensamientos.

—¿Crees que alguien mató a nuestros padres? —dijo Ruby con voz tenue.

—No hagamos suposiciones —reiteró Mac—. Marcella tiene a alguien investigando sus pasados, y aún no han encontrado nada raro. Pero creo que voy a empezar a investigar sus historias yo mismo. Veamos qué puedo descubrir antes de sacar conclusiones precipitadas. No podemos descartar que sea solo una coincidencia, aunque parezca improbable.

Sophie dejó de pasearse y miró a todos sus amigos.

—Hablando de Marcella... ¿Deberíamos contarle lo de los tatuajes?

Todos empezaron a discutir sobre si decírselo a la jefa del Cónclave o mantenerlo en secreto. Reggie y Fitz defendían decírselo a Marcella; Ace, Amira y Grady estaban en contra. Mac, Ruby y Sophie permanecían en silencio, observando cómo el grupo intercambiaba pros y contras.

Un dolor de cabeza provocado por el estrés empezó a rodear las sienes de Sophie y a apretarlas justo cuando el tintineo de la campanilla de la puerta principal del forense silenció a todo el mundo.

—¿Están aquí? He visto que tu coche seguía en la puerta, Mac. Tengo noticias —llamó una voz familiar desde el vestíbulo.

—¡Papá! —gritó Mac—. Ven aquí. Nosotros también tenemos noticias. Y nos vendría bien tu consejo.

Mac miró a Sophie y a Ruby.

—¿Les parece bien compartir esto con mi padre?

—Por supuesto —respondió Sophie, a lo que Ruby se hizo eco.

Carson entró en la sala de autopsias y miró a todos los que estaban reunidos en la sala. Enarcó las cejas al ver las caras de tensión y preocupación del grupo.

—¿Necesitan un consejo del viejo y querido papá? —preguntó. Su burla arrancó una sonrisa reacia a Sophie, que la devolvió.

La sonrisa desapareció rápidamente del rostro de Carson cuando le explicaron el descubrimiento de los tatuajes de sigilo.

—¿Puedo verlos? —preguntó, con los ojos ardiendo de intensidad. Ruby se levantó de la silla y se giró para que él pudiera ver la zona afeitada. La miró fijamente durante un minuto antes de preguntarle a Sophie si también podía ver el suyo.

A Sophie le alivió un poco que los tatuajes molestaran a los demás tanto como a ella. Le hizo sentir que no estaba exagerando.

Carson tarareó por lo bajo mientras separaba el pelo de Sophie y miraba el tatuaje.

—Ojalá supiera qué es este lenguaje. Si lo supiéramos, no sería

difícil revelar tu verdadera forma —sugirió Carson.

—¿Verdadera forma? —repitió Sophie, la comprensión la golpeó como un tsunami—. Oh, Dios, ¿y si soy un monstruo? ¿Y si soy horrible?

—No vas a ser horrible —replicó Mac, lanzando a Sophie una mirada indulgente que ella deseó arrancarle de la cara.

—Eso no lo sabes. Podría ser algo repugnante. Algo con baba.

—Esto es algo que no entiendo —dijo Ruby, interrumpiendo el ataque de Sophie—. Sophie dijo que tienes que decir una frase para activar el tatuaje de sigilo... ¿Cómo sabes lo que tienes que decir? ¿Es siempre la misma frase?

—Normalmente, la frase está incluida en el tatuaje —explicó Carson—. Puede estar en cualquier idioma. Solo funcionará si la persona que tiene el tatuaje dice la frase. Así que, por ejemplo, si yo dijera la frase, no tendría ningún efecto sobre ti. Tienes que ser tú quien la diga. Sea cual sea la frase que hay dentro del sigilo, probablemente sea la frase que desbloqueará tu forma.

—Bueno, eso es fácil —concluyó Ruby—. Digamos la frase y descubriremos lo que somos.

Carson echó otro vistazo al tatuaje de Ruby y negó con la cabeza.

—Pero no sabemos qué idioma es. No se parece a nada que haya visto antes. Pero no soy precisamente un experto en lingüística ni en tatuajes de sigilo.

Sophie no podía decidir si se sentía aliviada o no por tener una prórroga para averiguar qué ocultaba el tatuaje.

—¿Sabes a quién podríamos ir a preguntar?

—A Blathmac —anunció Carson.

A Sophie le sonaba el nombre, pero no recordaba dónde lo había oído.

Grady hizo un ruido de asentimiento, así que cuando Sophie lo miró, le explicó,

—Es el dueño del salón de tatuajes Fae de Abernethy. Ya debería estar en casa después del festival. Tiene un apartamento encima de su estudio.

—De acuerdo. Vamos a ver a Blathmac —aceptó Sophie.

—Espera. ¿Qué noticias tenías, papá? —preguntó Mac.

—Ah, sí. He averiguado cómo sabía la manada de lobos que estaban todos aquí. El ayudante Jameson tiene un primo en la manada del Distrito Sunset.

¿Jameson? Pero si parecía tan simpática, pensó Sophie con consternación.

Cuando Mac empezó a gruñir, Carson levantó una mano.

—Ella no lo sabía. Estaba hablando con su prima y mencionó que

mi hijo estaba en la ciudad para el festival, que era tu tapadera oficial. No tenía ni idea de que Antonio iba tras Sophie y Ruby. Parece que el alfa oyó la conversación, sumó dos y dos y se imaginó que las se escondían aquí. Por lo que hemos podido averiguar, trajo a gran parte de la manada y estaba esperando una oportunidad para atraparlas a solas. Cuando abandonaron la fiesta de la playa, fue cuando atacaron. No creo que esperaran que el pueblo acudiera en su defensa. Cuando Jameson descubrió que fue culpa suya que Antonio te encontrara y te atacara, se sintió realmente fatal.

Ante la expresión de enfado de Mac, Sophie le tiró del codo hasta que la miró.

—No es culpa de Jameson. ¿Cómo podía saber que Antonio nos estaba buscando? La única persona que merece algo de culpa es Antonio.

18

Carson se ofreció a conducir, así que Mac, Ruby y Sophie se amontonaron en su coche. Todos los demás estaban en el coche de Reggie, justo detrás de ellos. Sophie había pensado en pedirles que no vinieran, pero sabía que solo se preocuparían por ella. Además, podría necesitar su apoyo si descubría que era algo horrible, como un monstruo del pantano o una criatura con tentáculos.

Sophie permaneció en silencio durante el trayecto en coche mientras Mac continuaba con su interrogatorio sobre el pasado de Ruby.

—Antes de mudarte a San Francisco, vivías en Los Ángeles, ¿verdad? ¿Y trabajaste en Disneylandia como princesa? Háblame del primer día de trabajo. ¿Lo recuerdas bien?

—Sí, lo recuerdo como si fuera ayer. Tenía tanto miedo de estropearlo todo, pero en cuanto conocí a mi primer visitante, todo encajó. Esta niña se iluminó cuando me vio con mi disfraz de Blancanieves. Fue increíble.

—¿Algún espacio en blanco en tu memoria durante ese tiempo? —cuando Ruby negó con la cabeza, él continuó—: ¿Y el trabajo anterior a ése?

—Trabajé un par de años con una compañía de acróbatas ambulantes de poca monta. Hacíamos pequeños espectáculos y carnavales. Era divertido, pero el salario apestaba. Aunque me gustaba viajar.

—¿Tenías muchos amigos en la compañía?

—La verdad es que no. Eran bastante simpáticos, pero yo no congeniaba bien con ellos. Eran un grupo ya existente cuando me uní. Tenían una camarilla, y yo era nueva, así que nunca encontré mi sitio allí. Y creo que pensaban que yo era rara. Sin embargo, era amiga de la señora que dirigía la compañía; en cierto modo, me cuidaba. Se llamaba Moreen.

—Vamos a repasar todos tus trabajos, ¿vale? Solo unos minutos.

—¿Pero por qué? ¿Cómo nos ayuda esto a averiguar cómo me hice el tatuaje?

—Confía en mí, ¿vale? Solo intento reconstruirlo todo. Al fin y al cabo, soy un detective entrenado —dijo Mac con un guiño, haciendo que Ruby resoplara y se relajara un poco—. Cuéntame el trabajo que

tenías antes de la compañía de acróbatas.

—No hay mucho que contar. Era aburrido y no trabajé allí mucho tiempo. Me da dolor de cabeza pensar en aquel trabajo. Era en una tienda de un centro comercial, pero no era para mí.

—Vale. Cambiemos de tema —sugirió Mac—. ¿Fuiste a la universidad?

—No.

—¿Qué tal la escuela? ¿Eras popular?

—Estaba bien. Era la escuela. Quiero decir, supongo que era popular —dijo Ruby encogiéndose de hombros—. No entiendo qué tiene que ver esto con el tatuaje.

Mac desechó la preocupación de Ruby y siguió haciendo preguntas.

—¿Practicabas algún deporte en el colegio? ¿Eras animadora?

Ruby negó con la cabeza.

—¿Alguna vez te ocurrió algo inusual en el instituto? ¿Alguien extraño en tu vida en aquella época?

—La escuela era la escuela. Era una adolescente perfectamente normal, y no pasó nada raro. ¿Alguien se lo pasa bien en la escuela? Todos estamos angustiados, intentando encontrarnos a nosotros mismos y rebelándonos contra nuestros padres.

—Ya hemos llegado —anunció Carson, desviándose de Abernethy hacia un pequeño carril detrás de las tiendas que bordeaban la calle—. Vamos a aparcar detrás de su casa porque no quiero que nadie nos vea. No hasta que decidamos qué hacer con la información que hemos descubierto hoy.

—Gracias, papá. Te lo agradecemos —respondió Mac.

El coche de Reggie se detuvo junto a ellos, aparcando en el último lugar detrás del salón de tatuajes.

La parte trasera del edificio estaba mucho más deteriorada que la delantera. Había un pequeño contenedor de basura junto a un revoltijo de aparatos rotos. Era muy diferente de la fachada de la tienda, que estaba limpia y era pintoresca. Complementaba la estética de la pequeña ciudad, pero la parte de atrás estaba sucia y destartalada.

Cuando Carson y Mac salieron del coche, Sophie y Ruby se apresuraron a salir tras ellos. Reggie bajó la ventanilla y le hizo saber a Sophie que esperarían en el coche de momento hasta que los necesitaran.

Carson se acercó a la entrada trasera, empujando una puerta de mosquitera que se hundía tristemente en su marco. Golpeó con fuerza la puerta trasera.

—¡Blathmac! Abre —Carson esperó un minuto antes de volver a

aporrear la puerta. Sophie pudo oír palabras amortiguadas procedentes del otro lado de la puerta—. Es el sheriff. Tengo unas preguntas. Necesito tu experiencia en algo.

Un hombre de pelo castaño, corto y despeinado, asomó la cabeza por la puerta, cerrando un ojo y entrecerrando los ojos para mirar a Carson. Parecía como si acabaran de despertarlo, y no le hacía ninguna gracia.

—Sheriff, solo llevo un par de horas en casa después del festival. ¿Podríamos hacerlo más tarde, cuando haya dormido un poco más?

El hombre miró de Carson a Mac y luego a Sophie y Ruby. Empezó a mirar más allá de ellas, hacia el coche con Reggie, cuando hizo un doble gesto y volvió a mirar a Sophie. Mientras miraba, se le fue el color de la cara. Una expresión de horror y espanto inundó sus facciones. Sin decir palabra, se dio la vuelta y echó a correr, dejando la puerta abierta tras de sí.

Carson hizo un ruido de sorpresa. Volvió a mirar a Sophie y luego al fondo del salón de tatuajes.

—¿Pero qué coño...? ¿Adónde coño cree que va? Está en calzoncillos —exclamó Carson antes de entrar corriendo en el salón tras el tatuador que se había escapado.

Mac se volvió hacia Reggie y gritó,

—¡Está huyendo! Córtale el paso por delante —luego se dio la vuelta y corrió tras su padre hacia el oscuro interior de la tienda.

Con el chirrido de los neumáticos, Reggie salió marcha atrás de su plaza de aparcamiento, doblando la esquina a toda velocidad y perdiéndose de vista.

Sophie miró a Ruby, intentando averiguar qué acababa de ocurrir. Desde el interior de la tienda, el ruido de cristales rotos y maldiciones sacó a Sophie de su estupor. Entró corriendo en la tienda con Ruby pisándole los talones.

Se detuvo en seco cuando vio a Mac y Carson amontonados sobre Blathmac, que se agitaba y luchaba por escapar.

—¡Blathmac! —gritó Carson—. ¡Cálmate! No tienes problemas. Solo tenemos unas preguntas.

—¡No dejes que me hagan daño! No tuve elección. Solo hacía mi trabajo —balbuceó Blathmac, mirando a Sophie y Ruby, que estaban congeladas justo dentro de la sala principal del salón de tatuajes.

Mac miró a Blathmac y luego a Sophie. La mirada de Mac se convirtió en algo feroz. Se volvió y presionó con un antebrazo la garganta de Blathmac.

—¿Qué les has hecho? ¿Les has hecho daño?

Blathmac emitió un sonido sibilante de dolor.

—¡Mac! —gritó Carson, tirando del hombro de Mac—. Suéltalo.

Tenemos que interrogarle. Llegaremos al fondo de esto.

Un movimiento fuera del gran escaparate llamó la atención de Sophie. Sus amigos se agolparon contra el cristal, intentando ver el interior de la tienda.

—Les dejaré entrar —dijo Sophie, tragando saliva.

Mientras se dirigía a la puerta principal, Mac tiró a Blathmac del suelo y lo arrojó a una de las sillas de cuero para tatuajes, totalmente amenazador. Sophie abrió la puerta y dejó entrar a todo el mundo antes de volver a cerrarla.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha huido? —preguntó Amira, mirando fijamente al hombre aterrorizado al que Mac había empujado a la silla de tatuajes.

—No lo sé, pero me echó un vistazo y se asustó. Me miró como si fuera un fantasma. O pensó que iba a matarle o algo así —explicó Sophie.

—¿Le conoces? —preguntó Ace, dirigiéndole una mirada sospechosa.

—No, nunca le había visto —respondió Sophie. Se volvió y miró a Ruby con las cejas levantadas.

—No, yo tampoco le conozco —replicó Ruby, mirando fijamente al hombre—. Pero parece que él nos conoce.

Con paso decidido, Ruby se acercó al hombre. A Sophie le impresionó lo atrevida que parecía. Sophie estaba ocupada intentando no desmayarse ni vomitar. Agarrando el taburete del tatuaje, Ruby lo enrolló y se sentó cerca de los pies del hombre. Se sentó en silencio, mirando fijamente a Blathmac mientras éste se preocupaba cada vez más. No dejaba de mirar a Carson, como si esperara que el sheriff lo rescatara.

Cuando intentó levantarse de la silla, Carson sacó la pistola y la amartilló.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Blathmac? Al menos siete años, ¿no? Sabes que cumplo mis promesas. Así que aquí tienes una promesa: si vuelves a intentar levantarte de esa silla, te pegaré un tiro. En algún lugar blando, ¿entendido? Tenemos algunas preguntas, y responderás a todas y cada una de ellas. ¿Entiendes?

Cuando Blathmac asintió como un muñeco bobblehead, tambaleante e inseguro, Mac cogió otro taburete y rodó junto a Ruby. Carson estaba apoyado contra la pared, rodeado de ejemplos enmarcados de arte del tatuaje. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la pistola apoyada en un antebrazo.

—¿Me conoces? ¿Nos conocemos? —preguntó Ruby. Sophie se acercó arrastrando los pies, apretándose contra la espalda de Mac, necesitando el contacto como apoyo moral.

—Creía que estabas aquí por venganza —respondió Blathmac, con palabras apresuradas y frenéticas.

—¿Venganza? ¿Por qué?

—Um... ¿Porque eres una esquirla, y fui yo quien te hizo el tatuaje de sigilo? Pero eso no es culpa mía. Solo hacía mi trabajo.

¿Esquirla? ¿Qué demonios es eso?

Sophie intercambió miradas confusas con los demás, pero luego miró a Carson. Se había quedado sobrenaturalmente quieto.

—¿Acaba de llamarnos *esquirlas*? —exclamó Ruby, con asco en la voz.

—¿Cuándo? —preguntó Carson, ignorando la pregunta de Ruby. Se apartó de la pared y se colocó junto a Blathmac—. ¿Cuándo ocurrió esto?

—No estoy seguro. ¿Hace unos cuatro años? Posiblemente cinco.

—¿Y las tatuaste a las dos? ¿Con quién estaban?

—Eran cinco, en realidad. Y era un tipo llamado Bramwell. Él fue quien me las trajo —explicó Blathmac.

—*¿Cinco*? —repitió Carson incrédulo, con la voz demasiado alta.

—*¿Bramwell*? —gritaron Sophie y Ruby al mismo tiempo que Carson.

Mac levantó la mano para silenciarlos a todos. Se volvió hacia su padre con una mirada intensa.

—Papá, ¿qué es una esquirla?

Carson volvió a mirar al grupo, con rostro inseguro. Su mirada se posó en Sophie y le dirigió una mirada de disculpa.

—Solo he oído rumores. Si un Fae es considerado demasiado peligroso o ha disgustado a la reina Maeve, ella tiene una forma de dividir a esa persona en pedazos, como si fueran clones, o mitosis. Los rompe en fragmentos llamados esquirlas. Se supone que divide el poder de esa persona, haciendo que cada fragmento sea menos peligroso y poderoso. Luego los expulsa del reino de los Fae y los arroja aquí. Pero esto... —Carson lanzó una mirada sombría a Blathmac—. Tatuarlas. Hacerles creer que son humanas. Borrar sus recuerdos. Eso es... Tienes suerte de que no te dispare aquí y ahora.

—Oye —replicó Blathmac, levantando las manos en señal de rendición—. ¡No sabía nada de eso! No sabía que les habían borrado la memoria. No sabía que se creían humanas. Solo les puse el tatuaje que les hace parecer humanas. El resto es obra del Cónclave. Yo solo soy un contratista.

—¿El Cónclave de San Francisco? —preguntó Sophie. Había confiado en Marcella. Y no debería haberlo hecho. Sophie se sentía como una tonta. *Sabía* que Marcella la utilizaba por sus habilidades, pero aun así pensó que podía confiar en que Marcella velaría por sus

intereses. Pero Marcella solo miraba por sí misma. A Sophie aún le chocaba darse cuenta de que Marcella sabía quién y qué era y no decía nada. A Sophie le entraron ganas de cazarla y hacerla sufrir.

Mac echó un vistazo a la cara de Sophie y le dio un apretón tranquilizador en la mano.

—Oye, no sabemos si Marcella o incluso el Cónclave estaban detrás de esto. Recuerda que Bramwell llevaba tiempo trabajando a sus espaldas para subvertir toda la organización.

—Cuéntanoslo todo. Ahora mismo —exigió Carson, con los dientes enseñados en señal de amenaza.

—Vale, vale —Blathmac se lamió los labios nerviosamente, repasando los rostros de la sala—. Así que, cada dos años, Bramwell me trae esquirlas para tatuar. Trabaja para el Cónclave -o eso creía yo-, así que nunca lo cuestioné. El Cónclave ya se encarga de colocar a cualquier Mítico que llegue del reino Fae, así que ¿por qué iba a pensármelo dos veces? Siempre me decía que eran peligrosos o que estaban bajo la protección del Cónclave. Yo solo hacía mi trabajo. Normalmente, cuando Bramwell traía esquirlas, solo eran dos individuos. Pero cuando las trajo -Blathmac indicó a Sophie y Ruby-, eran cinco. Nunca había visto más de tres, y *eso* solo una vez. Daban mucho miedo —Blathmac volvió a señalar a las hermanas—. Bramwell las tenía bajo su esclavitud, así que eran silenciosas y obedientes. Pero podías sentir su poder. Parecían la muerte. Me dieron un susto de muerte. Así que las tatué como de costumbre para hacerlas parecer humanas y reprimir aún más sus poderes. Luego se las lleva a dondequiera que vayan cuando termino con ellas. Eso fue todo.

Ruby siguió repitiendo,

—No lo entiendo —con voz pequeña y confusa.

Pero Sophie lo comprendía. ¿Cuántas veces se había sentido perdida, rota e incompleta en los últimos años? Lo comprendía perfectamente. Nunca había estado completa. Solo era una pieza rota. Un fragmento sobrante de cuando rompieron el original, un fragmento de cristal recuperado de un cuenco hecho añicos. Una cosa incompleta. Hacía poco que había empezado a sentirse normal y bien. Pensaba que así se sentía todo el mundo.

Miró a Ruby y la invadió un sentimiento de repulsión. ¿Significaba eso que eran la misma persona? No quería ser una Ruby. Hasta esta semana, ni siquiera le había agradado. Francamente, no quería que una asesina en serie, *vigilante* o lo que fuera, fuera la otra mitad de su alma. Mierda, la otra quinta parte de su alma.

No quiero ser igual que ella. Quiero ser mi propia persona, no una parte de ella. No soy una copia.

Ruby miró a Sophie y le dijo que pensaba lo mismo.

Sophie tuvo que apretar los puños y bloquear la mandíbula antes de ponerse a gritar. No era justo.

—Espera —dijo Reggie de repente—. Si los tatuajes de los sellos reprimen sus poderes, ¿cómo pueden seguir accediendo a ellos? Ambas tienen habilidades que un humano normal no tiene.

—Sus poderes deben de estar filtrándose. No sabes cómo se sentían antes. Ni siquiera puedo sentirlos ahora, así que solo estás recibiendo un mero eco de su poder.

—Eso no importa. Quiero saber cuál es la frase que desbloquea nuestros poderes —dijo Ruby.

—No lo sé —respondió Blathmac.

—¿Qué? ¿Cómo es que no sabes lo que dicen nuestros tatuajes? —preguntó Ruby.

—Bramwell solo me proporcionó el texto, y yo lo entinté en su piel. No tengo ni idea de lo que dice. Creo que está en una antigua lengua fae. Una vez pregunté por él y Bramwell me dijo que ya solo lo habla la realeza Fae. Sé que el resto del diseño es el escudo de la reina Maeve.

—Bueno, eso no es muy conveniente —se quejó Ruby. Pero Sophie pensaba que sí lo era. No estaba preparada para descubrir más cosas sobre sus poderes. Estaba perfectamente bien con ellos tal y como eran. Quería ser un avestruz y enterrar la cabeza en la arena. No quería dar miedo. No quería asustar a la gente solo con su presencia.

—Bramwell debió de conseguir que todas dijeran la frase para activar el tatuaje. ¿Recuerdas algo de eso? —preguntó Carson.

—Me hizo salir de la habitación antes de que les hiciera activar el hechizo. No se me permitió oírlo. Todos los fragmentos que ha traído han estado bajo un hechizo que les obligaba a hacer todo lo que él decía. Eran como zombis. Eran dóciles como corderos —se mofó Blathmac de Sophie y Ruby.

Y aun así te asusté, imbécil.

El golpe de Blathmac pareció sacudir a Ruby de su desconcierto y la llevó directamente al enfado. Lanzó una mirada incrédula a Sophie, diciendo, “¿Te puedes creer los cojones que tiene este imbécil?” Se volvió hacia Blathmac y le dirigió una larga mirada de consideración. Sophie casi se sintió mal por aquel hombre. Casi.

Ruby hizo un ruido *sordo* y sacó un cuchillo de donde lo tuviera escondido en el cuerpo. El movimiento fue tan rápido y practicado que casi parecía que la hoja hubiera aparecido de la nada. Blathmac palideció cuando vio el arma en la mano de Ruby. Observó, hipnotizado, cómo Ruby recorría lentamente el filo de la hoja con el pulgar, como si estuviera probando su filo. Con un movimiento de

muñeca, hizo girar el cuchillo en su mano antes de utilizar despreocupadamente la punta de la hoja para limpiarse las uñas.

—¿Sabes a cuántos hombres he matado? —preguntó, levantando la vista y dedicándole su característica sonrisa dulce. Estaba tan en desacuerdo con la amenaza del cuchillo y sus movimientos que incluso provocó un escalofrío a Sophie.

Blathmac miró alrededor de la habitación, buscando ayuda, pero todo lo que vio a cambio fueron rostros endurecidos. Volvió a mirar a Ruby y sacudió la cabeza.

—Doce. Oh, espera, trece. Casi se me olvida añadir al druida que maté la semana pasada en la oficina del sheriff. Ya, ya. No pongas esa cara de preocupación. Cada uno de ellos se lo merecía, te lo prometo —Blathmac asintió, intentando aplacar a Ruby, que le guiñó un ojo—. Dijiste que dábamos miedo. E incluso sin todos nuestros poderes, te prometo que sigue siendo muy cierto. Así que te sugiero que no seas tan grosero con nosotras. Tienes que responder a todas nuestras preguntas, o haré que lo lamentes mucho, *mucho*.

—Dijiste que nos sentíamos como la muerte —intervino Sophie, acercándose un poco más—. ¿Qué querías decir?

Blathmac se encogió de hombros, pero luego miró a Ruby con preocupación, así que se apresuró a contestar.

—Sentían lo que imagino que sentirían al encontrarse con la Parca. Toda la vida fue absorbida de la habitación cuando entraron en ella. Parecían una tumba.

Maldita sea. Sophie se arrepintió de haber preguntado.

—¿Cuántas esquirlas más has tatuado? —preguntó Carson.

—No estoy seguro. ¿Quizá diez grupos de ellas?

—¿Cuándo tatuaste tu primera esquirla? ¿Fue solo Bramwell quien te las trajo? ¿Cómo te contrataron por primera vez para hacer este trabajo? —Carson empezó a acribillar a preguntas a Blathmac, pero Sophie lo ignoró todo.

Alejándose del grupo, encontró una silla de tatuador vacía escondida en un cubículo privado amurallado. Acurrucada en el asiento de cuero reclinado, Sophie trató de ignorar el interrogatorio que tenía lugar a menos de tres metros de distancia.

Mac asomó la cabeza por el tabique y la miró preocupado.

—¿Te apetece compañía?

—¿No te necesitan para eso? —preguntó Sophie, señalando en dirección a sus otros amigos.

—No. Papá lo tiene controlado.

—Entonces, sí. Me gustaría tener compañía.

Mac entró en el cubículo y la levantó en un impresionante despliegue de fuerza metamorfa. Se subió a la silla, la colocó en su

regazo y le metió la cabeza bajo la barbilla.

—Siento todo esto, Sophie —susurró—. No puedo imaginar por lo que estás pasando ahora.

—Es una mierda, y estoy molesta. Pero también explica muchas cosas. Hasta hace poco, siempre me había sentido diferente. Incompleta. Y explica por qué siempre evito hablar, e incluso pensar, en mi pasado. Es porque no tengo uno.

—Técnicamente, sí tienes un pasado. Solo que no es el que recuerdas.

—¿Cómo es posible? ¿Bramwell implantó recuerdos falsos?

—Creo que sí. O alguien lo hizo por él. Me he dado cuenta de que Ruby y tú dicen a menudo que pensar en un antiguo trabajo o hablar del instituto les da dolor de cabeza. Entonces cambian de tema —Mac dudó un momento.

—¿Qué? —incitó Sophie.

—¿Recuerdas cuando llegamos a la frontera de Cascadia? ¿Cómo el geas hizo que quisieras darte la vuelta? Está preparada para que la gente la evite instintivamente. Sospecho que alguien les puso un geas a las dos para que evitaran pensar en su pasado. De lo contrario, podrían haberse dado cuenta de que sus recuerdos están incompletos o borrosos.

—¿Hay alguna forma de eliminarlo?

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo. Pero ahora que sabes que está ahí, quizá sea como el geas que rodea Cascadia. Una vez que eres consciente de su presencia, puedes superarlo —sugirió Mac.

Sophie se rascó la cutícula, dándole vueltas a su nueva realidad en la cabeza, intentando encontrar una forma de aceptar la situación.

—Bueno, no tengo elección, ¿no?

Mac y Sophie se acomodaron, acurrucándose, dejando que el murmullo de las voces los envolviera.

~

—SIENTO INTERRUMPIRLOS, pero tengo que llevar a Blathmac a la comisaría —anunció Carson, sacudiendo a Sophie de donde estaba, dormida contra el pecho de Mac.

Al salir de su regazo, Sophie miró a su alrededor, descorazonada. Estaba a punto de llegar a su límite de tonterías por una noche.

—Debería ir con papá —le murmuró Mac a Sophie—. Seguro que está bien, pero no sé si Blathmac es peligroso. Me gustaría asegurarme de que papá tiene a alguien vigilándole las espaldas —Mac echó un vistazo a la cara de Sophie y debió de ver el pavor que había allí—. No tienes por qué venir con nosotros. Seguro que ya has tenido

bastante.

—Sophie, Ruby, ¿quieren venir a desayunar con nosotros? —se ofreció Grady.

Sophie lanzó a Mac una mirada esperanzada.

—¿Seguro que no necesitan mi ayuda?

—De ninguna manera. Voy a ayudar a papá a encerrar a Blathmac y nos vemos en la cafetería. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto. Gracias.

Mac le levantó la barbilla y le dio a Sophie un beso suave y prolongado.

—¿Vas a estar bien? —susurró, con los ojos llenos de preocupación.

En ese momento, Sophie supo que todo iba a ir bien. Tenía el mejor novio del mundo. Mirándole a los ojos azules como el hielo, Sophie se dio cuenta de que podía estar enamorada de Malcolm Volpes.

Mac estaría ahí para lo que se les viniera encima: asesinatos, recuerdos perdidos, caos. Ella sería capaz de enfrentarse a todo porque él estaría allí para respaldarla.

—Sí, creo que todo va a salir bien —respondió Sophie, estrechándolo en un fuerte abrazo. Le miró y le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Te veré en el desayuno, ¿vale?

Le pasó el pulgar por la mandíbula y le lanzó una mirada penetrante antes de devolverle la sonrisa.

—Muy bien, hellraiser, pídeme tortitas y tocino. Extra de tocino. Voy enseguida.

Carson se quitó el sombrero de vaquero y lo colocó sobre la cabeza de Ruby.

—Tenemos que asegurarnos de que mantengas oculto ese tatuaje hasta que te crezca el pelo —explicó, tirando a Ruby por debajo de la barbilla. Le quedaba un poco grande, pero serviría.

—¡Gracias, Carson! —exclamó Ruby.

Sophie y Ruby vieron cómo Carson y Mac metían a Blathmac en el asiento trasero y se marchaban en dirección a la oficina del sheriff.

En grupo, rodearon el edificio hasta la calle principal. Pasaban algunos peatones mañaneros. La mayoría de las calles estaban vacías, más de lo habitual, incluso a esas horas.

Cuando pasaron junto a un ghoul, Ruby inclinó el sombrero de Carson como un vaquero de los viejos tiempos.

—¿Qué tal? —cacareó, y luego empezó a reírse de su propia broma. A Sophie empezó a molestarle su aparente buen humor. ¿Por qué tenía que estar contenta? Ruby estaba tóxicamente alegre, y Sophie ni siquiera quería que fuera su hermana, y mucho menos una

antigua parte de ella.

Sophie miró a Ruby y algo de lo que pensaba debió de reflejarse en su rostro, porque Ruby retrocedió ante ella. Ruby apartó rápidamente la cara de la mirada de Sophie, pero ésta pudo ver que tenía los hombros levantados y pegados a las orejas, como si esperara que la atacaran.

Maldita sea. Soy una imbécil.

Sophie solo buscaba una excusa para enfadarse, y Ruby era el blanco más conveniente para su ira. Ruby era una persona alegre y despreocupada, lo cual era un buen rasgo. Sophie solo era una gruñona y una mocosa.

—Hola, chicos —gritó Sophie. Todos se detuvieron y la miraron—. Necesito un minuto. Creo que Ruby y yo tenemos que hablar —Sophie se volvió y le dirigió a Ruby una mirada de disculpa—. ¿Te parece bien? Creo que tenemos que hablar.

Ruby la miró largamente antes de asentir lentamente.

—Sí, creo que es una buena idea.

Sophie volvió a mirar calle abajo y divisó el pub.

—¿Quieres ver si el pub está abierto? Me vendría bien un chupito de tequila como no te imaginas —dijo, tratando de aligerar el ambiente.

—Que sea vodka y trato hecho —bromeó Ruby, haciendo que Sophie se sintiera aliviada.

—Oigan, chicos, nos vemos en la cafetería, ¿vale? Guárdennos unos asientos.

—¿Estás segura? —preguntó Reggie, con cara de preocupación.

—Sí. Vamos a tomar algo rápido y enseguida vamos —le aseguró Sophie.

El grupo se dio la vuelta y se dirigió hacia la cafetería mientras Ruby y Sophie los veían alejarse, en un silencio incómodo entre ellos.

—Bueno. Vamos a por esa bebida.

Cuando llegaron al pub, Sophie tiró de la puerta principal, pero estaba cerrada.

—Maldita sea —maldijo en voz baja. Dio otra sacudida a la puerta, solo por el fastidio de que le negaran la bebida que tan desesperadamente se merecía.

A las puertas del bar, el cielo se abrió de repente y empezó a llover.

Vaya, qué casualidad, pensó Sophie.

—¡Mira! Es Cordelia —exclamó Ruby, señalando por encima del hombro de Sophie. Al girarse, vio a la mujer mayor abriendo la puerta de su tienda—. Sé que no es tequila —continuó Ruby—, pero quizá podríamos convencerla para que nos dejara entrar y tomar uno de sus

refrescos. Están buenísimos.

Sophie sabía lo mucho que le gustaban los dulces a Ruby, así que aceptó ir a la tienda de golosinas.

—¡Cordelia! —gritó Ruby, agitando la mano en el aire. Cordelia se detuvo y miró a su alrededor para ver quién la llamaba. Cuando vio a Ruby y a Sophie, les devolvió el saludo.

Sophie las siguió mientras Ruby corría hacia la dueña de la tienda, agachándose cuando la lluvia empezó a arreciar contra ellas. Cordelia abrió la puerta y se quedó dentro, haciéndoles señas para que entraran.

—Ruby, querida, he oído que tú y tu hermana fueron atacadas anoche por un metamorfo lobo en el Festival de la Luna del Cazador. ¿Están bien? —preguntó Cordelia, observándolas detenidamente una vez que cerró la puerta tras ellas, bloqueando el paso de la lluvia.

—Estamos bien. Tuvimos mucha suerte de que un grupo de gente del pueblo viniera a rescatarnos —respondió Ruby—. Sé que no abres hasta dentro de un rato, pero ¿crees que Sophie y yo podríamos entrar? Necesitamos un sitio tranquilo para hablar, y ya sabes cuánto me gustan tus dulces. Después de lo de anoche, me vendría muy bien algo dulce —Ruby dirigió a Cordelia su mirada más pura e inocente—. Te prometo que no haremos un desastre.

—Ah, vale —respondió Cordelia, dirigiendo a Ruby una mirada indulgente. Sophie quiso poner los ojos en blanco, pero consiguió mantener la compostura mientras la dueña de la tienda las acompañaba al interior.

Tomaron una mesa cerca de la puerta principal, lejos de donde Cordelia trabajaba detrás del mostrador.

Sophie golpeó con los dedos el tablero de la mesa, intentando averiguar qué quería decir.

—Siento mi actitud de antes. Es que estoy asustada por toda la situación. Estaba empezando a sentirme cómoda con todo eso de la hermana perdida. Así que, descubrir que solo somos esquirlas. Es que...

—¿Verdad? —dijo Ruby cuando las palabras de Sophie se interrumpieron—. Y somos taaaan jodidamente diferentes. ¿Cómo podemos ser partes de un todo si no nos parecemos en nada? Es espeluznante.

Sophie se sintió tan aliviada de que Ruby no estuviera tan despreocupada como parecía por su nueva condición de esquirlas que sintió como si se hubiera quitado un enorme peso de encima.

—¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé. ¿Qué podemos hacer? —dijo Ruby encogiéndose de hombros.

—Me refiero a nosotras. ¿Qué significa ser una esquirla con respecto a nosotras y a nuestra relación?

—Bueno... Creo que me gustaría seguir como estamos. Me parecería bien ser tu hermana, ¿sabes? Cualquier otra cosa no me parece bien.

—Sí, eso me gustaría. No quiero que eso nos alejara —Sophie se lo pensó un momento más—. Sí. Me gusta tenerte como hermana.

Ruby le dedicó una sonrisa de felicidad a Sophie, que ya aceptaba y estaba de acuerdo con todo lo que había pasado. A Sophie le llevaría más tiempo llegar a un punto de plena aceptación, pero veía que todo iba bien.

—Estoy deseando salir de esta ciudad —anunció Sophie.

—¿De verdad? Me encanta estar aquí.

—En realidad no hay ninguna razón para que nos quedemos más tiempo. Quiero volver a mi apartamento y a mi vida en San Francisco. Estoy deseando irme.

Casualmente, Cordelia llevaba una caja y pasó junto a ellas cuando Sophie dijo aquello.

—¿Se van tan pronto, ahora que ha terminado el festival?

Sophie creía que nunca se acostumbraría a lo bien que se les daba a algunas personas de Murias meter las narices en algo que no les incumbía. Se sentía cómoda apostando fuerte a que todo el mundo en Murias sabría que quería irse de la ciudad antes de que acabara la hora.

Se giró en su asiento y sonrió cortésmente a Cordelia.

—Sí, ahora que el festival ha terminado, es hora de que volvamos a la ciudad. Pero qué bien lo hemos pasado. Murias es realmente una ciudad encantadora.

—¿Verdad que eres dulce? Y yo que había oído que Ruby era la simpática —se burló Cordelia de Sophie.

Solo gracias a la fuerza de voluntad, Sophie se abstuvo de decirle a Cordelia dónde metérsela.

Mírame a mí. Actuando como una adulta razonable, pensó, no bromeando del todo.

No debió de conseguir del todo que sus pensamientos no se reflejaran en la cara, porque Ruby se mordía los labios para contener la risa.

Una expresión de irritación pasó tan rápidamente por el rostro de Cordelia que Sophie casi pensó que se lo había imaginado. Rápidamente fue sustituida por la sonrisa dulce y regordeta de una abuela indulgente.

—Bueno, si te vas de Murias, insisto en invitarte a mi mundialmente famoso flotador de cerveza de raíz. Lo hago yo misma.

Cuando Sophie intentó ofrecerse a pagarla, Cordelia se negó.

—No quiero ni oír hablar de eso. No después de la noche que han pasado. Quiero asegurarme de que solo tengas recuerdos agradables de Murias.

Es muy tarde para eso, pensó Sophie, pero esbozó una sonrisa de agradecimiento.

Unos minutos después, Cordelia salió a toda prisa de detrás del mostrador, con un magnífico flotador de cerveza de raíz en cada mano. Colocó uno delante de cada hermana con una floritura.

—Vamos —les dijo—. Sé que nunca han probado una cerveza de raíz tan buena como la mía.

Sophie levantó su vaso, lo chocó con el de Ruby y bebió un buen trago.

Sophie tuvo que admitir que estaba increíble. La cerveza de raíz era ácida y mordaz, el helado cremoso y dulce. Estaba delicioso, y Sophie se aseguró de decírselo a Cordelia.

Dio otro gran trago, lamiéndose el helado del labio superior. No era un chupito de tequila, pero de algún modo le calmó los nervios. Intercambió una sonrisa bobalicona con Ruby, que parecía disfrutar de su flotador tanto como Sophie. Todos los músculos de sus hombros empezaron por fin a liberar su tensión. Sophie dio otro sorbo a su bebida e intentó dejarla de nuevo sobre la mesa, pero estuvo a punto de fallar.

—Cuidado, querida —dijo Cordelia, ayudando a Sophie a dejar el vaso sobre la mesa.

Sophie soltó una risita, pues el hecho de que estuviera tan agotada que casi derramara la bebida le parecía divertidísimo. Miró a Ruby para bromear al respecto, pero su hermana se desenfocó. Con la cabeza tambaleándose y dándose cuenta, se volvió para mirar a Cordelia.

—¿Qué nos has hecho? —balbuceó Sophie.

Ruby se resbaló de la silla y cayó al suelo.

Sophie intentó levantarse y atacar a Cordelia, pero se le doblaron las piernas.

—El Cónclave sabe que estamos aquí —amenazó Sophie, apenas capaz de pronunciar las palabras.

—¿Para quién crees que trabajo, niña? —fue lo último que oyó Sophie antes de que la oscuridad se la tragara entera.

19

Sophie recuperó la consciencia poco a poco. Al principio, solo era vagamente consciente de la luz. No era capaz de mantener los ojos abiertos; todo le resultaba borroso y confuso. A pesar de sus esfuerzos, los ojos se le cerraban. En lo más profundo de su ser, sabía que algo iba mal, pero no podía reunir la capacidad de pensar o moverse.

Al cabo de un tiempo indeterminado, Sophie abrió los ojos. Estaba tumbada boca arriba sobre una superficie dura y fría. Lo primero que vio fue una mesa familiar en la que había vasos de precipitados, microscopios y otros utensilios propios de un laboratorio científico.

Con un grito ahogado, giró la cabeza para ver el resto de la habitación. Reconoció inmediatamente el sótano, con sus paredes húmedas y de hormigón. Era la misma habitación en la que Michael, el hombre hallado muerto en el océano, había encontrado la muerte. Cuando intentó levantarse, Sophie se dio cuenta de que estaba atada a la misma mesa de metal que había estado Michael.

—Mierda. Mierda. Mierda —canturreó Sophie, con la respiración entrecortada y jadeante. Mirando a su derecha, vio a Ruby atada a una mesa de metal idéntica a la suya.

—Ruby —gritó, intentando mantener la voz baja.

Ruby gimió en la mesa de al lado, pero por lo demás seguía inconsciente.

—Ruby —volvió a decir, un poco más alto. Sacudió la mesa y tiró de sus brazos con todas sus fuerzas. Las cuerdas le mordían las muñecas, pero le importaba una mierda. No iba a morir en este maldito sótano. Miró alrededor de la habitación para ver si había alguna salida. Era exactamente igual que en su visión, incluso las espeluznantes jaulas que había en la esquina más alejada. No había nada a su alcance que pudiera utilizar para librarse de sus ataduras.

Aún podía sentir la vaina del cuchillo atada a la pierna, pero no le serviría de nada a menos que encontrara una forma de liberar una mano.

—¿Sophie? —gritó Ruby, con la voz entrecortada por el miedo.

—Estoy aquí —respondió Sophie, apartando la vista de la habitación para mirar fijamente a Ruby. Aún tenía los ojos vidriosos, pero empezaban a aclararse y a llenarse de miedo. Sophie nunca había visto a Ruby asustada. Le hizo comprender la gravedad de la situación

como ninguna otra cosa.

—¿Qué pasó? —preguntó Ruby, mirando asustada a su alrededor. Sophie podía oír su respiración entrecortada mientras intentaba calmarse.

—Esa zorra de Cordelia nos drogó y nos trajo aquí. Ruby... Reconozco este lugar por la visión de la muerte de aquel tipo de la playa. Aquí es donde murió.

—Oh, mierda.

Oh, mierda tenía razón.

—¿Cómo no sabías que Cordelia era la asesina? —preguntó Sophie, intentando que la acusación no saliera de su voz—. ¿No la tocaste? Estabas en su tienda prácticamente todos los días.

—No. Nunca tuve ocasión. Siempre estaba detrás, preparándose para el concurso de tartas. Toqué a todas sus empleadas, pero nunca a ella. Y la vez que la saqué de la cocina fingiendo que tenía una pregunta sobre una alergia, no conseguí que saliera de detrás del mostrador. Nunca pude tocarla. Y en cuanto encontramos a Boudreaux dejé de intentarlo.

Ruby sonaba tan a la defensiva que Sophie se sintió mal.

—No pasa nada. No podías saberlo. De todos modos, ahora ya no importa. Tenemos que salir de aquí antes de que vuelva.

Ruby asintió y empezó a tirar de las cuerdas que la ataban. Sophie hizo lo mismo.

La mesa traqueteó y gimió mientras Ruby tiraba y se agitaba contra sus ataduras, con la respiración agitada mientras luchaba.

—¿Qué hacemos? —suplicó Ruby, mirando a Sophie con ojos sombríos cuando las ataduras no cedieron ni un milímetro.

—Mira a ver si puedes aflojar los nudos —respondió Sophie, empezando a retorcerle los brazos. La piel de las muñecas ya empezaba a arder, pero no le importaba. Si necesitaba arrancarse toda la piel de los brazos para escapar, lo haría—. Ojalá pudiera alcanzar mi cuchillo.

Sophie palpó con los dedos el borde de la mesa, esperando encontrar un filo en alguna parte. Su idea era serrar la cuerda de un lado a otro del borde para cortarla.

Ruby se detuvo en su lucha y miró intensamente a Sophie.

—¿Tu cuchillo sigue en la funda de la pierna? Porque noto que todos mis cuchillos han desaparecido. Cordelia debe de haber pasado por alto tu cuchillo cuando nos revisó.

Mordiéndose el labio, Ruby dio una sacudida sobre la mesa y levantó el cuerpo, pareciendo un pez electrificado. Sophie frunció el ceño en dirección a Ruby.

—¿Qué haces?

—Intento ver si consigo mover esta estúpida mesa. Si consigo llegar hasta tus pies, tal vez pueda alcanzar tu cuchillo.

Sophie estaba fuertemente atada a la mesa, de espaldas, pero tenía suficiente maniobrabilidad para pasar la punta de los dedos por el borde de la mesa.

—Hagámoslo. Tú intenta desplazar la mesa hacia abajo y yo subiré. Veremos si podemos llevarte mi cuchillo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. No voy a morir por el extraño experimento científico de alguien. Hagámoslo.

Agarrando el borde de la mesa con la mayor fuerza posible, Sophie respiró hondo y lanzó su cuerpo hacia la cabeza. La mesa emitió un terrible chirrido, pero no se movió. Sophie se detuvo y contuvo la respiración, escuchando si oía algún movimiento procedente del piso de arriba. Sus tobillos chillaban de dolor y el sudor se acumulaba a lo largo del nacimiento del pelo y en la parte baja de la espalda. El chirrido era tan fuerte que temió que alguien viniera a verlas. Al cabo de un momento, cuando no apareció nadie, decidió ir a por todas.

Agitándose, con el cuerpo tenso por el esfuerzo, Sophie lanzó su peso una y otra vez contra sus ataduras. Las cuerdas se habían tensado alrededor de sus extremidades a causa de sus forcejeos, haciendo que los dedos de sus pies empezaran a entumecerse. Las ataduras también se habían clavado profundamente en su carne, y podía sentir la sangre que se filtraba a su alrededor. Pero a Sophie no le importaba. Al final, nada de eso importaría si no encontraba la forma de escapar.

Finalmente, con un grito de criatura moribunda, la mesa se sacudió y se movió.

—¡Mierda! Se ha movido —exclamó Sophie.

Ruby lanzó a Sophie una mirada llena de miedo y esperanza.

Ambas redoblaron sus esfuerzos, luchando contra sus ataduras. La respiración entraba y salía de los pulmones de Sophie y sus músculos ardían al lanzar repetidamente su cuerpo contra las cuerdas que la sujetaban. Las mesas se abrieron paso lentamente por el suelo, centímetro a centímetro. Cada pequeño movimiento le costaba a Sophie sangre, sudor y dolor mientras intentaba mover su mesa.

Cuando Ruby por fin llegó a la altura de los pies de Sophie, se dieron cuenta de que estaban demasiado separadas para alcanzarse la una a la otra.

—Vale, intentemos acercarnos —sugirió Sophie.

Respirando hondo, Sophie se obligó a profundizar más. Luego volvió a empezar el proceso, echando su peso hacia la derecha. Era más difícil conseguir que las mesas se movieran lateralmente, pero Sophie descubrió que si balanceaba el cuerpo hacia delante y hacia atrás, podía coger impulso para conseguir que la mesa se desplazara

un poco cada vez.

Un estruendo estremeció el edificio que tenían encima. Las bombillas desnudas se balancearon por encima de la cabeza de Sophie, oscilando hacia delante y hacia atrás, proyectando extrañas sombras por la habitación.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gritó Ruby.

—No lo sé, pero no esperemos a averiguarlo. Sigue adelante.

Sophie echó el cuerpo hacia la derecha, rezando para que Ruby pudiera hacerse con su cuchillo antes de que Cordelia viniera a buscarlas. La mesa parecía a punto de volcar, así que Sophie desplazó todo su peso hacia la izquierda. La mesa estuvo a punto de caerse por un momento, antes de que las dos patas que flotaban en el aire aterrizaran de nuevo en el suelo. Sophie respiró aliviada, con el cuerpo vibrando de miedo y adrenalina.

—Dios mío, casi vuelco. Ten cuidado —advirtió a Ruby.

Otro estampido golpeó la casa, lo bastante fuerte como para que lloviera polvo del techo de madera. Las bombillas volvieron a bailar sobre ellas, balanceándose en sus cables.

—Estoy tan cerca. Estoy muy cerca —dijo Ruby—. ¡Sigue!

Sophie podía sentir el roce de las yemas de los dedos de Ruby mientras intentaba agarrar la funda del cuchillo. Un suave sollozo llegó desde los pies de Sophie.

—No alcanzo —gritó Ruby, la desesperación llenaba su voz.

—No pasa nada. Un empujón más y lo lograremos, ¿vale? Solo tienes que volver a intentarlo. Lo tienes —dijo Sophie, infundiendo en su voz una confianza que no tenía—. Vamos a la de tres.

—Vale —respondió Ruby.

Hicieron la cuenta atrás juntas.

—Tres. Dos. Uno.

Sophie superó su falta de energía y sacó todas las fuerzas que le quedaban. Esto tenía que funcionar. Lanzó la mitad inferior de su cuerpo con todas sus fuerzas hacia su hermana.

La mesa patinó y estuvo a punto de volcar de nuevo, pero saltó otro centímetro. Un instante después, Sophie sintió los dedos de Ruby arrastrándose por debajo de la pernera de su pantalón. Con un sonoro y aliviador desgarrón, la atadura de velcro entregó su premio: el cuchillo que Sophie juró no volver a necesitar.

—Corta tus cuerdas y luego corta las mías —gritó Sophie, desesperada, pero sintiendo que la esperanza empezaba a llenar sus venas. Podían lograrlo. Y Sophie pensaba hacer que Cordelia se arrepintiera *demasiado* de sus actos.

Por encima de la cabeza de Sophie, una puerta se abrió de golpe y se estrelló contra la pared. Ahora oía gritos ininteligibles procedentes

del piso de arriba.

El crujido de una escalera hizo que Sophie se paralizara de pánico por un momento antes de empezar a retorcerse sobre la mesa, intentando contorsionarse para poder ver quién bajaba por las escaleras. Rezó en silencio para que Ruby se diera prisa y se soltara.

Su visión de la persona estaba invertida, pero solo tardó un segundo en reconocer a Marcella. De sus manos parpadeaban pequeños relámpagos, y su pelo plateado se alzaba en un halo, como por efecto de la electricidad estática.

Sophie sintió una traición tan profunda que no podía respirar. El silbido de la descarga cerca de sus pies hizo que Sophie se diera cuenta de que Ruby sentía lo mismo.

—¡Las he encontrado! —gritó Marcella, volviendo la cabeza hacia la puerta abierta en lo alto de la escalera.

Cuando la voz de Mac resonó al otro lado de la puerta, Sophie sintió un gran alivio. Podía oírle rugir su nombre. Sophie se levantó de un salto de la mesa, con el único deseo de llegar hasta Mac, tirando de sus ataduras como un animal atrapado. Mac apareció en la puerta abierta, con los ojos desorbitados. Se quedó boquiabierto apenas un segundo cuando vio a Sophie antes de bajar las escaleras a toda velocidad, prácticamente saltando de tres en tres.

Sophie ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba llamando por su nombre hasta que él se detuvo a su lado, y siguió repitiendo,

—Estoy aquí. Estoy aquí. Ya estás bien —le apartó suavemente el pelo de la frente y le dio un beso—. ¡Necesito un cuchillo! —gritó.

—Toma —respondió la voz familiar de Larry, entregándole a Mac un cuchillo. Su cuchillo.

Sophie se asomó y vio a Ruby llorando en brazos de Larry, sin las cuerdas que la sujetaban, con los extremos cortados, deshilachados y tirados a un lado. Tras entregarle el cuchillo a Mac, Larry se deslizó hasta el suelo, tirando de Ruby hacia su regazo como si fuera una niña pequeña. Ella se aferró a las solapas de su chaqueta como si no quisiera soltarse nunca.

Mac se apresuró a cortar las cuerdas con eficacia. Siseó y maldijo en voz baja cuando vio el estado de las muñecas y los tobillos de Sophie. Su rostro estaba demacrado y lleno de una rabia asesina.

Ayudando a Sophie a incorporarse, Mac empezó a examinarla. Sentía algo raro en el hombro izquierdo y no podía moverlo correctamente. Sospechaba que podía estar dislocado.

Una parte de Sophie seguía sin creerse que la hubieran rescatado. Todo parecía un sueño irreal. Había pensado que iba a morir atada a una mesa en un sótano mugriento.

—¿Dónde estamos? ¿Estamos debajo de la tienda de golosinas? —

preguntó Sophie.

—No. ¿Recuerdas el Palacio de la Grasa de Manteca, cerca de la playa de Ágata? —cuando Sophie asintió, Mac explicó—: Ahí es donde estamos. Bueno, debajo de él, supongo.

—¿Cómo nos encontraron?

—Larry —dijo Mac, inclinando la cabeza hacia el brujo que seguía en el suelo, sentado con las piernas cruzadas y meciendo a Ruby. Ella estaba acurrucada en su regazo, como si intentara fundirse en su pecho.

Cuando Sophie arrugó las cejas, confundida, Mac se explicó,

—Reggie me llamó cuando no aparecieron en la cafetería. Esperó casi veinte minutos antes de preocuparse. Pensó que tenían mucho que hablar y no quería interrumpir. Cuando no pudieron encontrarlas, me llamaron a mí. Comprobamos el pub y el resto de la calle Abernethy, pero la lluvia había borrado su rastro de olor. Me asusté, así que papá llamó a Marcella para decirle que habían desaparecido. Llamó a Larry, que puede hacer un hechizo de rastreo. Solo necesitaba algo personal tuyo para hacer el hechizo. Marcella trajo a Larry y a la mitad del equipo de seguridad del Cónclave en su jet personal. Larry utilizó tu cepillo para el pelo y nos condujo hasta aquí.

—¿Cuánto tiempo llevamos desaparecidas?

—Demasiado tiempo. Creo que he perdido unos cuantos años de mi vida —Mac miró su reloj—. Algo menos de cuatro horas.

Sophie reprimió un escalofrío. Mac debía de estar perdiendo la cabeza.

—¿Podemos hacerles un chequeo? —preguntó una voz tranquila. Sophie apartó la mirada de Mac para darse cuenta de que Reggie y Grady revoloteaban cerca, con idénticas caras de preocupación. Cuando Sophie asintió, Reggie se acercó a ella y Grady se desvió para ver cómo estaba Ruby.

Un murmullo atrajo su atención hacia la entrada del sótano; Sophie pudo ver a la mayoría de sus amigos agolpadas al final de la escalera. Les hizo un gesto con el pulgar para hacerles saber que estaba bien.

—Hola, Soph. Parece que has tenido un día infernal —murmuró Reggie en voz baja, haciendo que Sophie soltara una risita un tanto desquiciada al quedarse tan corta.

Le inspeccionó las muñecas y los tobillos, cacareando los daños.

—Me pasa algo en el brazo izquierdo —le informó Sophie. El dolor del hombro empezaba a ser insoportable. La agonía se disparaba desde el hombro en olas palpitantes, descendiendo por el brazo y entumeciéndole los dedos.

Palpó suavemente la zona y miró a Sophie con compasión cuando

siseó de dolor.

—Se ha dislocado el hombro —dijo Reggie en voz baja, como si intentara no asustar a un animal salvaje y asustado—. Tenemos que llevarla al hospital. Allí podrán colocárselo en su sitio.

Sophie no creía que pudiera esperar tanto. El dolor empezaba a darle vueltas a la cabeza. Una vez había oído que el dolor disminuía drásticamente cuando la articulación dislocada volvía a su sitio.

—¿Puedes arreglarlo ahora, Reg? No quiero esperar —preguntó Sophie.

—Puedo volver a colocarla en su sitio y luego vendarla. Pero quizá sería mejor que te lleváramos al hospital —sugirió él.

Antes de que acabara de hacer la sugerencia, Sophie ya estaba negando con la cabeza.

—No. Confío en ti. Quiero que lo arregles *tú*. ¿Por favor?

—Puedo volver a ponértelo, pero aun así tendrás que ir al médico. Tendrán que hacerte una radiografía de la zona para asegurarse de que no tienes dañados músculos, tendones o ligamentos. Prométeme que irás al médico después de esto —exigió Reggie.

—Me aseguraré de que lo haga —prometió Mac. Sophie estaba demasiado agotada, tanto física como emocionalmente, para discutir. Estaba segura de que Reggie tenía razón. Además, no quería salir de aquel día con ningún daño permanente.

Reggie hizo que Sophie se tumbara de nuevo en la mesa a la que esperaba no volver a acercarse. Reggie le acunó el brazo con cuidado, manteniéndolo recto y a la altura del cuerpo, y lo movió lentamente hasta que quedó en un ángulo de noventa grados con respecto a su costado.

—Mantenla quieta —ordenó Reggie a Mac mientras la agarraba firmemente del brazo con ambas manos, con cuidado de no tocar las quemaduras de cuerda que rodeaban sus muñecas. Reggie empezó a tirar lentamente del brazo con una presión constante, acercándoselo a la cabeza y girándolo ligeramente. Sophie apretó los dientes para bloquear cualquier sonido de dolor que quisiera escapar de su garganta. Sintió que la cabeza del húmero se deslizaba por el borde de la abertura de la articulación antes de caer en la cavidad con un *ruido seco*.

A pesar de que Mac la sujetaba con fuerza, Sophie se levantó de la mesa. Hizo un ruido animal de dolor a pesar de sus esfuerzos por permanecer estoica y silenciosa. La agonía fue momentáneamente algo brillante y agudo, como ser apuñalada, antes de reducirse a un dolor punzante.

Reggie volvió a acercarle el brazo al torso, dobló el codo y le puso el antebrazo suavemente sobre el vientre.

—Vamos a tener que inmovilizarla. Haz que lo mantenga quieto mientras busco algo para hacer un cabestrillo —dijo Reggie.

—Yo lo hago —gritó Fitz desde las escaleras.

—Gracias, Reggie. Ya me siento mucho mejor —dijo Sophie, extendiendo el brazo bueno para estrechar la mano de Reggie entre las suyas.

Reggie pidió a Ace y a Amira que le trajeran el botiquín. Por el rabillo del ojo, pudo ver a sus amigos alejarse a toda prisa.

Fitz apareció solo unos minutos después, arrancando varias tiras largas de lo que parecían ser sábanas caras.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Sophie a Mac, mirando a su alrededor y sin ver a Carson.

—Oh, está sentado encima de Cordelia, arriba.

—¿Cómo de molesto está? —preguntó Sophie, imaginándose al sheriff en su cabeza.

—*Nunca* lo había visto tan molesto. Una vez me escapé de casa cuando estaba castigado para ir a una fiesta y acabé destrozándole la camioneta. Tiene suerte de seguir de una pieza. Está casi tan molesto como yo —la mirada de Mac le dijo a Sophie que apenas mantenía su rabia bajo control.

A una orden de Reggie, hizo que Mac ayudara a Sophie a sentarse. Envolvió cuidadosamente el brazo de Sophie contra su torso y luego utilizó una segunda tira de sábana como cabestrillo improvisado.

Unos cuantos guardias de Marcella, con un aspecto adecuadamente amenazador y competente, estaban ocupados anotando y catalogando todo lo que había en el sótano de los horrores de Cordelia.

Ace y Amira bajaron las escaleras con estrépito; Ace sujetaba con fuerza el botiquín de primeros auxilios de Reggie. Sophie se sintió fatal porque era evidente que el secuestro había aterrorizado a sus amigos. Se desvivían por mantenerse ocupados.

Al abrir el maletín, tanto Reggie como Grady sacaron frascos de antiséptico y vendas. Limpiaron y vendaron las quemaduras de cuerda de las muñecas y los tobillos de Ruby y Sophie.

Mientras los médicos trabajaban, Marcella observaba en silencio desde el otro lado de la habitación, con un rostro ilegible. Cuando Reggie terminó de vendar la última herida, se acercó flotando.

—Estamos a punto de interrogar a Cordelia. ¿Te gustaría observar? Te has ganado el derecho a participar, si quieres —le ofreció.

—Sí, me gustaría observar —confirmó Sophie—. Por cierto, justo después de drogarnos, me dijo que trabajaba para el Cónclave —observó atentamente el rostro de Marcella, deseosa de saber la verdad. Marcella parecía perpleja ante la noticia, pero Sophie supuso que una política experimentada como la Magistrada del Cónclave podría

engañar fácilmente a alguien como Sophie.

20

Mac ayudó a Sophie a levantarse de la mesa y subir las escaleras con una mano en su codo bueno. Al cruzar la puerta del sótano que daba a la casa principal, Sophie se sintió sorprendida y no tanto por el buen gusto y la elegancia de la cocina. Tenía la sensación de una casa de campo de la provincia francesa. Un cuenco de limones brillantes y alegres adornaba el centro de una larga mesa de caballete que parecía haber acogido a generaciones de familias. Unas cortinas con volantes enmarcaban una ventana que daba a la escarpada costa del noroeste del Pacífico.

A Sophie no se le escapó la metáfora de la podredumbre oculta bajo una fachada elegante.

Al pasear por la casa, sintió que cada mueble se había elegido con cuidado para que encajara con la época y la opulencia de la casa. Tuvo la sensación de estar paseando por una revista. Parecía más una exposición de museo de la casa victoriana perfecta que un lugar donde la gente vivía y se dedicaba a su vida cotidiana. Cuando Sophie pasó por delante de un juego de salón acolchado, frente a una chimenea de azulejos, le dio un codazo a uno de los asientos. Era un pequeño desafío, pero la hizo sentirse mejor.

Había más hombres de negro de Marcella repartidos por la casa, registrando las pertenencias de Cordelia en busca de quién sabe qué. Sophie decidió que en realidad no le importaba. Le dolía el brazo, sentía las quemaduras de la cuerda como marcas en la carne y tenía hambre.

Entraron en uno de esos comedores elegantes donde una larga mesa de madera dominaba el espacio. La mesa estaba preparada como para una cena, lista para recibir a los invitados en cualquier momento. Sophie apostaría su sueldo a que la cubertería era de plata pulida y los platos de porcelana.

Carson estaba apoyado en una ventana enmarcada por pesadas cortinas de brocado rojo óxido que daban a un jardín de hierbas. Parecía como si alguien hubiera desplumado a un vaquero del viejo oeste y lo hubiera dejado caer en la Inglaterra victoriana. Su pistola volvía a estar bien visible sobre los brazos cruzados, con el cañón apuntando no sutilmente en dirección a Cordelia.

Cordelia estaba sentada a la mesa frente a Carson, con aspecto

tímido. Mac sacó una pesada silla de madera cubierta del mismo material sedoso que las cortinas para que Sophie se sentara. Se sentó a su lado y le dio un apretón tranquilizador en el muslo.

Una mirada dura pasó por el rostro de Cordelia cuando vio el cabestrillo de Sophie hecho con sus bonitas sábanas de toile francés. En un abrir y cerrar de ojos, la mirada desapareció y Cordelia volvió a tener su dulce fachada de abuelita. Parecía un hada madrina esperando que alguna pobre adolescente estuviera lista para el baile.

Los amigos de Sophie, junto con un pequeño contingente de agentes del Cónclave, se esparcieron por la sala, llenando el espacio.

Ante una sala llena de rostros molestos, Cordelia se burló,

—Creo que todo esto ha sido un gran malentendido.

A la izquierda de Sophie estaba sentada Marcella. Se inclinó hacia delante en la silla, como una rapaz dispuesta a atacar a su presa.

—Un malentendido —repitió—. ¿Cómo constituye exactamente un “malentendido” secuestrar a dos empleadas del Cónclave, aquí en la ciudad, realizando una investigación en mi nombre?

—Llevo más de una década trabajando con Bramwell —dijo Cordelia. La mandíbula de Marcella se tensó ante aquella mención—. Es un conocido representante del Cónclave. No tenía motivos para dudar de él.

Sophie sintió que había oído muchas veces aquel estribillo. Qué evasiva.

—¿Has estado matando gente para Bramwell y no se te ocurrió confirmar que no trabajabas para uno de los malos? —se burló Sophie.

—Eres joven, así que es comprensible que no entiendas cómo funcionan las cosas. Lo entenderás cuando seas mayor. Pero, ¿tan ingenua *eres* que crees que el Cónclave no se ensucia las manos?

—¿Entender qué exactamente? ¿Que está bien asesinar a gente por dinero? No hay justificación posible que puedas inventar para excusar tus actos. Eres un puto monstruo. Y estabas planeando asesinarnos a mí y a mi hermana no hace ni una hora, así que perdóname si no lo “entiendo” —espetó Sophie.

—No era nada personal, querida. Son solo negocios —Cordelia lanzó a Sophie una mirada de desdén que solo una mujer mayor podía dirigir, indulgente y condescendiente a partes iguales.

Mac se abalanzó sobre Cordelia, con las garras clavadas en sus dedos humanos y extendidas hacia su garganta, pero su padre consiguió agarrarlo por el cogote y tiró de él hacia su silla. Sophie colocó su mano sobre la de él, pasándole un pulgar tranquilizador por los nudillos mientras sus garras se retraían lentamente hacia las yemas de los dedos. Un gruñido grave y amenazador retumbó en la garganta de Mac mientras miraba fijamente a Cordelia.

Cordelia carraspeó con delicadeza, parecía bastante preocupada. Necesitaba estar preocupada.

—No iba a matarlas —dijo—. Solo iba a fusionarlas de nuevo.

La mesa enmudeció ante su proclamación.

Marcella se inclinó hacia delante, con los ojos encendidos y fijos en Cordelia.

—Explícate. ¿Qué has estado haciendo aquí, en Murias?

Cordelia vaciló un momento, pero una mirada al rostro de Marcella y empezó a hablar.

—Bramwell lleva al menos diez años trayéndome esquirlas. Me las trae después de haberlas entregado a través del portal Fae. Luego les implanta recuerdos con mi ayuda. También coloco un geas, para que no miren demasiado su historia —Cordelia parecía satisfecha de su trabajo, pero se apresuró a continuar cuando se dio cuenta de que nadie en la sala parecía impresionado. Bastantes parecían positivamente asesinos—. Hace un par de meses, Bramwell me propuso un nuevo proyecto. Había encontrado a alguien que había conseguido unir dos esquirlas. Quería recrear la magia, pero con algunas modificaciones. Me hizo trabajar con Henri Boudreaux en un hechizo que devolvería los fragmentos a su forma original. Le interesaba especialmente recuperar toda la capacidad mágica del original. Los seis primeros experimentos fueron un completo desastre. Las pobres esquirlas no sobrevivieron al ritual. Algunos con resultados verdaderamente desastrosos... ¡Un total desastre!

Sophie quería gritarle a Cordelia, que se mostraba tan despreocupada por experimentar con la gente. Ella había visto esos “resultados desastrosos” y decir que era un desastre no reflejaba el verdadero horror.

—Bueno, por fin conseguimos volver a unir a dos hombres —continuó Cordelia, sin dejarse influir por las expresiones cada vez más sombrías que la rodeaban—. Pero entonces descubrimos que, como las esquirlas habían estado viviendo dos vidas separadas con personalidades y recuerdos completamente distintos, las mentes de los hombres no podían soportar estar combinadas. Íbamos a ver si podíamos eliminar una de las personalidades, pero consiguió escapar antes de que pudiéramos empezar. ¡No sabía que pudiera teletransportarse! Imagina mi sorpresa cuando apareció en la ciudad.

—Milford Bradley —explicó Carson a Marcella—. Lo encontramos vagando, perdido en el bosque, hace unas semanas. No me extraña que nunca recordara si se llamaba Milford o Bradley. Eran los nombres de dos hombres, ¿no?

Cordelia asintió con la cabeza.

—Y luego atacó mi tienda. Qué incidente tan espantoso.

—Sí, espantoso —la voz inexpresiva de Ruby pareció pasar por alto a Cordelia.

Sophie recordaba vívidamente a Milford de pie en la acera, en pijama, llorando por el ruido mientras se señalaba la sien.

Un pensamiento repentino surgió en la cabeza de Sophie.

—¡Dos a uno! —exclamó—. Creía que estaba diciendo los números "dos dos uno". Pero intentaba decirnos que le habían convertido de dos a uno.

Sophie nunca había deseado tanto hacer daño a alguien como a Cordelia. Bueno, excepto quizá a Bramwell.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Marcella, redirigiendo a todos de nuevo a la cuestión principal.

—Nos dimos cuenta de que tendríamos que eliminar o sustituir una de las personalidades de las esquirlas para que el ritual funcionara correctamente. De lo contrario, lo más probable es que las esquirlas recombinadas se volvieran locas. El truco consistía en unir los cuerpos y el poder de ambas esquirlas sin la mente y los recuerdos de una de ellas. Nos llevó un par de intentos, pero al final lo conseguimos. Básicamente, teníamos que drenar el poder y la fuerza vital de una de las esquirlas e introducirlos en la otra, dejando la mente. Fue todo un éxito.

—¿Qué pasó con la esquirla re-fusionada? ¿La que tuvo éxito? —preguntó Carson.

—Oh, Henri dijo que se desharía del cuerpo. Bramwell tenía claro que quería que se ataran todos los cabos sueltos. Henri me dijo que lo llevó al bosque y le disparó. Bastante bárbaro, creo, pero Henri tiene sus propios métodos. No soy quién para dictar cómo alguien debe llevar a cabo sus asuntos. Creí que había algunos errores que corregir en el ritual y se lo dije a Bramwell, pero Henri no estaba de acuerdo. Creía que el hechizo era suficientemente bueno. Abandonó la ciudad, pero Bramwell me dio permiso para continuar mi investigación. Así que, cuando vi a Ruby y Sophie en la ciudad, supuse que las había traído aquí por mí. No podía dejar que se marcharan de la ciudad cuando mencionaron volver a San Francisco esta mañana.

—¿Sabe Bramwell que secuestraste a Sophie y a Ruby? —preguntó Marcella.

—No, no lo sabe. Intenté llamar a Bramwell para informarle, pero no contestó.

Hubo una pausa en el interrogatorio mientras todos reflexionaban sobre todo lo que habían aprendido.

Sophie miró fijamente a Cordelia, intentando evocar algún recuerdo suyo. Pero solo tenía la mente en blanco. Empezó a dolerle la cabeza detrás de los ojos mientras intentaba recordar.

—Ya nos conocíamos —aclaró Sophie—. Cuando Bramwell nos trajo a la ciudad para hacernos tatuajes de sigilo. No recuerdo haberte conocido antes de esta semana, pero nos hemos visto, ¿verdad? —cuando Cordelia asintió, pero no dio más detalles, Sophie resopló molesta—. Cuéntanos qué pasó cuando nos conociste.

—Bramwell las trajo a las cinco aquí hace unos cinco años. Nunca había oído hablar de alguien fragmentado en cinco trozos, así que me parecieron muy interesantes. Ya habían recibido sus tatuajes, así que el poder que les quedaba estaba suprimido. Ayudé a Bramwell a insertar sus nuevos recuerdos y les puse un geas a todas. Me sentí muy orgullosa de ese trabajo. Hacer cinco geas en una noche es bastante agotador. Es un trabajo delicado, ¿saben?

—He investigado la historia de ambas. Hay un rastro de papel que respalda sus recuerdos implantados. ¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Mac.

—No tengo ni idea. No es algo de lo que debería saber. Bramwell se encarga del papeleo.

¿Hay papeleo? Sophie apenas pudo evitar poner los ojos en blanco. Todo esto era una sarta de estupideces.

—Quiero que me quiten el hechizo geas —exigió Sophie.

—A mí también —asintió Ruby.

—Puedo quitar el geas, pero seguirán teniendo los recuerdos actuales que les implantó Bramwell. No creo que puedan recuperar sus verdaderos recuerdos. Los borró —explicó Cordelia.

—Me da igual. Quiero arreglarlo ya.

Marcella asintió para que Cordelia empezara. Cordelia rodeó la mesa y empezó a coger a Sophie, pero Ruby se inclinó sobre el regazo de Sophie y sonrió a Cordelia.

—Si haces algo para herir a Sophie, o a mí, te cortaré el cuello —le advirtió. Ruby volvió a sentarse en su silla, observando a Cordelia con una mirada que no parpadeaba.

Sophie oyó que Cordelia tragaba saliva antes de poner la mano en la frente de Sophie. La bruja dijo una frase que sonaba a italiano o probablemente a latín, sabiendo lo mucho que les gustaban a los Míticos las lenguas antiguas. Sophie sintió que un calor se extendía desde la palma de la mano de Cordelia, envolviéndole la cabeza. El calor persistió durante un minuto cuando la bruja retiró la mano, antes de dispersarse lentamente.

Sophie vio cómo Cordelia hacía lo mismo con Ruby.

Cuando Cordelia volvió a su asiento, Sophie vio que Ruby abría los ojos. Se miraron fijamente durante un momento antes de que Ruby preguntara,

—¿Te sientes diferente?

—La verdad es que no. Aunque ahora puedo pensar en mis padres. ¿Y tú?

—Lo mismo. Creo que puedo sentir el borde en el que los recuerdos no son tan claros. Mis primeros recuerdos verdaderamente claros fueron cuando me uní a mi primera compañía acrobática ambulante. Todo lo anterior es borroso. Cuanto más retrocedo, más borroso se vuelve todo.

Sophie asintió.

—Lo mismo.

Marcella se aclaró la garganta. Cuando Sophie y Ruby la miraron, dijo,

—Entonces, ¿están bien? ¿Ningún dolor o molestia?

Cuando negaron con la cabeza, Marcella se volvió hacia Cordelia.

—¿Has participado alguna vez en el hechizo que crea las esquilas? —preguntó.

—Nunca. Por lo que me contó Bramwell, solo la reina Fae sabe realizarlo.

Marcella asintió, con una expresión de alivio en el rostro. Sophie podía adivinar que nadie quería que ese tipo de hechizo se hiciera de dominio público. Si solo una persona sabía cómo funcionaba, sería más fácil contenerlo.

—¿Participaste alguna vez cuando Blathmac tatuó los fragmentos? —preguntó Marcella.

—No. Me he preguntado si fue Blathmac quien hizo los tatuajes, pero como es el único tatuador local, tenía sentido que fuera él.

Parecía que Bramwell mantenía a cada persona que trabajaba a sus órdenes ignorante de las demás. Era como intentar desentrañar una organización terrorista en la que cada célula desconociera la identidad de las demás. Sophie estaba molesta y preocupada porque nunca desentrañarían el plan de Bramwell.

Cuando Marcella empezó a hacer preguntas inquisitivas sobre los otros fragmentos, la atención de Sophie empezó a desviarse. Sentía que la falta de sueño y comida empezaban a afectarla.

—Me gustaría irme a casa ya —anunció Sophie, con voz tranquila, pero firme. Le daba igual comportarse de forma infantil. Solo quería irse a casa, acurrucarse en la cama y fingir que nada de esto había ocurrido.

—En realidad, yo también —asintió Ruby—. Quiero decir, ¿hay algo más que debamos saber aquí? Hasta que no localicemos a Bramwell, no vamos a saber nada más sobre nosotras. Lo único que sabemos es que somos esquirlas. No sabemos quiénes éramos ni qué hicimos para que la reina Fae nos separara. Ahora, Bramwell intenta volver a unir las esquirlas y está dispuesto a matar a un montón de

gente para conseguirlo. No sabemos por qué. Tenemos poderes reprimidos, pero a menos que encontremos la forma de desbloquear nuestros tatuajes de sigilo, no podremos acceder a ellos —Ruby se detuvo y respiró hondo tras su monólogo incoherente. Estaba sentada junto a Sophie, al otro lado de la mesa, frente a Cordelia. Ruby dirigió a Sophie una mirada suave y triste—. Tenemos a toda esa gente resultando herida y muerta. Y solo queremos vivir nuestras vidas como hasta ahora. Nos hemos ganado ese derecho. Y aquí está esta zorra... —Ruby señaló a Cordelia con un dedo acusador—, actuando como si no pasara nada, como si por eso estuviera bien lo que nos han hecho a nosotras y a todas las demás esquirlas.

De repente, Ruby se abalanzó sobre la mesa y agarró con fuerza la muñeca de Cordelia. Entonces empezó a detallar los muchos, *muchos* crímenes de Cordelia. La bruja intentó saltar de la silla y escapar, pero Ace y uno de los secuaces de Marcella la inmovilizaron en el asiento. Cuando Ruby terminó, todo el mundo conocía los años y años de asesinatos que había cometido en nombre de los "negocios".

Ruby se levantó de la mesa, quitándose el polvo de las manos. Cordelia la miró con odio puro y sin adulterar. Ruby empezó a salir de la habitación, pero se volvió y miró a Cordelia como si fuera una mierda de perro pegada a su zapato.

—Ah, por cierto, Cordelia... Todo el mundo en el pueblo sabe que haces trampas y utilizas la magia para crear las cortezas de tus tartas. Solo así puedes vencer a Pam —anunció Ruby, lanzándole a Cordelia una mirada burlona de pies a cabeza antes de marcharse.

Sophie se levantó de la silla tan deprisa que casi se cae, y se apresuró a seguir a su hermana. No tenía el don de la palabra de Ruby, así que le enseñó el dedo corazón a Cordelia cuando se marchó.

Sophie corrió por el salón, esquivando a la gente de Marcella, para alcanzar a Ruby y lanzarle una mirada de aprobación.

—Joder, Ruby. Qué ruda. Me gusta —bromeó, chocando la cadera con la de Ruby.

Las hermanas pasaron junto a los hombres y mujeres que revisaban la casa de Cordelia y salieron por la puerta principal. Se sentaron, una al lado de la otra, en lo alto de los escalones que conducían del amplio porche delantero a un camino circular de grava. El sol de la tarde brillaba sobre las colinas ondulantes, haciendo que toda la zona pareciera cubierta por un exuberante manto verde. Sophie podía imaginarse fácilmente a unos niños corriendo por la hierba alta, retozando y jugando al pilla-pilla. Debería haber sido mágico. Pero Sophie no pudo disfrutar de la vista. Se sentía hueca y con el estómago revuelto.

—¿Volvemos a entrar? —preguntó Ruby, mirando hacia la casa

con una expresión de terror en los ojos.

—¿Y desperdiciar esa épica salida? No. Nos avisarán si descubren algo más importante.

Unos minutos después apareció Marcella, que se sentó junto a ellas en el escalón, lo cual le pareció extraño. Marcella no parecía de las que se arriesgan a ensuciar su caro traje pantalón, así que Sophie agradeció su esfuerzo por tranquilizarlas. Supuso que estaba allí para asegurarse de que las hermanas no estuvieran a punto de sufrir una crisis tras las revelaciones del día. O, posiblemente, a cometer un asesinato.

—¿Sabías lo de las esquirlas? —preguntó Sophie—. El tatuador mencionó que la reina Maeve las arrojó aquí, así que deben pasar por el portal de la Torre Coit, ¿no? ¿No es tu trabajo conseguir que los Míticos expulsados del reino de los Fae se instalen en la comunidad?

—He sabido de algunas esquirlas a lo largo de los años —admitió Marcella—. Pero no de ti, ni de ninguna de las otras con los que Bramwell ha estado experimentando. Siempre me avisaban cuando las deportaban aquí, y mi equipo las traía desde el portal. Yo personalmente conseguí que se instalaran en la ciudad con nuevas identidades y trabajos. Pero *nunca* les borramos la memoria ni experimentamos con ellas. No sé por qué Bramwell hace todo esto, pero se acabó.

Sophie se encogió de hombros. No tenía plena confianza en que Marcella pudiera cumplir aquella promesa. Ni siquiera podía localizar a Bramwell, así que ¿cómo iba a detener sus nefastos planes?

—¿Puedo ver sus tatuajes de sigilo? —preguntó Marcella.

Ruby giró la cabeza y se apartó el pelo. Marcella se inclinó hacia ella y se quedó mirando el tatuaje en silencio durante un minuto.

—¿Y bien? —preguntó Ruby.

—Es el escudo de la reina Maeve. Sin duda es ella quien les hizo esto.

—¿Puedes leer la frase que rodea el tatuaje? —preguntó Ruby.

—No, creo que es la lengua perdida de los Fae. No estoy segura de cómo, pero encontraremos la forma de descubrir cómo desbloquear su tatuaje de sigilo. Debe de haber alguien que conozca el lenguaje real de los Fae —dijo Marcella, probablemente para calmar a Sophie y Ruby. Tenían todo el derecho a estar enfadadas, y Marcella era quien las había enviado directamente al camino del peligro. Aunque Sophie no podía guardarle rencor, no es que nadie hubiera podido adivinar lo que iba a ocurrir. *A Marcella probablemente le encantaría tenernos a pleno rendimiento y trabajando para ella.* No confiaba en que alguien en una posición de poder no las utilizara a ella y a Ruby. Y Marcella siempre las había considerado más herramientas que personas.

—No estoy segura de querer que recuperemos nuestros plenos poderes. Por lo visto, dábamos tanto miedo -incluso después de ser fragmentadas- que el tipo de los tatuajes prácticamente se meaba encima con solo volver a ver nuestras caras —replicó Sophie. Ruby asintió con la cabeza.

—Entiendo que esta investigación se haya convertido en algo bastante traumático. Y lo siento mucho. Sin embargo, espero que sigan colaborando con el Cónclave —dijo Marcella, volviéndose diplomática una vez más—. A pesar de lo que dijo Cordelia, intentamos hacer el bien. Solo queremos un lugar donde los Míticos puedan vivir en paz y prosperar con los humanos. Y creo que deberían considerar la idea de acceder a todo su poder. El miedo a un hombre no debería impedirles desarrollar todo su potencial. Los hombres débiles suelen tener miedo de las mujeres poderosas.

Sophie apreció el sentimiento, pero Marcella no había visto la mirada de Blathmac. Era algo más que un hombre intimidado por una mujer fuerte.

Marcella guardó silencio tras aquella sugerencia, contemplando los campos ondulados con una mirada lejana.

—Voy a quedarme aquí, en Murias, al menos unos días más para ver si podemos descubrir algo más sobre lo que ha estado ocurriendo aquí —anunció finalmente—. Sin embargo, ambas son libres de utilizar mi jet para regresar a casa. Comprendo que quieran alejarse de la ciudad por el momento. Tómense unos días para descansar y recuperarse, tal vez.

—Sí, creo que me gustaría aceptar tu oferta. Después de la noche que acabo de pasar, me gustaría volver a mi cama —respondió Sophie.

Las hermanas siguieron a Marcella hasta el interior de la mansión y entraron tras ella en el comedor, donde todos las esperaban.

Marcella anunció que Sophie y Ruby se marchaban, y que si alguien más quería acompañarlas, podían utilizar su jet para regresar a San Francisco. Sophie vio que a Amira se le iluminaban los ojos ante la idea.

—¿Y nuestro coche de alquiler? —preguntó Reggie.

—Mi gente se encargará de ello. Solo tienen que decirles lo que necesitan —les informó Marcella con despreocupación.

—Es bueno ser la Magistrada —susurró Ruby a Sophie con una sonrisa burlona.

—Tenemos que hacerle una radiografía del hombro a Sophie en la clínica —dijo Mac; su cara dejaba claro que era una parada innegociable.

—Por supuesto —respondió uno de los empleados de traje negro de Marcella.

Cordelia observó con cara de fastidio cómo todos se levantaban de la mesa y empezaban a salir de la sala con murmullos en voz baja. Antes de marcharse, Sophie vio que Marcella ocupaba una silla frente a la bruja deshonrada, con una mirada mortal en los ojos. Sophie no sentía ni una gota de compasión por Cordelia. Estaba cosechando lo que había sembrado.

Sophie miró a sus amigos reunidos. Parecía que habían sufrido mucho. Se sintió mal; ella los había traído aquí y luego los había puesto repetidamente en peligro. Sophie se acercó y arrancó una hoja del pelo de Ace. Éste se rio al verla y se pasó los dedos por el pelo para apartar cualquier otro detritus del bosque que se le hubiera pegado.

Sophie miró y vio a Larry y Ruby enroscados el uno en el otro como anacondas.

—Tengo que quedarme. No tengo elección. Marcella me necesita aquí —le dijo Larry suavemente a Ruby, que movió la cabeza en señal de negación—. Iré a verte en cuanto vuelva a la ciudad.

Sophie apartó rápidamente la mirada para darles un poco de intimidad.

—Me despediré de ustedes, pero tengo trabajo al que volver —anunció Carson—. Y quería agradecerles todo lo que han hecho esta semana. Se los agradezco de verdad.

Carson estrechó las manos de todos mientras subían al coche hasta que solo quedaron Sophie, Ruby y Mac.

—Muchacho —dijo Carson, tirando de Mac para abrazarlo y dándole unas palmadas en la espalda—. Me alegro de que hayas venido de visita. Deberías venir más a menudo. Y asegúrate de traer a estas jovencitas tan buenas contigo.

—Ha sido una semana infernal, papá. Gracias por todo.

—Ése es el eufemismo del siglo —dijo Carson con un gruñido—. No puedo creer que todo esto haya estado ocurriendo en *mi* ciudad, delante de mis narices. Esquirlas. Rituales de asesinato secretos de druidas. Fae desconocidos que aparecen muertos a diestro y siniestro. Estoy dispuesto a arrancar esta ciudad de cuajo y erradicar toda esta corrupción —Carson parecía furioso y completamente harto. Tenía la mandíbula tan apretada que a Sophie le preocupaba que pudiera romperse una muela. Pero también comprendía perfectamente cómo se sentía.

Carson le dio a Sophie un fuerte abrazo que le rompió los huesos.

—Vuelve a visitarnos alguna vez, ¿vale? La próxima vez no habrá más problemas para ti, te lo prometo. Eres bienvenida aquí cuando quieras. Cuídate, ¿está bien?

—Lo haré —respondió ella, esperando poder cumplir aquella

promesa.

El viaje de vuelta a Murias fue rápido y, afortunadamente, sin incidentes. Tras una parada rápida para una radiografía, un cabestrillo de verdad y unos analgésicos, por fin doblaron por la calle Abernethy. La ciudad parecía tranquila por primera vez desde que habían llegado hacía una semana. Sophie supuso que todos los turistas que habían acudido a la ciudad con motivo del Festival de la Luna del Cazador se habían marchado y habían vuelto a sus vidas normales, o que aún estaban durmiendo después de la fiesta.

La calle Abernethy había recuperado su aire de pueblecito soñoliento. Era pintoresca, bonita y un nostálgico retroceso a una época más sencilla. Y si Sophie no volvía a verla nunca más, no se le rompería el corazón. Sin embargo, echaría de menos a muchos de los habitantes del pueblo que la habían alimentado, acogido y, al final, luchado por ella, sobre todo a Carson y Grady.

Giraron al final de la calle, dirigiéndose a dejar a Grady en la oficina del forense. Todos salieron de los todoterrenos para despedirse de él. Sophie esperó pacientemente su turno para abrazar al forense al que se había encariñado tanto. Se había integrado perfectamente en la colección de amigos anómalos de Sophie, como si siempre hubiera formado parte del grupo.

—Espero que vuelvas a visitarme. Las cosas nunca son aburridas cuando están ustedes dos —bromeó Grady, tirando de Ruby hacia sí y aplastándola contra el costado de Sophie en un abrazo grupal. Aún se sentía incómoda con su hermana desde que revelaron su verdadera naturaleza. Pero sabía que tenía que superarlo: no era culpa de Ruby que fueran esquirlas.

Mientras Grady y Reggie se daban la mano, Sophie los miró con cariño. A pesar de lo dura que había sido la semana, Sophie se alegraba de que los dos médicos se conocieran y tuvieran la oportunidad de hacerse amigos rápidamente.

21

A medida que el avión cogía velocidad, la pista de aterrizaje bordeada de árboles se convertía en una mancha borrosa al otro lado de la ventanilla. Cuando el avión despegó, el estómago de Sophie se sintió ingrávido por un momento antes de volver a asentarse dentro de su cuerpo. La ciudad de Murias se redujo rápidamente hasta que fue engullida por los bosques circundantes. Bajo sus alas, todo lo que Sophie podía ver era un vasto bosque verde oscuro que se extendía hasta chocar con el océano en una dirección y desaparecer por el horizonte curvado hacia el este. Sophie se alegró de dejar atrás Murias.

Lo único que quería era su cama en Cafecita.

Sentándose, Sophie cerró los ojos e inspiró profundamente. El tapizado era de un cuero blanco suave como la mantequilla, fresco y afelpado bajo ella. Mac le enhebró los dedos con los suyos. La ancló de una forma que necesitaba desesperadamente. Y los analgésicos le estaban proporcionando el alivio que tanto necesitaba para el dolor del hombro.

Reclinando el respaldo del asiento, Sophie se vio envuelta en su lujoso abrazo. Inmediatamente sintió que empezaba a relajarse y a deshincharse como un globo viejo.

~

El grito lastimero de la tetera la sacó de su libro. Ojeando la página, se levantó de la silla de lectura y se dirigió a la cocina. Un esponjoso gato naranja saltó a la encimera mientras ella vertía el humeante agua caliente en su taza favorita.

—Obie —le recriminó—. Sabes que no puedes subirte a la encimera. Niño travieso.

Cogió al felino y lo depositó de nuevo en el suelo de baldosas.

Un pequeño gato negro entró corriendo en la habitación, se deslizó hasta detenerse junto a Obie y emitió un maullido patético.

—La cena no es hasta dentro de una hora, Titania. No necesitas merendar.

Sonó una campanada en su despacho, informándole de que uno de sus sensores había sido perturbado. Se dirigió hacia allí con sus dos gatos

enroscados a sus pies, intentando hacerla tropezar, y entró en la habitación. La recibió una pared de monitores. Mirando más de cerca, localizó lo que había hecho saltar la alarma: un repartidor con uniforme marrón estaba dejando una caja en la puerta de su casa. Vio cómo el repartidor bajaba por la acera y salía por la puerta principal.

Las largas y caídas hojas de la palmera que había junto a la puerta empezaron a agitarse con el viento, anunciando una tormenta vespertina.

~

SOPHIE ABRIÓ LOS OJOS. Sobre su cabeza había un techo desconocido, futurista y liso. Tardó un momento en recordar que estaba en el avión de Marcella.

—¿Has dormido bien la siesta? —le preguntó Mac. Ella miró hacia él y lo encontró mirándola con una pequeña sonrisa.

—Sí. ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Menos de una hora. Pronto aterrizaremos —dijo Mac.

De repente, Sophie recordó el sueño.

—¡Oh! Creo que vi a una de las esquirlas —dijo Sophie, con la emoción revolviéndole el estómago.

—¿La Perra Corporativa? —preguntó Mac.

—No, creo que era otra.

22

Tras regresar a Cafecita, Sophie durmió quince horas seguidas. Si había tenido algún sueño durante ese tiempo, no lo recordaba, y eso le parecía muy bien.

Salió de su dormitorio y encontró a Mac en la cocina, preparando una comida con las escasas provisiones de su despensa. Aún tenía el pelo mojado por la ducha y llevaba unos vaqueros desteñidos y una camiseta. A ojos de Sophie, nunca había tenido mejor aspecto.

Mac llevó cuencos de avena y algunas naranjas a la mesa de la cocina mientras Sophie cogía sus cafés.

—Tengo que ir a la comisaría —dijo Mac disculpándose—. Hay un montón de casos en los que tengo que ponerme al día. Y seguro que el jefe quiere que le ponga al día sobre Murias —apretó un beso en la frente de Sophie—. Por cierto, Reggie te ha enviado un mensaje y te ha dicho que no hace falta que vayas a la morgue esta noche si necesitas algo de tiempo libre.

Sophie negó con la cabeza.

—Creo que me vendrá bien volver a la normalidad. ¿Cuánto tiempo tienes antes de que tengas que irte? —le dirigió una mirada cuidadosamente indiferente.

Debió de adivinar los pensamientos de Sophie, porque Mac le dedicó una sonrisa lasciva.

—Tengo algo de tiempo.

Sophie le señaló el cuenco con la cuchara.

—Pues come. Vas a necesitar fuerzas.

~

CUANDO MAC SE FUE A TRABAJAR, Sophie se duchó y se dirigió al apartamento de Birdie. Necesitaba la normalidad de la televisión diurna con su mejor amiga.

Birdie abrió la puerta.

—No me había dado cuenta de que habías vuelto. ¿Por qué no me llamaste? —preguntó Birdie, chasqueando la lengua. Con un puño apoyado en la cadera y la otra mano agitando un dedo desaprobador hacia Sophie, Birdie era la imagen perfecta de una anciana descarada —. Yo habría... Espera... Algo va mal. ¿Qué ha pasado?

Y sin más, Sophie se echó a llorar inexplicablemente.

Birdie llevó a Sophie al salón y la condujo hacia su sofá de flores con mano firme, dejándola llorar sobre su hombro. Hizo suaves ruidos de silencio y le acarició el pelo. Tardó unos minutos en volver a controlarse, pero por fin se le acabaron las lágrimas. Se separó de los brazos de Birdie, intentando controlar sus mocos acuosos.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Birdie, cogiendo una caja de pañuelos del cuarto de baño.

Sophie se sonó la nariz y, mirando fijamente el pañuelo arrugado que tenía en la mano, empezó a hablar. La historia salió a borbotones, las palabras salían de su boca casi febrilmente.

Ginsberg, que no solía tolerar que lo abrazaran durante más de un minuto, se arrastró hasta su regazo y dejó que Sophie lo acurrucara bajo su barbilla todo el tiempo. Quizá intuyó lo mucho que Sophie necesitaba ese consuelo adicional.

—Y luego Marcella nos dejó utilizar su lujoso jet para volar a casa —terminó Sophie con desgana. Levantó lentamente los ojos del pañuelo para mirar la cara de sorpresa de Birdie.

—Vaya, chica. Eso es mucho. No me extraña que estés tan angustiada.

—Maté a alguien hace menos de cuarenta y ocho horas. Y no estoy tan alterada por ello como debería. Creo que eso es lo que me altera. Debería sentirme mal y no lo hago. Ni siquiera sé a quién he matado. Había cadáveres por todas partes y ni siquiera sé a cuál asesiné. Me hace sentir como una mala persona.

Birdie chasqueó la lengua en señal de desacuerdo.

—Creo que necesitas darte un respiro. Estabas en una situación de vida o muerte y elegiste la vida. No hay nada malo en ello. Te protegiste a ti misma y a tus amigos. Tú no empezaste aquella pelea, así que no creo que debas sentir ni un solo momento de tristeza por las decisiones que esos metamorfos te obligaron a tomar.

Sophie no estaba segura de que fuera tan sencillo como lo describía Birdie, pero en el fondo sabía que, si pudiera retroceder en el tiempo, tomaría exactamente la misma decisión de matar a aquel metamorfo. Poco importaba si eso la convertía en una mala persona o no.

Birdie preparó té mientras Sophie recorría con el dedo una de las flores naranjas que decoraban el cojín del sofá.

Aceptando su taza de té, Sophie confesó,

—Creo que lo que más me molesta es que ni siquiera sé quién soy. Ni siquiera soy una persona completa.

—Y una mierda que no lo eres —replicó Birdie, con cara de indignación.

—Soy una quinta parte de una persona —argumentó Sophie—. Y a nadie más parece importarle. Ruby ya parece haber vuelto a la normalidad, como si ni siquiera le molestara. Estaba en el avión, compartiendo champán caro con Amira como si no le importara nada. Es decir, Ruby es diferente, así que no espero que reaccione como alguien normal. Es una persona que se recupera. Pero a nadie más que a mí parece preocuparle que esté fragmentada.

—Sophie —dijo Birdie, con rostro severo. Se sentó y cogió las dos manos de Sophie entre las suyas—. Quiero que me escuches. Llevo mucho tiempo por aquí. He conocido a mucha gente rota e incompleta. Y tú no eres una de ellas. Tal vez cuando ese mago imbécil te separó de lo que eras... ¿Quién sabe lo que eras? Pero fueras quien fueras, fueras lo que fueras, ahora estás completa tal como eres. Te he visto crecer y hacerte un lugar en este mundo. No eres una quinta parte de una persona. Eres Sophie Feegle y eres mi amiga.

Sophie sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Quizá Birdie tenía razón. Quizá lo que ella era en el pasado no importaba tanto como lo que era ahora.

—Además, no des por sentado que Ruby no está tan afectada como parece. Sospecho que esa chica oculta su dolor tras una fachada alegre —dijo Birdie.

—Puede que tengas razón. Quizá debería ir a verla más tarde.

Sophie sabía que la esperaba una nube de problemas que se cernía sobre ella en el futuro. Necesitaba encontrar las otras tres esquirlas, quería ayudar a detener a Boudreaux y a Bramwell, y tenía que empezar la escuela. Pero por el momento tenía a su mejor amiga, un poco de té y televisión diurna para disfrutar. El resto llegaría, lo quisiera o no, así que tenía que disfrutar del momento.

¿No es casi la hora de "*Belleza y Poder*"? preguntó sonriendo ligeramente.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a mis lectores beta por toda su ayuda. Su ayuda es inestimable. Gracias, David, Jessica, Joanne, Karen, Paige, Pam, Tina, Rachel y Susan. Me gustaría dar las gracias a mi editora, Arundhati Subhedar. También me gustaría dar las gracias a Rebecacovers por otra hermosa portada de libro.

Por último, tengo que dar las gracias a mi marido. Sin su aliento y apoyo, estos libros no existirían, y no solo porque fue él quien me animó a escribir en primer lugar. Es mi caja de resonancia y mi sistema de apoyo. En serio, cada vez que me quedo atascada, pienso “Caaaariiiñoooo, no puedo resolver esto”. Y entonces él se sienta conmigo y hace una lluvia de ideas hasta que resolvemos el problema, y normalmente se le ocurre algo completamente brillante. Así que, gracias, gracias, gracias, cariño.

Puede que te hayas dado cuenta de que hemos dejado temporalmente atrás mi querida San Francisco para este libro. Tiempos Anómalos para Sophie Feegle visitó el extremo norte de California para esta historia. Me encantaba esta zona de California (y Oregón) cuando vivía en SF. Las altísimas secuoyas, los pueblecitos de montaña, la escarpada costa. Todo precioso. Si alguna vez estás en la costa oeste, merece la pena visitar los Parques Nacionales y Estatales de las Secuoyas.

Creo que parte de la razón por la que me gustaba tanto vivir en San Francisco era que había una gran variedad de climas y paisajes a pocas horas en coche de la ciudad: playas, montañas, desiertos, selvas tropicales. Ahora vivo en Florida, donde si conduces cinco horas, ¡todavía estás en Florida!

Basé Murias en un par de pueblos de California, sobre todo Ferndale y Eureka. Tienen los palacios más mantecosos en los que inspirarme. En la mitología irlandesa, cuatro tesoros mágicos de los Tuatha Dè Dannan procedían de cada una de las ciudades isleñas (ya sabes que me encanta la mitología irlandesa). Esas ciudades se llamaban Gorias en el este; Finias en el sur; Murias en el oeste y Falias en el norte. Tuve que elegir la ciudad del oeste.

La Posada Colpach se basó en la Mansión Carson de Eureka. Es una de las casas victorianas más fotografiadas de América. Ahora es un club privado, así que los plebeyos como nosotros ya no podemos entrar. Sin embargo, puedes hacer una visita virtual por Internet. Dato

curioso: basaron la estación de tren de Disneylandia en este edificio.

El Cañón del Helecho es real, y merece la pena caminar hasta él. Te advierto que es resbaladizo y hace frío. Pregúntame cómo lo sé. Caí de culo en el agua helada delante de toda mi familia. Y todos se rieron de mí. Panda de bromistas.

Gold Bluffs Beach y Agate Beach son dos playas impresionantes. Recuerdo vívidamente seguir el camino para llegar a la playa de Gold Bluffs y cruzarme con una manada de alces de Roosevelt. Madre mía, ¡son enormes! Además, allí se puede acampar en la propia playa. Nunca tuve la oportunidad de hacerlo, pero ojalá la hubiera tenido. Qué manera de despertarse.

Por último, Cascadia es real. Bueno, más o menos. Tienen una bandera, así que para mí es suficiente. Es una biorregión que abarca Washington, Oregón, Columbia Británica y partes de California y Alaska. Por lo que he podido entender, los cascadianos creen que deberían ser una nación independiente porque la biorregión de Cascadia no debería estar dividida entre varios estados y países. Quieren gobernarse a sí mismos y "aumentar la independencia y autonomía de nuestra biorregión, invertir las mentalidades y políticas coloniales perjudiciales y hacer crecer una red de movimientos biorregionales en todo el mundo". No soy quién para debatir sobre política, solo pensé que era una idea interesante para tejer en el libro.

Gracias por leer Tiempos Anómalos para Sophie Feegle. Espero que te haya gustado el libro. Si es así, por favor, deja una reseña en Amazon: ¡ayuda mucho a los escritores independientes como yo!

Visita mi sitio web en www.gwendemarco.com o envíame un correo electrónico a gwen@gwendemarco.com.